EMMA GREEN

Vadim...

Tú + Yo

1 · SOLOS CONTRA TODOS



Ahora una película original

prime

MONTENA


EMMA
GREEN
Vadim...
Tú + Yo
1 · SOLOS CONTRA TODOS
Ahora una película original
prime
MONTENA

EMMA GREEN

Tú + Yo

1 · SOLOS CONTRA TODOS

Traducción de Manel Martí Viudes
y Amaya Zorriqueta Ruiz

MONTENA

Prólogo

Puede que no me perdone nunca.

Puede que ya me haya tachado de su vida.

Puede que incluso haya borrado lo que grabó un día, cuando aún me amaba.

1

Diez meses antes

—Alma Lancaster y Vadim Arcadi.

La voz áspera, cargada de tabaco y whisky, desgrana los nombres de las parejas designadas para el proyecto del primer semestre. Sentada en primera fila, escucho religiosamente al señor Abrams, que resulta tan impresionante de ver como de escuchar —aunque su marcado acento estadounidense a veces me exige esforzarme para entender lo que dice—. Su americana de pana fue una prenda elegante antes de perder la forma y el color, y de desgastarse por completo a la altura de los codos. Su rostro fatigado, repleto de arrugas, conserva los vestigios de una belleza pasada. Sin embargo, en cuanto termina de pronunciar la frase, aparto la vista del docente al que ya considero mi mentor… y dirijo la mirada hacia el fondo de la clase.

Allí donde siempre se sienta Vadim Arcadi.

O, mejor dicho, allí donde se balancea sobre su silla y mira por la ventana desde que comenzó el curso. Él también ha desviado la vista del paisaje que parecía tenerlo absorbido y me contempla.

Mientras los demás alumnos se ponen en pie para abrazarse, chocar los puños o lamentarse de la pareja que les ha tocado, Vadim me observa detenidamente con sus ojos gris desvaído.

Resulta imposible sostener esa mirada que irradia todo el insolente descaro propio del rompecorazones de la facultad y, al mismo tiempo, todo el desprecio que le provocan las chicas como yo. Las francesas. Las «hijas de papá» ricas. Esas que no necesitan una beca. Las que cursan un grado de Cine como quien va a un campamento de verano.

Seguro que me detesta. Me pregunto cómo vamos a entendernos. A hablar, siquiera.

—Nada de reclamaciones, nada de cambios de pareja y nada de protestas. No quiero oír ni una sola palabra al respecto. Ya no estáis en el instituto, debéis aprender a trabajar juntos. Solos no llegaréis a ninguna parte en este mundo de locos. Además, no habéis sido emparejados al azar. ¡Nunca sucede nada por casualidad! ¿Queréis hacer cine? Pues hacedlo. No importa en qué condiciones.

—Pero, señor… —prueba a decir Nicki Scott, mi compañera de detrás, gimoteando.

—¡Silencio! Tenéis una hora para decidir el tema del cortometraje y presentármelo. Poned toda la carne en el asador, dejaos la vida en ello. Escuchad, negociad, discutid. No os dejéis pisar. Imponed vuestras ideas. Si son buenas, claro. Si no lo son, seguid buscando. ¿De acuerdo? ¡Basta de lamentos, Scott, a trabajar!

—Sí, señor Abrams —asiente Nicki con resignación.

Leonard Abrams, artista fracasado, pero profesor carismático.

Su signo distintivo: tiene a toda la clase rendida a sus pies en menos de un mes.

—Arcadi, Lancaster, ¿tendré que cogeros yo de la manita o es que estáis esperando a que el otro dé el primer paso? Vamos, Romeo y Julieta, espabilad. ¡Una hora! *Time is money!*

Vadim, visiblemente molesto, mueve la silla hacia delante haciendo chirriar con estrépito las patas metálicas contra la baldosa, y por fin se levanta y se dirige con parsimonia hacia la primera fila, sin apartar la vista del profesor. Ni el uno ni el otro piensan bajar la mirada. Y yo preferiría desaparecer de aquí, en lugar de ser el trofeo de una pelea de gallos perdida de antemano.

Abrams es el primero en ceder, sin duda impaciente por salir a fumar. Vadim suspira, se deja caer en la silla que hay libre a mi lado y se hunde de nuevo en su cazadora de cuero gastado. Entre nosotros se instala un pesado silencio cargado de electricidad. Busco una frase inteligente para la ocasión, pero me veo absorbida por su silueta viril y aniñada al mismo tiempo.

La delicadeza de sus rasgos, su piel clara, pero bronceada por el sol californiano, su nariz recta y casi arrogante, sus labios carnosos y bien definidos, salvo en un punto donde una pequeña cicatriz le surca la boca. Además de esa masa de pelo ondulado y en desorden, contrastando con su rostro de ángel. Y bajo las largas pestañas morenas, sus indefinibles ojos, de un gris tan claro que a veces parecen transparentes. Aunque se oscurecen en cuanto los gira hacia mí de repente, con las cejas fruncidas en una expresión contrariada.

—Yo ya he dado el primer paso, Chanel. Ahora te toca a ti.

Le lanza una mirada burlona al bolso vintage que le he birlado a mi madre. De pronto me siento avergonzada sin saber por qué.

—Me llamo Alma.

—Ya sé cómo te llamas, Alma Lancaster.

—Preferiría que usaras solo mi nombre, Vadim Arcadi.

—Y yo preferiría trabajar solo. Pero en esta vida uno no siempre obtiene lo que quiere. Ah, *pardon*, salvo tú, posiblemente, Lancaster. —Lo pronuncia con un marcado acento *british*.

Aunque hable inglés con fluidez, aquí, en Estados Unidos, el acento londinense heredado de mi padre siempre me convierte en una especie de extranjera. Le muestro el pulgar a Vadim, como dándole a entender que me ha parecido gracioso, y en ese momento capto la mirada divertida de mi compañera Clémentine, francesa de pura cepa. A ella le importa un bledo su mal acento, al igual que otras muchas cosas. Esta acosadora impertinente ya ha debido de percibir la tensión física que reina entre nosotros.

Solo con intercambiar cinco frases, nuestros mundos ya han colisionado.

Pero creo que es más que eso.

Vadim me intriga, no sé por qué. Me desafía y me entran ganas de saber más de él. Me desconcierta y al mismo tiempo siento ganas de agradarle.

Es la primera vez que lo veo salir de su refugio de tío tenebroso para hacer un chiste. De hecho, es la primera vez que me dirige la palabra, y nunca lo había visto hablar con nadie, salvo para desafiar a los profesores que han intentado, más mal que bien, imponerle su autoridad. Y salvo por todas las chicas del campus que han sucumbido a sus encantos, pero a las que, aparentemente, no les ha prometido nada.

Aquí se sabe todo.

Al cabo de un mes ya se rumoreaba que este chico solitario no tenía ningún problema en llevarse a las chicas de la universidad al pisito de soltero que tiene a la vuelta de la esquina. No se rodea de

amigos, apenas tiene unos pocos conocidos cuya compañía simplemente tolera. Al contrario que la mayoría de nosotros, él no necesita estar acompañado de gente para existir. Los chicos de la facultad le temen, fingen despreciarlo para no tener que enfrentarse a él. Y en cuanto al género femenino, pueden distinguirse tres grupos en función de cómo se relacionan con Arcadi. Las sufridoras, despechadas, que lo persiguen aunque él las rechaza educadamente con el mismo encanto que empleó para enamorarlas; de modo que ellas aún se sienten más enganchadas. Las audaces que esperan captar su atención y que él finge ignorar hasta que se fija en una de ellas, con total discreción. Y las tímidas, como yo, que nunca se han atrevido a hablarle. Ya sea porque tienen demasiado miedo a ser rechazadas con una simple mirada indiferente, o porque él no forma parte de su mundo y su educación les impide traspasar esa línea roja.

Evidentemente, yo ya me había fijado en Vadim Arcadi. A mis dieciocho años, y después de llevar toda mi vida a expensas de los numerosos viajes y mudanzas de mis padres, no creo haberme topado nunca con un chico de una belleza tan singular. Aunque los chicos de su edad suelen dárselas de rebeldes, Vadim no tiene nada en común con ellos. Él parece estar «vivido», como si solo él conociera los secretos de la existencia. Hace el papel del alumno indisciplinado que pasa de todo, pero su pasión por el cine sobrepasa con creces la de todos nosotros juntos. Y en esta universidad, donde la mayoría de los estudiantes provienen de un entorno privilegiado, él se hace notar, sin lamentarse por ello ni ocultarlo. No se sabe gran cosa de él, pero todos tienen claro que la vida le ha dejado cicatrices.

Vive solo, se salta las clases a menudo para dedicarse a no se sabe qué, conduce una pick-up destartalada que ni siquiera posee el encanto de los coches americanos antiguos, y su única familia es un hombre negro alto y musculoso que suele visitarlo en el campus. Vadim Arcadi lo tiene todo para suscitar curiosidad. Y, sin saberlo, también lo tiene todo para poner celosos a los jóvenes que corren por aquí, con sus vidas demasiado monótonas y ordenadas.

Jóvenes de los cuales yo soy un ejemplo perfecto.

2

Ignoro cómo Vadim se enteró de que soy medio inglesa, medio francesa. No es de los que se informan. O quizá lo hace con la misma discreción que rige su misteriosa vida. Puede que la discreción sea lo único que tenemos en común.

Hasta hace dos meses yo vivía en un barrio pijo de París con mi familia. Gracias a que saqué matrícula de honor en el bachillerato, mis padres me concedieron un año sabático.

Para mí, estudiar cine es un sueño. Para ellos, un capricho.

Sin embargo, aceptaron pagarme la mejor facultad de Cine, la de Los Ángeles. Las cosas, o se hacen bien o no se hacen, ese es uno de los grandes principios de los Lancaster. Mi padre ha aprovechado una oportunidad profesional en California, perfecta para su carrera, y mi hermano puede proseguir sus cursos universitarios en inglés, lo cual le irá perfecto de cara al futuro. Y como ya hacía unos años que no nos habíamos cambiado de lugar de residencia, mi madre y mi hermana me siguieron la mar de contentas.

Este verano nos mudamos todos: Edward, mi padre, un aristócrata inglés convertido en magnate inmobiliario, posee filiales en casi toda Europa y Estados Unidos. Ha tejido una red de amistades en los cuatro puntos cardinales, lo cual le ha abierto prácticamente todas las puertas. Es de esa clase de cabezas de familia que no están muy presentes; es exigente pero cariñoso. De

esos a los que no querrías decepcionar. Desde que tengo memoria siempre me he esforzado para complacerlo.

Admiro a mi padre tanto como lo temo.

Mi madre, la burguesa francesa en todo su esplendor, amante del lujo y pletórica de amor, es un ama de casa que lleva veinte años siguiendo a mi padre allí adonde vaya, apoyando con entusiasmo sus proyectos más descabellados, sufriendo su ausencia a cambio de la vida tan cómoda que él le ofrece. Es una esposa entregada. Una mamá sobreprotectora. Un pilar en la sombra que emplea todas sus energías en sostener a la familia; resuelve conflictos, alivia las penas y se sacrifica por la felicidad de todos.

Quiero a mi madre tanto como la compadezco.

Basile, mi hermano mayor, sigue los pasos de mi padre. Y como a sus veinte años no siente la menor preocupación por su futuro, disfruta de todo el tiempo libre para joderle la vida al prójimo entre dos cursos de marketing sobre los que cree saberlo todo. No obstante, aún no ha tenido tiempo de averiguar quién es, aparte del hijo de buena familia que se espera que sea.

Mi hermano mayor me horripila tanto como me enternece.

Y mi hermana pequeña, Lily, de doce años, el bebé que tuvieron fuera de tiempo porque mi madre se aburría y a mi padre le pareció conveniente probarle a su esposa que la quería pese a todo y que le importaba más esta familia que sus negocios.

Esta bebé sorprendió a los Lancaster más de lo que jamás se hubieran podido imaginar. Salió completamente distinta a sus hermanos. Indisciplinada, artista de corazón y libre de mente, ajena a las presiones familiares, con una inclinación innata a ser feliz

corriéndole por las venas. El patito feo de irresistible encanto que siempre se sale con la suya.

Mi hermana me agota tanto como me causa envidia.

Así pues, dispongo de un año, ni un solo día más, para demostrarles a mis padres que estoy hecha para trabajar en el cine, que podría hacerme un hueco en el mundillo, un nombre en esta industria. Que puedo hacer cosas mejores que las películas de bodas o fiestas de Navidad que monto desde que me regalaron mi primera cámara. Tengo de plazo un curso universitario, antes de que mi padre me devuelva a Francia para aprender un oficio «de verdad».

O de que mi madre me aconseje que me case con un hombre joven que solvente mis necesidades sin que tenga que buscarme otra profesión que no sea la de esposa y madre.

Respeto a quienes eligen ese camino, pero no es para mí.

—A ti no te gusta que te juzguen, pero eso es exactamente lo que estás haciendo conmigo, ¿no te parece? —le espeto a Vadim—. Tú no me conoces.

Me esfuerzo en sostener su mirada hostil.

—¿Quién te ha dicho que tengo ganas de conocerte?

—En cualquier caso, vas a tener que trabajar conmigo, te guste o no.

—Puede que llegue a gustarme, Lancaster. Eso depende de ti…

Me susurra esas palabras con una media sonrisa que me desconcierta.

—Ya te he dicho que me llamo Alma. ¿Y qué se supone que debo hacer?

—Podríamos empezar por largarnos de aquí. No puedo trabajar con todo este alboroto. Míralos. Todos están entusiasmados

pensando que van a hacer cine como los grandes. Solo quieren complacer a Abrams. Y tu colega francesa nos está observando como si fuéramos dos animales de feria.

—¿Nunca haces nada como los demás y aun así no quieres que te miren? Vaya, ¿cómo eres capaz de convivir con tus propias contradicciones?

Me observa en silencio, sorprendido por mi respuesta.

—Solo nos quedan tres cuartos de hora. Alma, ¿vienes o te quedas?

Se levanta sin esperar mi respuesta y se planta en el umbral de la puerta. Su mochila casi vacía cuelga de sus dedos y se balancea como el péndulo de un reloj impaciente. Y sus ojos rasgados me apremian a abandonar la clase de inmediato.

Permanezco en mi silla, indecisa durante un instante que se me hace eterno, hasta que Clémentine se pega a mi espalda, me rodea con sus brazos y me susurra al oído:

—¡Vamos! ¿A qué estás esperando?

—No lo sé. ¿A que me den permiso?

—Ya tienes el mío. Venga, muévete antes de que se harte. ¡Y llámame esta noche!

—¿Esta noche? ¿Qué estás diciendo? Estaré aquí cuando vuelva el profesor.

—Bueno, eso ya lo veremos.

Y con una sonrisa maliciosa me empuja hacia la salida.

Clémentine es mi mejor amiga, mi alma gemela, mi segunda hermana. Soy yo, pero en pelirrojo, con algunas curvas más y muchos menos límites. Es mi doble aventurera. Mi red de seguridad. El diablillo posado en mi hombro que siempre me susurra que me

lance. Y el angelito siempre dispuesto a recogerme. Nos conocemos desde la guardería, siempre hemos ido a la misma clase, nos hemos sentado en el mismo pupitre, codo con codo, incluso durante los años en que estuve viviendo en el extranjero. Hubo un momento en que llegué a creer que mi familia acabaría adoptándola de tanto tiempo que pasaba en mi casa; e incluso sus padres, divorciados y ocupados a todas horas, parecían haberse hecho a la idea… En el instituto elegimos las mismas asignaturas optativas para no tener que separarnos. Ella lo hacía sin rechistar. Cuando acabamos el bachillerato, con todo el dolor de mi corazón, tuve que decirle que mis padres habían accedido a enviarme a Los Ángeles. Y ella me respondió sin pensarlo, muy seria: «¿Cuándo nos vamos?».

Con Clémentine d'Aragon no hay problema, siempre solución. Ese es su dicho preferido. De modo que también me ha seguido en esta aventura, con la conformidad de sus padres, que han confiado su hija a los míos con los ojos cerrados. Clem ha preferido instalarse en una pequeña habitación de estudiante en el campus en lugar de venirse a vivir con nosotros, según su explicación oficial: «para no interferir en nuestra intimidad» —contrariamente a lo que nos ha tenido acostumbrados todos estos años—. Oficiosamente, lo ha hecho para disfrutar de más independencia.

Sin duda ella quiere más a los Lancaster que a su propia familia, pero sabe guardar las distancias. Puede parecer interesada, superficial, pero es increíblemente perspicaz. Siempre sale indemne de situaciones imposibles y su única ambición es vivir el presente, tomando lo que la vida le da sin meterse en problemas.

Por lo demás, el cine no le interesa en especial. Digamos que no más que el resto de las cosas. Mi mejor amiga lo ama todo, pero en

pequeñas dosis. No siente verdadera pasión por nada en concreto, pero tiene una prodigiosa capacidad de adaptación. Allí donde se encuentre se funde con el decorado, hace amigos y se siente como pez en el agua, mientras que en ese mismo instante yo sigo preguntándome si voy a dar o no el gran salto.

Clémentine siempre va hacia delante. No sabe adónde se dirige, pero sabe que llegará.

Adoro eso de ella.

Y otras muchas cosas. Que nos tomen por hermanas porque ambas tenemos pecas. Que se queje porque, al ser pelirroja, ella nunca se ve bronceada, mientras que yo tengo la piel dorada desde el inicio del verano. Que siempre desafine al cantar, pero que aun así lo haga el doble de fuerte. Que se pase horas examinando el contenido de su plato bajo la mirada ofendida de mi madre, porque no soporta la piel de los tomates asados. Que jure que nunca tendrá hijos, pero lo diga en voz baja porque teme ser castigada con dos pares de gemelos. Que se lamente de sus cuatro o cinco kilos de más después de acabarse mis patatas fritas. Y que me diga que soy demasiado tonta como para darme cuenta de lo guapa que soy.

Creo que yo la admiro más a ella que ella a mí.

Posiblemente esta sea la clave de nuestra bonita amistad.

—¿Hay alguien ahí? —suspira Vadim, pasando la mano por delante de mi mirada ausente.

—Eh, ¿qué?

—No sé dónde estás, Lancaster, pero conmigo seguro que no.

—Lo siento. ¿Decías…?

—Puedes volver a clase si no te apetece estar aquí.

—Ya te vale, quejica, ¡estoy aquí! ¿Acaso crees que voy a echarme a llorar porque estemos sentados en la hierba en lugar de estar en clase? Me da lo mismo trabajar aquí que allí.

—Entonces ¿puedes decirle a tu mano derecha que deje de arrancar el césped que hay a su alrededor?

Suelto el puñado de hierba arrancada que asoma entre mis dedos y doy unos golpecitos con la palma de la mano, como si con ello pudiera hacer que las briznas vuelvan a crecer de nuevo. Extiendo las piernas para tratar de relajarme, pero la verdad es que no sé qué estoy haciendo aquí.

No sé cómo hablarle.

Ni siquiera me atrevo a mirarlo.

Y, sobre todo, no sé qué vamos a presentarle al señor Abrams dentro de unos minutos. Intento ponerme cómoda una vez más. Me tumbo sobre un codo, casi me caigo hacia atrás, desisto y me incorporo, cruzo las piernas y empiezo a retorcer los cordones de mis zapatillas.

—Tu mano derecha ha vuelto a las andadas. Nunca sueltas la presa, ¿eh? —Se burla Vadim, de buen rollo—. ¿Qué te pasa?

—¡Nada, ya te lo he dicho!

—Sí, estás tensa, inquieta. Eso no me gusta. Me da miedo que te eches a llorar y tenga que consolarte.

No sé si está bromeando o no, pero la mirada que intercambiamos dura demasiado.

—Tengo novio, ¿sabes? Timothy.

—Lo sé. Tim Wallace, el capitán del equipo de baloncesto. Es de locos ser tan alto e insignificante al mismo tiempo. Pero hacéis muy buena pareja, él y tú.

Ha vuelto a aparecer esa maldita sonrisa.

—Es alto, sí. Al menos te saca una cabeza. Y no formaría parte del equipo universitario si fuera tan tonto como insinúas. Pero tus prejuicios y tú también hacéis muy buena pareja.

Conocí a Tim antes de empezar el curso, a través de nuestras respectivas familias. Nuestros padres ya habían trabajado juntos en el pasado, y mi madre nunca le pone pegas a una cena para socializar. También era una ocasión perfecta para presentarme a otro estudiante que me ayudaría a integrarme. Y un chico guapo, además. Sano, deportista, musculado y con buenos modales. Sin duda, mi hermano superprotector también pensaba que un *boyfriend* de dos metros de altura sería ideal para defenderme. O para vigilarme, como prefiera cada cual.

Después de dos veladas, una en casa de los Lancaster y otra en casa de los Wallace, Tim me llevó a visitar el campus, desierto en el mes de agosto, acompañados de Clémentine. Después me invitó oficialmente a salir, los dos solos. Una sesión de cine y un paseo en coche más tarde, me dejó delante de mi casa y me besó por primera vez.

Cuatro citas: el protocolo fue respetado escrupulosamente.

En realidad, Tim le gustaba más a Clémentine que a mí, pero no me lo confesó hasta más adelante, y no tardó en encontrar algo con lo que consolarse. Podríamos decir que me cae bien: es un chico majo, atento, alegre, muy popular en la facultad y está rodeado de numerosos amigos. Llevamos pasándolo muy bien poco más de dos meses, me presta su chaquetón —que me viene enorme— cada vez que tengo frío, me hace reír y besa bastante bien. No hay nada más que destacar por el momento. Esta pequeña historia sin grandes

emociones ya me va bien, yo no tengo la personalidad apasionada de Clémentine y quiero centrarme en mis estudios. A triunfar. A labrarme un futuro.

Lo cual demuestra que el lavado de cerebro al estilo Lancaster ha hecho mella en mí.

—A ver, ¿qué tema te gustaría tratar? —Retoma impaciente mi compañero.

Vadim se me queda mirando y se lleva el bolígrafo a los labios. Vuelvo a la tierra.

—¿Un deportista de élite que sufre una grave lesión la víspera de la final? —propone con ironía—. ¿Tienen que hacerle una amputación, su vida se ha arruinado, empieza a tomar drogas y se convierte en un desecho de la sociedad porque no sabe hacer otra cosa que no sea jugar a la pelota?

—Tronchante. ¿Y qué tal un seudoartista maldito que cree que llevar una cazadora de cuero y faltar a las clases lo convierte en un tipo duro, pero refunfuña como una criatura cuando no le gusta la pareja que le ha tocado?

Lo miro desafiante; él suelta una risita.

—¡No está mal, pero yo tengo una mejor! ¿Una chica que vive en una jaula de oro, y a la que quieren casar por la fuerza, pero se enamora perdidamente de su guapo profesor veinte años mayor que ella que la abandonará el día que la deshereden? —añade Vadim con aires de satisfacción.

—¿Y qué tal el tío que no quiere a nadie, pero se ve en la situación de tener que pagar diez pensiones alimenticias con apenas veinte años porque ha dejado embarazadas a todas las chicas que

estuvieron dispuestas a acostarse con él, solo porque se sentía solo por las noches?

Mi adversario alza una ceja.

—Hablas de cosas que desconoces, Lancaster…

Su voz grave me cosquillea por dentro. Empiezo a percatarme de hasta qué punto me encanta provocarlo.

—Y tú hablas y hablas, pero no dices nada, Arcadi. Aún no tenemos tema.

—¡Eh, Alma! ¿Qué haces aquí?

La voz de Tim interrumpe nuestra conversación. Me levanto para ir a besarlo y saludar a los colegas que pululan a su alrededor. Mi novio me pasa el brazo por el hombro y retoma su interrogatorio mirando fijamente a Vadim, que sigue sentado en la hierba.

—¿No tenéis clase?

—Sí, sí. Tenemos que volver dentro de media hora. Debemos encontrar un tema para nuestro proyecto del primer semestre.

—¿Y no disponéis de un aula en el curso de Cine? —bromea Tim para divertir a su público.

—¿Sabías que los estudiantes son ciudadanos libres de circular por este hermoso país que es Estados Unidos? —le replica Vadim con una sonrisa forzada.

—Arcadi, Arcadi… eso no suena muy estadounidense que digamos, ¿no te parece? Seguro que aquí se está mejor que en Polonia.

—¡Tim!

—Soy de origen ruso —lo corrige Vadim—. Y he nacido en Estados Unidos. Pero gracias por preocuparte, Wallace.

Aquí todo el mundo se dirige a los demás por el apellido, incluso entre amigos. A mí ya ha dejado de sorprenderme. Pero el tuteo que emplean estos dos no tiene nada de cordial. En el mejor de los casos suena desdeñoso; en el peor, suena letal.

Presiento que se acerca el peligro. Tim aumenta la presión alrededor de mi hombro e ignora el último comentario de Vadim.

—Vale, si no tienes nada que hacer durante la próxima media hora, vamos a tomar un bocado con los chicos, ¿te vienes?

—Me gustaría, pero no creo que me dé tiempo.

—Tenemos que ponernos a currar, Alma —me recuerda mi compañero de grupo.

—¿Te importa? Estoy hablando con mi chica —sisea mi jugador de baloncesto cada vez más nervioso.

—«Tu chica» acaba de decirte que no tiene tiempo.

—No hables por ella, Arcadi.

—Solo estoy repitiendo lo que al parecer tú no has captado…

—¿Y crees que mi puño en tu cara si lo captarás?

—¡Tim!

Mi cabeza oscila del uno al otro como si estuviera asistiendo a un partido de tenis a cámara rápida. Vadim se pone en pie finalmente y, con su habitual indolencia, coge su mochila, se pasa la mano por el pelo y al hacerlo le cae una brizna de hierba.

—Déjalo correr, Lancaster. Si necesitas un guardaespaldas y no tienes ganas de comprometerte, podemos trabajar cada uno por su cuenta. Puedes decirle a Abrams que todas las ideas son tuyas. O que quieres cambiar de compañero. Yo paso…

3

Vadim no ha regresado.

Nadie se balancea en la silla que hay al fondo de la clase, y la que tengo a mi lado está desesperadamente vacía. Todos los estudiantes se han sentado por parejas: los hay nerviosos, enfadados, satisfechos, revolucionados y visiblemente entusiasmados tras pasarse una hora reflexionando intensamente. Yo me he pasado la primera mitad de la mía discutiendo con mi compañero y la segunda preguntándome dónde estaría y qué podía presentarle al profesor.

Cuando el señor Abrams aparece de nuevo, arrastrando consigo una repulsiva nube de humo de tabaco y un café frío, en el aula reina un alegre ambiente de caos. Los olores en cuestión bastan para acallar a la multitud, aunque también podría deberse al aura que desprende el profesor… Su abrumadora presencia acentúa en mayor medida mi incomodidad. Lanzo una mirada nerviosa a la puerta y rezo para que esta se abra y aparezca un sombrío Vadim, mascullando una frase inaudible a modo de excusa por su retraso.

Pero nada, ni un ruido ni movimiento ni siquiera unos pasos lejanos en el pasillo que me permitan albergar esperanzas. Solo el silencio de los diligentes alumnos, ansiosos porque les pregunten, y el del profesor, que mantiene el suspense y nos observa con una mirada curiosa y deliberadamente cruel.

Nos va a dar un buen repaso a todos, a mí la primera. Y ni siquiera contaré con un solo aliado para hacerle frente…

Abrams comienza la ronda de presentaciones con el improbable dúo Lee-McPherson, que se lleva las primeras críticas, aunque salen más bien airosos. «Hay idea, pero falta fondo; debéis profundizar más». La pareja Scott-Perkins pierde impulso por culpa de las zalamerías de Nicki. «Aletear las pestañas no es un tema. ¡Menos postureo y más materia!». Clémentine supera la prueba con creces tras dejar hablar a su compañera de equipo, la brillante Hannah Goldberg, cinco años mayor que nosotras y a la que toda nuestra promoción llama la Spielberg. «¡D'Aragon, usted brilla por su ausencia, lo cual en este caso no está nada mal!».

Las exposiciones y las sentencias se suceden. Yo me estoy derritiendo mientras trato de dar con una idea brillante en el mejor de los casos, y en el peor, con una excusa creíble.

No, mi abuela no ha podido morirse entre este último rato y ahora mismo…

Cuando ya todos han pasado por la criba de Abrams, me encojo en mi silla, furiosa por la huida de Vadim, decepcionada por él, por mí misma, por Tim, y mortificada por la mera idea de causar una decepción. Pero justo cuando Clémentine me lanza una mirada que pretende ser alentadora, el profesor se salta mi turno e inicia un vibrante monólogo sobre la inspiración. Suena el timbre salvador. Mis compañeros, arrobados de admiración, no parecen tener prisa en abandonar el aula, así que yo aprovecho para escabullirme hacia la salida. Pero una voz ronca me frena en seco:

—Lancaster, no tan deprisa. No me gusta ver que entregas el examen en blanco, pero aún me gusta menos ver que te vas como

una ladrona. ¡Sé franca conmigo! ¿Arcadi te lo está poniendo difícil? ¿Se ha negado a trabajar contigo?

—No, no, señor. No hemos llegado a ponernos de acuerdo, eso es todo. Pero trabajaremos en ello.

—Ah, así que te ha enviado sola al frente. ¡Menudo caballero!

—Le ha surgido un imprevisto. Tenía que hacer algo muy importante.

—Tampoco me gusta que me mientas. ¿Por qué lo encubres? Lancaster, me inclino a pensar que es debido a tu educación, pero no tienes por qué pasarte la vida defendiendo a huérfanos y viudas. No les debes nada. ¡Así que deja de sacrificarte! ¡Sal de las sombras! ¡Créeme, tú podrías brillar con luz propia si no te empeñases en apagarte!

¡Ay! La puñalada ha sido profunda. Lucho por contener las lágrimas.

—Lo siento, señor.

—¡Deja ya de disculparte, por lo que más quieras! ¡Pides perdón hasta por existir! Te he asignado esta pareja de trabajo para que demuestres lo que vales. Sé que estás a la altura. Tus ojos irradian inteligencia, así como tu creatividad, tu sutileza, salta a la vista que tienes un gran potencial. La única persona que no lo ve eres tú. Pero si no permites que aflore, te irá carcomiendo por dentro. Te matará lentamente. No has llegado hasta aquí por ser la hija de Lancaster. La película que presentaste para tu prueba de ingreso es extraordinaria.

—Gracias, señor Abrams.

—Alma, ¿comprendes lo que te estoy diciendo? Llámame Leonard. Las buenas maneras deberían reservarse para los niños y

ancianos. ¡Exprésate! ¡Libérate! Quiero que aceptes este desafío. Hazte valer, imponte, domestica a Arcadi. Porque él es tu mayor desafío. No lo es el cortometraje. Ni el diploma. Ni siquiera que tu padre se sienta orgulloso de ti. ¡Se trata de tu vida!

—Es posible, pero no sé cómo hacerlo… —le respondo con un nudo en la garganta y los ojos repletos de lágrimas.

—Deja que Vadim Arcadi te zarandee. Que te derribe. Cuestiona todas tus creencias. Y cuando no sepas nada, ni siquiera cómo te llamas, entonces podrás existir. Quiero que cuestiones tu vida entera, como te estás cuestionando a ti misma en este momento. Que te cuestiones tú y que lo cuestiones todo.

—Lo intentaré, señ… Lo intentaré.

—Este es mi número privado. Llámame si algo va mal. Cualquier momento será bueno. No tienes ni idea de lo que te espera… Conviértete en quién eres realmente. Arcadi ya lo ha comprendido. Llegará lejos. ¡Y tú también, si al fin decides emprender el camino adecuado!

De repente no sé si este hombre es un pobre chiflado que no deja de divagar o un ser superior que me está revelando la verdad. No sé si ha descubierto algo en mí y, para mi sorpresa, cree en mi potencial, o si simplemente me está halagando. Tampoco sé si Vadim Arcadi a estas alturas puede cambiarme ni si realmente quiero que lo haga.

Me gusta mi vida tal como es.

O eso creo.

Sin embargo, todas estas posibilidades me producen vértigo. Quisiera salir de la sala, correr, gritar con todas mis fuerzas en medio del campus, vaciar los pulmones y la cabeza. Que cesen las dudas.

Pero, en lugar de eso, el señor Abrams me conduce de nuevo a la puerta y, sin duda agotado tras pronunciar su monólogo, me invita a salir sin más dilación.

Aunque por fin vuelvo a respirar aire fresco, me cuesta creer lo que acabo de escuchar. Pero Clémentine se me echa encima de repente y me devuelve a la realidad.

—¿A qué viene esa cara? ¿El profesor te ha soltado un sermón?

—Sí, algo parecido.

—¡Pasa de todo! Tengo una cosa para ti.

—¿Ah, sí?

—¿No quieres saber qué es?

—¿Qué es?

—¡Eres de lo que no hay! ¡Vamos, Alma, suplícame un poco, porfa!

—…

—Es de parte de tu Romeo…

—¿Qué gilipollez es esa, Clem?

—Toma. Te estaba buscando. Y me ha dado esto para ti.

Si nadie te retiene esta noche, podríamos empezar de nuevo. Intentémoslo. Reúnete conmigo en el Sunset. 22 h.

V.

Releo mentalmente el mensaje al menos diez veces. Tanto para descifrar la caligrafía ilegible de Vadim como para cerciorarme de su contenido.

Es una invitación. Garabateada a toda prisa por la mano de un zurdo cabreado, o de un alumno de primaria, en un trozo de papel

rasgado. ¿Una cita? Nunca en la vida. Él me detesta, no tendría ningún sentido. ¿Una reunión de trabajo? Pero ¿por qué en el Sunset Café? ¿Un lugar bullicioso, animado, que frecuentan muchos estudiantes de la facultad? ¿O será un desafío? Para que me vean con él. Para que Tim no gane la partida. Entonces ¿por qué ha doblado el papel hasta dejarlo tan pequeñito, como si con ello protegiera el más inconfesable de los secretos? ¿A Vadim Arcadi le da vergüenza dar un paso más para acercarse a mí? ¿Darle una nueva oportunidad a la hija de los barrios pijos, después de haber sido humillado públicamente por su novio? Balanceo mi peso de un pie al otro, nerviosa, perpleja, sin apartar el mensaje de mi vista.

—¿Qué te dice? —me apremia Clémentine, que ya ha dado muestras de una paciencia infinita.

—Que acepta trabajar conmigo.

—¿Eso es todo? ¡Pues vaya misterio!

—Esta noche, a las diez, en el Sunset.

—¡Ah, allí, eso ya me parece más interesante! ¿Irás?

—Tim y sus padres vienen a cenar a casa —contesto con voz robótica.

—¿Es que viven ahí o qué? ¡Los Wallace cenan en vuestra casa tres veces por semana!

—Casi. Normalmente los lunes y los jueves.

—¡Cancélalo, Alma! ¡Diles que esta vez no puedes!

—Sí, y que he quedado en un bar a las diez de la noche para hacer los deberes con un desconocido…

—¡Es la verdad! Iréis allí a currar, ¿no?

—Como si fueran a creerme…

—¡Pues busca otro motivo!

—En cualquier caso, no me dejan salir entre semana. No creo que haya solución.

—¡Encontraremos una! Aún tenemos toda la tarde por delante.

—¿Puedes seguir pensando mientras caminas? Llegaremos tarde a la siguiente clase.

—Espera, no he comido nada desde ayer por la noche, ¡voy a desmayarme si antes no tomamos algo!

—Vi cómo te zampabas dos Twix a las once. Aún tienes chocolate aquí.

Me río mientras apunto mi dedo hacia su labio.

—¡Mentira, lo he compartido con Andrew! Verás, me pidió un poquito, pero se tragó toda la barra de golpe. Me ha decepcionado y he decidido que no me casaré con él…

Mi mejor amiga, que nunca ha tenido suerte con Andrew, se ha propuesto hacerme reír y lo logra. Pasamos el resto de la tarde cuchicheando en clase y urdiendo un plan. Clem decide llamarlo la «Operación Rusa». No sacamos nada en claro de esta cumbre, y yo sigo sin poder sacarme la cita de la cabeza. Y menos aún a Vadim Arcadi.

Ni siquiera tengo su número de teléfono para avisarlo de que no me presentaré. Y dejarlo plantado aún sería peor que declinar su invitación.

—Se lo tomará como una afrenta y nuestra pareja de trabajo implosionará definitivamente —le murmuro a mi aliada.

Pero ¿acaso esa no sería la solución a todos mis problemas?

Al terminar la última clase acompaño a Clémentine hasta su habitación de estudiante, demorando al máximo el momento de

regresar a casa y prepararme para la cena. Me desplomo en su cama, exhausta.

Una melena pelirroja entra en mi campo visual mientras me dedico a mirar fijamente el techo. Mi amiga acaba de saltar de rodillas, haciendo temblar toda la cama.

—¡Ya lo tengo! —grita a dos centímetros de mi rostro.

—¡Mis tímpanos!

—¡He dado con la solución! Escucha: ve a la cena, no cambies nada de tu rutina. Entonces yo te llamo a menos diez, presa del pánico, llorando, como si estuviera medio ida.

—Eso seguro que lo harás de maravilla.

Sonrío mientras juego con uno de mis mechones.

—¿Y después?

—Una depresión de las gordas, mal de amores, sola en el mundo. ¿Y quién suele consolarme en estos casos? ¡Mi amiga del alma! Tienes que acudir en mi ayuda inmediatamente para subirme la moral. Porque no tengo a nadie más aquí, en Estados Unidos. Solo te tengo a ti, ¿entiendes?

—Ya lo he pillado, respira.

La abrazo.

—Vendrías, ¿a que sí?

—Por ti, siempre. Pero mi padre querrá acompañarme con el coche…

—Le dirás que estoy fatal y que no quiero ver a nadie más que a ti. ¡Vivimos a quince minutos caminando!

—Por intentarlo que no quede. ¿Aunque tendrás que montar la escena de verdad, eh? Con lágrimas, gritos, el maquillaje corrido y la

nariz llena de mocos. Por si la cosa no sale según lo previsto y tengo que venir acompañada.

Mi soldadito asiente.

—Si tardo pongamos que una hora en consolarte, me dará tiempo a cubrir el trayecto hasta el Sunset Café, estar media hora con Vadim y volver.

Me incorporo y me pongo en pie de un salto, ahora me siento las piernas más ligeras y sin el menor rastro de cansancio. Le estampo un largo y ruidoso beso en la mejilla a mi persona favorita y la dejo en su habitación.

4

Mi padre no tuvo el menor problema a la hora de encontrar nuestra casa de Los Ángeles un mes antes de que aterrizásemos aquí. Hizo unas cuantas llamadas, un viaje de ida y vuelta desde París dedicando un único día a visitar propiedades, y un segundo viaje con mi madre para mostrarle esta villa. «Seguro que te encantará», le dijo, como suele repetirles a sus clientes. Al cabo de una hora ya teníamos nuestro nuevo hogar, que yo no descubrí hasta nuestra llegada a Estados Unidos este verano.

Esta lujosa mansión está situada muy cerca de la facultad, lo cual nos viene que ni pintado a Basile y a mí. Se encuentra en el elegante barrio de Westwood, ideal para mi padre. Además, ya está amueblada y decorada siguiendo un estilo clásico, distinguido y atemporal, tal como soñaba mi madre.

A Lily, en cambio, le ha parecido «demasiado beige».

Paredes de un blanco roto en todas las estancias, moqueta color crema en la planta de los dormitorios, una gran cocina familiar con multitud de armarios blancos y una isla central de madera clara, un inmenso salón con sofás y sillones tapizados en color arena y una chimenea de mármol color topo sobre un piso de roble macizo. Todas las cortinas y cojines, elegidos por mamá, son de lino crudo, «para que haya más luz». No obstante, tuvo serias dudas con la tonalidad «cáscara de huevo». Los seis dormitorios y los tres baños

tienen los mismos tonos, salvo el de Lily, multicolor y «customizado» a su gusto. En cuanto a la mía, me he contentado con colgar una guirnalda luminosa y unas cuantas fotos en una pared. Probablemente Abrams diría que la habitación tiene tanto carácter como yo.

Los tonos oscuros se han reservado para la gran terraza que hay detrás de la casa: mobiliario de jardín en ratán de color chocolate, enormes macetas de terracota color óxido con flores, paredes vegetales y tablas de maderas exóticas alrededor de la imponente piscina.

Esta mansión es el orgullo de mi madre, pero ella siempre se hace la modesta cuando los Wallace entran y se quedan boquiabiertos.

Llegan puntuales, como siempre, con Timothy y su segundo hijo, Matthew, una copia exacta del primero y que hace todo lo posible por demostrar que también existe. Tiene catorce años y le gusta mi hermana pequeña, pero Lily sabe perfectamente cómo mostrarse hostil cuando quiere.

Tomamos el aperitivo en la terraza aprovechando las agradables temperaturas del otoño californiano y después los nueve nos sentamos a la mesa mientras yo observo mi reloj de reojo. Tim me hace varios cumplidos a propósito de mi vestido sin mangas azul marino y yo me pregunto si no me habré pasado, tanto por la escenita de antes como por la cita posterior, aunque en realidad no sea una cita propiamente dicha.

Ya estamos tomando el postre cuando veo que la aguja del gran reloj del salón se acerca a la hora fatídica de la llamada telefónica. Procuro controlar mis gestos de nerviosismo, sin conseguirlo. Mi

novio me da un discreto golpecito con el pie por debajo de la mesa, pero mi pierna, que no para de agitarse, le envía señales contradictorias; él me dedica una sonrisa pícara que procuro ignorar. La llamada de Clémentine suena por fin, descuelgo y me alejo, bajo la mirada reprobatoria de mi padre.

—¡Estamos en la mesa, Alma, eso puede esperar!

—Clem debe de tener algún problema; si no, no me llamaría a estas horas.

Suelto el cuento lo mejor que puedo y cuelgo enseguida. Vuelvo a la mesa y dejo caer mi trola lo más deprisa que puedo para zanjar el tema. La tensión nerviosa que estoy sufriendo por el hecho de mentirles contribuye a hacer más creíble la escena. Pero mi madre parece sentirse tan compungida por mí como por mi amiga.

—¡Lo siento, pero no puedo dejar que pase sola la noche, está fatal!

—Dile que venga a casa, puede dormir aquí —propone mi padre.

—Ella no quiere ver a nadie, y menos a un adulto. Solo será ir y volver, y en cuanto vea que está mejor, me marcho.

—¡Que te acompañe Timothy! —exclama el señor Wallace, lanzándole una mirada apremiante a su hijo.

—No es necesario, está muy cerca. Acabad de cenar tranquilamente, yo estaré de vuelta en una hora como máximo.

—¿Estás segura, Alma? A mí no me importa acompañarte.

—No te preocupes, Tim, no pienso privarte de esta tarta pavlova…

Le sonrío a mi novio ideal —según todos los presentes—, que ya se ha servido dos raciones.

—Y además ya conoces a Clémentine, no tiene ganas de ver a nadie cuando se pone así.

Retrocedo lentamente hacia la salida, rezando para que mi verborrea haya bastado para convencerlos.

—Date prisa, y llévate un jersey, que a esta hora suele refrescar —me susurra mi madre, tan preocupada por mí como por la buena marcha de su cena.

—¡Y vigila cuando cruces la calle, Alma! ¡Y sobre todo no hables con desconocidos! —añade Lily.

Su pequeña parodia me ha salvado. Los comensales sonríen y las dos madres de familia se enfrascan en una conversación sobre las preocupaciones de los padres y lo difícil que resulta dejar volar a los hijos.

Yo aprovecho para escabullirme tras darle un beso en la mejilla a Tim, al que noto un poco receloso. Aunque mucho menos que mi hermano, que me observa fijamente entornando los ojos, como si tratara de descubrir si oculto algo.

Camino a paso ligero por la calle —apenas puedo creerme que me haya salido bien la jugada— y echo a correr en cuanto la casa deja de estar a la vista. De camino al Sunset, apenas sin aliento, llamo a Clémentine para contarle toda la escena. Emocionada me dice a gritos que está muy orgullosa de mí y me da los últimos consejos para que la «Operación Rusa» sea un éxito.

* * *

Me encuentro a Vadim apoyado en la barra del café y, dejándome llevar por el momento, sin pensarlo dos veces le doy una palmada

en el hombro revestido de cuero. Él se vuelve de golpe y su pelo castaño revolotea sobre su cabeza.

Y al instante sus ojos se funden con los míos.

—Justo a tiempo, Lancaster. ¿Te han dejado salir?

—Puedo marcharme otra vez si piensas burlarte de mí toda la noche.

—Puedes quedarte —añade con una sonrisa—. Pensaba que no vendrías.

—¿Qué querías decirme?

—«Toda la noche», ¿eso quiere decir que tienes permiso hasta medianoche? ¿Nos sentamos? ¿Qué te apetece tomar?

—En realidad, dispongo de cuarenta y cinco minutos. Ni uno más.

—¿Cuarenta y cinco? ¿Bromeas?

—La verdad es que no, deben de quedarme treinta y dos minutos, si cuento el trayecto de vuelta.

Entorna los ojos, con aire descontento, y se pone a jugar con su vaso. En el interior, el líquido transparente forma pequeñas olas.

—Resumiendo, has venido para decirme que no podías venir.

Su voz ahora suena como un gruñido.

—¡He hecho lo que he podido, me he presentado! Y sigo esperando a saber por qué.

—Así que he logrado intrigar a la niña modélica… ¿Y se ha escapado de casa por mí?

Le quito el vaso de la mano y lo golpeo contra la superficie de la barra.

—Vale, ¿qué quieres de mí, Arcadi? ¿Te aburres? ¿No habías quedado con nadie? ¿O simplemente te apetece humillarme?

Vadim se gira hacia mí. Su sonrisa arrogante ha desaparecido por completo.

—Solo pretendía que pudiéramos hablar sin tu belicoso guardaespaldas y sin tu amiga fisgona. Y sin tener que hacerlo porque Abrams te lo ha pedido.

—El señor Abrams cree que formamos un buen equipo, que podemos llegar lejos, solo con que…

—¡Me importa una mierda lo que él piense! Es un fracasado que cree que soy su hijo espiritual. Y en cuanto a ti, solo busca…

—¡Eso no es cierto! A ver, ¿qué quieres?

No sé qué acaba de pasarme. Vadim Arcadi me convierte en una chica que desconozco; impulsiva, provocadora. Pero cuya naturaleza tímida vuelve a imponerse con demasiada rapidez. Me ruborizo, y ya no sé qué hacer conmigo misma.

—Si solo nos quedan treinta minutos, tendrás que reconocer que es muy poco tiempo —responde con expresión divertida.

—Eres un presuntuoso. Y acabamos de desperdiciar cinco minutos. Si no tienes nada más interesante que ofrecerme, me voy…

—O, por una vez, no haces lo que se espera de ti.

—¿Lanzarme desafíos se ha convertido en tu nuevo pasatiempo?

—Sí. No eres capaz de pasar la noche fuera.

—No, sobre todo porque no me apetece.

—¿Aunque yo me llamase Timothy Wallace?

—Tim nunca me propondría algo así. Me acompañaría a casa para que llegara a la hora.

Vadim alza los ojos al cielo en señal de desprecio y se queda pensativo.

—Si te llevo en coche te ahorrarás el tiempo del trayecto de vuelta, ¿no?

—No pretenderás que me monte en tu cacharro.

—¿Porque no es lo suficientemente bueno para ti, o porque tienes miedo de lo que pueda pasarte?

Esta vez no me dejaré liar. No pienso concederle esa victoria.

—¿Por qué crees que te tengo miedo, Arcadi?

—Ah, no, lo que yo creo es que tienes miedo de ti misma, Lancaster. De lo que podrías llegar a tener ganas de hacer. Además, ¿por qué no te has ido aún?

Por primera vez percibo su deslumbrante sonrisa de seductor. No la que juzga, desdeña o se burla, no la que promete la luna. Y mi traicionero corazón se acelera.

Creo que ya sé por qué ninguna estudiante se le resiste. Es desconcertante, guapísimo, siempre tiene una respuesta a punto. Sus fascinantes ojos grises son la encarnación de la pureza, pero en el fondo su mirada te hace intuir mil peligros. Además, es difícil no caer rendida ante la pequeña cicatriz blanca que se recorre su labio inferior cuando sonríe.

—De acuerdo, me acompañarás a casa. Al menos, si conduces, no tendré que mirar de frente esa cara tuya tan segura de sí misma. Pero nada de desvíos ni falsas averías, iremos directos a mi casa.

—¿Sabes una cosa? Mi «cacharro» no es fácil de controlar. Con él uno nunca puede estar seguro de nada.

—¿Sabes? Mi espray de pimienta tampoco es fácil de controlar en cuanto sale de mi bolso Chanel…

* * *

Ya llevamos hablando más de una hora de esto y de aquello, de la facultad, de las clases… Mucho de mi vida, un poco de la suya, de los otros estudiantes, de la promoción, de aquellos a los que detesta y de los que tolera, de Abrams y del proyecto que aún no hemos decidido, de las películas que le gustan y de mis referentes, que a menudo le parecen un rollo, meros clichés.

Como ya ha transcurrido más de una hora, le digo que tengo que volver a casa y cojo el teléfono, que ha recibido un montón de llamadas perdidas. De mis padres, de mi hermano, de Tim y de Clémentine.

El móvil sigue vibrando en la palma de mi mano, iluminando intermitentemente el habitáculo de la pick-up sumido en la oscuridad. A Vadim parece divertirle, y me desafía a quedarme más rato. Le explico la estratagema que he urdido con mi mejor amiga: no para de reírse. Finjo que estoy ofendida y mi reacción lo enternece.

Hace más de una hora que me he olvidado de todo. De mi madre, que debe de estar muerta de inquietud; de mi padre, que me va a matar; de mi novio, que estará de morros. Yo no conocía el sabor de la libertad, el estremecimiento que te provoca desafiar lo prohibido, pero ya siento que le he cogido el gusto, y que tendré que pagar un precio por ello.

Ahora sí que ha llegado el momento.

Me bajo del coche, Vadim lo ha aparcado a unas cuantas casas de la mía. Doy la vuelta al vehículo para situarme delante de la ventanilla abierta de mi chófer mientras juego nerviosamente con un botón de mi chaqueta para tener las manos ocupadas. Me está costando un montón separarme de él.

—Han sido los treinta minutos más largos de la historia —me susurra Vadim sin dejar de mirarme.

—Siento mucho haberte hecho pasar una velada tan desastrosa…

—Un auténtico calvario. Estoy muy contento de que se acabe.

Miente.

—Lo mismo digo. Creo que te detesto aún más de lo que pensaba.

Yo también acabo de mentir.

5

Nunca había mantenido una conversación tan larga, tan profunda con mis padres como la de ayer por la noche. Cuando mi padre terminó de manifestar su enfado y mi madre su angustia, se tranquilizaron. Entonces pude explicarles que no me había dado cuenta de que el tiempo había pasado tan deprisa y que sentía mucho haberlos preocupado.

Pero también me atreví a explicarles que necesitaba más libertad. Que siempre había sido una chica razonable, digna de su confianza, y que ya iba siendo hora de que me permitieran tener dieciocho años. No doce.

Ignoro de dónde saqué toda esa audacia, toda esa determinación.

No es verdad.

Se llama Arcadi Vadim.

Seguí explicándoles que tenía la sensación de que solo existía si estaba con ellos, en su casa, a través de ellos, y de mis ganas de emanciparme. Parecían desconcertados, pero se mostraron comprensivos. Aproveché para decirles que los quería, que eran unos padres maravillosos y no pretendía decepcionarlos, pero que debían permitirme crecer si querían que llegara a ser alguien. Nunca pensé que sería capaz de hacerme oír ante ellos.

Acabaron dándome la razón, aunque pusieron sus condiciones: que me centrase en cuerpo y alma en mis estudios, que respondiera siempre a sus llamadas y que no traicionara su confianza.

Sin duda esta última promesa sería la más difícil de cumplir.

Sin embargo, acepté el compromiso sin titubear y ellos me abrazaron con fuerza. Entre lágrimas, mi madre me llamó por los apelativos cariñosos que empleaba cuando yo era pequeña, no sé si para hacerme enfadar o para despedirse de la niña que he dejado de ser. Mi padre, con una amplia sonrisa, confesó que estaba muy orgulloso de mí y de la «persona» en la que me había convertido. Me fui a dormir con el corazón ligero y la cabeza llena de imágenes y pensamientos alocados.

* * *

Esta mañana he llegado antes a la facultad para cumplir tres objetivos: lograr que Tim, a quien no he vuelto a ver desde anoche, me perdone; encontrarme con Vadim para asegurarme de que la velada de ayer no fue un sueño; y buscar a Clémentine para contárselo todo. Aunque no sé en qué orden.

En primer lugar, encuentro a mi novio en el campus con cara de pocos amigos. Él es tan rubio como Vadim moreno, tan solar que el otro resulta tenebroso, tan de fiar que Arcadi me parece peligroso. Le doy un beso para ahuyentar su inquietud y él me lo devuelve. Ya más tranquilo, recupera la alegría de vivir y el orgullo al mismo tiempo. Aún sigo entre sus brazos cuando Vadim pasa por allí y nos da un breve empujón con su mochila al hombro.

Como no podía ser de otro modo, Tim responde a la provocación.

—¿No piensas disculparte, Arcadi?

—¿Por qué? Ah, es que no os había visto. Lo siento, colega.

—¿Qué me has dicho? Deja ya de hacerte el listo conmigo…

—Acabo de decir que lo siento. ¿No sabías que es sinónimo de pedir disculpas?

Vadim dice esas palabras exagerando la pronunciación y Tim se cabrea.

—¡Lárgate de aquí! ¿No ves que estamos ocupados?

—Sí, ya lo veo. Alma, aprovecha para explicarle el significado de la palabra «sinónimo».

—¡Voy a romperte los dientes como no borres esa sonrisa de mierda de tu cara!

Tim alza la voz y noto que está empezando a perder la sangre fría. Retrocedo unos pasos y me libero de nuestro abrazo.

—Vale ya, ¿han terminado ya de una vez los machos dominantes? —intervengo, lanzando un suspiro.

—Me estoy dirigiendo a Alma. ¿O acaso no tiene derecho a responder cuando está contigo?

—Te he dicho que te pires.

—¿Has cambiado de opinión sobre mis dientes? —lo provoca de nuevo Vadim sin dejar de sonreír.

—¡Ya os vale a los dos, parad de una vez!

—Oh, Wallace, ¿has visto? ¡Ha hablado sin tu permiso!

—Joder, Arcadi, ¿qué pasa contigo? —le replica Tim sacando pecho.

Vadim se acerca despacio, con la mirada fija y las manos en los bolsillos de sus tejanos negros. Arrogante, apunta con el mentón hacia mi novio y espera sin pestañear. Tim se planta frente a él y

avanza, cada vez más tenso. De pronto, mi compañero de grupo desliza discretamente un pequeño pedazo de papel en el hueco de mi mano libre y se aleja de espaldas.

—Hasta la próxima, Wallace. Alma, te dejo que le metas la lengua en la boca, así evitarás que diga tonterías.

Ese gilipollas me está diciendo que bese a mi novio, y lo peor es que eso me produce una sensación… desagradable.

Siento un pequeño pinchazo en el pecho. Pero no me da tiempo a seguir preocupándome: impido como puedo que Tim salga tras él mientras oculto el trozo de papel secreto en el bolsillo. Tengo que esperar hasta ir a los aseos para desplegarlo con manos temblorosas y descifrar la anárquica caligrafía de Vadim.

Mismo lugar, misma hora, esta noche.
Esto NO es una segunda cita.

V.

La frase me hace sonreír y me pregunto si debería arrojar el mensaje al remolino de la cisterna. Finalmente, vuelvo a doblarlo con cuidado, lo guardo y cierro los ojos mientras un familiar estremecimiento de excitación asciende por mi nuca. Salgo de los aseos y me apresuro a cruzar el campus para llegar a mi próxima clase y ver por fin a Clémentine.

—¡No me lo puedo creer! Esto solo puede pasarte a ti. Parece una comedia romántica con un toque «dramático».

—Sí, bueno, aunque no estoy segura de querer ser la heroína de esta historia.

—¡Pero puede ser genial! Normalmente, en la película, la chica se enamora del chico malo y se da cuenta de ello cuando va a acostarse con el chico bueno, que es un muermo, ¡y entonces le confiesa que no puede casarse con él!

—¡No voy a acostarme con nadie, y aún menos a casarme!

—Ah, entonces lo más probable es que haya sexo…, pero no con quien yo creo. ¡Alma, tú ya te has enamorado!

—¿De quién?

—¡Adivínalo! —grita mi amiga en medio de la clase.

—¡Shhh! Clem, hace quince años que te conozco y aún no has aprendido a hablar en susurros…

—Lancaster, D'Aragon, yo no retengo a nadie contra su voluntad. Si esto no os interesa, podéis salir —nos espeta el señor Abrams, que desde luego no tiene un buen día.

—Lo siento, señor, ha sido culpa mía —se disculpa Clémentine con una sonrisa.

—¿Acaso tengo pinta de poli? Me da igual que os delatéis la una a la otra. Y también me da igual si faltáis a clase. Pero, Lancaster, dile a tu compañero que está a punto de echar a perder el curso. En fin, no soy yo quien os paga la matrícula. D'Aragon, ¿podemos proseguir, o todavía tiene que soltar algún grito más?

—Creo que ya es suficiente —responde mi amiga al borde de la carcajada.

Vadim no ha pisado la facultad en todo el día. Sigo sin saber qué proyecto de fin de semestre voy a presentar, aún no he cumplido el tercer objetivo del día y tampoco he decidido qué haré por la noche. Después de clase, Clémentine y yo vamos a pasar el rato al Sunset, con los del equipo de baloncesto. La idea ha sido de ella, porque se

ha encaprichado de Cassius Banks, un chico negro alto y simpático con unas rastas cortas que mueve todo el tiempo. «Tiene los bíceps más bien definidos de todo el equipo y el trasero más bonito», según ella. Aunque, para mi gusto, viste unas camisetas sin mangas demasiado holgadas y unos pantalones *baggy* demasiado caídos.

Pero allí, sentada junto a mi novio, no consigo entrar en la conversación. La programación de los próximos partidos, el legendario mate del capitán, las proezas de la nueva *cheerleader* y las últimas Jordan con una amortiguación alucinante me dejan indiferente. Ni siquiera los rumores de que el entrenador está saliendo con una jugadora del equipo femenino logran captar mi atención. Y el nuevo coche de Tim con todos los extras incluidos tampoco me dice nada, solamente me recuerda el cacharro de Vadim Arcadi.

Todo me reconduce a él.

¿Por qué ni siquiera hay luz en el techo de su pick-up? ¿Acaso forma parte de la trampa?

Aquí estoy yo, balanceando las piernas en el vacío y escuchando cómo discuten sin intervenir. A lo lejos observo a Clémentine jugando con las trenzas de Cassius, que no parece indiferente a su juego. De vez en cuando siento la mano de Tim acariciándome la espalda, el costado o el muslo. Me aparto discretamente.

¿Por qué permití que Vadim tirase de mi jersey, sabiendo lo que sería capaz de hacer?

Las conversaciones se suceden una tras otra, en bucle, con los temas de siempre: el dinero, el deporte, las fiestas y las historias del corazón. No recuerdo que eso me molestase hasta ahora. Diría que hasta me sentía orgullosa de ser la novia del capitán, el más guapo y

el más popular. Orgullosa de que me hubiera escogido a mí, feliz de poder integrarme, tranquila al pensar que contaba con alguien que me protegería, que me mimaría.

¿Por qué el hecho de haber pasado una hora encerrada en un coche arreglando el mundo convierte todo lo demás en algo superficial, soso, sin interés?

Me aburro, me asfixio, me pregunto qué estoy haciendo aquí, ya no siento que este sea mi sitio. Me levanto y tiro del brazo de mi mejor amiga para que me acompañe al baño.

—Clem, basta con decir que esta noche tenemos sesión de cine, solo las chicas.

—¡Ja, ja, por fin te has decidido!

—Creo que sí…

Veo en sus ojos que está orgullosa de mí.

—Estoy hasta las narices de este sitio, ¿nos vamos? —le propongo.

—¡Estás de broma! Cassius Banks está a punto de besarme…

—Tengo la impresión de que le gustas. Se le agitan las rastas cada vez que te mira.

Ella lanza un gritito agudo y se abanica con la mano.

—¡Dilo conmigo, Alma! Repite: «Pronto yo no seré la única que tenga citas secretas…».

Obedezco, y ella gira sobre sí misma de alegría.

—¡Vale a lo de esta noche, pero después me llamas!

Mis padres no tendrán nada que objetar a esta sesión de cine con mi mejor amiga deprimida. Precisamente, aprovechan la cena familiar para interesarse por ella y me sugieren que la vea más a

menudo. También se sorprenden de que ya no les hable sin parar de ese profesor al que tanto admiro ni de mis estudios.

Por mi parte, a mí misma me sorprende que no les haya hablado del proyecto de cortometraje, y mucho menos de quién es mi compañero de grupo. Por el contrario, les hablo del futuro novio de Clémentine, el flamante coche de Timothy, mis clases de Historia del Cine y las últimas frases lapidarias del señor Abrams.

Tras unas cuantas recomendaciones y una visita al baño, por fin puedo salir de casa. Aunque una vez más, mi hermano mete las narices en mis asuntos.

—¿Realmente necesitabas cambiarte de ropa y retocarte el maquillaje para ir a ver a Clémentine? ¿No sabías que en un cine todo está a oscuras?

—¿Y tú no sabías que en este mundo hay gente que se pone algo más que unos tejanos y un jersey azul marino para vestirse? ¿Y que podrías buscarte otro pasatiempo que no consistiera en joder a todos los que te rodean, Basile?

—¡Esa boca, Alma! —exclama mi madre desde el sofá del salón, alzando la nariz de su enorme novela—. Y coge un jersey, que en esta época del año refresca.

—Hasta luego, mamá. No me esperes despierta.

—Te quiero aquí a medianoche, Alma, ni un minuto más —añade mi padre por enésima vez.

—Ya lo sé. Aquí estaré.

Por último, le hago un último gesto con la cabeza a Georgia, nuestra ama de llaves, a la que adoramos desde hace años, que está a punto de irse a dormir. Cuando cierro la pesada puerta tras de mí, ella me hace un afectuoso guiño.

Y vuelvo a sentir el pequeño pinchazo en el pecho.

6

Esta vez llego a la cita antes de la hora. Vadim aún no está aquí. El Sunset Café empieza a vaciarse, aun así compruebo que no haya ninguna cara conocida en la zona. No tengo nada que ocultar, pero prefiero que Tim no esté al corriente de mis actividades nocturnas con mi compañero de clase, al que detesta más que a nadie. Mi pareja de grupo llega dos minutos tarde, acompañado de un chico que debe de tener más o menos nuestra edad. No me han visto, lo cual me obliga a ir a su encuentro cuando se acomodan en una mesa del fondo.

—Hola, no sabía que íbamos a ser tres —saludo, algo más agresiva de lo que me hubiera gustado.

—¿Qué hay? No sabía si vendrías.

Vadim me sonríe y me hace una seña con la mano para que me siente.

—Te presento a mi colega Felix Alonso. No se quedará.

El amigo en cuestión me saluda con un imperceptible gesto de barbilla y se dedica a examinarme de arriba abajo sin molestarse en entablar conversación. Y, al parecer, sin la menor intención de marcharse. No es muy alto, tiene la tez morena y las facciones marcadas, el pelo castaño muy corto y una fina franja de barba rodea su mandíbula. Tiene los ojos tan negros como Vadim los tiene de claros.

Repantigado en su silla, abre las piernas de par en par, enfundadas en unos pantalones de color beige que le vienen demasiado grandes, dejando a la vista los bóxers, y un descolorido tatuaje que sobresale por la sudadera con capucha serpenteando por su cuello. Si no le tuviera algo de miedo, le diría que el palillo que lleva encajado en la comisura del labio está un poco de más.

—Bueno, Fe, ¿te vas o qué?

—Vale, ya lo pillo.

—Nos vemos mañana —le recuerda Vadim.

—Cuento contigo. Hasta luego, tío.

Dicho esto, se marcha arrastrando los pies y contoneándose.

—¿Tu amigo no se habla con las chicas?

—Solo con las que le gustan.

Vadim me observa mientras me siento frente a él.

—Se le veía muy conversador, ¡debo de estar perdiéndome algo!

—¿No habrás venido para discutir con él, supongo?

No.

—Pero ¿quién es?

—Felix Alonso, ya te lo he dicho.

—¿Qué tiene que ver contigo?

—Es un amigo de la infancia. Mi más viejo amigo. Uno de los pocos. A veces resulta algo desagradable, pero es buen tío.

—Un retrato muy profundo, sí.

—Eso os hace tener algo en común.

Su sonrisa de autocomplacencia se hace más amplia y me obliga a desviar la mirada. Procuro cambiar de tema enseguida.

—¿Por qué creías que no iba a venir?

—Porque es la segunda noche seguida que debes maquinar una mentira para papá Lancaster. Y para Timy.

—El primero no sabe que existes, y el segundo no dicta cómo debo comportarme.

—Me alegro de que así sea.

—Esto no es una cita, Vadim, tú mismo lo has dicho. No tengo por qué pedir permiso para ver a un amigo.

—Entonces ¿por qué me detesta tanto?

Esta situación parece divertirlo mucho.

—A él le traes sin cuidado. Tendrás que búscate otro chivo expiatorio.

—Lástima, me caía bien… ¿Quieres tomar algo?

—No me apetece quedarme aquí.

—¿Ah, no? Le has pillado el gusto a mi chatarra… ¿A qué hora debes volver esta vez?

—A medianoche.

—Increíble —se burla Vadim.

—Ya vale. ¿Adónde vamos?

—Tenemos tiempo de ir a ver el océano. ¿Santa Mónica? ¿Es lo suficientemente distinguido para ti?

—Tú, yo, tu pick-up, La ruta 66: de ahí saldría una película muy mala.

—Por eso te lo he propuesto. ¿Vamos?

Sonríe. Sonrío.

Y la noche cae arrastrándonos, envolviéndonos. Los veinte minutos de carretera que nos separan de la bahía de Santa Mónica transcurren en total silencio. A excepción de la música que suena entrecortada en la radio. Puede que yo esté a punto de creer que

este anodino paseo no lo es tanto, que este coche me induce a traspasar nuevos límites con cada kilómetro recorrido. Puede que Vadim esté pensando en otra cosa, sin más. En cada semáforo rojo su mirada se pierde en el vacío y de vez en cuando tengo que decirle: «¡Verde!» para que arranque de nuevo.

Conduce con el codo izquierdo apoyado en el borde de la ventanilla, peinándose y despeinándose el pelo ondulado una y otra vez con la mano. Procuro no fijarme en su belleza, aunque tengo la impresión de que la redescubro cada vez que lo miro. Nunca había visto unas pestañas tan largas en un chico. Ni unos labios tan bien definidos en un rostro tan varonil. Hay cierta perfección oculta en todas sus imperfecciones.

Después de aparcar el coche, caminamos hasta el muelle suspendido sobre pilotes que domina la playa y el océano. Aún deambulan algunos transeúntes, sobre todo parejas de enamorados que caminan lentamente por el espacioso puente de madera.

Hacemos una breve parada para pedir dos refrescos. Vadim añade una bolsita de Skittles y paga.

La noche ya ha caído del todo y los pescadores han abandonado el extremo del muelle donde suelen ponerse. Nos apoyamos en la barandilla desgastada, el uno junto al otro, rozándonos, pero sin decirnos nada. Las luces fluorescentes de la gran noria se reflejan en el agua, las vistas del océano Pacífico me dejan sin aliento. O puede que se deba a que nunca respiro muy bien cuando estoy cerca de Vadim. El viento marino me provoca un escalofrío; ahora me arrepiento de no haber cogido el puñetero jersey. Vadim se mete un caramelo en la boca, me pasa la bolsa y por fin rompe el silencio.

—¿Sabías que aquí mismo se rodaron algunas escenas de *Titanic*? Y también de *Forrest Gump*. Cuando él y su camarada de guerra, aquel que era un poco tonto, ya sabes, compran un barco camaronero.

—Bubba. Me encanta esa película.

—¿Has visto *Titanic* varias veces? —me pregunta Vadim sonriente.

—Me gusta el océano, me cae bien la gente ingenua, la envidio. ¡Y me encantan los Skittles!

Me decido a deslizar los dedos en la bolsa de caramelos Skittles que me sigue tendiendo, pero no logro coger ninguno. Sospecho que Vadim está apretando el puño para impedírmelo. Observa cómo lo intento en vano, yo lo miro mientras me hace quedar en ridículo, y entonces se desata el drama. Clavo mi mano con todas mis fuerzas en la suya, él suelta la presa y los caramelos de colores vuelan en todas direcciones antes de caer al agua.

Resulta casi bonito.

—¡La has soltado! —exclamo.

—¡La has tirado! —me replica.

—Eso era lo que querías, ¿no?

—Al menos he podido comerme uno.

Me mira con insolencia, con esa jodida sonrisa de seductor en los labios. Me consuelo tomando unos sorbos de mi refresco.

—¿Te vale con la pajita, o también quieres que te sostenga el vaso?

—No sé cómo me estoy reprimiendo de arrojártelo a la cara.

—Yo tampoco lo sé. ¿Serías capaz de hacerlo? —me desafía.

Dudo durante una milésima de segundo. Quizá una milésima de más.

—Vale, ¿Tom Hanks o Leonardo DiCaprio?

—Hanks, sin duda —mascullo.

—¡Tiene sesenta años como poco!

—Al menos no se acuesta con chicas que son la mitad de jóvenes que él. Y además no has especificado para qué debía elegirlo.

—Teniendo en cuenta que te lo montarías con Abrams, tu respuesta tiene sentido.

—De eso nada. Pero al parecer, solo basta con mirar a Vadim Arcadi para que pienses que toda la humanidad quiere acostarse contigo.

—Ah, entonces ¿tú también quieres acostarte con Vadim Arcadi?

Abre de par en par sus bonitos ojos, haciéndose el inocente.

—¡Ni loca!

—Así pues, ¿qué preferirías, morir o acostarte con Abrams?

—Morir… No, a decir verdad, me quedo con Abrams, después de todo no creo que sea algo tan terrible.

—Te veo muy indulgente. ¿Morir o casarte con Timothy Wallace?

—¡Eres terrible! ¿Morir o salir con Hannah Goldberg?

—¡Mátame aquí mismo!

Se baja el jersey gris y deja al descubierto la piel desnuda a la altura de su corazón.

—¿Clémentine d'Aragon o Nicki Scott?

Hago todo lo posible por apartar la mirada de su pecho, cuyos músculos puedo intuir.

—Nicki para una noche, Clémentine para toda la vida. Pero en cualquier caso prefiero morir.

Nos pasamos gran parte de la velada debatiendo, tomando decisiones improbables entre Guatemala y Guatepeor, sacando a relucir mutuamente nuestros puntos débiles, hablando de relaciones, de amistad, de sexo sin parar, y también discutiendo sobre cine, cuando el terreno se vuelve demasiado resbaladizo. A pesar de nuestras diferencias, coincidimos en que *Gattaca* es una obra maestra del siglo pasado. No puedo creerme que considere mediocre *La milla verde*, *Los puentes de Madison* muy mala y *Bailando con lobos* una sucesión de tópicos. «Son películas para hacer llorar».

—Bueno, es un topicazo, pero como veo que te están castañeteando los dientes, te dejaré mi cazadora.

—¡Antes prefiero morir!

—Vamos, me encantaría ver a Alma Lancaster con una cazadora de cuero, aunque solo sea una vez en la vida.

Me lanza un enésimo desafío con los ojos, pero el teléfono me salva de cometer una estupidez. Rebusco con torpeza en el fondo de mi bolso, con las manos entumecidas por el frío y logro descolgar en el último instante.

—Alma, son las doce y veinte. Espero que ya estés de vuelta.

—Sí, papá, ahora iba a llamarte.

El estrés se apodera de mí. Tapo el auricular con la mano para advertir a Vadim de que mi padre está al aparato. Le echa un rápido vistazo al reloj y se golpea la frente con un gesto teatral. Me susurra: «Quédate». Mientras mi cerebro se activa y gira a toda velocidad, Vadim sigue susurrándome cada vez más alto, se planta frente a mí y me lanza un nuevo desafío con su insistente cantinela: «Quédate, quédate, quédate, quédate».

—Alma, ¿estás ahí? ¿Va todo bien?

—¡Sí! Bueno, no. Clémentine se ha mareado al salir del cine. Pero ya está bien. La he acompañado a su casa y…

Vadim empieza a bailar una danza de la victoria, silbando y dando saltitos a mi alrededor. Lo obligo a guardar silencio tapándole la boca con la mano. Él se detiene y alza las manos. Siento sus cálidos labios contra mi palma.

—¡Es la de ella esa voz que se escucha detrás? ¿La ha visto un médico? ¿Alma, necesitas que vaya?

—No, no, es… ¿sabes?… cosa de chicas.

—Ah, entiendo.

—Si os parece bien me quedaré con ella. Me prestará lo que necesite para mañana. No me atrevo a dejarla sola.

—Alma, ya sé que Clémentine es muy importante para ti, pero esto no es lo que habíamos acordado.

—Las hemorragias menstruales tampoco formaban parte de nuestro acuerdo. Papá, estoy en su habitación del campus, no corro ningún peligro, estoy pasando la noche con mi mejor amiga, como he hecho miles de veces. Eso es todo.

Mi padre duda, y yo me escucho a mí misma mintiéndole como si llevara toda la vida haciéndolo.

—Llámame a cualquier hora si surge algún problema, y mañana por la mañana, a primera hora, para decirnos que todo va bien

—¡Te lo prometo! Buenas noches, papá.

Cuelgo y retiro la mano de la boca de Vadim, que no se ha movido ni un centímetro. El corazón casi se me sale del pecho. No sé si es por la mentira… o por la verdad que me niego a afrontar. Si es la hazaña que acabo de llevar a cabo… o todo lo que esta implica.

O puede que sea por ese primer contacto físico.

—Mentirosa profesional, entre otras muchas cosas… —comenta con ironía el chico alto y moreno que acaba de dar un paso atrás—. No dejas de sorprenderme, Lancaster. ¿Así que toda la noche, eh?

—Te lo advierto, no pienso dormir en la playa ni en tu coche. Estoy muerta de frío.

—Entonces vamos a mi casa, pero solo si te pones mi cazadora.

Empieza a quitársela y el pánico me invade.

—Más te vale que me cedas tu cama —murmuro.

—No hay problema. Siempre y cuando yo también esté en ella. —La situación se me escapa de las manos por completo.

—Tú sueñas, Arcadi.

Arropada por la calidez de su cazadora, aprovecho el trayecto en coche para llamar a Clémentine y ponerla al corriente del giro de los acontecimientos. Lo hago tanto para cubrirme las espaldas como para escuchar una voz familiar. Necesito saber que no estoy a punto de cometer una estupidez descomunal. Pero todo lo que obtengo son sus agudos chillidos y su risa nerviosa.

Ella no me dice que dé media vuelta, que huya, que vaya a su casa, o que vuelva a la mía.

Ella me deja vivir. Vivir a mi manera.

7

Aterrizo en el estudio de Vadim Arcadi, que según los rumores es un infame picadero. Sin embargo, me encuentro un pequeño apartamento bien amueblado con un sofá cama plegado, un escritorio en orden, la vajilla secándose junto al fregadero y una enorme colección de DVD vintage clasificados por años. Me agacho para inspeccionarlos, fascinada. Vadim se ofrece a prepararme un té para que entre en calor, y de paso bromea sobre mis orígenes ingleses. Sin duda, es su forma de hacer que me sienta cómoda. No sé qué hacer, por lo que acabo acurrucándome en un extremo del sofá, con las manos ocultas en las mangas demasiado largas de su cazadora.

Desplazo la mirada hacia tres fotos alineadas verticalmente en la pared: una pareja abrazándose, ambos guapísimos, la misma pareja con un niño de dos o tres años, que deduzco que es Vadim, y un retrato de familia con la incorporación de un nuevo bebé.

—Te pareces mucho a tu padre —comento, dirigiéndome a la pequeña cocina abierta de la estancia principal.

—Es posible. Ya no lo recuerdo. Son las únicas fotos que tengo de ellos.

—¿Están…?

—¿Muertos? Sí, hace años. No mucho después de la foto de abajo.

Su voz suena serena, pero oculta un dolor que imagino inmenso.

—¿Y el bebé?

—Mi hermano, no lo conozco.

Vadim regresa con dos tazas humeantes, se sienta en el suelo con la espalda apoyada en el sofá y sigue respondiendo a mis preguntas sin mucho entusiasmo. Voy obteniendo retazos de su pasado, aunque solo los que está dispuesto a revelar: Volodia, su padre, un ruso emigrado a Estados Unidos, muy bien parecido, se convirtió en actor un poco por casualidad. Se enamoró a primera vista de Jane Howard King, una joven actriz estadounidense que estaba empezando a triunfar y que también se enamoró de él por su acento eslavo. Se casaron enseguida porque ella estaba embarazada. Pero su fulgurante carrera y su apasionado amor se vieron truncados tres años más tarde. Ignoro cómo murieron. No me atrevo a preguntar.

Después me explica que lo separaron de su hermano, me habla del típico periplo de los huérfanos como él, de las familias de acogida con las que nunca duró mucho tiempo porque era un niño insoportable. Resultaba imposible quererlo. También me habla de su encuentro con Felix, otro caso perdido al que nadie quería adoptar.

Su educador era un tal Keith Johnson, que siguió sus pasos desde la adolescencia. El único que ha sabido comprenderlos, encauzarlos, el único en quien confían. Y quien los ha sacado de apuros en más de una ocasión.

En su voz hay emoción. Pero no tristeza.

Más bien una rabia contenida, una furia sorda, y también desilusión. Nunca habría dicho que Vadim sería capaz de abrirse así.

Nunca me habría imaginado que alguien podría haber vivido tantas vidas solo en veinte años.

Nunca habría pensado que un día llegaría a descubrir, tras esa actitud tan arrogante, indiferente y provocadora, tantas heridas de la infancia que aún no han cicatrizado.

—Oh, Vadim… lo siento.

—No quiero tu compasión, Alma.

No sé cómo ha sucedido, pero ahora me encuentro tumbada boca abajo con los dedos enredados en los rizos castaños de Vadim, que sigue sentado en el suelo, pero ha echado la cabeza hacia atrás y la tiene apoyada en el canto del sofá. De vez en cuando me mira y me lanza alguna puya, o me repite que no quiere mi compasión.

Lo hago callar tapándole la boca con la mano y él se apresura a mordérmela. No para hacerme daño, sino para desconcertarme. Y lo consigue. Una extraña sensación me recorre todo el cuerpo, como si unas diminutas alas de mariposa revoloteasen por mi vientre. Ya no tengo frío. El contacto de la boca de Vadim en la palma de mi mano me pone la piel de gallina. Sin embargo, dejo que juegue con ella, que la bese, que la mordisquee. Y me dejo deslizar suavemente por el capullo de mi incipiente deseo.

No creo haberme sentido tan bien en toda mi vida.

—¿Vadim?

—¿Mmm?

—No, déjalo.

—Sí, dime.

—Tendremos que ponerle fin a esta noche, ¿no?

—Creo que ya ha amanecido. Ven, vamos a verlo —me susurra, levantándose y cogiéndome de la mano.

Nos acercamos lentamente a la ventana que da a la calle, apartando cada uno un paño de las cortinas que siguen echadas. El día apenas acaba de alzarse. Las farolas nocturnas aún alumbran. Su luz amarilla nos hace entornar los ojos. Con un mismo gesto, ambos soltamos las cortinas a la vez y nos sumimos de nuevo en la reconfortante oscuridad.

—Podríamos hacer como si aún fuera de noche —murmura, cerrando los dedos alrededor de mi mano.

—O podríamos hacer como si yo no fuera Alma Lancaster y tú no fueras Vadim Arcadi.

—¿Y eso en qué cambiaría las cosas?

—Yo no sería tan tímida, tú no serías tan orgulloso y… no sé.

—Sí lo sabes.

—Tal vez uno de los dos debería dar el primer paso.

—Fui yo quien lo dio la primera vez, recuérdalo.

—Pero fue Abrams quien te obligó —rebato con una sonrisa, bajando la mirada.

—No quiero que te sientas obligada ni que seas otra persona distinta de Alma. —Las palabras que acaba de susurrarme impactan en mí con tanta fuerza que se me hace un nudo en el estómago. Me mira como nadie lo había hecho hasta ahora.

Y por fin me atrevo a expresar lo que siento, en lo más profundo de mi ser.

—No quiero a nadie más que a ti, Vadim.

Me pongo de rodillas, movida por no sé qué fuerza sobrenatural y poso mis labios en los suyos. Sin dudarlo. Cierro los ojos y Vadim acerca su mano a mi mejilla y entreabre la boca para besarme como nunca nadie lo había hecho jamás. Nuestras lenguas se entrelazan,

nuestros labios se exploran, se entremezclan con pasión, casi a cámara lenta. Deslizo una vez más mis dedos por su sedoso cabello, su cuerpo se pega al mío y me sujeta la cara con ambas manos. Nuestras bocas se separan para volver a encontrarse con más ganas, como si fueran imanes, como si estuvieran hechas la una para la otra.

Se me va la cabeza, el suelo empieza a dar vueltas bajo mis pies. El tiempo parece haberse detenido al fin. El beso dura una eternidad, ha sido el más dulce, el más loco y el más profundo de los besos.

Deseo que esta noche no acabe nunca.

Prefiero morir antes que dejar de besarlo.

8

A primera hora de la mañana me voy del apartamento de Vadim, y es como si tuvieran que arrancarme de sus brazos. Podría quedarme allí toda la vida. Pero ya ha amanecido y la realidad vuelve a imponerse.

Nunca había sentido algo igual. Ser uno solo, en nuestra propia burbuja. O más bien en un torbellino. Ese beso tan profundo, ese deseo tan potente… Y esa burbuja tan frágil que podría estallar en cualquier momento. Este chico es un imán, una bomba de efecto retardado. Me ha hecho perder la cabeza, el control, todos mis referentes, en cuestión de pocas horas. Y, sobre todo, me ha inducido a dar el primer paso. Yo, Alma, he besado a Vadim Arcadi.

Bailando más que caminando, me paso por casa de Clémentine antes de que comiencen las clases. Llamaré a mis padres, me daré una ducha, cogeré ropa de mi cómplice y le contaré la noche tan surrealista que acabo de vivir.

Es demasiado bonito para ser real… ¿Lo habré soñado?

No obstante, contra todo pronóstico, bajo la deslumbrante luz del día, en la diminuta habitación de estudiante de mi mejor amiga, mi euforia se desinfla como un suflé. De repente me invade una sensación de malestar. No puedo describir con palabras lo que ha pasado, lo que he sentido, y la reacción de Clémentine, que se ha

quedado boquiabierta, hace que empiece a ser consciente de lo que he hecho.

Casi me había olvidado de que tenía novio. No pretendía engañar a Tim. Creo que simplemente no pensé en ello. De pronto siento pánico solo de pensar que yo soy esa chica. No conozco a esta Alma que besa a otro chico, que se pasa toda la noche en vela, que duerme fuera de casa y miente a sus padres. Los pensamientos se agolpan en mi cabeza, me pitan los oídos y las piernas me tiemblan.

—Alma, todo irá bien…

—¿Tú crees?

Tengo miedo. Puede que toda la facultad ya sepa lo que he hecho. Tengo miedo de que me lleven de vuelta a Francia. Miedo de no volver a ver a Vadim. Miedo de mí. De él.

Estaba en una nube y la caída está siendo terrible.

Me obligo a ir al campus, con los tejanos un poco demasiado grandes de Clémentine y su sudadera gris de la universidad, dentro de la cual puedo ocultarme. Mi compañera ha recuperado su habitual sonrisa y su energía tras un *matcha* y lo que quedaba de un paquete de galletas. Me ofrece su brazo y me repite al oído, como si fuera la gurú de una secta, que todo irá bien. Que es genial, que no podría haberme pasado nada mejor. Que es mi propio sueño americano. Aunque más bien sería ruso. Nos unimos a los demás frente al aula del señor Abrams, quien al parecer llega tarde.

Distingo a Vadim entre los estudiantes. Un poco más alto que los demás, guardando las distancias, muy distinto del resto. Nuestras miradas se cruzan, pero no pasa nada. Ni una sonrisa ni un guiño ni una seña. Ni siquiera un imperceptible movimiento de su barbilla apuntando en mi dirección. Nada.

¿Cómo es posible que algo tan ridículo como la palabra «nada» me rompa el corazón de esta manera?

Vadim aparta la mirada y parece estar analizando el horizonte, con el semblante serio y la preocupación reflejada en sus ojos. Su aire misterioso, sombrío, que tan seductor me parecía anoche, ahora me hiere.

Sigo observándolo discretamente, oculta tras Clem, que sabe perfectamente lo que estoy a punto de hacer y tiene la buenísima idea de no impedírmelo. Se limita a mirarme mientras yo tiro como una loca de la manga de su sudadera, esperando que le salgan agujeros de un momento a otro.

Veo que se acerca alguien, posiblemente aquel a quien Vadim buscaba con la mirada. Y comprendo mejor su expresión contrariada cuando reconozco al tipo que él me describió como su educador. Keith, creo que se llama. Un tío muy fornido cuyos músculos parecen a punto de estallar bajo su camiseta blanca. Sin embargo, sus facciones son armoniosas, tiene la mirada amable y camina despacio. Me parece más tranquilizador que intimidante; esboza una media sonrisa, pero Vadim no parece estar de humor. Se saludan con frialdad y empiezan a hablar. Bueno, más bien es Keith quien habla mientras mi compañero de grupo se limita a asentir con la cabeza. Un montón de veces. El educador anota algo en una pequeña libreta que se ha sacado del bolsillo, le da una palmada en el hombro y se marcha.

—Fíjate en ese trasero —comenta entusiasmada Clem, que no ha podido evitar girarse.

Ni hablar en voz alta.

Pero yo no la escucho, pues Vadim viene directo hacia nosotras.

—¿Qué estás mirando?

—Nada. A ti.

Esboza una media sonrisa y se mira las zapatillas.

—¿Estás bien?

—Ya ves. Ayer por la noche no me presenté a una cita con Mamá Keith. Y no está nada contenta. Acaban de echarme la bronca como si yo fuera un chiquillo.

—Lo siento. No lo sabía.

—¿Y cómo ibas a saberlo?

—Tendrías que habérmelo dicho, habríamos podido…

—¿Para qué? En cualquier caso, eso no es asunto tuyo, Lancaster.

Vadim se encoge de hombros. Su frialdad se me clava como un puñal en el corazón. Yo pensaba ingenuamente que la noche de ayer había significado para él tanto como para mí, pero está actuando como si no hubiera pasado nada. Ahora comprendo que él debe de haber vivido lo mismo decenas de veces, con decenas de chicas, y yo solo he caído en la trampa. Yo era su pequeño desafío de aquella velada.

¿Cómo he podido ser tan tonta?

Clémentine percibe mi desconcierto y acude en mi ayuda:

—¿No quieres presentarme a tu… «Míster Mamá»? Espero que tenga otro nombre.

Vadim no le responde. En ese momento llega el señor Abrams, con la chaqueta arrugada bajo el brazo, refunfuñando algo acerca de una plaza de aparcamiento.

—¡Entrad! ¡Deprisa! Y espero que no me hagáis perder el tiempo como esos estúpidos. ¡Procurad mostraros brillantes, hoy!

El señor Abrams nos observa mientras nos sentamos, repicando impaciente en el suelo con el pie, y arremete contra el primer chivo expiatorio que se le pone a tiro. Un blanco ideal.

No, que no le toque a él. Hoy no…

—Arcadi, te agradecemos de todo corazón que nos hayas concedido el privilegio de contar con tu presencia. ¿Hoy no tenías nada mejor que hacer? La verdad es que no quiero saberlo. Espero por vuestro bien que hayáis venido a hablar de vuestro proyecto de cortometraje. Levántate y recoge por el camino a tu compañera. Si ella se cree que puede desaparecer solo con bajar la cabeza…

—En realidad no servirá de nada que nos levantemos —lo interrumpe Vadim—. No hemos encontrado ningún tema.

—¿Nada? ¿Nada de nada? ¿No ha brotado ni una simple chispa de vuestros pobres cerebros juveniles? —le espeta Abrams alzando la voz.

—Bueno, yo tengo mis ideas, ella tiene las suyas. Pero no nos ponemos de acuerdo.

—Escuchad a este pobre joven al que la creatividad le ha dado la espalda. Él es tan distinto que no puede vivir con los demás. Está tan orgulloso de sus ideas que se niega a compartirlas. ¡No eres un artista maldito, Arcadi! ¡Quítatelo de la cabeza! ¡Eres un cliché ambulante y de mente estrecha, estás convencido de que tienes razón y eres incapaz de cuestionarte a ti mismo! Te haces la víctima porque no te atreves a hacer otra cosa.

—¿Qué derecho tienes a decirme todo esto? ¡Deja ya de creerte Dios! —estalla Vadim.

—Solo sé una cosa, Arcadi: no tienes tema porque no tienes nada que contar. ¡Ábrete al mundo, joder! ¡Ábrete a los demás! ¡Lancaster

tiene tanto que enseñarte…! Si al menos le permitieses que lo hiciera… Si te miraras un poco menos el ombligo, verías cuánto puede aportarte ella. ¡Su inteligencia, su mirada, su sutileza! ¡Es alguien muy distinto del personaje estereotipado en que la has encerrado!

Al verse acorralado, mi compañero me lanza una mirada cargada de angustia, a la cual no sé qué responder. Leo en sus ojos que acabo de decepcionarlo.

—Vamos, Alma, repítele tus brillantes ideas —me suelta Vadim.

—Yo… no sé, creo que no eran buenas después de todo.

Me arrepiento de haber balbuceado. De tener tan poca seguridad en mí misma.

—¿Y cómo no iba a ser así? —replica el profesor alzando la voz—. ¡Tú no estás con ella, tú estás contra ella! ¡Aliméntate de su talento, de su mirada, de su inocencia, en lugar de rechazarlos!

Los ojos de Vadim siguen atravesándome. Quisiera reaccionar. Apoyarlo, salir en su defensa. Y en la mía. Oponerme a Abrams, poner fin a su delirio. Pero me quedo paralizada, incapaz de actuar o de hablar.

—¿Tal vez porque ella está conmigo? —susurra Vadim.

Se pasa la mano por el pelo, coge su mochila, atraviesa el aula con su habitual pose orgullosa, casi indiferente, y sale dando un portazo. En la clase reina un silencio sepulcral. Todas las miradas recaen en mí.

Me paso el resto de la clase mirando el suelo y rehuyendo la mirada del profesor, satisfecha de él y compungida por mí. Su pequeña actuación teatral ha logrado que olvidemos su retraso, ha hecho callar a los alumnos. Aunque reconozco que ha demostrado

tener valor al plantarle cara al rebelde indómito de la clase. Al mismo tiempo también me ha humillado a mí con sus elogios exagerados y su favoritismo fuera de lugar. Durante el resto del curso solo seré Alma Lancaster, la niña rica medio francesa, la enchufada, sumisa y sin personalidad. Y peor aún, la joya de la corona de un cuarentón desquiciado. No sé si seré capaz de soportarlo. Y tampoco sé si después de esto Arcadi Vadim volverá a dirigirme la palabra. Para tratar de subirme la moral, Clem me invita a un batido en el Sunset Café, que me da asco solo de mirarlo. No veo llegar a Timothy con tres amigos de baloncesto hasta que Clem me asesta un codazo en las costillas. Casi me caigo del taburete, pero logro recuperar el equilibrio en el último momento, aunque vuelco el vaso sobre la mesa.

La sudadera de mi amiga queda para el arrastre y siento cómo el líquido frío impregna mis tejanos.

Solo quiero irme a casa y acostarme…

Tim acude a socorrerme con un puñado de servilletas de papel y una sonrisa llena de ternura. Se muestra afectuoso, atento, y yo estoy a punto de echarme a llorar. Porque después de lo que he hecho no soporto que me toque, que me consuele, que se compadezca de mi torpeza. Porque él me quiere tal y como soy, mientras que el otro me detesta por todo lo que no soy. Porque siento que la trampa del chico malo se está cerrando sobre mí. Y porque mi novio intenta besarme, pero yo soy incapaz de corresponderle.

Salto de mi asiento y echo a correr, dejando a Tim, Clémentine, Cassius y los demás perplejos en medio de la cafetería. Mi carrera

desenfrenada me conduce directamente allí donde no debería ir. Lo sé, pero nada podría impedirlo.

9

Vadim no está en su casa.

No se ve luz en las ventanas, no responde al timbre ni tampoco se oye ningún ruido tras la puerta de su apartamento.

Recorro la acera, no sé si volver a casa; me lo pienso mejor, cambio de opinión otras diez veces, antes de divisar en la esquina de la calle su esbelta silueta vestida de negro.

La noche empieza a caer, pero lo reconocería aunque fuera plena noche. No está solo, lo acompaña su amigo Felix. Me acerco discretamente, me oculto tras el grueso tronco de un árbol y asomo apenas la cabeza. Tengo la sensación de que en cualquier momento los chicos oirán los latidos de mi corazón, que late a mil por hora en mi pecho.

Vadim le pasa a Felix lo que me parece un fajo de billetes enrollados mientras mira a su alrededor. Se le acerca, le da un abrazo y en el último momento desliza un pequeño paquete en el bolsillo delantero de la sudadera de su colega. Tras lo cual se dirige a la entrada de su edificio mientras yo sigo escondida con el pulso aceleradísimo.

—Serías una pésima policía, Alma Lancaster.

—…

Como si no responder bastase para hacerme invisible…

—Te he visto desde el principio —añade, girándose hacia mí.

—No me estaba escondiendo.

—Ah, entonces ¿¡intentabas trepar por el árbol? Podría haber sido divertido, en vista de tu legendaria destreza —me suelta mientras observa la enorme mancha en mis tejanos—. ¿Qué se te ha caído esta vez?

—¿Acaso te importa?

—Tienes razón. No me importa. No soy yo quien está esperando abajo, frente a mi casa.

Se encoge de hombros y entra en el edificio. Lo persigo escaleras arriba. Ya está en su apartamento cuando llego al rellano. Inspiro profundamente, alzo la mano para llamar a la puerta, pero esta se abre antes de que llegue a tocarla y aparece Vadim con expresión burlona. Su mirada provocadora aún lo hace más guapo. Por un instante estoy tentada de darle un puñetazo. Aunque, siendo honesta, tengo unas ganas locas de besarlo.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, estoy buscando a mi pareja de grupo, Vadim Arcadi. No lo he visto desde esta mañana a primera hora.

—Pues no lo conozco. Debe de haberse equivocado de dirección.

—Verá, es un chico alto, moreno, con el pelo ondulado, siempre se pasa la mano por el cabello cuando se siente incómodo. Un poco como usted ahora.

—No acabo de reconocerlo. ¿Algún rasgo más? —inquiere, metiéndose la mano en el bolsillo.

—Es más bien arrogante, seguro de sí mismo, y no le gusta que le lleven la contraria.

—Entonces debe de ser un gilipollas, ¿no?

—Diría que es muy inteligente, buen conversador, aunque al parecer solo por las noches. Y besa como un dios, pero se transforma en un capullo cuando sale el sol.

Nos desafiamos con la mirada. Él me sondea, yo lo fulmino.

Vadim se abalanza sobre mí, desliza una mano por mi nuca y une sus labios a los míos.

—Eres un…

Mi intento de rebelión fracasa. Se impone su boca. Posa su otra mano en mi cintura y estrecha su cuerpo en tensión contra el mío. Reprimo un escalofrío y me abandono a esa dulce vorágine.

Es demasiado bueno.

Temo desmayarme, pero él se detiene de pronto. Demasiado pronto. Y retrocede hacia el interior de su apartamento.

—Alma, ¿adónde nos lleva esto? Tú y yo somos tan distintos…

—¿No te atreves a dejarme entrar?

Mi audacia lo sorprende. Le gusta. Se aparta y me deja vía libre. Se queda plantado en medio del salón y yo recupero espontáneamente mi plaza en el sofá. Mi taza vacía de ayer sigue en el mismo sitio. No sé por dónde empezar.

Aún siento la calidez de su boca en la mía.

—Vadim, debemos encontrar un modo de poder trabajar juntos.

Obtengo un silencio por toda respuesta.

—En cualquier caso, estamos obligados a encontrar un tema.

—¿Obligados? Yo no le debo nada a Abrams. Y desde luego no pienso darle esa satisfacción.

—Entonces ¿le damos la razón? Tú seguirás siendo el artista maldito que no tiene nada que contar y yo la favorita que se dedicará a halagarlo todo el curso.

—Ah, lo admites por fin…

—Lo que tú quieras. Pero ¿vamos a darle la razón y a dejar que nos humille?

—No pienso volver a poner los pies en esa clase.

—¿Así que huyes a la primera dificultad? ¿Eso no se llama cobardía? ¿Cómo cuando me has ignorado esta mañana?

Él deja escapar un largo suspiro y juguetea con la alfombra empleando la punta del pie.

—¿Por qué haces esto, Vadim? ¿Es que no es importante para ti? ¿No hay nada importante para ti? —le digo con una voz que no esperaba que sonase tan desesperada.

—Tú tienes a tu chico, Alma. Yo solo soy el número dos, ¿no lo recuerdas? Y aunque lo quisiera, no podría ser el número uno. No nos parecemos en nada. No tenemos nada que ofrecernos. Nada que funcione.

—Todo eso no parecía preocuparte cuando me besaste anoche…

—Y tú te fuiste como una ladrona esta mañana. Como si te avergonzaras…

Sus ojos se encuentran con los míos, pero al instante los rehúye.

Él está aquí mismo, muy cerca, y sin embargo parece encontrarse a kilómetros de mí.

—¡Solo fui a casa de Clémentine para cambiarme antes de empezar las clases! ¡Y luego me trataste como si no fuera nadie!

—¡Tú me evitabas, escondida tras tu amiga!

—Solo estaba esperando que dejases de fingir que no me conocías…

—¿No sabías que la gente normal simplemente se da los buenos días?

—¡Tendrías que haber sido tú quien viniera!

—Tú chasqueas los dedos y yo aparezco. ¿Así es cómo funciona? Claro, estás tan acostumbrada a que te sirvan, Lancaster…

—¡Yo fui quien te besó primero!

—Nadie te obligó a hacerlo.

Su imponente cuerpo se queda en suspenso, hasta que por fin se vuelve y me mira.

—¡Deseaba hacerlo! ¿Por qué seguimos llevando un marcador?

—Porque eres una causa perdida de antemano. —Suspira.

—¡Vadim, esto no tiene por qué ser necesariamente un combate!

—Puede que no para ti. Pero eso es lo que he hecho toda mi vida, luchar.

—Pues bien, deja de hacerlo —le susurro, acercando mi mano a su pelo.

—Tú lo ves muy fácil.

Aparta la cabeza para esquivar mi mano.

—Esta mañana, en clase, me he enfrentado yo solo. El profesor me culpó a mí de todo, se ensañó conmigo y tú no moviste ni un dedo.

—Vadim, no sabía qué decir.

—Abrams también te faltó al respeto a ti y no reaccionaste. Todo te da miedo, Alma —murmura, y el corazón se me estremece—. Miedo de mí, miedo de él, incluso miedo de ti misma.

Me esfuerzo por contener las lágrimas… y en reprimir mis ganas de desaparecer.

—Yo también tengo la sensación de estar luchando a todas horas. Contra mí misma. Contra mi timidez, mi emotividad, contra mi educación, que me ha encerrado en esa minúscula jaula de la que se

supone que no debo salir. ¿Crees que es fácil hablar cuando solo te han enseñado a estar callada?

Apoyado en la pared de enfrente, junto a una lámpara de pie que ilumina su oscura silueta, el chico moreno me escucha atentamente. Me observa en silencio, pero no logro descifrar su mirada.

Y eso me asusta. Tengo miedo de que lo nuestro se acabe aquí. Mi coraza se viene abajo; sin sus brazos rodeándome, siento frío.

—¿Sabes, Vadim? Me gustaría haber nacido con tu coraje, tu fuerza, tu audacia. Es lo que más admiro, lo que más me gusta de ti.

—Solo nací con eso.

—Pues enséñame…

Nuestros ojos dialogan en silencio durante largos minutos.

Estoy en vilo, suspendida ante este chico que me obsesiona y el vacío.

—¿Por qué lloras, Alma?

Su voz se vuelve más suave y hace que libere unas palabras que guardaba bajo llave muy adentro.

—¿Sabes? Yo no tengo miedo de ti. Tengo miedo de que me guste esto. Tengo miedo de quererte…

Se me queda mirando, perplejo.

—¿Lo ves, Arcadi? Por ti, soy capaz de atreverme…

Ya no sé si estoy llorando o estoy riendo.

Vadim se pasa la mano por la nuca, se despeina, me mira, duda y por fin se lanza.

—¿Qué voy a hacer contigo, Lancaster?

Una leve sonrisa se dibuja en sus labios.

—A mí también me encantó la noche pasada. Tuve la impresión de vislumbrar a la verdadera Alma. No a la niña de buena familia

que se oculta detrás de su papá. La que me envió a tomar viento la primera vez que hablamos. La que me planta cara. La que rechaza mi cazadora aunque tenga frío. La que nunca está de acuerdo conmigo. La que solo me hace las preguntas adecuadas. La que me besa cuando menos me lo espero, la que comprende lo que los demás no. No quiero que cambies. Solo quiero que seas tú de verdad. Como ayer. Íntegra, libre, sin filtros, sin límites…

No lo dejo terminar.

Me incorporo de un salto del sofá, hundo mis manos en su pelo y pego mi rostro al suyo. Lo beso como la primera vez.

No, esta vez es más intenso.

Lo beso como si mi vida dependiera de ello. Jamás nadie había pintado un retrato de mí como él lo ha hecho. Nadie había visto a esa Alma. No quiero que pronuncie ni una palabra más, solo quiero que me abrace, que me bese, que me toque, que no exista nada más que él y yo en este mundo. Pegarme a él para que ya no volvamos a estar el uno contra el otro.

Vadim masculla algo directamente en mi boca. Me devuelve el beso, me inmoviliza contra la pared y nos dejamos llevar por el torbellino de emociones. De repente ya no me basta con besarlo. La fuerza que nos arrastra vence mi resistencia. Deslizo las manos bajo su camiseta y el contacto con su cálida piel tan suave me electriza. Ya no sé cómo parar. No quiero. Le beso el cuello, me embriago con su olor. Sus manos me acarician las caderas, la cintura, la espalda y cerca de las nalgas; luego vuelven a mi rostro y me apartan el pelo. Se separa de mi boca para mirarme y me susurra, sin aliento:

—Alma…

—No pares.

—¿Estás segura?

—Es la primera vez.

—No tienes que demostrarme nada.

Su voz ronca está teñida de una dulzura que me emociona. De pronto tengo la extraña certeza de que este chico habita en este planeta solo para mí.

—Tengo ganas, Vadim.

—¿Tienes miedo?

Puede que un poco.

—No. Solo tengo ganas de hacerlo. Ganas de ti.

De él.

Nunca había pronunciado esas palabras… Jamás había soñado con algo así. Y, sin embargo, nunca había estado tan segura de mí misma.

Cuando Vadim me besa de nuevo, ya no duda. Emplea gestos lentos, delicados, sensuales pero seguros. Sus dedos recorren mis mejillas, acarician mis labios, descienden por mi cuello, rozan mis pechos a través de la tela, vuelven a ascender, se dirigen a mi vientre y, por fin, se cuelan bajo mi sudadera. Mi piel se estremece al sentir el contacto y sus manos continúan su lenta conquista. Siento cómo exploran la curva de mis caderas, dibujando el contorno de mi columna vertebral. Atraviesan el cuello de mi sudadera y vuelven a emerger para sujetarme la nuca. Me besa con tanto ímpetu que me hace perder el equilibrio. La lentitud de sus caricias es una delicia y una tortura al mismo tiempo.

—¿Quieres que me quite algo?

—Sí, pero no dejes de besarme.

Se saca la camiseta por la cabeza, separándose de mi boca solo un segundo, y vuelve a pegarse a mis labios como un imán. Mis manos se aventuran por su pecho, por su vientre. Su piel es suave, sin vello, como la de un bebé, a excepción de una línea marrón que desciende desde su ombligo y muere tras la cintura de los tejanos. Solo de pensar en ello, me vuelvo loca.

—Ahora te toca a ti, ¿no? —propone, como si me pidiera permiso.

Dejo de besarlo y empiezo a subirme la sudadera para él. Me pierdo en sus ojos grises mientras él asciende siguiendo mis costillas con una parsimonia infinita. Se tumba a mi lado, y al ver que estoy temblando —de frío o de miedo, no sabría decirlo— me envuelve con sus fuertes brazos.

Me aparta el pelo y juega con los tirantes de mi sujetador lila. Los desliza por mis hombros mientras me besa el cuello y las clavículas. Su cálido aliento me pone la piel de gallina. Atrapo sus añorados labios al tiempo que me desabrocha el sujetador sin la menor dificultad empleando dos dedos. La prenda cae a mis pies y siento cómo mis pechos rozan su piel. Es una sensación increíble.

—¿Sigo? —me pregunta en un susurro.

—Tú primero —le respondo, precavida.

—No, los dos a la vez.

Pega su frente a la mía: nuestras narices se tocan, nuestros alientos se mezclan. Empieza a acariciarme las nalgas antes de deslizar la mano entre mis muslos. Siento una oleada de calor.

Desabrocha el primer botón de mis tejanos con los dedos mientras los míos descubren temblorosos el bulto que empieza a crecer en su pantalón. Bajo sin prisas la cremallera al tiempo que él desabrocha el resto de mis botones.

Vadim desaparece de mi campo visual, se agacha y desliza la tela a través de mis piernas. Me encanta cómo me mira; nunca había visto una mirada tan tierna e intensa en una mezcla perfecta de deseo, paciencia, sensualidad y dulzura. Le acaricio con la mano el cabello ondulado y deslizo los dedos por su frente, sus cejas, la línea de su nariz, la curva de los labios, incapaz de apartar la mirada de su rostro. Él acerca la boca a mi vientre, deposita un beso justo por encima de mis bragas y otro en la tela, en el punto donde nace mi deseo.

Todo lo que hace me vuelve loca.

—¿Nos libramos de esto? —sugiere, pasando el dedo por la costura, cerca de mi cadera.

Mi corazón aumenta la intensidad de sus latidos.

—Sí, pero no mires.

—Alma, quiero verlo todo de ti.

Me captura con la mirada y con dedos hábiles desliza mis bragas hasta el suelo.

—No te imaginas hasta qué punto eres preciosa.

Sus palabras me dan alas.

—¿Y tú? Muéstrame algo…

Se incorpora, se quita los tejanos sin pensárselo dos veces y se me queda mirando cómo si me preguntara: «¿Algo más?».

—Esto —señalo, mirando sus bóxers grises.

—¿Qué pasa, es que no te gustan?

Su juguetona pregunta me arranca una sonrisa tímida.

—No me acaban de convencer…

—Pues entonces ayúdame —me reta.

Nuestros dedos se encuentran a la altura de sus caderas, entre la tela y la piel.

Y ahí estamos, desnudos en medio del salón, frente a frente, a unos centímetros el uno del otro. Yo, muy nerviosa; él, totalmente seguro de sí mismo. Lo observo sin perderme detalle: su perfil sólido y esbelto, sus abdominales marcados bajo su piel, que parece seda en la penumbra. Me olvido de que estoy desnuda. Los latidos de mi corazón agitan todo mi cuerpo.

—Ahora estamos en igualdad de condiciones —me susurra para romper el silencio.

—Todo en ti es bonito.

Me abraza con una sonrisa irresistible. Su piel y la mía vuelven a unirse como imanes. Mis manos parten a explorar sus nalgas, firmes y redondeadas, más perfectas de cómo me las había imaginado. Me asalta un cúmulo de sensaciones desconocidas y embriagadoras.

¿Y ahora?

Da el primer paso, Vadim, porque yo no creo que sea capaz.

Como si me hubiera escuchado, este chico que tanto me perturba da un paso más, y luego otro. Mientras yo miro embelesada sus ojos claros, me conduce de espaldas hasta el sofá; una vez allí nos dejamos caer. Nuestras risas nerviosas retumban en el pequeño apartamento silencioso. Vadim hunde su rostro en mi pelo y el gesto me conmueve.

Este chico que nunca le teme a nada, de pronto me parece tímido, casi frágil, y lo abrazo con todas mis fuerzas. Siento por él una mezcla de deseo y ternura tan intensos que me parece cosa de locos.

Es un sentimiento desbordante, mi corazón late con tanta fuerza que casi me duele. Vadim me besa el cuello, sus labios y su lengua trazan curvas abstractas en cada milímetro de mi piel; en el lóbulo de la oreja, en la comisura de los labios, en la garganta, en el pecho, en el nacimiento de los pechos.

La calidez de su aliento sobre los rastros húmedos que ha dejado su boca en mi cuerpo me provocan un estremecimiento. Me sumerjo de nuevo en un dulce sopor mientras acaricio su espalda, su nuca y sus nalgas, que él me descubre guiándome con sus manos. Tumbado encima de mí, recorre las líneas de mi cintura, asciende por mis costados, me masajea los senos con delicadeza y acaricia mis pezones. Cuando se yerguen apuntando hacia él, sigue estimulándolos con la punta de la nariz, antes de acariciarlos con la lengua y envolverlos con sus labios. Yo me enciendo cada vez más con cada beso que desciende por mi vientre, alrededor del ombligo y más abajo todavía.

Ignoraba hasta qué punto el deseo podía desterrar el miedo.

Mi zona íntima experimenta algo parecido al dolor cuando se encuentra por primera vez con la boca de Vadim. Él la roza apenas y me interroga con su penetrante mirada, como si yo no fuera a dar mi consentimiento a todas aquellas deliciosas sensaciones. Por toda respuesta mis dedos juguetean con sus rizos castaños mientras me deleito viendo cómo hunde el rostro entre mis muslos. Su lengua me descubre imaginativos tesoros que me vuelven loca.

Ignoraba que se pudiera hacer todo esto.

Que se pudiera sentir algo así.

Ya no sé lo que hago, dónde estoy, adónde voy. Todo mi cuerpo se tensa, echo la cabeza hacia atrás, arqueo la espalda, mi pelvis

tiembla al ritmo de sus acometidas, mis manos se aferran a su pelo.

Me siento engullida por un torbellino, tengo miedo de caerme, de perder el control. Pero Vadim me sujeta, me abraza y yo me elevo de entre sus dedos, de entre sus labios enloquecidos, floto durante un largo instante y me abandono por completo a ese vértigo.

El chico que acaba de hacerme perder el sentido se tumba de nuevo sobre mí, posa con delicadeza la frente en mi pecho, que aún sube y baja al ritmo de mi respiración jadeante, como si quisiera evitar que mi corazón estallase.

Me rodea la cintura con los brazos, yo le rodeo el cuello con los míos, hundo la nariz en su sedoso cabello, embriagándome con su olor; cierro los ojos para registrar por siempre este recuerdo en mi memoria. Tendidos en el sofá, permanecemos abrazados de este modo un largo instante sin hablar, sin movernos.

No sabía que existiera la felicidad perfecta.

Poco a poco vuelvo a la realidad, pero de pronto me asalta una duda y rompo el silencio.

—¿Y tú?

—¿Yo? —repite con su bonita voz grave.

—No sé si sabré hacerte… eso.

—Yo no te pido nada, Alma.

—Sí, dime. ¿Qué te gustaría?

—Quiero esto, solo esto —me susurra, estrechándome más fuerte contra él.

—Pero yo quiero más. ¡Lo quiero todo! ¡Te quiero a ti! —exclamo abalanzándome sobre él y dándole mil besos en el pecho, en las mejillas, en la boca.

Nos enzarzamos formando una maraña de brazos y piernas hasta que acabamos cayéndonos del sofá con un ruido sordo sobre el frío parquet. Vadim ha puesto la mano bajo mi cabeza y ha amortiguado el golpe con el brazo. La seguridad que me transmite, su forma de protegerme, de pensar primero en mí… no hay nada que me haga sentir mejor. Él me transporta lejos de todos mis miedos y dudas, me atrae inexorablemente hacia sí.

Tomo su rostro entre mis manos, le acerco lentamente los labios y lo beso como si fuera la primera vez. Nuestras lenguas se entrelazan, jamás había saboreado nada tan delicioso. Prolongamos el beso hasta que ya no puedo respirar. Hasta que siento cómo me invade este nuevo deseo.

Noto cómo crece su erección, en contacto con mi muslo, y me sorprendo a mí misma disfrutando de esa sensación. La chispa surge justo ahí, en el bajo vientre, como un dolor apenas perceptible que él puede aliviarme. Mi pelvis se adhiere a la suya, en busca del remedio, y se contonea ligeramente para adaptarse mejor a él. Este contacto, el peso de su cuerpo sobre mí, hace que mi deseo se vuelva aún más violento, más impaciente.

Deslizo temerariamente una mano entre nuestros cuerpos imantados hasta que doy con su miembro. Se tensa, lo rozo con mis dedos y lo rodeo, vuelvo a posar los dedos encima y lo sujeto con delicadeza. No estoy segura de qué debo hacer. Pero a Vadim parece gustarle. Oigo como suspira cerca de mi oído.

—Me vas a volver loco, Alma.

Intento no gemir cuando él me mordisquea el cuello, me chupa el lóbulo de la oreja y contornea con la lengua la línea de mi

mandíbula. Mi cuerpo quiere más. Aunque mi boca no sabe cómo pedírselo.

—Vadim, te deseo. Estoy lista… —jadeo.

Intercambiamos una mirada llena de deseo, de turbación, de urgencia, y entonces él pasa su brazo por encima de mi cabeza.

—Solo tengo que hacer esto.

Coge una cajita que hay sobre un mueble de madera, cerca del sofá, y saca lo que me imagino que debe de ser un preservativo. Observo cómo rasga el envoltorio y se lo pone con una mano. El corazón se me acelera. No puedo esperar más. Vadim me sonríe, adivinando mi impaciencia. Se tumba entre mis piernas al tiempo que las abre y me rodea el rostro con sus manos.

—Dímelo otra vez, Alma.

—Ven.

Sus cálidos labios se fusionan con los míos. Vadim me introduce la lengua al mismo tiempo que su sexo se hunde lentamente en mí. Puedo sentir cómo me invade, milímetro a milímetro. Esta sensación única y vertiginosa me provoca un calor intenso. Tras un leve dolor, ahora solo siento un nuevo placer insospechado.

Toda mi piel vibra. No hay nada mejor en el mundo. Ni nada más importante que su cuerpo moviéndose sobre el mío, que mi cuerpo abandonándose al suyo. Durante unos largos e interminables minutos ya no contengo ningún gemido. Me arqueo, tiemblo, jadeo, y entonces Vadim me abraza y me mira mientras me corro, liberando su placer al mismo tiempo. Una lágrima se desliza por mi mejilla. Él la recoge con sus labios.

Naufrago en sus brazos.

Después, ya no recuerdo nada.

Solo eso.
Vadim Arcadi fundido conmigo. Ambos entrelazados.

10

Durante el pequeño trayecto que separa el apartamento de Vadim de la mansión familiar, apenas tengo tiempo de bajar de mi nube. Me entra el pánico. No solo he pasado la segunda noche seguida fuera de casa y no he avisado a mis padres, mi teléfono se ha quedado sin batería y debe de estar saturado de mensajes histéricos, de pánico; no solo es sábado por la mañana y ni siquiera puedo ocultarme en la universidad para pasar el día, sino que además… lo he hecho. Por primera vez. La más bonita y loca de las primeras veces.

Me siento… distinta.

¿Se me notará a simple vista?

¿Se percatarán de que esta noche Vadim me ha transformado?

¿De que ha hecho que todo cambie?

Me da la impresión de que tengo la boca hinchada de tantos besos. Mi larga melena lisa aún está llena de nudos que no puedo desenredar con los dedos. La última vez que me miré en un pequeño espejo del cuarto de baño tenía los ojos brillantes. Cuando Vadim, todavía con el torso desnudo, tan guapo e insolente, me besaba el cuello para impedir que me marchase.

Ahuyento de mis pensamientos esa imagen y me concentro en el cuarto de hora infernal que voy a pasar.

Posiblemente será el peor de toda mi vida.

Parecer normal. Parecer abatida, agotada, pero normal.

Mierda. Me estoy ruborizando de nuevo. Puedo sentir cómo me arden las orejas. Me concedo unos segundos más para recomponerme antes de introducir la llave en la pesada puerta de la mansión. Georgia, nuestra ama de llaves, me recibe con un abrazo. No sé si es porque está aliviada de verme regresar al fin, o aterrada por todo lo que está a punto de caerme encima.

Mi madre está sentada en los tres pequeños escalones que comunican la entrada con el salón.

En mis dieciocho años de vida nunca había visto a mi madre sentada en una escalera.

Se levanta de un salto y viene hacia mí gritando: «Edward», con voz estridente.

Oigo a mi padre antes de verlo. Suelta improperios y maldice en inglés, como cada vez que está fuera de sí. Su lengua materna brota con una intensidad directamente proporcional a su enfado. En la cascada de palabras que prácticamente me escupe en plena cara mientras me señala con el dedo y se pasea de un lado a otro echándose las manos a la cabeza, distingo algunas expresiones clave: «muertos de preocupación», «totalmente irresponsable», «traicionar nuestra confianza», «asumir tus responsabilidades», «alertar a todo el barrio», «sin dormir en toda la noche», «tu pobre madre», «avisar a la policía» y, para terminar, «darnos explicaciones».

Durante el silencio que sigue aparecen Basile y Lily, que han esperado sensatamente a que amainara el temporal para irrumpir en la escena y presenciar el desenlace del espectáculo. Mi hermano, tenso, con las manos en los bolsillos, se alinea con el bando de los

adultos lanzándome una mirada de reproche. Mi hermana, nerviosa, se muerde el labio.

—Lo siento mucho. De verdad. No quería preocuparos. He pasado la noche con Tim. Sabía que me diríais que no si os pedía permiso.

No me siento orgullosa de mí misma ni de esta falsa coartada, pero no se me ha ocurrido nada mejor.

Se hace el silencio de nuevo. Mi madre se lleva la mano al corazón, Basile alza los ojos al cielo y Lily trata de enviarme un mensaje indescifrable con los suyos. Mi padre permanece imperturbable: mala señal.

—Timothy nos llamó. Ha estado tratando de localizarte toda la noche.

Genial, Alma…

—¿Por qué nos mientes? —estalla mi madre—. Creía que os habíamos inculcado unos valores. A ti, a tu hermano, a tu hermana. ¿Por qué nos haces esto?

Y ahí empieza el chantaje emocional.

—Porque hasta ahora no me había atrevido a decíroslo, pero queréis más a Tim que a mí. Quiero cortar con él y sé que no lo aprobaréis.

—A ver, Alma, esa decisión es cosa tuya —rebate mi madre, indignada por mi acusación.

—¡No, es cosa vuestra! ¡Vosotros me lo presentasteis, me lo impusisteis!

Las lágrimas asoman, muy a mi pesar.

—Darle la vuelta al tema no te salvará de esta —sentencia mi padre con frialdad y determinación—. Y eso no nos aclara dónde

estuviste toda la noche. ¡Di la verdad de una vez!

—¡En casa de Clémentine! ¿Dónde queríais que estuviera? Ella estaba tan deprimida como yo, así que nos pasamos la noche hablando, consolándonos mutuamente. Me aseguró que todo iría bien, que vosotros lo entenderíais.

—Entonces ¿por qué no contestabas al teléfono? ¡Por Dios! —replica mi padre, de nuevo muy cabreado.

—Cariño, ¿esa mala cara que traes es de tanto llorar?

Repentinamente afectuosa, me limpia una lágrima que me corre por la mejilla.

—Entonces ¿qué te pasa? —me pregunta, lanzando un suspiro—. Puedes decírnoslo. ¿Eres… homosexual? ¿Te gustan las chicas, es eso?

Su voz se ha vuelto peligrosamente aguda. Al fondo de la sala, Lily estalla en una carcajada.

—¡Oh, dinos que es verdad, Alma! ¡Es justo lo que le falta a esta familia!

—Eso son estupideces —refunfuña Basile, tan arisco como de costumbre.

—Alma, te querremos tal como eres. ¿No es así, Edward?

Mi padre sigue sin reaccionar.

—Déjalo correr, mamá. No se trata de eso. En absoluto. Y aunque sí lo fuera… Verás, lo que pasa es que… estoy harta de que esperéis tanto de mí. Es demasiado. Me gustaría tomar mis propias decisiones.

—Pues deberías empezar tomando decisiones sensatas, Alma. Prohibido salir durante una semana. Solo irás y volverás de clase, y punto. Ni cafés ni cine, nada. Si Clémentine quiere verte, que venga

aquí. Se acabaron las mentiras. Dormirás en casa TODAS las noches. Y el sábado que viene volveremos a hablar del tema.

Mi padre acaba de dictar sentencia. Me encierro en mi habitación casi con alivio. Mi increíble noche bien valía una semana de castigo. Y las restricciones que me han impuesto no me impedirán ver a Vadim en la facultad. Debo hablar con él. Enciendo el ordenador de mi escritorio y busco en el fondo de mi bolsillo el trocito de papel donde me garabateó el número de su móvil, correo electrónico y su apodo antes de irme de su casa. Abro sesión en el chat de la uni, que usa todo el mundo, pero al que yo casi nunca recurro.

Clémentine es la primera en irrumpir.

Clemy_juicy: Hey, ¿estás ahí? ¿Dónde te habías metido? ¡¿Estabas con él?!

Alma_from_paris: Sí… Gracias por cubrirme las espaldas. Mis padres deben de haberte atosigado. Lo siento…

Clemy_juicy: ¡¿Sabías que han llamado a la poli?! ¡Y no has respondido al móvil en toda la noche! ¡Estaba asustada! ¿Has recibido mis mensajes?

Alma_from_paris: Estoy sin batería. Tengo que cargarlo.

Clemy_juicy: OK, pero después me lo cuentas todo…

Se abre una nueva ventana y parpadea en mi pantalla. Mi corazón late al compás de los parpadeos.

Arcadius: Tienes acceso a internet, luego no te han internado en un convento :)

Alma_from_paris: Aún no. Pero no podré salir este finde. Y tampoco durante la semana, salvo para ir a clase.

Arcadius: OK.

Alma_from_paris: ¿Solo OK?

Arcadius: Sí. Así es la vida.

Pero ¿a qué está jugando?

Alma_from_paris: No sé quién eres, Arcadius, pero pásame a Vadim Arcadi, el de esta noche.

Arcadius: ¿Qué quieres que te diga, Alma?

Alma_from_paris: ¿Qué me echas de menos? ¿Qué estabas preocupado por mí? ¿Qué te preguntas cómo nos las apañaremos para vernos antes de que pasen estos siete interminables días?

Arcadius: Nos veremos el lunes en clase, Alma from Paris.

De pronto me lo imagino con su pose arrogante, detrás de la pantalla. Por encima de todo. Por encima de mí.

Alma_from_paris: ¿Eso es todo?

Arcadius: No, también tengo muchas ganas de ver a Timothy Wallace. Y a tu hermano, dirigiendo el cotarro.

Arcadius: Ah, y a Abrams, me había olvidado de él.

Se me escapa una sonrisa. Quizá no esté tan distinto como parece.

Alma_from_paris: El lunes hablaré con Tim.

Arcadius: Tú no me has prometido nada.

Siento que acaban de estrujar mi estúpido corazón.

Alma_from_paris: Y tú a mí tampoco, ¿no?

Arcadius: Yo no he escrito eso.

Alma_from_paris: Lo has dado a entender tan claro que ya te imagino añadiendo una crucecita a tu lista de conquistas mientras piensas en tu próxima presa.

Arcadius: Entonces es que no has entendido nada. Sigues sin tener ni idea de quién soy.

Alma_from_paris: Dímelo tú…

Arcadius: No, yo no voy acompañado de un manual de instrucciones.

Alma_from_paris: ¡Vadim, esto ya no es un juego! ¿Sabes cuánto he arriesgado para estar contigo? ¿Lo que esta última noche representa para mí?

Se me empañan los ojos. No responde. Debe de estar preparando su pequeña frase mágica o asesina con la que recobrará su libertad. La última fase de su trampa para chicas. En la que he caído como la peor de las idiotas.

Me odio. Lo odio.

Arcadius: Sí, lo sé. E ignoro cómo seré capaz de pasar la próxima noche sin ti.

Mi estúpido corazón estalla.

Alma_from_paris: Entonces ven a mi casa. Si mis padres no me dejan salir, puedes entrar tú. Estarán contentos de conocer a mi compañero de grupo. Podremos trabajar sobre nuestro proyecto en mi habitación. O hacer otra cosa…

Arcadius: No puedes pedirme eso, Lancaster.

Alma_from_paris: ¿Por qué?

Arcadius: Sabes muy bien por qué. Me odiarán en cuanto me vean. Yo no pertenezco a vuestro mundo, ahí no pinto nada.

Alma_from_paris: Pero ese también es mi mundo… Si lo rechazas, ¿qué posibilidad nos queda?

Arcadius: Me interesas tú, Alma. No tu extracción social. Ni vuestra lujosa mansión ni vuestras exigencias ni vuestros modales. Tampoco vuestros criados, que me mirarán con desdén. ¿Y después, qué? ¿Me pedirás que me vista como tu hermano?

Sonrío al imaginarme la escena.

Alma_from_paris: ¡Pues yo sí que me he puesto tu cazadora! Y tú estarías muy guapo con un blazer azul marino…

Arcadi: Ni siquiera sé qué es eso.

Alma_from_paris: ¡Mentiroso! Lo que pasa es que tienes miedo.

Arcadius: Ya lo ves, no eres la única.

Mi mente revive algunas imágenes de la noche anterior y siento mariposas revoloteando en el estómago.

Alma_from_paris: Vadim Arcadi, ¿vendrás o no vendrás a mi casa? Mañana, a las 15 horas. Ya conoces el camino. Se exige ir vestido adecuadamente.

Arcadius: ¿Lo ves? Ya estás empezando a querer cambiarme. Ni hablar.

Alma_from_paris: Retiro lo dicho. ¡Ven sin nada puesto!

Arcadius: Solo si tú también lo haces.

Alma_from_paris: Hasta mañana, Vadim.

Arcadius: Alma, espera…

Alma_from_paris: Si te importo, vendrás.

11

Me desconecto sin esperar su respuesta y me veo ante el ordenador, casi sin aliento de tan emocionada que estoy y de lo audaz que he llegado a ser al desafiarlo así.

Me lo imagino en su estudio, o bien riéndose o bien de morros, mientras deja que sus dedos se pierdan entre los rizos de su pelo.

Sonrío solo de pensar en que volveré a ver cómo lo hace. Tiemblo ante la mera posibilidad de que no se presente, y de pronto caigo en la cuenta de que estoy completamente loca por haber organizado semejante cita.

Mi padre, mi madre, frente a Vadim el rebelde, el maleducado, el incontrolable.

Con su pelo revuelto, su vieja cazadora, sus Adidas gastadas y sin atar del todo, Su pick-up destartalada. Su forma de hablar, siempre provocativa, siempre llevándoles la contraria a los demás. Además de su forma de mirar como si te juzgara sin conocerte, o, aún peor, como si te tuviera calado. Es cierto, seguramente mis padres lo odiarán. Y la comparación con Timothy será terrible.

Vadim los maldecirá y no querrá volver a poner un pie aquí.

Alma Lancaster, maestra en el arte de cavar su propia tumba.

* * *

Este sábado ha sido el más largo de toda mi vida.

Sin embargo, he hecho todo lo posible por ocupar mi jornada y evitar darle demasiadas vueltas al tema. Me he pasado largas horas contándoselo todo a Clémentine —bueno, casi todo—. Les pedí permiso a mis padres y ellos aceptaron la invitación de inmediato, encantados de poder constatar que no me tomaba sus consejos en vano. He ocultado los peluches que aún quedaban en mi habitación y he descolgado algunos pósters de películas que ya no me atrevía a seguir teniendo a la vista. Me he probado distintos conjuntos, desde un vestidito que podría despertar sospechas hasta la sencilla opción de tejanos y camiseta, que realmente son de «domingo en casa».

No obstante, este domingo por la mañana nada sale bien. La sudadera *oversize* me viene demasiado holgada, mi habitación se ve demasiado ordenada, la cama parece demasiado bien hecha, como si estuviera gritando: «Prohibido acercarse». Lily está entusiasmada con esta visita imprevista y me sigue a todas partes sin dejar de sonreír; Basile refunfuña y me dice que no haga ruido, porque él sí tiene que estudiar y, lo más importante ni siquiera sé si mi invitado me hará el honor de presentarse. No tengo la menor noticia de él desde ayer por la noche y no se ha dignado a responder a mis dos mensajes de esta mañana.

Está claro que a Arcadi le gusta hacerse de rogar.

O más bien va a dejarme plantada.

A las 15.05 el timbre me da un sobresalto. Salgo de mi habitación esforzándome por no correr escaleras abajo, pero mi hermana pequeña me alcanza y se me adelanta. Ya me han entrado ganas de matarla.

Georgia le abre la puerta a Vadim. Él responde educadamente y le estrecha la mano, un gusto que nadie le brinda; a ella le ha encantado y a mí me ha enternecido. Algo cohibido, pero con un *look* de infarto —tejanos sin lavar y camiseta negra—, sostiene la chaqueta en la mano. Estoy segura de que se ha esforzado. Aunque no demasiado. Solo lo necesario para que no se note que lo ha hecho.

Antes de que intercambiemos una sola palabra ya me he derretido.

Y cuando alza los ojos hacia mí, me cuesta sostenerle la mirada.

Una vez a su lado, no sé qué hacer, si siquiera se me ocurre cómo debo saludarlo. Posa una mano en mi hombro y ese gesto inesperado me pone de los nervios. Vadim esboza una sonrisita profunda que me desconcierta.

En serio, estoy para que me encierren.

—Alma, ¿crees que todo irá bien?

La voz burlona de mi hermana pequeña me devuelve a la realidad. Arrastro a Vadim hacia el interior de la casa y le presento a Lily, que lo estaba deseando, y le suelta sus mejores chistes. Lo conduzco hasta el salón, donde están mis padres, ocupados en sus cosas y en silencio. Empiezo a hablar en francés, pero enseguida vuelvo al inglés para que mi invitado pueda entender lo que digo.

—Os presento a Vadim Arcadi, trabajamos juntos en el proyecto de un cortometraje para el final del semestre. Para la clase del señor Abrams.

—Buenos días —saluda él sin acercarse.

—Buenos días, joven —responde mi padre, levantándose para estrecharle la mano—. ¿De dónde es originario el nombre Vadim?

—Es eslavo. El diminutivo de Vladimir. Soy de origen ruso por parte de padre.

—Encantada de conocerte —añade mi madre, que también se levanta a saludarlo y así poner fin a la incomodidad del momento—. Entonces, tú también perteneces a una doble cultura. Nosotros cohabitamos con Francia e Inglaterra bajo el mismo techo desde hace treinta años. ¡Y no siempre es fácil!

—Me imagino que debe de ser duro —comenta Vadim en un tono levemente irónico mientras recorre el salón burgués con la mirada.

No ha podido evitarlo. Típico de Arcadi.

Mi padre frunce las cejas, pero cambia expresamente de tema.

—¿Y de qué trata vuestra película?

Ahora intervengo yo, forzándome a sonreír. Y a respirar.

—Eso es lo que vamos a decidir hoy. Tenemos que presentar nuestro tema al señor Abrams esta semana.

—¡Alma nos habla todos los días de su profesor! ¡Debe de ser un hombre brillante para enseñar en esta universidad!

—Creo que, si pudiera escoger, preferiría ser director de cine. O si tuviera el suficiente talento —remata Vadim con insolencia.

En la sala de inmaculadas paredes la tensión entre los dos hombres va en aumento.

—Bueno, al menos ya habéis comprendido algo: el talento no siempre basta para labrarse una gran carrera. Por eso hay que trabajar duro…

—De hecho, vamos a empezar ya —intervengo para atajar la discusión.

—También se pueden crear cosas bellas sin necesidad de aspirar por encima de todo a una «gran» carrera. Ni a una gran casa ni a

una gran fortuna —insiste Vadim, enfatizando tres veces el mismo adjetivo.

Mi padre no está acostumbrado a que cuestionen sus grandes frases y menos aún a que le lleven la contraria. Ahora sus cejas forman una única línea sobre su frente.

—Muchacho, créeme, hay que soñar a lo grande, aunque solo sea para hacer realidad una pequeña parte. Eres joven, idealista, pero puedo asegurarte que ganarte bien la vida no tiene nada de desagradable.

—Y yo le aseguro que todo el mundo no ve la vida así. Pero está en su derecho.

Se queda mirando fijamente a mi padre, quien parece desconcertado, y se encoge de hombros.

Su indiferencia me aterroriza y me fascina a la vez. Mientras que yo me estoy ahogando en un océano de pánico, Vadim ni se inmuta. Nunca. Así que, antes de que la cosa vaya más lejos, le tiro del brazo y me lo llevo hacia la escalera.

—Tenemos trabajo que hacer, ¡ya arreglaréis el mundo en otra ocasión!

Lily se interpone en nuestro camino y me dice: «¡Me encanta!», moviendo los labios, sin articular ningún sonido. Subimos las escaleras en silencio, pasamos por delante de la gran habitación, abierta de par en par, de Basile, que no se digna a levantar la vista de los libros para saludarnos, y nos encerramos en la mía. Por fin solos. Me dejo caer deslizándome por la puerta cerrada, me siento en el suelo y dejo escapar un gemido de frustración.

—No ha ido tan mal, ¿no te parece?

Apoyado en la pared, Vadim me mira satisfecho.

—¿Realmente tenías que restregarles por la cara su casa, sus privilegios y su dinero?

—No soporto a quienes se lamentan cuando lo tienen todo. Y que creen saberlo todo solo porque tienen más que el resto…

—Sí, mi padre es rico. Y todos disfrutamos de ello. ¡Pero él trabaja duro para que así sea! ¿Acaso pretendes que se avergüence?

—Esto no ha sido buena idea, Alma. Debería irme.

—¡Acabas de llegar!

—Sí, y ya tengo ganas de marcharme. No me siento cómodo, no…

—¿Casi los has insultado y quieres que te reciban con los brazos abiertos?

—No, hubiera preferido que me abrazaras tú.

El corazón me da un vuelco.

—¿Es mucho pedir? —musita mientras se deja caer a mi lado, apoyándose en la puerta.

Ya vuelvo a tener el corazón acelerado.

Inclino la cabeza y acerco mis labios a los suyos, pero procuro mantenerlos a un centímetro de su boca.

—Chico malo…

—Chica perfecta…

Siento su aliento cálido, su aroma embriagador, la suave piel de su brazo desnudo en contacto con la mía.

El corazón me va a estallar de un momento a otro.

Nos desafiamos con la mirada, ambos dispuestos a no ceder. Vadim se humedece los labios y logra que baje los ojos hasta la punta de su lengua. Observo su pequeña cicatriz. Nuestras respiraciones se aceleran.

Por fin él rompe el silencio con un murmullo ronco.

—Si me lanzo, no sabes lo que sería capaz de hacerte después…

—Todo lo que quieras.

Vadim se me echa encima, me inmoviliza sobre el parquet y me besa… como un chico malo. Los dos rodamos por el suelo con nuestras bocas unidas como imanes, las lenguas entrelazadas, los cuerpos ardiendo. Este beso arrasa con todo a su paso. Las manos de Vadim se escabullen bajo mi ropa y van al encuentro de mi piel. La parte más íntima de mi piel. Mi habitación de adolescente se convierte en el escenario de una representación que nunca pensé que vería. Ardiente y silenciosa.

Vadim me toca, me acaricia con los dedos y me acalla con su boca. Estoy perdiendo la cabeza.

Mi hermano está justo al otro lado de la pared, mi hermana y mis padres en el piso inferior, todos bajo el mismo techo, pero yo no renunciaría a esto por nada del mundo.

—¡Alma, abre!

Basile está llamando a la puerta de mi cuarto.

El corazón se me sale del pecho. Vadim se incorpora de un salto, me levanta con la fuerza de sus brazos y me empuja hacia la puerta que mi hermano no cesa de golpear. Durante unos segundos recobro el aliento y admiro su sangre fría, su aplomo, su perfecto dominio de la situación.

Todo ello, antes de preguntarme si no estará reaccionando así porque lo han pillado *in fraganti* más de una vez.

Se instala en mi escritorio como si llevara allí todo el día, coge un libro de la asignatura y yo abro por fin la puerta mientras me aliso el

pelo con los dedos. Basile pone cara de estar muy enfadado, tiene el rostro contraído, congestionado.

—Joder, ¿por qué has tardado tanto? ¡Alma, ven a ver esto! ¡Y tú, ahí atrás, no te muevas!

Mi hermano me tira del brazo con violencia.

—¡Eh, con cuidado, que vas a rompérselo! —le grita Vadim a nuestra espalda.

Se levanta y nos sigue hasta la otra habitación. Al cabo de diez segundos los tres estamos frente a la pantalla del ordenador de Basile. En esta hay un correo electrónico con una foto oscura y un poco borrosa.

Pero en la imagen nos reconozco a nosotros perfectamente.

Él, pegado a mí, de pie, ambos medio desnudos, en el apartamento de Vadim, donde estábamos esa noche. Mi primera vez.

Debajo de la imagen, distingo un pie de foto en negrita.

Vigila a tu hermana. Vergüenza para la familia Lancaster.

Apenas me da tiempo a girarme y ver el rostro descompuesto de Vadim. Y el puño de Basile a punto de estrellarse en su cara.

No obstante, soy yo quien está noqueada.

12

—Vadim, ¿estás bien? Basile, ¿Te has vuelto loco o qué?

—Alma, ¡mira! ¿Has visto lo que yo he visto? —grita mi hermano desde el otro extremo de su habitación.

Señala la pantalla de su ordenador con el dedo temblando de rabia.

—¡Pero no tenías por qué pegarle, puto tarado!

—¿Acaban de enviarme una foto de mi hermana medio desnuda y no puedo pegarle? ¡Debería matarlo, ya lo creo! ¡Voy a matarlo!

Basile se abalanza de nuevo sobre Vadim.

Me interpongo como puedo entre los dos chicos de cuerpos fornidos y músculos tensos. Mi hermano mayor está bastante delgado, es alto y está definido, pero su rabia lo convierte en un manojo de nervios difícil de contener. Vadim mide unos centímetros más, tiene los bíceps mucho más desarrollados y es de complexión más ancha, aunque es como si estuviera paralizado. Supongo que por el impacto que le ha causado la imagen, por el golpe que acaban de asestarle o, tal vez, por el debido respeto a un Lancaster estando bajo su techo. Lo ignoro. Pero tengo claro que se está conteniendo. Cuando por fin se decide a sujetar a Basile y a inmovilizarlo, sus voces se mezclan formando un caótico alboroto de insultos y amenazas casi incomprensibles. Tiro con todas mis fuerzas de la camiseta de Vadim, trato de poner mi otra mano en la boca de mi

hermano para hacer que se calle y sigo interponiendo mi cuerpo entre ambos para tratar de separarlos como puedo. Sin embargo, no sirve de nada. Y resulta de lo más ridículo.

Mi padre sube corriendo al primer piso e irrumpe en la habitación, seguido de cerca por una Lily supernerviosa y mi madre jadeante.

—¿A qué vienen todos estos gritos?

—No es nada, señor, solo una pequeña discusión entre su hijo y yo. Ya sabe, la pasión por el cine… —improvisa Vadim. Entretanto, ha soltado a mi hermano y se ha situado discretamente ante el ordenador, que sigue encendido.

—Basile, haz el favor de respetar a nuestro invitado y de hacerte oír con argumentos, en lugar de con gritos propios de una bestia salvaje —lo regaña mi padre.

—¡Vamos, chicos, ya sois demasiado mayores para estas disputas! —tercia mi madre en tono afectuoso.

—¡Nooo! Venga, un poco de acción —exige Lily divertida, mirándolos a ambos.

—No pasa nada, ahora todos bajaremos el tono —les digo, acercándome a Basile.

Le suplico con los ojos que se guarde el secreto para sí. Pongo todo mi amor fraternal en esa mirada, todas las promesas que nos hemos hecho y todos los recuerdos de infancia capaces de comprar su silencio. Mi hermano se endereza el cuello del polo, se alisa la ropa y por fin habla. El corazón está a punto de estallarme.

—Vale, me he dejado llevar. No era para tanto.

Estoy convencida de que no ha aceptado para complacerme ni para protegerme. Se ha sentido vejado por los reproches de mi

padre y ha querido demostrarle que podía comportarse como un adulto. Ser un hombre, uno de verdad. Siempre según el código de los Lancaster: un intelectual con buenos modales y un discurso irrefutable, capaz de controlarse en lugar de rebajarse al nivel de sus adversarios impulsivos y descerebrados. Como Vadim Arcadi. El mismo que acaba de salvarme la vida. Que les dedica una amplia sonrisa a mis padres antes de que estos se esfumen. Y que remata la faena dándole una palmada amistosa en el hombro a Basile.

Aunque no estoy segura de que eso fuera necesario…

—Gracias, Lancaster Junior —le dice con su habitual tono a medio camino entre la falsa gratitud y la auténtica insolencia.

—No lo he hecho por ti, Arcadi. Y ahora, deja de hacerte el listillo y explícate.

—No tengo nada que explicar.

—¿Puedes repetirlo? —le exige mi hermano, enfadado de nuevo.

—De verdad que no tengo una explicación.

—¡Pero ¿esa no era tu casa?!

—Sí.

—¿Y vas a decirme que no sabes cómo pasó?

—Han tomado la foto desde la calle, no dentro de mi piso, Sherlock.

—Yo que tú, cambiaría ese tono, imbécil…

—¿O qué? ¿Me darás otro puñetazo? ¿Llamarás a tu padre para contárselo? ¿O a todos tus colegas para que me den una paliza? No, no puedes airear algo así sobre tu hermana.

—¡Si yo he recibido la foto por mail, es posible que ya esté circulando por todo el campus, estúpido!

Sus palabras me dejan paralizada.

—¿Puedes pensar un instante para variar? Lee el pie de foto. El que te ha enviado esto, va a por ti, zoquete. «Vigila a tu hermana». La cosa no tiene que ver conmigo.

—«Vergüenza para la familia Lancaster», según tú, ¿a quién se refiere? ¿Entiendes el mensaje, Arcadi? La vergüenza es que la vean contigo. Ninguna chica en su sano juicio querría que te relacionaran con ella.

—Yo diría que Alma no piensa lo mismo.

—¿Os habéis percatado de que estoy presente? —intervengo, sarcástica—. Por cierto, ¿habéis terminado ya con vuestra disputa doméstica?

Vadim se ríe sin ganas y Basile me fulmina con la mirada.

—¿Y tú tampoco sabes cómo fuiste a parar a su casa en plena noche? ¿Cómo acabaste medio en pelotas delante de su ventana?

—Eso no es asunto tuyo, Basile.

—¡Al parecer sí lo es! —exclama mi hermano, señalando el ordenador—. ¡Joder! ¿Es que quieres arruinarte la vida?

—No le hables así —masculla Vadim.

—¡Tú cállate!

—¡Basta! ¿Por qué alguno de vosotros dos no intenta averiguar quién ha podido sacar la puñetera foto?

—¿Quién sabía que ibais a estar allí?

—Nadie —asegura Vadim.

—Clémentine lo sabía —lo corrijo al instante—-. Pero ella nunca haría algo así.

Y Felix Alonso estuvo allí poco antes. Pero decirlo en voz alta estando mi hermano presente equivaldría a traicionar a Vadim, de modo que me guardo esa información para mí.

—¿Quién más? —insiste Basile, apretando los dientes.

Vadim me mira fijamente y en ese instante sé que ambos estamos pensando lo mismo. En la misma persona.

—Se hace tarde, tengo que irme —me susurra Vadim.

—¿Qué?

—Te llamo luego, Alma.

Observo cómo coge su cazadora de mi habitación y baja las escaleras a toda prisa. Lo oigo saludar educadamente a Georgia y cerrar la pesada puerta de la mansión.

Ya se ha ido.

* * *

Me paso la noche pendiente del móvil por si me llega alguna señal suya. Dejo que Basile me dé el sermón y se invente escenarios inverosímiles a propósito de la foto robada. Acorto la cena familiar del domingo, después de haber sido asediada a preguntas sobre mi nuevo compañero de clase. Y sobre mis «planes» con Timothy Wallace. Tras lo cual me encierro en mi habitación, oficialmente para repasar las clases, pero en realidad para poder estar sola.

Para reflexionar.

Para rememorar aquella noche inolvidable que pasé en su estudio. Una noche que podría haber sido la más bonita de mi vida de no ser por la foto. Y también para revivir la apresurada partida de Vadim. Ha entrado en mi mundo con estrépito y ha salido de él como un ladrón.

Me siento herida.

Ni siquiera está de mi lado.

Arcadius: Alma, ¿estás ahí?

La ventana parpadea en el centro de mi pantalla cuando me conecto como «anónima» en el correo de la universidad.

Alma_from_paris: No lo sé. En cualquier caso, tú hace mucho que te fuiste.

Mis dedos teclean por libre. Me gustaría que estuviera aquí para tranquilizarme, que volviera y me abrazara. Sin embargo, solo le escribo reproches, solo pienso en cómo se fue, en su cobardía.

Arcadius: Lo mejor que podía hacer era irme.

Alma_from_paris: ¿Lo mejor para quién?

Arcadius: Si llega a pasar un minuto más, habrías pronunciado el nombre de Felix. Y tu hermano habría sido capaz de llamar a la poli.

Alma_from_paris: Estás dispuesto a todo con tal de proteger a tu colega, ¿verdad? ¿Y yo, qué?

Arcadius: No ha sido él, Alma. Te juro que no ha podido ser él.

Alma_from_paris: Solo él lo sabía…

Arcadius: ¿Has oído hablar de la presunción de inocencia? Confío en él, es mi mejor amigo. Casi como un hermano.

Alma_from_paris: ¡Soy yo quien sale en esa foto, Vadim! Yo quien está medio desnuda, mi nombre sale en el mail. Y el de mi hermano, al que también han humillado.

Arcadius: Alma, tenía tantas ganas de que todo saliera perfecto…

Arcadius: Joder, cómo pille al tío que lo ha hecho…

Siento mi corazón más ligero. Todos esos puntos suspensivos dicen mucho y me hacen sentir bien.

Alma_from_paris: Gracias por decírmelo. Al fin lo has hecho.

Arcadius: ¿Alma?

Alma_from_paris: ¿Qué?

Arcadius: No soy el cretino que piensas que soy.

Alma_from_paris: Más te vale.

Arcadius: Encontraremos al cabrón que quiere chantajearnos.

Alma_from_paris: ¿Pondrías la mano en el fuego por Felix?

Arcadius: ¿Qué motivos podría tener para no hacerlo?

Alma_from_paris: Porque no me soporta desde el primer día que me vio. Porque soy una niña de familia rica que representa todo lo que él odia. Porque le estoy quitando a su mejor amigo y tú ya no estarás allí para él si estás conmigo.

Arcadius: ¿Alma?

Alma_from_paris: ¿Vadim?

Arcadius: ¿Estoy contigo?

Mi corazón deja de latir un instante. No pensaba que fuéramos a tener esta conversación «ahora».

Arcadius: ¿Estamos juntos? ¿Qué somos tú y yo?

Alma_from_paris: ¿Tú + Yo?

No se me ha ocurrido nada mejor… y sin embargo sonrío a releer esas pocas letras que acabo de teclear

Arcadius: Tú + Yo + Tim…

Arcadius: Ahí hay alguien de más, ¿no te parece?

Se me hace un nudo en el estómago.

Y si alguien ha actuado con cobardía hasta ahora, esa he sido yo. No quiero hacer sufrir a Tim, no será fácil causarle dolor ni decepcionar a sus padres y a los míos. Pero ha llegado el momento de asumir mi decisión. Esto no puede seguir así.

Alma_from_paris: Creo que ya lo ha entendido, pero quiero hablar con él. Mañana. Te lo prometo.

Alma_from_paris: Vadim, debes creerme, no lo vi venir, no lo calculé, pero… ahora solo somos Tú +Yo.

Mi corazón palpita con fuerza, ahora mismo daría cualquier cosa por tener su rostro enfrente.

Por poder leer la emoción, por mínima que sea, que lo embarga.

Arcadius: Pienso cazar a ese buitre. No permitiré que te haga daño.

Alma_from_paris: ¿Se te ocurre quién podría ser?

Arcadius: Deben de habernos seguido. Quizá por Timothy, que albergaba sospechas y quería salir de dudas. Por uno de sus colegas que quería transmitirme el mensaje de que me mantuviera alejado de ti y te sorprendió allí. O por… Abrams. Piénsalo. Decide echarme la bronca, se presenta en mi casa y se topa contigo. Cree que te estoy apartando de tus estudios, que nuestra relación te está haciendo perder de vista tu objetivo de abrirte camino en el mundo del cine, saca esa foto y se la envía al aguafiestas de tu hermano para que te vuelva a llevar por el buen camino.

Alma_from_paris: Abrams quiere lo mejor para mí, me ha tomado bajo su protección, eso es todo.

Arcadius: O puede que sienta una excesiva fascinación por ti, él también…

Alma_from_paris: ¿Él también?

Arcadius: Bueno, olvida lo que acabo de decir…

Más puntos suspensivos. Y más problemas con mi ritmo cardiaco.

Arcadius: Tengo que irme. Buenas noches, Alma :)

Alma_from_paris: ¡No, espera!

Arcadius: Pensaré en ti…

Ha vuelto a esfumarse.

Vadim se ha desconectado sin darme tiempo a responder, Sin darme tiempo a respirar. A absorber esta última frase.

A reactivar mi corazón, que ha dejado de latir.

13

En la uni, este lunes por la mañana, llego al campus y avanzo pegada a las paredes. Observo las miradas de la gente para comprobar si hay algo distinto en ellas. Un rastro de la foto comprometedora en alguna expresión burlona, suspicaz, reprobatoria, obscena…

Nada.

Salgo en busca de Timothy antes de que empiecen las clases. Deprisa, antes de que alguien le hable de ello, de que prenda el rumor. Quiero ser la primera en decirle, mirándolo a los ojos, que lo nuestro se ha acabado.

Lo encuentro, se lo digo, tiemblo levemente y me disculpo. Tim lo encaja sin pestañear. Su mirada es dura, oscura. Retrocede cuando trato de tocarle el brazo para tranquilizarlo. No ha pronunciado ni una sola palabra desde que empecé el discurso que había repetido en mi cabeza.

Soy yo, no él.

Ganas de libertad, de encontrarme a mí misma. No estoy en el lugar que desearía. Sigamos siendo amigos.

Por fin rompe su silencio y pronuncia la frase que más me temía.

—¿Se trata de Vadim Arcadi?

—Es más complicado que eso, Tim, es…

—No me tomes por idiota, Alma. Según parece, ayer él estuvo en tu casa.

—Sí, es mi compañero de grupo. Nunca te lo he ocultado.

—Me ocultaste que lo habías invitado.

—¿Siento que me asfixio, comprendes? Tú, mi familia; me vigiláis, tengo que dar explicaciones y justificarme a todas horas.

—¡Te vigilo porque haces lo que te da la gana! Faltas a clase, llegas tarde, mientes, duermes no se sabe dónde… Ya ni te vistes como antes. Hasta tu forma de hablar ha cambiado.

—No sé qué decirte, aparte de que lo siento, Tim. No pretendía herirte.

—Déjate de excusas, yo iba a cortar contigo igualmente. ¿Crees que me apetece estar con una chica a la que le importo una mierda, que no me mira, no siente nada y se comporta como tú lo haces? Todo el mundo habla a tus espaldas. ¿Sabes lo que dicen de ti?

—Me trae sin cuidado, Tim. Podéis decir y pensar lo que queráis.

De pronto, la foto me viene a la memoria. Como un *flash* terrible, imposible de olvidar, como si estuviera colgada en forma de gigantesco póster a la entrada de la facultad.

¿Quién lo sabe?

¿Quién la ha visto?

¿Quién la ha hecho?

—Piénsalo bien, Alma. En las consecuencias de tus actos. Para ti, y también para tu familia.

—¿Lo ves? Todos intentáis moldearme, encerrarme dentro de una jaula en la que me ahogo. No importa lo que yo quiera, mis aspiraciones. Vosotros dictáis mi conducta, esperáis que me doblegue, que obedezca, y encima con una sonrisa…

—¡Sí, porque has cambiado desde que vas con él!

—¡Quizá es porque quiero cambiar!

—Escúchame bien, Alma —me advierte él, suavizando el tono de su voz mientras se me acerca y me coge del brazo—. Si me entero de que pasa algo entre vosotros, si llegan a mis oídos cosas que no me gustan…

—Suéltala. —Oigo que dice una voz a mi espalda.

Esa voz. Su voz. Con esa mezcla de indiferencia y autoridad. Grave y suave. Cálida y serena. Una voz que no precisa gritar para que la escuchen.

—¿Y tú qué quieres? —le espeta Tim sin soltarme el brazo.

—Ya te lo he dicho. Suéltala —repite Vadim con serenidad.

—¿Es una amenaza, Arcadi? ¿O prefieres que te eche la mano encima a ti?

—Sí, me parece una buena idea. Podríamos darnos un abrazo.

—O podría desfigurarte para no tener que ver de nuevo tu asquerosa cara rondando por aquí.

—Eso no cambiaría en nada el hecho de que Alma no quiera volver a ver la tuya. Así que vas a ser un buen chico y soltarla. Ahora bien, lo entiendo, colega, cuesta de asimilar que alguien te deje. Especialmente si eres el rey de la uni y debes defender un título. Y cuando tienes un cerebro atrofiado como el tuyo, te entran ganas de darle una paliza a alguien. ¡Pero deberías buscarte un rival que esté a tu altura, para que resulte más divertido!

A Tim se le hincha una vena en la frente y parece que vayan a estallarle los pómulos.

—Ten cuidado, Wallace, estar tan cabreado puede que te perjudique. Te lo digo por tu bien. Por si quieres volver a tener

novia, quiero decir.

Tim se abalanza como un carnero contra su insolente rival y hunde el cráneo en el jersey gris de Vadim, que le hace de escudo.

A mí también me duele el estómago, como si fuera él. Los dos chicos ruedan por el suelo y casi al instante se forma un círculo de curiosos a su alrededor.

Algunos intentan separarlos, más chicas que chicos. Yo también lo intento, pero en vano. Los jugadores de baloncesto gritan frases estúpidas para animar a su capitán mientras yo pienso en qué puedo hacer. Busco a mi alrededor en busca de alguien lo bastante fuerte y que no sea demasiado tonto para separarlos.

La lucha es violenta, pero ellos están demasiado ocupados agarrándose como para poder darse golpes de verdad. Me tranquilizo dentro de lo que cabe al ver que el rostro de Vadim sigue ileso bajo sus mechones castaños. Les grito que se detengan, pero nadie me escucha. Clémentine viene hasta mí corriendo y, una vez a mi lado, abre sus atemorizados ojos de par y me dice al oído:

—Ya sé que es una tontería, pero ¿te has dado cuenta de que están peleándose por ti?

Keith Johnson irrumpe en el círculo, sujeta a Vadim por la cintura, lo levanta del suelo y lo aparta unos cuantos metros. El educador tiene una fuerza descomunal. Clem se queda boquiabierta, pero yo me percato de que Vadim ha dejado de ofrecer resistencia. El pequeño grupo se dispersa tan deprisa como se había formado. Tim se incorpora, ayudado por sus amigos, y lanza un patético: «¡Aún no he acabado contigo, Arcadi!». Me quedo plantada allí un momento junto a mi mejor amiga, lo suficiente como para escuchar retazos de la conversación que están manteniendo un furioso Keith y Vadim,

que se sujeta las costillas, se arregla la ropa y esboza su insoportable media sonrisa.

Su irresistible sonrisa.

—Estás volviendo a ir por el mal camino, Vadim. Y yo no estaré siempre aquí para sacarte de los problemas. ¡Madura! Céntrate en tus estudios y procura que no te expulsen: solo te pido eso. ¡No te conseguí esta beca para nada! Y mantente a distancia de tu supercolega. Me consta que te vuelve a rondar.

Vadim no sonríe. Se pasa la mano por el pelo, como siempre que está nervioso.

—Tengo una cita con otro caso como tú, pero volveré a pasarme a verte mañana. Hablaremos de lo que ha sucedido. Hasta entonces, no te metas en líos.

El chico moreno observa cómo se aleja su educador. Y Clémentine, embelesada, hace lo mismo

—¡Se te cae la baba, D'Aragon!

Vadim se burla de mi amiga al tiempo que se frota la barbilla con el dedo.

—Yo también necesito que él me eduque… ¡Os dejo, aún puedo alcanzarlo!

Me acerco a Vadim y le echo un vistazo a su cara, que no ha sufrido muchos daños.

—No me ha hecho nada. Estoy seguro de que Tim pega tan mal como besa…

—Deja de buscar problemas, Vadim.

—¿Por qué? ¿Acaso no lo has encontrado entretenido?

Su sonrisa de chico malo me hace reír por un instante. Los estudiantes pasan por nuestro lado y nos observan antes de seguir

su camino.

Detesto ser el centro de atención.

—¿Estabais hablando de Felix?

—¿Qué? ¿Quién?

Vadim deja de examinarse los puños enrojecidos y se me queda mirando.

—Keith. ¿Te ha pedido que evites a Felix? ¿Por qué?

—Por nada. Su trabajo consiste en vigilar con quién me relaciono. Quiere cobrar su sueldo a fin de mes, ¿sabes?

—A decir verdad, no sé casi nada de ti, más bien me da la impresión de que me ocultas cosas.

—Oye, ¿no sería mejor que hablásemos de mi aplastante victoria contra un gigante de dos metros, de mi valor y de mis heridas de guerra? ¿De que he salido en tu defensa cual valiente caballero y estás orgullosa de mí o algo por el estilo?

Vadim se ríe, saca pecho en plan teatral, me lanza una mirada desafiante y espera a que le haga un cumplido.

—Llevas el pelo lleno de polvo, se te han roto los tejanos, tienes las manos magulladas, has provocado a Tim a propósito y ahora pretendes cambiar de tema para no responder a mis preguntas…

—Eres un coñazo, Alma Lancaster. Nunca estás contenta. Y yo tengo ganas de besarte.

Al final se saldrá con la suya.

—Aquí no. No si antes no me lo explicas.

—¿Explicarte el qué? Él te agarraba del brazo, y no soporto que los hombres empleen la fuerza contra las mujeres, eso nunca debería suceder.

—¡Explicarme lo de Keith! ¿Qué es lo que teme que puedas hacer con Felix?

—Por cierto, ¿has cortado con él? ¿No habré montado todo esto para nada?

—¡Vadim! —exclamo, presa de la frustración

—¡Alma! —grita él a su vez, parodiándome.

Me arranca una sonrisa. Se me acerca más y me rodea con el brazo. Acerca su rostro al mío, se detiene a un centímetro de mis labios y me susurra:

—Entonces ¿ya está? ¿Somos Tú + Yo?

No cedas… aún no…

—Si vamos a ser Tú + Yo, tendrás que hablar conmigo. A veces tengo la impresión de que no te conozco.

—Todo eso forma parte de mi pasado.

—Los secretos lo destruyen todo.

—Yo nunca cometo el mismo error dos veces.

—Pero ¿qué errores? ¿Qué pasado? Tú me reprochas que pertenezco a mi pequeño mundo, liso y perfecto, pero te niegas a salir del tuyo. O a dejarme entrar en él.

Vadim suspira y da un paso atrás. Le ha cambiado el semblante. Ahora tiene una expresión dura, fría. Puede que más hermosa. Pero a mucha distancia de mí.

—Creo que ya no me apetece besarte.

Y se va. Con paso lento pero decidido. Huye de mí, pero esta vez no lo retengo. He dejado a mi novio por él, él se ha peleado por mí… y ni siquiera hemos llegado a besarnos.

14

Hoy Vadim no ha aparecido por la facultad.

Ni ayer.

Ni anteayer.

No ha respondido ninguna llamada, mensaje de texto o correo electrónico. No se ha conectado en ningún momento al correo de la universidad. Ha desaparecido de la faz de la tierra, sin más.

En clase ni siquiera intento justificar su ausencia ante Abrams o el resto de los profesores. Trato de trabajar por mi cuenta, aunque sin él no hay manera de avanzar en nuestro proyecto.

No estoy de humor para escuchar los cotilleos de Clémentine ni para reírme como en los viejos tiempos. Aun así, acepto ir a tomar un café con ella al Sunset después de clase, solo para no tener que volver a casa tan pronto y enfrentarme a las preguntas de mi padre, que me nota triste; a la paranoia de mi hermano con el asunto de la foto robada, o a la insistencia de mi madre para que coma más de dos bocados en la cena

Lo que más deseo es estar sola. Pero, según mi mejor amiga, salir y mostrarme en público es el mejor modo de demostrarle a Tim que no estoy deprimida tras la ruptura, que mi vida sigue adelante sin él y que sus amenazas no me han achantado. Cuando lo dejé, también perdí a todos sus amigos y a toda la vida social que tenía ocupada mi mente cuando no pensaba en Vadim Arcadi.

—A ver, ¿conoces el método «couem»? —me pregunta mi mejor amiga con una sonrisa.

Pasa su mano por debajo de mi brazo para infundirme valor frente a la puerta del café.

—Solo debes aparentar que estás superfeliz y acabarás creyéndotelo incluso tú.

—Clémentine d'Aragon, te quiero con toda mi alma, pero ni aunque me lo pidas con esos ojos tan bonitos que tienes pienso emplear un método cuyo nombre se parece tanto a «couenne».[1]

—¡Tú hazlo, ya verás! Dime cualquier cosa, lo que sea. Y yo me reiré muy fuerte, para que todos crean que nos lo estamos pasando bomba.

—No.

—¡Vamos, será genial! Entramos, nos reímos como locas, todos se girarán y los contagiaremos con nuestra felicidad.

—Superno.

—Ja, ja, ja. Yo ni siquiera tengo que esforzarme. Resultas tan divertida cuando estás triste. Venga, sentémonos al fondo.

En efecto, nos dedican algunas miradas. Los presentes no es que estén cautivados o envidiosos de nuestro dúo teatral, sino que más bien se muestran incómodos, burlones o directamente despreciativos. Tim ha debido de hacer un buen trabajo.

De pronto, en medio de la pequeña aglomeración que se crea los jueves por la tarde en el Sunset, dos ojos grises y alargados me atraviesan. Ahí están: esos ojos brillantes cuya claridad había olvidado. Esos ojos penetrantes que me envían provocativos destellos. Esos que tanto amo me dan la espalda y se posan en una chica muy guapa que tienen enfrente.

—Oh, el muy buitre, está con otra.

—Ya lo veo.

—No lo mires, Alma, es lo que espera que hagas. ¡Gírate!

—Habla más bajo… ¿Qué está haciendo? ¿Lo ves desde ahí?

—Está hablando con ella y la está haciendo reír.

—¿Se la ve inteligente? ¿Tienen conversación? ¿Qué bebe? ¿Cómo es su risa? Dime que tiene un trocito de algo pegado en los dientes…

—La verdad es que ella es… en fin, tiene… ¿Cómo decirlo?

—Vale, ya lo he pillado, ¿nos vamos?

—De ninguna manera, nunca hay que recular ante el enemigo, y menos si este es rubio, delgado, está bronceado y tiene buen tipo, una cola de caballo alta, labios carnosos, pechos turgentes…

—¿Esta es la segunda parte del «método couenne»? —cuestiono haciendo una mueca…

La camarera nos interrumpe y deja dos vasos sobre la mesa.

—Chicas, os acaba de invitar el tío de allí. El moreno alto. Y también me ha dicho que os dé esto.

Se marcha trotando tras deslizar en la mesa una servilleta de papel doblada por la mitad.

La abro y trato de descifrar las letras negras cuya tinta se ha corrido y empiezo a notar cómo se me acelera el pulso.

—¿Tú lees lo mismo que yo?

—¡Déjame ver! «¿Serías capaz de… no se entiende… luchar… conmigo?». ¿Este tío está loco o qué? ¿Se ha pensado que practicas artes marciales mixtas?

—Luchar «por mí», Clem. Quiere que le demuestre algo. Públicamente.

¿Con que quieres jugar a esto, Vadim Arcadi?

—Te está mirando Alma. ¡Ni se te ocurra darte la vuelta! Bueno, ya lo has hecho, acabas de girarte.

Desde el otro extremo del café, Vadim me lanza una mirada desafiante acompañada de su célebre media sonrisa. Odiosa. Adorable. Me entran ganas de levantarme, ir hasta allí y recordarle que no soy un perro al que le silbas cuando te apetece divertirte. O al que obligas a mear en la pared del vecino para poner a prueba su lealtad.

—Hazlo, Alma. ¡Ve y dile todo lo que piensas de él!

—¿Él me provoca y yo acudo corriendo? Mejor ignorarlo…

—¡Haz lo que te digo! Lástima que el cabrón de Tim no esté aquí para verlo. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

—Sí, creo que lo haré.

—Puedes hacerlo, Lancaster, ¿quién va a impedírtelo?

—¡Voy a hacerlo! ¡Te juro que voy a hacerlo!

—Yo te observaré desde aquí. ¡Toma, pero primero ponte esto!

Clémentine alza una corona imaginaria y me la coloca en la cabeza como si me estuviera armando caballera. Enardecida, cruzo el atestado café con los dos vasos de limonada en las manos. Me concentro para no derramarlos antes de llegar. Me detengo un momento delante de la hermosa rubia que se me queda mirando, perpleja por mi aparición, y puede que algo inquieta por lo que pueda pasar.

—Toma, esto es para ti. Siento lo de tu cita. Yo nunca hago estas cosas. Me pareces guapísima y estoy segura de que tú también tienes algo en mente. Creo que nosotras, las chicas, nunca

deberíamos ser rivales sino siempre solidarias. Ganaríamos en tiempo y en calidad de vida.

Le paso uno de los vasos a modo de disculpa y a continuación me giro hacia Vadim y le arrojo la segunda limonada en la cara.

Con todas mis fuerzas.

—Y esto es para ti, Arcadi. La próxima vez que te apetezca invitarme a una copa, asegúrate de que no le faltas al respeto a la persona que tienes delante. Y la próxima vez que quieras lanzarme un desafío, acuérdate de lo que soy capaz.

Vadim se levanta y extiende sus largos brazos con una sonrisa de sorpresa en la cara. Se le ilumina el rostro empapado y lame las gotas chispeantes que llegan a sus labios mojados. Posa ambas manos en mis mejillas y me da un beso en la boca, allí mismo, en medio del Sunset.

Yo lo dejo hacer, ya lo creo que sí.

Y, por encima de todo, me abandono a ese torbellino de calor, pasión y locura. Tengo que esforzarme para poder escapar de sus labios y susurrarle:

—Ya tardabas, Arcadi.

—Me impresionas, Lancaster.

Me percato de que todo el mundo nos mira y leo en los ojos de Vadim que está orgulloso. Me siento transportada. Trascendida. Y me recuerda lo que acabo de hacer, esa audacia que jamás habría cometido. Pero el valor empieza a abandonarme y noto cómo se me encienden las mejillas.

—Lo siento mucho —me disculpo con la chica, que sigue boquiabierta—. Esto no iba contra ti.

Se limpia sus bonitos brazos morenos con cara de asco, pues han recibido alguna que otra salpicadura.

—¡Vale, no pasa nada! De todos modos, esto ni siquiera era una cita.

—Te invito a algo —añade Vadim—. Para compensar el desliz de Alma. No siempre controla sus gestos.

—¡Los dos estáis como una cabra! Toma, esto es lo que te debía.

Furiosa, la rubia saca de su bolso un pequeño fajo de billetes, lo deja sobre la mesa dando un golpe y gira sobre sus talones. Vadim se lo mete en el bolsillo a toda prisa y mira cómo se aleja mientras se pasa una mano por el pelo.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada.

—Vadim, no empieces de nuevo.

—Nada importante, solo un pequeño asunto entre ella y yo.

—Vale, ¿me lo explicas, o prefieres que me vaya?

—Alma…

Me dirijo directamente hacia Clémentine para coger mis cosas y marcharme. El chico moreno suspira a mi espalda, echa a correr y me alcanza.

—A las ocho de la tarde delante de mi casa. Te llevaré a un restaurante.

—Yo no te he pedido eso. Tus secretos, tus grandes misterios y tus jueguecitos, guárdatelos para otra.

—Si vienes, te lo contaré todo, Alma.

¿Todo?

15

Han pasado diecinueve horas desde que volví a casa. Me queda menos de una hora para encontrar una buena excusa que me permita salir entre semana y no cenar con mis padres.

—¿Cómo van las clases? —me pregunta mi madre para darme conversación.

—¿Tu señor Abrams sigue tan elocuente como siempre? —añade mi padre.

Creo que está algo obsesionado con mi tutor. Al igual que con todos los hombres que osan tener más carisma que él. A Edward Lancaster no le gusta la competencia, aunque, en realidad, la busca. El desafío solo le interesa para demostrar —para demostrarse a sí mismo— que él siempre es el mejor. Por supuesto, le ha transmitido esta peculiaridad a Basile, pero no a sus dos hijas.

Resulta cuanto menos extraño que no hayamos reparado antes en los estragos que ha causado el patriarcado en ambos sexos: los hombres llevan décadas enzarzados en sus guerras de egos mientras que las mujeres se ven reducidas al papel de meros trofeos.

Al final todo el mundo sale perdiendo. No obstante, tanto por Clémentine, como por Lily y por mí misma, espero sinceramente que la nueva generación rompa este círculo vicioso.

Entretanto, esto me ha dado una idea.

—Sí, el señor Abrams es una persona impresionante, lo admiro de verdad —respondo, exagerando un poco—. Por cierto, está buscando un asistente entre sus alumnos y me he ofrecido como voluntaria.

Aún no sé qué voy a hacer con esta mentira, pero al menos me permitirá probar que me esfuerzo con mis estudios, tal como ellos me piden. Y podría ayudarme a justificar ciertas ausencias…

—¡Muy buena iniciativa, hija mía! —me felicita mi padre—. Solo frecuentando a los más grandes subirás los peldaños que te harán estar a la altura de tus ambiciones.

—Nunca había oído hablar de eso, ¡un asistente de profesor!

Basile, al que no había visto entrar en el salón, ya está aquí para complicarme la vida.

—¿Y tú quién eres? ¿El decano de la facultad? Es cierto que vistes como él, pero ¿acaso sabes lo que pasa en todos los cursos?

—No, puedes explicárnoslo, entonces. ¿En qué consiste?

—Deberías dejar el marketing y hacerte poli, Basile —le replico para ganar tiempo—. Tienes un gran futuro como investigador. ¿No prefieres pegarme con un listín telefónico para comprobarlo?

—Aquí nadie pegará a nadie —nos recuerda mi madre, por si acaso—. Pero explícanoslo, Alma.

Toca improvisar…

—Mi asistencia comienza esta noche. Tengo que ir a su casa para clasificar expedientes, ordenar cintas y visionar fragmentos de unas películas que quiere pasarnos mañana.

—¡Vaya, eso sí que va a convertirte en directora! ¿Y también le lavarás la ropa?

—¡Y tú qué sabrás de ropa!

—¡Pero si no eres capaz de plancharte ni una de tus camisas! ¿Ya sabes que el gen femenino de las tareas domésticas no existe? ¡A Georgia le horroriza la idea, solo le pagan para ir todo el día detrás de ti con una sonrisa!

—Ya vale, Olympe de Gouges,[2] relájate. Tú también prefieres trabajar en vez de dedicarte a las tareas domésticas. Y aún no vemos claro qué tiene que ver todo eso con Abrams y el cine.

—Más adelante podré acompañarlo a algunos eventos, pero debo empezar por las pequeñas tareas más ingratas y demostrarle que puedo serle de utilidad. Ayudarlo a preparar las clases, tomar notas cuando propone ideas, hacer todo lo que él no tiene tiempo de hacer.

Me siento cada vez menos creíble y más furiosa conforme sigo justificándome.

—Es un artista; siempre ha de haber alguien trabajando en la sombra para hacer más llevadera la vida de los hombres brillantes —comenta mi madre, sonriéndole a su marido.

—Y aunque solo ejerzas de secretaria, seguro que ganarte su confianza resultará positivo para tu carrera —añade mi padre, ignorando a su esposa.

—Sois desesperantes —suspira Lily—. ¿Acaso os perdisteis el cambio que hubo tras la Edad Media?

—Tranquila, tú llegarás a ser la primera dama y tendrás un hombre a tu servicio para ayudarte a hacer la revolución —le digo a mi hermana, dándole un abrazo.

Basile pone los ojos en blanco y se limita a lanzar un suspiro por toda respuesta. Y mi madre aprovecha la tregua.

—Bien, ¿a qué hora debes irte, Alma? ¿Nos da tiempo a cenar antes? Georgia casi ha terminado de cocinar.

—No, mamá, tengo que estar a las ocho, ya he de empezar a prepararme.

—Ya te llevaré yo con el coche, hermanita. Sé en qué zona del campus vive Abrams.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan servicial? De verdad que no vale la pena… *bro.*

—Sí. Prefiero que me vea allí para recordarle que no puede hacer todo lo que le plazca.

—Como si el señor Abrams tuviera miedo de ti y de tu polo azul marino tan bien planchado…

—Sois muy cansinos, los dos. Ya está, no se hable más del tema —zanja mi padre antes de volver a sus ocupaciones.

Mi hermano está encantado, puedo verlo en su mirada orgullosa y en su sonrisa burlona. Cree que ha logrado hacerme caer en la trampa. Así que tengo unos minutos para hallar la manera de salir de este embrollo.

O le cuento toda la verdad a Basile en el coche y lloro desconsoladamente con la esperanza de que él se preste a seguirme el juego. Lo cual no sucederá nunca.

O les digo a mis padres que la sesión se ha cancelado y a Vadim que no puedo ir. Lo cual tirará por la borda todos mis planes de futuro al menos durante los próximos cincuenta años.

Última opción: le cuento mi chapucero plan al profesor y le ruego que me encubra, en aras de nuestra relación privilegiada o de su amor a la sacrosanta libertad. Sea como sea, estoy acorralada, esta es mi última carta.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano para llamarlo y autoinvitarme a su casa, a riesgo de pasar la mayor vergüenza de mi vida, marco el número que Abrams me había garabateado en un pedacito de papel. Encerrada en mi habitación, escucho los tonos de llamada, que se me hacen eternos. Por fin una voz ronca me responde en el último momento. Procuro hablar muy bajito.

—Buenas noches, señor Abrams, soy Alma Lancaster. No quisiera molestarlo, pero usted me dijo que podía llamarlo… a cualquier hora.

—Has hecho bien —gruñe, y se aclara la garganta—. ¿Qué puedo hacer por ti, Alma?

—Puede que le parezca extraño, pero… No le robaré mucho tiempo. La verdad es que no tengo otra elección, si no, habría hecho otra cosa. En fin, esto… le pido disculpas por adelantado. Necesitaría que me hiciera un favor.

—Por lo que más quieras, ve al grano de una vez.

—Querría pasarme por su casa. Ahora mismo.

—Mmm… ¿Sabes que eso podría acarrearme problemas? ¿Puedo preguntarte por qué?

—Preferiría explicárselo en persona, mejor que por teléfono.

—De acuerdo. Te estaré esperando.

—Ah, y mi hermano también vendrá conmigo. Preferiría que él no se quedara.

—Me tienes intrigado, Alma…

Apenas transcurridos treinta minutos, entro en el antro lleno de humo de Leonard Abrams, que ha pillado mi ruego a la primera, y despacha a Basile sin contemplaciones. A mi abatido hermano acaban de darle con la puerta en las narices.

Mi profesor apaga su cigarrillo en un cenicero lleno hasta el borde y me mira por encima de sus finas gafas de montura metálica. Nunca había reparado en que tiene los ojos azules. Se da un aire a Sean Penn, con su rostro serio, siempre inquieto, las cejas que se le juntan formando una arruga en la frente, sus labios finos en forma de arco descendente, como si todo tuviera mal gusto. Como si la vida entera le diera asco.

Tiene las mejillas hundidas, propias de esos hombres que se alimentan principalmente de tabaco y café. Una ligera barba hirsuta que aún no llega a los tres días y que no está ahí porque le quede bien. Al señor Abrams le importa un bledo ser atractivo. Ni siquiera creo que sea consciente de que lo es. No es muy alto ni muy corpulento, pero ocupa muchísimo espacio solo con estar ahí, sin moverse ni hablar. Su aura ocupa todo el espacio. Sin embargo, no siento la menor incomodidad ni una pizca de flirteo fuera de lugar ni el menor atisbo de relación inapropiada entre nosotros. Me siento empequeñecer cuando me acomodo en el canto del viejo sillón de cuero ocre que acaba de señalarme.

Él está pensativo, en silencio, esperando respuestas, y yo ya no sé qué más inventarme. Solo me queda decirle la verdad.

Aun a riesgo de hacer el ridículo.

—He dicho en casa que tenía que verlo para poder salir esta noche. Tengo una cita a las ocho.

—Pues ya vas con retraso.

—Lo sé. Podrá soportarlo.

—¿Te está esperando Vadim Arcadi?

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sabía. Ahora, sí. ¿Qué has contado para justificar que pasarías la noche aquí? ¿Voy a tener problemas?

—¡No! ¡Por supuesto que no! Bueno, eso espero. Usted buscaba un estudiante que le hiciera de asistente y yo me ofrecí, eso es todo.

—¡Es una idea excelente!

—¿Disculpe?

—Nunca se me había ocurrido algo así. Estás contratada.

—Pero, señor Abrams, yo…

—Me imagino que no será la última vez que me utilices de coartada. Te aconsejo que aceptes.

—¿Y qué tendría que hacer? —le pregunto algo inquieta.

—Aún no lo sé. Ayudarme. En la vida uno no llega a nada por sí solo. Por fin lo has comprendido. Dale las buenas tardes a Arcadi.

—Entonces ¿puedo ir?

—Espera. ¡Hitch, ven aquí! Que lo decida él.

¿Hitch?

—Si se tumba a tus pies, estás contratada.

Una especie de salchicha regordeta con las patas muy cortas entra en la sala avanzando con increíble lentitud y arrastrando sus largas orejas por el suelo. Olisquea mis cordones y los bajos de mi pantalón, me mira con ojos tristes y párpados caídos, suelta una especie de gruñido y se tumba cuan largo es, como si acabara de hacer el mayor esfuerzo de su vida. Su cabeza de pelaje brillante, con manchas marrones y blancas, descansa pesadamente sobre mi zapato. Se duerme casi al instante.

El perro se funde a la perfección con el entorno: los mismos colores que el mobiliario, las mismas facciones de aspecto siniestro

que su amo, la misma voz ronca y grave, el mismo hastío ante la vida y la misma forma de imponerse.

—Te presento a Hitchcock, es un basset hound. No ama especialmente a los humanos, pero yo lo quiero más que a mi propio hijo. Desde hace diez años él es mi fiel asistente. Pero ya le toca descansar un poco. Vamos, vete, pero no lo despiertes. Hasta mañana, Alma.

16

Ya ha anochecido cuando por fin llego a casa de Vadim, jadeante y confusa. Le he enviado un mensaje avisándole de que me retrasaría, pero no me ha dicho que no estaría solo. Me encuentro a su amigo Felix, plantado frente a él, en la acera que bordea su edificio. Alzando la voz, visiblemente alterado, este último hace aspavientos con los brazos ante Vadim, que se muestra imperturbable, apoyado en el muro que linda con el portal de su casa.

Me acerco lentamente con la esperanza de que Vadim me vea antes de que necesite anunciarme. Pero el exaltado de turno me ve primero y suspende el espectáculo de golpe.

—¡Vaya, ya está aquí la aristócrata, te has tomado tu tiempo!

—Hola, «mejor amigo», ¿me estabas esperando?

No estoy segura de que le guste que le siga el juego empleando apelativos estúpidos.

—No, no me gustan las princesitas que se hacen esperar.

—Haces bien en rebajar tus expectativas, Felix. Cada cual debe desenvolverse según su categoría.

Me vuelvo hacia Vadim y lo sorprendo riéndose entre dientes.

—Lamento el retraso. Podemos irnos cuando quieras.

—Creía que íbamos a ir a una discoteca, pero él me ha dicho que iríamos a un restaurante. A mí ya me vale —continúa el graciosillo.

—Felix, repite conmigo —le dice Vadim, lanzando un suspiro—: «Voy a dejar de ser un pesado y me iré a casa tranquilamente».

—Vale, tío. Te esperaré en el Rooftop si se te tuerce la noche con la señorita. Por si te apetece que te consuelen.

—Creo que estaré bien, Fe. No te preocupes por mí.

—¿Quieres que te esperemos en el restaurante? Ya sabes, en caso de que te echen de la discoteca por… eso.

Señalo su vestimenta con un amplio gesto de mi mano.

Indignado por mi contraataque, Felix esboza una sonrisa amarga.

—Bueno, creo que ahora que ya están hechas las presentaciones, podemos irnos —propone Vadim, divertido con nuestro duelo verbal.

—Llévala a un McDonalds, tío, ella no se merece que tires la casa por la ventana.

—Ah, sí, ahí seguro que te dejan entrar —replico.

—Oye, Vadim, ¿a los niños de familia bien no suelen enseñarles buenos modales?

—¿Y a ti, Felix, no te han enseñado a hablarle a la gente directamente cuando estás en la calle?

—Sí, pero no estoy seguro de que me entiendas, si no está aquí tu papaíto querido para explicarte…

Le dedico un corte de mangas.

—Muy bien, veo que vais progresando —comenta Vadim con ironía—. ¡Un par de horas más hablando así y acabaréis siendo amigos para siempre!

—No, gracias, me largo. ¿Tienes algo para mí, colega?

Vadim mete la mano en el bolsillo de atrás de sus tejanos, saca un pequeño fajo de dólares arrugados y se lo pasa a Felix sin el menor disimulo.

Esto sigue sin gustarme, pero prefiero que no me lo oculte.

Por fin estamos solos. Vadim me pasa el brazo alrededor del hombro, me atrae hacia sí y me guía calle abajo. Cuando llevamos un trecho recorrido, me susurra que no le haga ninguna pregunta hasta que hayamos llegado a su restaurante favorito. Y que mantenga el lugar en secreto. Solo para nosotros.

Me encanta que me abra una pequeña puerta de su jardín secreto. Me hace feliz. Para poder sentirlo un poco más cerca de mí, pongo la excusa de que quiero comprobar si lleva más dinero oculto y deslizo la mano por su bolsillo trasero. Sonríe, él también parece feliz.

En la pequeña sala iluminada con luz tenue y casi desierta pedimos dos hamburguesas mientras suena la voz de Billie Eilish de fondo. El ambiente es íntimo, relajante. Vadim está arrebatador con su camiseta beige; él, que me tiene acostumbrada a verlo siempre de negro. Podría permanecer horas y horas aquí, sin comer, sin hablar, perdida en sus ojos de un azul grisáceo.

Desearía que solo existiera esto: Tú + Yo. Este vínculo tan evidente, tan preciado. Y tan frágil. Que siga mirándome así, haciéndome reír, bromeando, seduciéndome, confundiéndome. De pronto ya no me apetece nada escuchar sus explicaciones. Podrían estropearlo todo.

Comemos picoteando el uno del plato del otro, yo le quito los cubitos de hielo y él me quita el kétchup a modo de prenda. Comentamos la música, la decoración, las patatas fritas demasiado saladas, el brownie poco horneado, la última serie que hemos visto… Tal y como haría una pareja normal.

Sin embargo, en un momento dado, la mirada de Vadim cambia y se ensombrece.

—¿Estás preparada para escucharlo todo?

—Eso creo…

—Has sido tú quien me lo ha pedido, Alma.

—Lo sé…

—Tenías más conversación cuando estaba Felix —me susurra con ironía—. ¿Quieres que lo llame?

—Muy gracioso…

Se recuesta en el respaldo de la silla y se me queda mirando. El tiempo suficiente como para que las mariposas empiecen a revolotear en lo más hondo de mi estómago.

—Estoy dispuesto a contártelo todo, o casi todo. Pero con la condición de que no me juzgues. De que no intentes hacerme cambiar de vida. De que no me mires con miedo, como hiciste la primera vez que te hablé…

—Esta noche no tengo miedo, y tampoco lo tenía la primera vez.

—Mentirosa. —Su media sonrisa me irrita lo justo.

—Eres tú quien tiene miedo, Vadim, le estás dando vueltas al tema, ¡haces lo que puedes para demorar este momento!

—No quiero que salgas corriendo después de esto…

—No pienso irme a ninguna parte. Salvo si me mientes. O si has matado a alguien

—¿Cómo, entonces no piensas ayudarme a enterrar el cadáver? Lancaster, te hacía más dura…

Su voz grave, su mirada juguetona, la forma en que se pasa la mano por el pelo, todo ello me confunde y empiezo a decir cosas sin sentido.

—No. Sí. Tal vez…

—No he matado a nadie, Alma.

—Deja de tomarme el pelo y habla de una vez, Arcadi.

Asiente en silencio.

—Keith me consiguió una beca para que pudiera entrar en la facultad de Cine. Hago algún trabajillo para pagar el alquiler de mi apartamento, así lo acordamos.

—¿Por qué no te buscaste una habitación de estudiante en la uni?

—Porque no quiero estar bajo vigilancia las veinticuatro horas del día. Necesito mi independencia. Casi siempre he estado solo. Me cuesta mucho vivir en comunidad.

—Vale, hasta aquí todo en orden, no hay cadáver…

—Pero está Felix. Es mi compañero de fatigas. Hemos pasado la infancia en los mismos centros de acogida, nos han separado, nos hemos vuelto a encontrar. No siempre hemos hecho cosas buenas, pero siempre me ha ayudado. Estoy en deuda con él y no puedo dejarlo tirado.

—¿Necesita dinero?

—No tiene nada, Alma.

Aunque Vadim habla casi en susurros, por el tono de su voz noto que está emocionado.

—¿Por qué no vive contigo?

—Keith se niega. No quiere que volvamos a las andadas, que nos hundamos los dos. Forma parte del trato.

—¿Por qué no trabaja?

—Tiene antecedentes penales y eso lo hace todo más complicado. Si no has nacido en el seno de una buena familia, tu

jodido pasado te persigue para siempre…

Ahoga la injusticia que lo subleva con un trago de su refresco.

—¿Y de qué va eso del tráfico?

—Tengo otro tipo de curro —admite—. En el campus. Cobro por hacerles las tareas a otros estudiantes. Son chavales de familias ricas, como tú.

Su ataque gratuito me provoca una carcajada.

—¡Yo siempre hago sola mis deberes!

—Digamos que se trata de ricachones a los que no les apetece trabajar. O de unos imbéciles que necesitan mejorar sus notas para poder jugar al jóquey, al fútbol americano… o al baloncesto.

—No sé a quién puedes referirte…

Mi mentira le hace sonreír.

—En resumen, me dan el tema, les escribo un trabajo, ellos sacan un sobresaliente y yo mi dinero, eso es todo.

—¿Cuánto?

—Depende de la asignatura.

—¿Mucho?

—Solo lo que Felix necesita para vivir. Y algo que me quedo yo para poder invitarte al restaurante.

No sé si debo reírme… o avergonzarme. Vadim me desarma con la mirada. Sus ojos son tan intensos… La expresión de su rostro posee algo especial que soy incapaz de descifrar.

—Ya sabes que yo no tengo dinero. Bueno, mis padres sí. Pero podría pagar sin problemas esta cena.

—De eso nada.

—Entonces podría ayudarte con lo otro. Bastaría con que te diera el dinero de mi asignación mensual. Y ya no necesitarías hacer esto.

—Alma, para. Esto es precisamente lo que quería evitar… Nunca le he pedido nada a nadie, jamás he aceptado un dinero que no me haya ganado. Me las apaño la mar de bien solo. Y no quiero deberle nada a nadie.

A nadie.

—¿Vadim?

—¿Mmm?

—A ver, entonces yo no soy nadie, ¿es eso?

Desvía la mirada e intuyo que no obtendré una respuesta a esa pregunta. El corazón se me encoge un poco.

—No quiero que te suceda nada. ¿Qué pasaría si te pillaran?

—Eso no pasará —me susurra—. A nadie le interesa que esto se sepa. Ni a ellos ni a mí.

—Estás tan seguro de ti mismo…

—¿Acaso tengo elección? Alma, ya sé que no te gusta, pero no hago daño a nadie. Le saco partido a la única cosa que sé hacer: pensar. Escribo las tareas, gano algo de dinero, se lo doy a alguien que lo necesita. ¡Uno no va a la cárcel por eso!

Me esfuerzo en no caer en la trampa, pero esta ya se está cerrando sobre mí.

La trampa se llama Vadim Arcadi.

Su historia, su pasado, su valentía, su libertad, su entrega a las pocas personas que le importan, su mente ágil y brillante de la que ni siquiera presume. En la facultad nadie sabe que él es capaz de sacar unas notas tan buenas solo con chasquear los dedos. Podría ser un estúpido delincuente de poca monta, un ladrón o un traficante con el mero objetivo de hacerse rico. Pero él emplea su inteligencia en ayudar a su amigo.

Si esto fuera el guion de una película, con lo sensible que soy, ya estaría llorando ante la pantalla, amparada por la oscuridad de la sala.

Si fuera cine, no tendría miedo: lo seguiría hasta el fin del mundo, lo apoyaría, él me protegería, él sería mi Clyde y yo su Bonnie.

Si no fuera la vida real…

Posa su mano sobre la mía con delicadeza. Esta demostración de ternura me sorprende.

—¿En qué piensas, Alma?

—En nada. Bueno, sí, en todo esto.

—No puedo evitar que tu cabecita esté inquieta. Pero, Alma… me matarías si te compadecieras de mí.

Acaba de susurrar esas palabras con apenas un hilo de voz, tanto que apenas las he escuchado. Pero leo en su mirada que no miente.

—No poseo gran cosa, pero aún tengo mi orgullo.

—Vadim…

—Nunca aceptaré tu dinero ni el de los Lancaster —insiste—. Pero puedes pedir otro postre, ¡el más caro de la carta! Aquí tienen unas tartas de queso que está para chuparse los dedos.

Respondo a su sonrisa de fanfarrón con un gruñido.

—Lo compartimos entonces, ya no tengo mucha hambre.

—Vale, pero te lo advierto: no pienso darte de comer con mi cucharilla como hacen todas esas insufribles parejas que se creen románticas.

—Pues a mí esta cena me ha parecido muy romántica. Le contaré a Felix que te has pasado una hora haciéndome confidencias mientras me acariciabas la mano…

El chico moreno se ríe, y a continuación me mira fijamente de ese modo que tanto me perturba. Las mariposas se están despertando bajo mi piel.

—No te estoy acariciando la mano, te la estoy calentando. No es culpa mía que siempre tengas frío…

Esa sonrisa…

—No es culpa mía que seas un chico al que le encanta acariciar, cariñoso, aunque no lo reconozca.

—Es el efecto Alma Lancaster. No se puede luchar contra ello.

Acaba de confesar, sin decirlo abiertamente, que no es del todo él mismo cuando está conmigo. No me lo puedo creer.

—Además, tengo una cosa para ti. Más romántica, imposible…

—Para, que me das miedo.

—Supongo que ya debes de tener todos los perfumes del mundo, o que podrías tenerlos todos si quisieras, pero este es un poco especial.

Deja un paquetito sobre la mesa, junto a mi mano. Lo cojo con cuidado y lo desenvuelvo como si nunca hubiera tenido nada tan preciado entre las manos. El pequeño frasco dorado que ocultaba en su interior cabe en la palma de mi mano. Lo destapo y sonrío al aspirar su aroma.

—Es esencia de azahar, tu fragancia preferida, ¿no es así?

—Sí.

—Huele tan bien… —Dejo escapar un gemido tras ponerme una gota detrás de la oreja—. Gracias. Yo… no sé qué decir.

—Pues yo me contentaría con un beso…

El chico moreno me ofrece la mejilla.

Acerco los labios a su piel suave, pero en el último momento Vadim gira la cabeza y me roba un beso. Se apodera de mi boca. Retrocedo, sorprendida. Me sonríe, espera a que me acerque de nuevo y me pasa la mano por detrás de la nuca para besarme mejor.

Creo que estaba esperando este beso durante toda la cena.

Su lengua tiene un sabor dulce cuando acaricia la mía hasta hacerme perder el equilibrio.

—¿Nos vamos, Chanel?

—Arcadi, como vuelvas a llamarme así, aunque sea una sola vez, le pego fuego a tu pick-up.

—Pues entonces haz algo por mí.

—¿Qué quieres?

Recorre el salón del restaurante con la mirada y la chispa de un nuevo desafío ilumina sus ojos grises.

—Vadim…

—¿Te atreverías a irte sin pagar? —me susurra, acercándose más.

—¡No! ¡Ni hablar! ¡Joder, que no somos ladrones!

—¿Te atreves o no, Lancaster?

Sus brillantes pupilas me lanzan destellos. Tengo la sensación de estar jugándome la vida. Si me niego, lo pierdo. Si abandono, estaría renunciando a esta nueva libertad que él me ofrece. Odio la idea de ser tan influenciable, pero no puedo decirle que no. Mi excitación crece por momentos.

—¿Cuál es el plan? —le susurro—. ¡Nunca había hecho algo así!

—A la de tres, nos vamos. Te levantas tranquilamente, te diriges a la puerta como si acabáramos de pagar la cuenta. No mires a nadie, no me hables, no te vuelvas; yo estaré justo detrás de ti.

—¿Y después?

—Ya lo verás.

Ya lo veré.

—¿Preparada? Uno, dos, tres…

Sigo las instrucciones, con un nudo en el estómago, el corazón desbocado…, pero viva. Cruzamos el umbral del restaurante, Vadim me coge de la mano y grita:

—¡Corre, Alma, corre! ¡Lo más rápido que puedas! ¡Corre! ¡No pares!

Corremos por la acera cogidos de la mano, riéndonos como locos. Siento un subidón de adrenalina, una explosión de amor. Nunca había experimentado nada igual. Seguimos nuestra alocada carrera en dirección a mi casa.

El corazón me va a estallar de un momento a otro, pero Vadim no me suelta ni un instante.

Cuando ya estamos llegando a mi casa, por fin aminora el ritmo, me levanta del suelo y me hace volar entre sus brazos. No puedo parar de reír. Y entonces, sin darme tiempo a recobrar el aliento, se lanza.

Nuestras risas jadeantes se funden en un profundo, apasionado y maravilloso beso.

¿Alguna vez había sido tan feliz?

Me fallan las piernas y estoy a punto de caerme de espaldas, arrastrando a Vadim conmigo. Él me sujeta como puede y me empuja contra la verja. Alcanzo su boca, pega su cuerpo al mío y en lo más secreto de la noche ambos ardemos, nos consumimos hasta perder la razón. Bajo el cielo estrellado me besa, lo beso, y ya no existe nada más.

Vadim se detiene de pronto, consciente de que estamos a punto de perder el control y oculta su rostro en mi cuello mientras recobra la compostura.

—Ese perfume… Ha sido una locura regalártelo. Me hace perder la razón. Está hecho para ti.

—Tú. Tú sí que estás hecho para mí.

Vadim suspira, apoya su frente en la mía, desliza las manos por mi espalda y las cruza a la altura de mi cintura.

—Alma, prométeme que no dirás nada. Lo que te he confesado esta noche y todo lo demás. Lo de Keith, lo de Felix, que mis padres están muertos. Nadie debe saberlo.

—Nunca. Te lo prometo.

Nos abrazamos una última vez y finalmente nos separamos, despegándonos a regañadientes el uno del otro en medio de la maldita acera.

La frontera entre nuestros dos mundos.

Antes de entrar en casa lo veo alejarse por la calle iluminada. Entonces reparo en Basile, que está asomado a la ventana del salón. Nuestras miradas se cruzan. La suya no expresa nada, es fría e impenetrable. No sé cuánto tiempo lleva allí mi hermano.

Pero esta noche no puede pasarme nada.

Estoy bajo el efecto Vadim Arcadi.

17

Este viernes por la mañana llego a la facultad con el corazón ligero. Mi mente está en estado de ebullición y mis piernas se pondrían a bailar si no las obligase a caminar con normalidad. Tengo unas ganas locas de proclamar mi felicidad a los cuatro vientos.

Observo que se ha formado una pequeña aglomeración frente a uno de los edificios. Entre la multitud distingo a Clémentine llevándose una mano a la boca, como si acabara de ver a un fantasma —o estuviera a punto de vomitar el desayuno—. Timothy también está allí, rodeado de su séquito de jugadores de baloncesto. Todos se ríen a carcajada limpia y se dan puñetazos en el hombro, como si no pudieran contener la emoción. Intento acercarme y me abro paso entre la masa de estudiantes para averiguar qué es lo que les llama tanto la atención.

Unos descomunales grafitis que aún chorrean pintura adornan la pared gris.

En el primero que logro descifrar pone: «Arcadi: no tiene familia». Leerlo me produce el efecto de un gancho en el estómago. A continuación, me topo con otro mensaje: «Bastardo ruso busca padres». Le pido a un completo desconocido que está a mi lado que se aparte para poder leer el resto. Cada palabra cruel e insulto me duele más que el anterior. «Pelagatos», «Expósito», «Hijo de nadie», «Vuélvete a tu tierra».

Vadim no se merece esto.

Nadie se merece esto.

Se me nublan los ojos. Conmocionada por lo que acabo de leer, no lo veo llegar, empujando a cuantos se cruzan en su camino. Vadim estrella el puño contra la pared de hormigón, pero no parece sentir el menor dolor. Se pasa una y otra vez la mano magullada por el pelo en desorden, y grita: «¡¿Esto es lo que queréis?!» una y otra vez. Cuando por fin su mirada extraviada se cruza con la mía, se abalanza derecho hacia mí y me señala con su índice ensangrentado.

—¿Has sido tú? —masculla con el rostro desencajado—. ¿Tú se lo has dicho, Alma? ¡Confiaba en ti! ¿Cómo he podido ser tan estúpido?

Vadim no me da tiempo a responder. Ya se ha ido. Corro algunos metros tratando de alcanzarlo, pero me aparta el brazo cuando logro tocarlo y me fulmina con sus ojos grises, que ahora se han vuelto demasiado oscuros. Me quedo clavada en el suelo, paralizada.

Todos han presenciado la escena. Clémentine llega hasta donde estoy y me abraza, como si quisiera protegerme de las habladurías de la gente. Tim también se acerca, rodeado en todo momento de sus lacayos con camiseta de básquet.

—Ay… Te lo advertí, Alma. Esto es lo que pasa cuando te juntas con chicos malos.

Finge que se compadece de mí, pero en realidad está exultante.

—Déjalo correr, Wallace, y llévate a tus chuchos a pasear a otra parte —le espeta Clem, más lanzada que nunca.

Mi mejor amiga me aleja de los jugadores que siguen regodeándose. Nos dirigimos a los aseos y, una vez allí, dejo que

corran las lágrimas, que mi más valiosa aliada se encarga de enjugar al instante.

¿Qué sería de mí sin ella?

Vadim no responde a ninguna de mis llamadas, y me estoy planteando saltarme las clases e ir a buscarlo. Clem me convence de que asista a la de Abrams para evitar mayores problemas.

—¡Sentaos! ¡Estamos perdiendo el tiempo! ¿Qué os pasa esta mañana? ¿No estaréis así por esos tres grafitis mal escritos? A los listillos que lo han hecho, en caso de que estén presentes en este momento, o de que alguno de vosotros los conozca, les sugiero que consulten un diccionario antes de ir de poetas urbanos por la vida.

—No hemos sido nosotros, señor —responde Nicki Scott, tratando de apuntarse un tanto.

—No hemos sido nosotros, señor —lo imita el profesor exagerando los agudos a modo de burla—. Yo creía que estábamos en la universidad, no en la guardería. Scott, coge los rotuladores, ve al fondo de la clase y hazme un dibujo bien bonito mientras yo doy clase a los demás.

La rubia frunce el ceño mientras el resto de los alumnos se tronchan de risa o hacen muecas. El señor Abrams ha logrado zanjar el tema, y yo le estoy agradecida por ello.

—Abrid bien las orejas, tengo que anunciaros algo. He contratado a uno de vosotros como mi asistente personal para el primer semestre. Es Alma Lancaster, pero las candidaturas ya están abiertas para reemplazarla a primeros de enero.

Clémentine se gira hacia mí, perpleja. Y tras la suya, otras miradas de sorpresa, algunas de envidia, se ciernen sobre mí.

No es seguro que sobreviva a este día.

—Os doy la mañana libre —prosigue Abrams—. Quiero que vayáis al cine. Todos sin excepción. Id a ver lo que queráis, incluso la película más mala de la semana, me da igual. El lunes por la mañana quiero una lista detallada con un título distinto para la película en cuestión, un actor sustituto para cada papel importante, una crítica general sobre los decorados, el vestuario, el montaje y otra propuesta de música para el tema principal. Imaginaos que sois un productor descontento. Habéis invertido un millón de dólares y nada funciona. ¡Sed duros, sed injustos, sed tiránicos! Quiero que hagáis llorar al director de la película. ¿Lo habéis anotado todo? Perfecto, y ahora, ¡esfumaos!

Todo el mundo está en ascuas tras haber escuchado las palabras de Abrams en un estado casi hipnótico. Yo imito a los demás, recojo mis cosas, aliviada de poder abandonar la facultad enseguida y de ver a mis compañeros pendientes de otra cosa que no sean los grafitis insultantes de la pared.

—¡Tú no, Lancaster! Tú no te libras. La principal misión de todo buen asistente es cumplir con sus obligaciones.

—No sabía que iba a empezar hoy mismo. ¿Qué espera que haga?

—Que empieces por quitarte esa careta de perro apaleado, no va contigo en absoluto. ¿Tan terrible es trabajar para mí?

Esbozo una sonrisa forzada.

—Vale, así está mejor. A continuación, contactarás con Arcadi y le dirás lo que tengas que decirle. Así no te pasarás el día comiéndote el coco, lloriqueando, dándole mil vueltas a lo sucedido. Quiero que tu mente esté conmigo al cien por cien. Ve, y no quiero oír ni una palabra más.

—Hoy en día la gente se envía mensajes. No tiene por qué llamarse para poder hablar.

—Me parece muy bien. Llámame viejo chocho si quieres, pero haz lo que te digo, ya.

Cojo el móvil y empiezo a redactar un mensaje. Escribo, borro, vuelvo a empezar… no sé cómo expresar lo que pienso y la mirada de Abrams clavada en mi teléfono no me ayuda a concentrarme.

Yo no he dicho nada, te lo juro

Releo el mensaje que acabo de enviar, pienso en todo lo que podría haber añadido, pero mi profesor empieza a suspirar de impaciencia. Me guardo el móvil en el bolsillo y esbozo otra sonrisa forzada.

—Lista. Al cien por cien.

—¡Fantástico! Vamos a mi casa. Tengo un despacho entero en el que poner orden. Unos quince años por clasificar, ordenar, tirar, organizar… Siempre he soñado que alguna vez lo haría. Bueno, que alguien lo haría por mí.

Yo me muero.

* * *

Encerrada entre estas cuatro paredes, sentada en el suelo de parquet oscuro, ante decenas de hileras de carpetas, estoy a punto de echarme a llorar. El olor a tabaco frío me provoca náuseas. Aquí todo es marrón: el suelo, la madera de la biblioteca, los lomos de los libros polvorientos. Los sillones de cuero desgastado al máximo, las

paredes amarillentas, que en su día fueron blancas y que ahora son más bien de un beige oscuro.

Igual que este perro tumbado a mi lado.

¿Por qué me mira? ¿Y por qué no se mueve? ¿Seguro que está vivo?

Es difícil saber si todavía ocurre algo detrás de estos párpados caídos.

—Alma, no le hagas caso a Hitchcock. —Escucho la voz del señor Abrams a lo lejos—. Le gusta mirar fijamente a la gente incluso cuando está medio dormido, pero no te molestará. Haz como si no estuviera.

El silencio retumba, pesado. Solo oigo los pasos de mi profesor haciendo crujir el parquet en algunas zonas. Tengo la sensación de estar en una casa encantada. Con un basset medio disecado por toda compañía. Me contorsiono para poder sacar mi teléfono del bolsillo y comprobar lo que ya sé: Vadim no me contesta.

Pruebo suerte una vez más.

No he hablado de tu secreto con nadie,
no sé quién ha podido ser,
ni cómo han llegado allí esas pintadas
Tienes que creerme, Vadim

Hitchcock se incorpora con mucho esfuerzo, da unos pocos pasos, se pega a mí y se deja caer con un ruido sordo, pero esta vez apoya su voluminosa cabeza en mi muslo.

—¡No, salchicha no! Ponte a dormir allí abajo. ¡Ah, y encima babeas! ¡Ve a ver a papá! ¿Dónde está papá?

—Alma, ¿estás hablando sola o tratas de enseñarle francés a Hitch? —inquiere Abrams, entrando en el despacho—. Es muy inteligente, pero solo comprende el inglés.

Acaricio a regañadientes la larga oreja del perro, que descansa sobre mis tejanos. Es sorprendentemente suave y sedosa.

—¡Está claro que le caes bien!

—¿Es eso verdad, salchicha?

Tras cuatro horas de etiquetaje, seis bolsas de basura, quinientos estornudos provocados por el polvo reinante y siete mensajes de texto sin respuesta de Vadim, Hitchcock casi se ha convertido en mi mejor amigo. El único, de hecho. Me ha mantenido calentita y parece haber aprobado mi doble clasificación cronológica y alfabética.

Como muestra de su gran bondad, el señor Abrams me ha ofrecido un sándwich y dos cafés. Me ha contado su trayectoria durante una «breve pausa» que se ha prolongado bastante. Me ha hablado de cine con gran pasión, rabia y autoparodia. Durante una hora casi ha logrado que me olvide de los grafitis. Después ha hablado con tristeza de la ruptura con su pareja, de su hijo Caleb, que tiene más o menos la misma edad de sus alumnos y al que solo ve uno de cada dos fines de semana, a veces de cada tres o cuatro. Y entonces caigo en la cuenta de que en este mundo hay más chicos aparte de Vadim Arcadi.

Finjo que tengo una urgencia para poder encerrarme en el baño y escribir un último mensaje. El que debería haber enviado desde el principio, si hubiera tenido el valor suficiente.

Me da igual que te rías de mí,
que se lo cuentes a toda la facultad,
y que mañana haya pintadas sobre mí…
Te quiero Vadim, te quiero, yo nunca
te haría algo así

Apoyada en la pared del baño, revestida con un horrible papel pintado de color pardo, mi corazón late desbocado. Lo siento en mi pecho, en mis sienes, hasta en la punta de los dedos. No doy crédito a mis propias palabras. Otra persona debe de haber escrito este mensaje en mi lugar, no existe otra explicación.

Nunca le he comentado nada de esto a nadie.

Nunca he escrito esas líneas.

Y, sobre todo, nunca había experimentado esta montaña rusa de emociones, esta infinita sensación de plenitud, y después este inmenso vacío en mi pecho.

Es demasiado pronto, demasiado rápido, puede que demasiado impulsivo, pero ahí está, en todas partes, todo el tiempo. Se ha infiltrado en mi mente, bajo mi piel, en mi corazón.

Vadim ha entrado sin que lo invitasen… y desde entonces ocupa todo el espacio.

Si no me responde, mi vida está acabada.

El móvil vibra en mi mano. Su zumbido asciende por mi brazo. Todo mi cuerpo se crispa. Abro su mensaje, cierro los ojos un instante, antes de afrontar su respuesta.

Demuéstralo

18

—¡No podemos hacer eso, Clem!

—Eso es lo único que podemos hacer. ¡Eso es lo único que debemos hacer! ¡Y siéntate de una vez, que me estás mareando!

Sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, en su pequeña habitación de estudiante adonde me he dirigido inmediatamente tras dejar la casa de Abrams, Clémentine me coge del brazo y hace que me tambalee.

—¿Sabes hacer grafitis?

Es la mejor idea que se me había ocurrido, antes de reparar en que también es la peor.

—No, pero si algún lerdo de la banda de Timothy lo ha hecho, nosotras también podemos.

—A lo mejor lo hizo mi hermano…

Solo de pensarlo me pongo enferma.

—¡Nos estamos yendo por las ramas! ¡Concéntrate, Alma! Una pintada os ha separado y una pintada os reconciliará. ¡Has tenido una idea brillante!

Sí, pero hacerlo en el gimnasio es arriesgado.

—¡Has sido tú quien me ha dicho que la puerta trasera nunca está cerrada con llave! Al menos, haber salido con Tim te habrá servido para algo. ¿Acaso conoces otro lugar en el campus al que se pueda acceder en plena noche?

—¿Y si el vigilante nos pilla durante su ronda?

—El gimnasio queda muy aislado. A lo sumo pasará una sola vez por allí. No haremos ruido, no encenderemos ninguna luz y en cuanto hayamos acabado harás venir a Vadim.

Sonrío al imaginármelo. Yo, Alma Lancaster, me dispongo a delinquir por primera vez en mi vida. Y a transgredir las reglas del campus por un chico.

Todo esto por tus bonitos ojos, Vadim Arcadi.

—El plan queda aprobado. Voy a comprar los espráis —anuncio, poniéndome en pie.

—No, mejor que vaya yo. Usaremos el rojo, ¿vale? Sí, un grafiti rojo quedará más romántico. Tú vuelve a casa y dile a tus padres que hoy saldremos, como todos los viernes por la noche. Nos encontraremos en el gimnasio a las nueve de la noche. Si ves aparecer al vigilante, silba.

—Clem, si silbo, me oirá…

—Tienes razón. Pues entonces imita el canto de un pájaro, así sabré que eres tú.

—La cosa pinta cada vez mejor —comento entre risas—. O si no, conozco un invento mágico y más discreto: el mensaje de texto. Pero acuérdate de poner el móvil en modo silencioso.

—¡Esta idea tuya sí que es buena! ¡La verdad es que formamos un equipo de élite! —exclama Clémentine, alzando una mano al aire para que supuestamente se la choque con la mía.

En lugar de eso, la abrazo hasta ahogarla.

—Eres genial, la mejor de las mejores amigas.

—Repítelo otra vez, porque creo que la falta de aire me está afectando la audición…

* * *

Estoy de pie, a oscuras, temblando levemente, en medio de la pista de básquet. Frente a mí, unas grandes letras rojas gotean en la pared.

Vadim + Alma

Se me pone la piel de gallina.

No he querido hacer nada más complicado u original. Y he convencido a Clem para no añadir un enorme corazón justo al lado.

Quería que supiera que lo nuestro es real. Eso es lo importante.

Sin embargo, ya han pasado veinte minutos desde que le he enviado el mensaje a Vadim para citarlo aquí. Desde su apartamento apenas se tardan diez minutos en llegar al gimnasio.

¿Y si no viene?

Oigo cómo se abre la puerta trasera con un discreto clic. ¿Tal vez sea el de seguridad, que ha decidido ser demasiado aplicado esta noche? ¿O Clémentine, que no ha conseguido volver a casa de lo emocionada que estaba?

Nerviosa, corro hacia el cuadro de luces de la cancha de baloncesto. Ese era el plan. Si es él, enciendo las luces. Si no, me quedo ahí escondida.

Figura esbelta, actitud despreocupada, chaqueta de cuero que reluce en la oscuridad…

Ha venido.

—¿Alma? —me llama Vadim girando sobre sí mismo.

Mis dedos pulsan el interruptor. Veo que entrecierra los ojos cuando lo deslumbra la luz. Se gira de nuevo, buscándome con la mirada y entonces ve el grafiti.

Contengo la respiración.

Ese chico moreno y alto retrocede un par de pasos para ver mejor el muro. De pronto, su carcajada resuena en el gimnasio vacío y retumba contra el cristal de la garita. Se pasa la mano por el pelo, salgo de mi escondite corriendo y me encuentro con él en mitad de la cancha.

—Bueno, ya ves que me he atrevido.

—Estás loca, Lancaster.

—Quería que recordaras este grafiti más que ningún otro…

Vadim se vuelve hacia mí, me levanta y me hace girar en el aire riéndose a carcajadas antes de volver a dejarme en el suelo. Después me abraza con fuerza. Mucha fuerza. Me sonríe, acerca su rostro emocionado, sublime e impresionante al mío.

—¿Qué clase de hechizo es este, joder? —susurra con voz grave.

—¿Qué?

—Esto que me haces…

Con su mano magullada, coge la mía y la apoya contra su corazón.

—¿Lo oyes? Esto me supera, no entiendo por qué está tan acelerado, cómo puede ser tan intenso… Pero yo también te quiero, Alma.

Su voz grave me traslada a otro mundo.

—No te haces una idea de cuánto…

En medio de este gimnasio vacío y en silencio, su susurro parece un grito.

Me llega directo al corazón.

—Y siento muchísimo haber reaccionado así. Haber dudado de ti…

Me lanzo a sus brazos para no tener que responder, para no dejarme arrastrar por la emoción.

—Espera, ¿no tienes nada que decir? Alma Lancaster, ¿me dejas a mí la última palabra?

Puede reírse lo que quiera, me da igual. El chico de mis sueños me acaba de decir que me quiere.

Me quiere.

Lo callo con un beso. Vadim me besa también, con los labios, la lengua, las manos.

Noto un cosquilleo en la tripa.

—Será mejor que apaguemos las luces —le susurro entre besos.

—¿Ah, sí? ¿Para hacer qué?

Su media sonrisa me provoca un hormigueo en la parte baja de la espalda.

—Atrápame si puedes, Arcadi…

—¿Y qué gano si lo hago?

—¡Ya lo verás! —exclamo, echando a correr.

Atravieso la cancha corriendo tan deprisa como me lo permite el vestido que llevo y me lanzo al cuarto donde me he escondido mientras lo esperaba. Vadim viene hacia mí, caminando, con una indiferencia infinita, descarado a más no poder. Pulso el botón de las luces, el cuartucho se sume de golpe en la oscuridad y necesitamos un par de segundos para que nuestros ojos se acostumbren.

Impaciente, busco a Vadim con la mano y me topo con su pecho. Ese contacto me paraliza. Me coge los dedos y los lleva a su boca,

los besa y luego los desliza entre sus labios calientes. Me derrito. Cierra la puerta con el pie y se arrima a mí. Mucho.

—Te tengo, Alma Lancaster. ¿Cuál es mi recompensa?

—Yo… —murmuro, poniéndome de puntillas para pasarle los brazos por el cuello.

Mientras lo beso, noto cómo me acaricia los muslos con las manos y me sube el vestido varios centímetros. Luego las desliza por la tela, me acaricia el culo, me levanta y me sienta sobre una especie de encimera.

—¿No te da miedo que nos pillen? —me susurra, hundiéndose en mi cuello.

—Sí… Pero contigo, me apetece atreverme a todo.

Separo las piernas para acercarlo hacia mí y parece que le gusta mi valentía. Forcejeamos para quitarnos la ropa, entre besos que nos dejan los labios enrojecidos, y luego nuestras pieles desnudas se encuentran.

Por fin.

La suya es suave, cálida, firme en los músculos de sus brazos y en sus anchos hombros. Tengo ganas de probarla, sentirla, arañarla. Vadim desliza los dedos entre mis muslos y ese encuentro inesperado me hace gemir.

—¿Te gusta esto, Alma?

Suelto un jadeo que le hace sonreír.

—¿Y esto?

Su sexo duro se acerca a mi clítoris, se aparta y vuelve. Ese jueguecito cruel me vuelve loca.

—Vadim, no tenemos mucho tiempo.

La urgencia multiplica mis ganas de él.

—No tenemos por qué hacer nada, Alma. Solo quiero hacerte sentir bien…

Su susurro me excita un poco más; lo beso con agresividad y a continuación lo muerdo.

Llegados a este punto necesito su cuerpo contra el mío.

Vadim entiende el mensaje, se escapa un momento para rebuscar en el bolsillo trasero de sus tejanos, sacando un preservativo. Rasga el envoltorio con los dientes.

Sentada en la oscuridad sobre esta pequeña encimera, tengo frente a mí al chico más guapo del mundo, que me susurra las palabras más excitantes que jamás haya escuchado.

Ya no pienso, es mi cuerpo el que habla. Mis manos que se apoyan en sus riñones para animarlo a que se arrime. Mis ojos se le clavan como si fuera la fruta prohibida que estoy a punto de probar.

No me importa lo que tenga que pagar.

Su mirada embriagadora clavada en la mía me lee la mente, me entiende, avanza despacio entre mis muslos.

Nuestras pieles se confunden, nuestros suspiros se responden, hasta que el placer nos arrastra, primero a uno y después al otro. Yo salgo volando, con los ojos cerrados, pero el corazón bien abierto.

Que solo late por él.

Termino en el suelo, tumbada a su lado, con la respiración entrecortada y el cuerpo lánguido. Vadim coge sus tejanos y me pasa el vestido. Me cuesta bastante, pero consigo ponérmelo, sin nada por debajo. Él me observa, riendo con suavidad.

—Deja de burlarte de mí.

—¿Tengo pinta de estar burlándome?

—¿Cuál es tu secreto, Arcadi?

—¿Mi secreto?

—Para hacer que me olvide del resto del mundo. Te metes en mi mente, bajo mi piel…

—Yo no tengo nada que ver con eso. Solo somos… nosotros. Somos Tú + Yo.

Tú + Yo.

Me aparta un mechón de pelo y se acerca mucho a mi boca.

—Yo tampoco. Nunca había sentido nada así antes de ti, princesa Lancaster.

Ese maldito apodo.

Le doy un golpecito en el hombro y luego me acurruco contra su pecho; su olor, su calor. Siento un hormigueo en las piernas, me duele la boca de tantos besos. Una sensación extraña de bienestar mezclada con dolor, plenitud y paz interior.

Se lo he dado todo.

Me siento como si estuviera flotando ni siquiera sé si aún me pertenece.

Vadim se levanta primero, mira a su alrededor, y luego me dice con voz juguetona:

—Te toca a ti atraparme esta vez.

—Hmmm… Cuando pueda caminar.

Sin pensárselo dos veces, me levanta del suelo pasándome un brazo bajo las rodillas y el otro alrededor de la cintura y así cruzamos el gimnasio.

No tengo ni idea de lo que busca, pero me agarro a su cuello.

—¿Dónde me lleva, mi caballero? —le susurro al oído.

—Paciencia, alteza. Busco un lugar digno de su rango.

Nos lleva directos al vestuario del equipo, se fija en un carrito lleno de toallas esponjosas, dobladas con esmero. Me deja ahí con delicadeza y me hundo entre el algodón que huele a ropa limpia.

—¿Este nido esponjoso os complace, querida mía?

De pie, frente a mí, el muy descarado hace una reverencia, que me provoca una sonrisa, y luego contempla mis piernas desnudas en la penumbra. Ese aire travieso se esfuma en un instante. Me pasa la mano por el cuello, la mejilla, la melena… mientras me clava esa mirada intensa, seductora.

—Antes nos hemos saltado un paso…

Se inclina despacio para besarme y se me escapa un gemido. Tengo el corazón acelerado.

Lo aparto para poder desafiarlo.

Lo repaso con la mirada: su pecho desnudo sobre los tejanos desabrochados, su pelo castaño despeinado, sus manos apoyadas sobre mis muslos, la pequeña cicatriz que tiene en el labio.

—¿Le complace el espectáculo, princesa?

—No está mal, para un hombre sin corona…

Mi impertinencia le provoca una sonrisa. Se arrodilla frente a mí, que sigo sentada en mi carrito acolchado, y se cuela bajo mi vestido. Me hace cosquillas en la tripa con la lengua; rodea el ombligo y se desliza hacia abajo, muy abajo.

Es como si su boca se hubiera aprendido de memoria mi manual de instrucciones.

Me olvido de todo lo que me rodea, de todo lo que nos separa, de todos los que están en nuestra contra y me abandono a él, a nosotros… hasta alcanzar el placer.

Después Vadim me rodea con sus brazos y apoya su rostro contra mi vientre ardiente.

—¿Te atreves a ducharte conmigo?

Antes de que pueda responder, me levanta de nuevo, esta vez colgándome de su hombro.

—¡Estás como una cabra! ¡Suéltame ahora mismo!

—¿No has sido tú la que has dicho «contigo me apetece atreverme a todo»?

Mi imita poniendo una voz muy aguda y me pasea como un vulgar saco de patatas. Meneo los brazos y pataleo para impedírselo; trato de gritar, pero me da un ataque de risa nerviosa.

Llegamos a las duchas y abre el grifo, que nos rocía con un chorro de agua helada. Yo grito, él se ríe a carcajadas. El agua se calienta, empieza a quemar y el muy pesado acepta por fin dejarme sobre las frías baldosas.

Cruzamos las miradas, y lo fulmino con la mía.

—Estás guapa hasta cuando te enfadas.

Qué canalla.

—Me las pagarás, Arcadi.

—Cuando quieras, princesa. Lo estoy deseando…

19

«¡Alma, contesta, joder! ¡Es la décima vez que te llamo! Estoy en el gimnasio. El partido va a empezar y ¡tu puto nombre está pintado en la pared! ¡Junto al de tu puto novio! Toda la universidad está aquí, no se habla de otra cosa, ¡espero que estés orgullosa! Esta vez no he podido cubrirte. En serio, ¿cuántos años tienes? Me estás haciendo pasar la mayor vergüenza de toda mi vida. ¡Me mira todo el mundo desde las gradas! Bueno, los tíos de mantenimiento están limpiándolo para borrarlo antes de que los jugadores entren en el terreno de juego, pero todo el mundo ha sacado fotos. Y Tim está furioso, ¡ni te lo imaginas! ¿Eres imbécil o qué te pasa? ¡Estás acabada! Cuando papá se entere… En fin, ¡llámame!».

Basile vocifera por el contestador. Escucho su mensaje tirada en la cama, todavía medio dormida. Mi cuerpo dolorido me recuerda mi noche mágica con Vadim. Después de ese rato de locura, recogimos la ropa y nos fuimos corriendo sin mirar atrás.

Sin lanzar una sola mirada al grafiti. Sin pensar un solo segundo en las consecuencias. Yo llegué tarde, me fui directa a mi cuarto sin hacer ruido y he dormido como un bebé.

El despertar es brutal.

Hundo la cabeza en la almohada para que desaparezca el mensaje de voz de mi hermano que todavía resuena en mis oídos.

Solo quiero volverme a dormir, no pensar, no afrontar este día, hacer como si nada de esto hubiera pasado.

Salvo esta noche.

—¡Alma!

Esta vez, es la voz de pánico de mi madre la que pronuncia mi nombre llamando a la puerta de mi cuarto. Mi padre no se anda con tantas formalidades y se planta como un loco a mi lado. Sacude el edredón y se pone a gritarme.

—¡Levántate!

—Calma, Edward… —intenta tranquilizarlo mi madre.

—Adivina quién nos ha llamado de buena mañana —continúa mi padre mientras me incorporo con esfuerzo—. ¡El director de la universidad! ¡Un amigo! ¡Gracias al que has podido entrar en la UCLA! ¿Y sabes por qué llamaba?

—No… —miento sin convicción al tiempo que me froto los ojos para evitar mirarlo.

—¡Un grafiti, Alma! Tu nombre y el de un tal Arcadi. En letras rojas, en el gimnasio, ¡donde se está jugando un partido en este mismo momento! ¿Te das cuenta?

—Ya, también había pintadas en la facultad ayer por la mañana. Pero yo no tengo nada que ver con eso, papá.

—Cállate. Se lo explicarás al director. Nos ha citado en su despacho dentro de media hora.

—Ve a vestirte, no podemos llegar tarde —interviene mi madre, tan pragmática como siempre.

—Estoy muy decepcionado, Alma. Espero que no me hagas arrepentirme de haberte traído aquí. De que nos hayamos mudado todos a Estados Unidos.

Mi padre me lanza su mirada más letal, luego se da la vuelta y sale de mi cuarto dando un portazo. Los ojos se me llenan de lágrimas. Mi madre sigue a mi lado, con la mano en la garganta, como si le costara respirar.

—Está cabreado, no piensa lo que dice. Todos estábamos encantados de venir a vivir aquí, cariño. Estoy segura de que hay una buena explicación y que no estás detrás de todo esto. ¿No es cierto, Alma?

Procura sonar tranquilizadora, pero percibo en su voz que necesita que la tranquilice mientras se alisa de forma nerviosa la melena con la palma de la mano. ¡Es imposible que su hijita discreta y bien educada haya cometido un acto de vandalismo y quiera montar un numerito delante de toda la universidad! Ni se lo imagina. Mi madre, por principios, está de mi lado. Mi padre, por orgullo, está del lado de la reputación de su apellido.

* * *

Cuando entramos en el lujoso despacho del director, intento mantener un perfil bajo, con la mirada clavada en los zapatos. Los de Vadim entran de pronto en mi campo de visión. Levanto la cabeza y lo veo de pie con los brazos cruzados, al lado de su educador social. Mis padres y el resto de los adultos presentes se estrechan la mano con educación; mi padre se permite hacer una pequeña broma para relajar el ambiente y Vadim aprovecha el momento para arremangarse y enseñarme con discreción su antebrazo. Sobre esa piel suave hay unas letras mayúsculas escritas con trazo tembloroso en boli negro:

Niégalo todo. Nunca ha pasado. Te quiero.

Tira de la manga y me guiña un ojo, apenas perceptible, que hace que me estalle el corazón. Después sonríe mientras mira al frente. Me quedo absorta por su actitud en apariencia indiferente. Realmente sublime.

Me quiere… Hasta en su propia piel.

Todavía me cuesta creerlo.

La hora siguiente parece una obra de teatro improvisada y caótica, delante de un público de entrada escéptico. Vadim exagera muchísimo su papel de estudiante rebelde y solitario. Afirma que me odia tanto —a mí y a todas las niñas ricas como yo— que jamás hubiera pintado un grafiti ni pensado en hacer algo así. Keith Johnson lo reprende con la mirada y le pide que muestre un poco más de respeto a los Lancaster. Yo confirmo su versión sobre nuestra relación impuesta y soportada en el marco de nuestro curso del señor Abrams. Aprovecho para agradecer al director la oportunidad que me ha dado de entrar en su brillante universidad e insisto en lo valiosa que es la enseñanza que se imparte en UCLA. Vadim pone los ojos en blanco y suspira por mis zalamerías. Sigo con mi discurso y recuerdo a todos los presentes que una chica «como yo» —mirada despectiva hacia mi compañero de trabajo— tiene cosas mejores que hacer que meterse en líos; por ejemplo, dedicarse a estudiar. Vadim le da la puntilla al mencionar nuestro único punto en común, la pasión por el cine, frente a los miles de puntos en los que no coincidimos. Después, consigue desviar la conversación hacia los potenciales autores del grafiti: estudiantes de mente estrecha, deportistas lerdos y racistas, inquietos por la

inverosímil pareja de trabajo que formamos e incapaces de considerar relaciones entre seres humanos que se basen en otra cosa que no sea el sexo o el deporte. Keith vuelve a regañarlo, mi madre no aguanta la risa ante ese argumento tan bien elaborado y el director, sin duda avergonzado por las observaciones de Vadim, decide poner fin a la reunión. Cada uno recibe una advertencia y una orden estricta: que no se hable más de nosotros hasta que se termine el curso.

En el trayecto de regreso a la villa, me acuerdo de nuestras mentiras y de la mirada intensa de Vadim en el momento de despedirnos: descarada y detestable a ojos de aquellos que no saben nada de nuestros secretos; provocadora y enamorada a los míos.

Cómo me gustaba odiarlo…

Mi padre, quien probablemente cree que la sentencia del director ha sido demasiado clemente, me castiga el fin de semana y me prohíbe quedar con Arcadi fuera del horario lectivo. Así que me encierro en mi cuarto durante dos días y solo salgo para hacer incursiones en la nevera o intercambiar unas palabras con Lily, toda entristecida por el ambiente tenso en casa. También salgo para maquinar con Georgia, mi cómplice de toda la vida, que acepta ayudarme a enviar un regalo a escondidas sin ni siquiera preguntarme la identidad del destinatario. Para agradecerle el habernos salvado la vida en ese despacho, le envío a Vadim un frasco de Ciao Amore de Fendi, mi perfume masculino favorito, con sus notas de flor de azahar, desde luego, pero también de higo y de haba tonka, aromas tan salvajes, tan deliciosos y embriagadores como él. Me muero de ganas de olerlo sobre su piel.

Arcadius: Gracias por el regalo. ¿Te parece que apesto?

La ventana aparece en la pantalla del ordenador portátil que tengo apoyado en las piernas mientras, tumbada bajo el edredón, veo una peli que ya he visto tres veces.

Alma_from_paris: No, me parece que echo un poco demasiado de menos tu olor… así que he buscado el que más se te parece. Y mira qué casualidad, es mi perfume favorito. ¿Qué haces?

Arcadius: Deberes de inglés.

Alma_from_paris: ¿Para quién esta vez?

Arcadius: No quieras saberlo. ¿Y tú qué haces en tu celda? ¿Te han concedido permiso para un paseo, al menos?

Alma_from_paris: Ni eso. Pero es una prisión moderna, puedo acceder a las plataformas de *streaming*.

Arcadius: ¡Menudo lujo! Déjame adivinar… ¡Estás viendo otra vez *El verano en que me enamoré*! No, *¿Call Me by Your Name? ¿El diario de Noa? ¿Maxton Hall? ¡*Ya sé*! ¡Corazones rotos!*

Alma_from_paris: Sí que sabes de pelis románticas, ¿una pasión oculta? No, algo más cercano a lo que siento en este momento…

Arcadius: Hmmm… *¿El resplandor?* ¿Sientes cómo te invade una locura asesina que podría llevarte a cargarte a toda tu familia? Si necesitas que te eche una mano, me ofrezco para librarme de tu hermano…

Alma_from_paris: Basile no está, él sí que tiene libertad. Mientras que yo me paso el fin de semana expiando mis pecados… Debería haber visto *Seven*, mira.

Arcadius: ¿No te apetece hacer un *remake* de *Cadena perpetua* y venir a verme?

Alma_from_paris: Me encantaría, pero estoy un poco más o menos en la misma situación que el tío de *Hacia rutas salvajes*. ¿Nos vamos a Alaska para encontrar la paz espiritual absoluta?

Arcadius: Tengo una idea mejor… Voy yo a tu casa y ¡rodamos una escena de *Crueles intenciones* en tu piscina! :)

Alma_from_paris: ¡En tus sueños, Arcadi!

Arcadius: No me ves, pero estoy llorando. Bueno, he perdido. ¿Qué estás viendo?

Alma_from_paris: *Náufrago*. Patético, ¿no?

Arcadius: Lo que empieza a ser un poco patético es ¡tu pasión por Tom Hanks!

Alma_from_paris: *Philadelphia, Forrest Gump, Apollo 13, Salvar al soldado Ryan, Tienes un e-mail, La milla verde, Atrápame si puedes, La terminal, Capitán Phillips, Los archivos del Pentágono*… ¿Cómo se puede competir con eso?

Arcadius: Me encanta cuando te entusiasmas así… ¡Joder, ahora te echo más de menos!

Alma_from_paris: Lo siento :)

Arcadius: Estaba pensando, sabes, que la próxima vez, tal vez debas poner en la pintada Tú + Yo en vez de Vadim + Alma. Bueno, lo digo por ser discretos más que nada…

Alma_from_paris: Gracias por el apoyo, de verdad. Recuérdame que no te mencione cuando dé mi discurso al recoger mi primer Oscar.

Vadim está escribiendo una respuesta, pero interrumpo sus tres puntitos parpadeantes.

Alma_from_paris: ¿Me acabas de enviar un correo?

Arcadius: No, estaba respondiéndote.

Alma_from_paris: Un segundo. Voy a ver.

Con un mal presentimiento, abro mi bandeja de entrada, allí aparece un mensaje no leído. No sé qué dirección me lo envía. El correo está vacío, pero una foto se va cargando despacio. Muy oscura. Entonces aparece la claridad de la textura de la piel. Mi cuerpo desnudo, sentado, se revela ante mis ojos. Luego el de Vadim, de espaldas, de rodillas frente a mí. Mi cabeza echada hacia atrás. La suya hundida entre mis muslos.

Se me acelera el corazón, me martillea en el pecho. Noto una presión en la sien. Me queman los ojos por dentro. Mi mano derecha tiembla y vacila. Destruir este correo. Destruir este maldito ordenador. Destruir esta foto que está destruyendo mi vida. Otra vez. Acabo por pasársela a Vadim con varios clics mientras las lágrimas me resbalan por las mejillas.

Arcadius: Alma, ¿¿¿qué es eso???

Alma_from_paris: Acabo de recibirla.

Arcadius: Pero i¿de quién es, joder?!

Alma_from_paris: Ni idea. Solo Clémentine sabía dónde estaba. ¿Tú se lo has dicho a alguien?

Arcadius: ¡A nadie! ¡Alguien tuvo que seguirnos!

Alma_from_paris: ¿Cómo va a ser eso posible, Vadim? ¿Quién nos odia hasta ese punto? ¿Para qué sirven estas fotos? ¿Por qué no nos dejan de una vez tranquilos?

Arcadius: No tengo ni idea. Tengo que salir o voy a matar a alguien, a quien sea.

Alma_from_paris: ¡No, quédate! ¡Tenemos que pensar!

Arcadius: No, elimina el correo. No hables de ello con nadie. Voy a encontrar al imbécil que ha hecho esto. Te juro que lo voy a

encontrar. Nos vemos mañana.

Alma_from_paris: Vadim, no te marches.

Arcadius: Sé que tienes miedo, Alma. Pero no te abandonaré nunca. Quien quiera hacernos daño, se va a arrepentir.

20

Feliz de recuperar mi libertad ese lunes por la mañana y encantada de volver a ver a Vadim, por fin. Aunque otros sentimientos me atormentan, me revuelven el estómago y me encogen el corazón. Contengo mis ganas de hablar con Clem de la nueva foto anónima, analizo las miradas de los otros estudiantes para tratar de adivinar quién lo sabe. Temo la primera hora y los bufidos del señor Abrams o sus intentos de secuestrarme para una nueva jornada como asistente, atrapada con un basset maloliente.

Voy a sentarme en mi sitio habitual en primera fila cuando mi compañero viene a repatingarse en la silla que hay a mi lado, con una camiseta blanca que hace que sus ojos grises se vean aún más claros. Emana el aroma embriagador de Ciao Amore de Fendi, y sé que no me he equivocado: Vadim y su perfume son uno solo. Me enamoro un poco más de él. Pero con el olor a tabaco rancio del profesor, las miraditas que nos lanzan y la tensión en el ambiente, estoy a punto de ponerme mala.

El señor Abrams y sus cejas fruncidas no nos quitan ojo. Su rostro parece contrariado, confuso, decepcionado. Su voz suena más ronca que de costumbre.

—Lancaster y Arcadi, vuestra inolvidable colaboración llega hoy a su fin. Os vais a intercambiar con la pareja Lee-McPherson, y ya que

no habéis hecho nada, utilizáis sus ideas para el cortometraje, como es evidente. Arcadi, muévete, Sophie te está esperando.

—Me llamo Phoebe —lo corrige la estudiante.

—¿Y a mí qué me importa? —responde el profesor, enfadado—. Y tú, Lee, ¿tienes algún nombre que desees anunciar al mundo entero? ¿Guy, tal vez?

Todo el mundo se echa a reír.

—No es Guy Lee, es Jude, señor. Jude Lee. Pero me puede llamar como quiera.

—Muy amable por tu parte. Venga, cambiad de sitio, ¡estamos perdiendo el tiempo! Bruce Lee, no te olvides de la ironía, si es que la encuentras por algún lado. Y Arcadi, deja de arrastrar los pies, ¡energía!

—Señor, eso ha sido racista… —protesto al profesor.

—Déjalo, Alma —me susurra el estudiante asiático.

Cuando llega a mitad de camino, Vadim se da media vuelta y viene directo a mí. Me pone una mano en el cuello y me besa delante de toda la clase. Es un beso interminable, tierno y apasionado, bajo los silbidos y aplausos del resto de estudiantes, encantados de poder quitarse un poco de presión de encima. Abrams nos grita que paremos y nos amenaza con mandarnos al director de la universidad. Esa posibilidad por fin nos separa, Vadim se une a su nueva compañera con una sonrisa triunfante en el rostro mientras que yo me vuelvo a sentar, con las mejillas sonrosadas, los labios todavía húmedos y las piernas flojas. Se reanuda la clase, yo me hago pequeñita tratando de recobrar la calma y un pulso normal. Intento concentrarme en mis apuntes, de vez en cuando miro por el rabillo del ojo las hojas subrayadas de mi nuevo compañero, pero

solo pienso en Vadim y en ese beso extraordinario. Una bolita de papel arrugado llega rodando a mi mesa, no he podido ver de dónde. La abro a escondidas sobre mi muslo y descifro los garabatos:

Pueden tratar de separarnos, pero nadie me impedirá
jamás que te hable. Ni que te bese.
V.

Sonrío como una tonta, doy la vuelta al papelito arrugado y escribo una respuesta debajo de la mesa, sin que nadie me vea.

Ya te echo de menos. Y te voy a confesar una cosa:
te quiero más que a Tom Hanks.
A.

Miro a mi alrededor, busco cómo enviar la notita al fondo de la clase. A mi izquierda, Andrew se inclina y hace como que me pasa un boli. Pero abre la mano para recibir la bolita y la pasa para atrás. De pronto, toda la clase se suma a ese espíritu solidario. La escenita apasionada de Vadim, mi intento de rebelión y el comentario bochornoso de Abrams ha puesto a todos de nuestro lado. Me siento eufórica por dentro. Enseguida me llega otro papelito arrugado.

Qué guapa estás cuando te rebelas. Me vuelves loco, Alma
Lancaster. Qué orgulloso estoy de ti.

Un millón de mariposas me revolotean en la tripa. Una felicidad intensa me estalla en el pecho. Le escribo a Vadim que lo quiero y que todavía no sabe todo lo que estaría dispuesta a hacer por él. Su respuesta me llega como un bumerán. Andrew, Phoebe y el resto se han convertido en maestros del arte de pasar mensajes apasionados. Se divierten casi tanto como nosotros. La máquina está engrasada, se avecina una revuelta.

Despliego, aliso, descifro:

¿A que no levantas la mano y lo dices en alto? Al profesor.
A toda la clase. Si me quieres, atrévete.

Cierro los ojos, inspiro hondo y me llegan las notas del aroma lejano de Ciao Amore. Lo inhalo con fuerza, me siento con una seguridad y una valentía que me dan ganas de gritar. Me aclaro la garganta, levanto la mano como si fuera a hacer una pregunta:

—¿Señor Abrams?

—¿Qué, Lancaster?

No le ha sentado bien que lo haya acusado de racismo, cuando lo más seguro es que haya sido un desliz que ha soltado sin darse cuenta. Justo la definición de microrracismo. No me arrepiento. Todas las caras se vuelven hacia mí y luego hacia la puerta a la que acaban de llamar. Cuatro policías de uniforme irrumpen en el aula.

—Vadim Arcadi, queda arrestado. Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra. Tiene derecho a un abogado. Si no puede permitírselo, se le asignará un abogado de oficio. ¿Entiende lo que acabo de decir?

Los policías, con voz tranquila y gestos seguros, lo esposan y se lo llevan del brazo. Vadim se deja hacer, imperturbable, casi resignado, mientras el mundo se desmorona bajo mis pies. Me invade el pánico, me quedo sin aliento y se me encoge el corazón. Mientras que en el aula se monta un alboroto, yo soy incapaz de reaccionar, de hablar. En el umbral de la puerta, Vadim vuelve la cabeza y me lanza un último vistazo. Una mirada segura, intensa, que me dice que no me preocupe. Pero en la que detecto ese destello casi invisible, esa vulnerabilidad apenas admitida que me retuerce las entrañas. Entonces mis labios articulan en silencio aquello que estaba a punto de gritar.

21

¿Dónde está Vadim? ¿Qué le están haciendo? ¿Por qué lo han arrestado? ¿Lo habrán interrogado durante horas sin dejarle dormir, beber o comer? ¿Lo habrán encerrado en una celda preventiva, quitándole todo lo que tenía? ¿Su libertad, su móvil? ¿Estará solo? ¿Tendrá miedo? ¿O se habrá rebelado y empeorado su situación? ¿Quién lee los mensajes que le envío y a los que no me responde? ¿Tendrá abogado? ¿A quién habrá elegido para utilizar la única llamada a la que tiene derecho? ¿A Keith? ¿A Felix? ¿Quién cuida de él?

¿Veo demasiadas películas policiacas?

Me siento tan sola sin él, tan impotente y desvalida que a veces tengo la impresión de haberlo abandonado yo misma. Después de cuatro días, solo pienso en eso. Después de cuatro días, casi cien horas, no hago nada más. Deambulo en un estado de ensimismamiento, llena de preguntas. El corazón vacío del todo, vacío de Vadim Arcadi. Mi mundo se quedó congelado en ese segundo del lunes por la mañana en el que lo vi desaparecer, rodeado de cuatro policías. Incapaz de volver a la universidad, he fingido tener gripe para que mis padres me dejaran quedarme en casa. Teniendo en cuenta lo poco que he dormido y comido, mi debilidad física y mi cara pálida hacen que mi enfermedad imaginaria resulte del todo creíble.

¿Él está bien?

Durante estos cuatro días interminables, acurrucada en mi cama, he repetido la escena en mi cabeza y a leer las notitas que nos intercambiamos en clase. Las he guardado todas como un tesoro, pero están cada vez más arrugadas a medida que las uso, solo para recordarme que todo eso fue real. Que quizá todavía sea real. Y luego está esa última mirada de Vadim que me atormenta, que sigo tratando de descifrar.

¿Qué es lo que ha hecho?

Como si este calvario no fuera ya insoportable, también debo aguantar la mirada preocupada de mi madre, que me pone el dorso de la mano sobre la frente cada vez que me la cruzo. La mirada orgullosa y altiva de Basile, que me susurra encantado «te lo advertí» o «tiene lo que se merece» cada vez que se da la ocasión. La mirada triste de Lily, que acaba de sentarse en el borde de mi cama para hacerme cosquillas en los pies y comprobar que eso sigue sin hacerme reír. La mirada compasiva de Georgia, que sin duda ha comprendido lo que estaba tramando y trata de animarme a base de chocolate caliente. La mirada apenada de Clémentine, que ha venido varias veces a traerme los apuntes de clase y a subirme la moral como puede a base de cotilleos de estudiantes que me son del todo indiferentes. Y la mirada insistente de mi padre, que ha decidido que ya estoy mejor y que ya es hora de que vuelva a la facultad antes de descolgarme del todo.

No estaré mejor hasta que no sepa cómo está Vadim.

¿Por qué no sé nada? ¿Por qué no hay ninguna novedad? Si aún no me ha dado señales de vida, es porque todavía no ha salido del lugar donde lo retienen. Pero ¿dónde? ¿La comisaría? ¿La cárcel?

¿De verdad es tan grave? Ni siquiera tengo el contacto de Felix o Keith para llamarlos. No tengo forma de entrar en el mundo de Vadim cuando no es él el que me abre la puerta. ¿De verdad lo conozco tan poco?

Le he pedido a mi mejor amiga que me pase a buscar este viernes por la mañana. No me siento capaz de llegar sola al campus y enfrentarme a la realidad. A todos esos estudiantes que presenciaron la escenita y que no han debido de hablar de otra cosa desde hace casi una semana. Clémentine entrelaza el brazo con el mío y camina con la cabeza alta, con paso decidido, dispuesta a ponerse de barrera frente al primero que intente acercárseme.

—¿Dónde te escondías, Lancaster? ¿También te han detenido a ti? —suelta una voz masculina detrás de mí.

—No te pares, sigue caminando —me susurra Clem al oído.

—Al menos habrás ido a visitar a Arcadi a la cárcel, ¿no? —añade otra voz estúpida.

Procede de un grupo de jugadores de baloncesto reunidos un poco más allá, alrededor de Timothy.

—No respondas, ¡es lo que busca Wallace! —sigue animándome Clem.

—¿Se admiten vis a vis? —remata otro tío altísimo y delgado que hace un gesto obsceno.

—Eh, Wembanyama, vete a jugar al balón si tienes que desahogarte —replica mi amiga sin dejar de caminar.

Luego añade en voz baja para mí:

—¿Has visto? ¡Me he puesto al día para impresionar a Marcus!

—Estoy orgullosa de ti, Clem…

—Venga, nos vamos, chicos —ordena de pronto Tim.

Aparta la mirada con gesto resignado, como si ya no pudiera hacer nada más por mí.

Es lo único que le pido, la verdad…

Cuando llego fuera del aula, me entran ganas de salir corriendo, pero Clémentine me sujeta con firmeza.

—Ya ha pasado lo peor, todo va a ir bien.

Por más que intente tranquilizarme, la gente de mi clase me empieza a bombardear con preguntas y los comentarios vuelven con más intensidad. Un poco menos tontos, un poco más compasivos, pero igual de difíciles de encajar.

—Entonces ¿Arcadi ya ha salido?

—¿Lo has visto? ¿Has hablado con él?

—¿Qué querían de él los maderos?

—¡Tiene que haber sido algo grave para que vinieran a buscarlo hasta aquí!

—¿Va a volver a clase? —cuestiona con inquietud Phoebe McPherson, quien con todo esto ha perdido a su compañero de trabajo.

—Siempre he sabido que ese tipo no era de fiar —comenta Nicki Scott con un aire dramático.

—Tú no tienes ni idea, NICOLE —la corta mi mejor amiga, que está hasta el moño.

—¿Quieres un trozo de Twix? —ofrece Andrew Clark, como si eso fuera la solución a todos mis problemas.

Clémentine lo acepta por mí, siempre dispuesta a animarme.

—Dile a Arcadi que estoy con él —sigue Andy.

Tiene pinta de haberse puesto definitivamente de nuestro lado después de todo el asunto de las notitas.

—Nadie está con nadie y todo el mundo se ocupa de sus propios asuntos —interviene el señor Abrams, que llega a la carrera y nos hace entrar en el aula.

Me siento en la primera fila, para no cambiar nada, y enseguida se me une mi nuevo compañero, Jude Lee, ofreciéndome una sonrisa abatida. Me sorprendo a mí misma al mirar hacia al fondo de la clase para verificar que Vadim no está ahí. O más bien que nadie se ha atrevido a sentarse en su sitio. Se me llenan los ojos de lágrimas cuando veo las dos patas de la silla bien apoyadas sobre el suelo de baldosas. Nadie se balancea hacia atrás. Nadie me dedica una media sonrisa. Nadie huele a su perfume. Nadie mira por la ventana como si más allá existiera otro mundo, el de todas las posibilidades. Lo que más echo en falta es su libertad descarada. Y saber que está encerrado me está matando.

¿Allá donde esté Vadim, hay una ventana?

—Alma, ¿has podido ponerte al día con el curso? —me pregunta el señor Abrams con dulzura.

—Sí, señor. Clémentine me ha traído los apuntes.

—Bueno, entonces será mejor que te lo vuelva a explicar yo mismo —dice mientras mira a mi amiga con cara de tonto—. El resto, seguid trabajando en vuestros *storyboards*, quiero darle el visto bueno a todo antes de que termine la mañana. Los que no tengáis un escenario definitivo, ya va siendo hora de ponerse a ello. Os quedan menos de tres meses para el *casting*, el rodaje y el montaje. Si no salís en busca del cine, ¡el cine no vendrá a buscaros!

—¿Y qué hago yo? —pregunta Jude con tono lastimero.

—Te las apañas, llamas a un amigo, te quejas a tu madre, finges no tener miedo, no es mi problema. Scott, cierra el pico y ponte a

trabajar. Clark, se desayuna antes de venir a clase. Aliméntate de tu pasión por el cine en vez de con esas porquerías. Lancaster, ven aquí.

Me acerco despacio a la mesa del profesor, que se levanta para cederme su sitio y me invita a sentarme en su silla. Qué bochorno. Después se dirige al fondo de la clase, bajo la asombrada mirada del resto de estudiantes, toma la silla vacía de Vadim y la pone a mi lado. Aún más bochornoso. Se sienta de lado, cruza las piernas y clava sus ojos cansados en los míos soltando un largo suspiro.

—Sé muy bien por lo que estás pasando —me suelta en voz baja —. Te sientes sola, desamparada, abandonada. ¿Me equivoco?

—No, estaba mala, pero ya me encuentro mejor.

—Tienes un aspecto horrible. El pobre Bruce Lee apenas se atreve a mirarte, le deben de dar miedo los fantasmas —bromea para hacerme sonreír—. Cuando digo eso, no siempre es racismo, ¿sabes? Es solo un sentido del humor horroroso y referencias anticuadas que dejan mucho que desear…

—Sí, se llaman microrracismos, señor. Esas pequeñas frases inocentes que decimos sin pensar, aunque estigmatizan a la gente y jerarquizan las etnias. Son los mismos prejuicios que le hacen pasar por un cineasta fracasado reconvertido en profesor y a mí por una niña de papá a la que no le hace falta triunfar por sí misma porque ya tiene dinero y su red de contactos. Y Vadim Arcadi es, sin duda, un delincuente porque tiene un nombre ruso y una trayectoria vital diferente.

—Tienes razón, debería parar con los estereotipos asiáticos sobre Jude Lee y dejar de tratar a Nicki Scott como una tonta. Pero ¿por qué huyes del auténtico tema? Incluso ausente, Arcadi está por

todas partes. ¿Te has fijado en el resto? Casi cometo un crimen contra la humanidad al ir a coger su silla.

—Sí, también deberían venir a detenerlo a usted —mascullo, con una sonrisa triste en los labios.

—Has recuperado la ironía, es un buen comienzo. Alma, aborda el problema al revés: no estás sola, ahora eres libre. Puedes existir, crear. ¿Por qué no haces un cortometraje sobre lo que estás viviendo? Graba el vacío, la pérdida, la nada que te invade.

—¿Y Jude?

—Lee ya tiene su tema, es el suyo, tú no has puesto nada tuyo en él. Quiero que hagas algo que te refleje. Te ayudaré a ponerte al día. A partir de ahora, durante las horas en las que haces de mi asistente, te ocuparás de tu película. Mientras tanto, cada vez que no sepas qué hacer con tu dolor, aprovéchalo. Descríbelo, conviértelo en imágenes, en música, haz de ello algo más grande. Será fabuloso, créeme.

—Supongo que no tengo elección… —murmuro, secándome las lágrimas de las mejillas.

—Supones bien. ¡A trabajar!

Abrams se levanta con estrépito para volver a dejar la silla de Vadim en su sitio. El resto de las clases se suceden como si nada a lo largo de la jornada: Historia del Cine, Técnicas de Iluminación y de Sonido, Taller de Realización Audiovisual, Logística y Producción. Pero durante todo el tiempo que tomo notas de forma automática o me las arreglo para no participar en nada, no dejo de pensar en Vadim. Y la película que podría hacer sobre él. O más bien, sobre su ausencia. Sobre mi soledad, mis recuerdos, mis miedos, mis esperanzas…

Un proyecto de cortometraje: eso es todo lo que me queda. Todo lo que me aferra a él.

Cuando salgo de la universidad, dejo a Clémentine sumida en una conversación con Hannah Goldberg, su compañera de trabajo, y con el hermano mayor de esta, que suele venir a buscarla. Mi amiga me interroga con la mirada para saber si la necesito, pero me doy cuenta de que está en plena operación de seducción de una nueva presa inaccesible. El mensaje que me envía un poco más tarde me confirma que ya se ha olvidado de los jugadores de baloncesto que no dejan de liarla para pasar a una nueva era: los «intelectuales torturados».

Me marcho y decido dar una vuelta con la intención de pasar por delante del apartamento de Vadim. Tanto para asegurarme de que sigue sin estar ahí como para infligirme aún más dolor. Y para comenzar a buscar localizaciones para las imágenes fantasmales que me gustaría grabar.

Patético. Abrams y sus malditas grandes ideas. Vadim va a acabar por volver…

En su calle, la ventana iluminada de la primera planta casi me hace dar un respingo. Petrificada en la acera, observo durante un buen rato el edificio para convencerme: la luz procede de un apartamento que conozco muy bien. Aquel donde nos besamos por primera vez. Aquel donde hicimos el amor por primera vez. Aquel donde nos sacaron una foto a escondidas, lo más probable que desde el mismo lugar en el que me encuentro ahora mismo.

Alarmada, ni siquiera se me ocurre moverme. Una avalancha de preguntas se me agolpa en la cabeza en este estado de shock. ¿Cuándo ha vuelto Vadim? Si está en su casa, libre, ¿por qué no me

ha llamado todavía? ¿Por qué no ha venido a mi casa, a la universidad, a donde sea, a buscarme?

Mi mente se niega a plantearse las respuestas. Pero tampoco le ordena a mi cuerpo que avance, que camine o corra por la escalera y vaya a llamar a su puerta. Me quedo ahí, paralizada, con los ojos clavados en esa ventana iluminada donde no hay ningún movimiento. Aguardo algo de actividad, una sombra, un signo de vida. Nada. En vez de eso, la luz se apaga. Otro respingo. Mi primer reflejo es querer esconderme. Pero las piernas no me responden. Las siento pesadas, inmóviles, ancladas al suelo, como tragadas por arenas movedizas. Solo mi corazón acelerado me recuerda que estoy viva. El resto de fuerzas me han abandonado. Una silueta sale por la puerta del inmueble y el pulso se me acelera aún más. Ya noto un hormigueo hasta en la punta de los dedos. Vadim se ha rapado la cabeza ni siquiera lo reconozco. Cruza la calle y viene directo hacia mí.

—¿Qué haces tú aquí? ¿No crees que ya has hecho bastante?

Es como un jarro de agua fría. La sangre por fin me llega al cerebro, abro los ojos de par en par, reacciono. Es Felix. Felix Alonso, con su pelo rapado y su gesto duro, ahí mismo, delante de mí. Nunca verlo aparecer me ha dado tantas ganas de vomitar. Y parece que lo mismo le ocurre a él. Estoy a punto de desmayarme. Me recupero justo a tiempo para interrogarlo.

—¿Dónde está Vadim?

—No es asunto tuyo. Aparta.

—Felix, ¡dímelo!

—¿Ahora me das órdenes, Lancaster? Puede que Vadim se haya dejado engañar por tu jueguecito de hacerte la mosquita muerta,

pero eso no funciona conmigo. Apártate de mi camino —espeta dando un paso más en mi dirección.

—Pero ¿de qué estás hablando?

Me encantaría que no fuera así, pero mi voz temblorosa delata el miedo que siento.

—¡Todo esto es culpa tuya! —me suelta con desdén a la cara antes de rodearme.

Lo agarro del brazo.

—¡Felix, por favor! ¡Me estoy volviendo loca! Me he recorrido todas las comisarías de la ciudad para tratar de encontrarlo. ¡Necesito saberlo! ¿Qué ha hecho? ¿Dónde está?

—Y ahora llega el momento en el que te pones a llorar, ¿no es cierto? Puedes gimotear todo lo que quieras, Lancaster, eso no lo ayudará a salir de ahí. Y nunca sentiré lástima por ti.

—Pero entonces ¿qué puedo hacer?

—Nada, ¡no hagas nada! Es por tu culpa que se ha dejado atrapar. Ya no es el mismo, tiene la cabeza en otra parte, ya no es tan cuidadoso, ¡antes esto no hubiera pasado!

—¿Dejarse atrapar? Pero ¿por qué?

—No es asunto tuyo. Ahora tiene antecedentes penales, lo vas a llevar a la ruina. ¡Y a mí con él!

—¿Qué? ¿Por eso vives en su casa?

—Sí, ¿estás contenta? Estoy metido en un buen lío, ¡no tengo nada si no tengo a Vadim! —grita Felix con la voz quebrada.

—Pues ya somos dos —murmuro, dejando que se me escapen las lágrimas.

Ese chico bajito y moreno, de cuerpo atlético, con el rostro deformado por la rabia, suelta un largo suspiro. Me observa durante

un instante, se da la vuelta, se pasa la mano por la frente, y luego se lleva el índice y el pulgar a los ojos, presionándolos para contener las lágrimas. Termina por ponerse de nuevo la capucha sobre su cráneo rapado y me vuelve a mirar.

—Vuelve a casa, Lancaster. Y déjalo tranquilo. A Vadim le irá mejor sin ti, ya había conseguido salir adelante. No le pongas la vida del revés. Ya ha sufrido bastante.

Contemplo a Felix alejarse por la calle, arrastrando los pies con sus enormes zapatillas blancas rozando la acera con un ritmo monótono. Ese sonido me destroza; las arenas movedizas vuelven a encerrarme los pies mientras una fuerte presión me oprime el pecho. Mis ojos empañados se dirigen de nuevo hacia la ventana del apartamento.

La luz apagada.

Un rayo de esperanza que se ha desvanecido.

22

—Entonces ¿qué tal el fin de semana? —me pregunta Clémentine, haciendo un gesto hacia mi cara de derrota cuando llego al campus.

—Bah.

Me obligo a sonreír a pesar de todo.

—¿Bah u horrible? Cuéntaselo todo a la tita Clem.

—Espantoso, atroz, horroroso.

—En cualquier caso, te ha dado tiempo a repasar los sinónimos —intenta bromear—. ¿Por qué no has querido que saliéramos? Te habría distraído un poco…

—No tenía ganas. ¿Qué has hecho tú?

—He ido a casa de Hannah Goldberg para trabajar en el corto.

—Ya, para ver a Aaron.

—Pff, me puse mis tejanos de la suerte, ya sabes, LOS tejanos. Casi no podía respirar, pero ¡estaba imponente!

—¿Y qué? ¿Le gustaron?

—Ni siquiera estaba allí, el muy idiota.

Me echo a reír. Clémentine cuenta las historias mejor que nadie y no hay nadie como ella para conseguir animarme con solo una frase.

—¿Al menos pudiste desabrocharte el tejano para sentarte?

—Le dije a Hannah que estaba hinchada y ¡me bajé la bragueta hasta abajo antes de tumbarme en su cama! Ahora se cree que

somos mejores amigas… Y yo, creo que voy a pasar de los tíos, la verdad.

—Podemos montar un club… —propongo, invadida por la tristeza —. ¿Y si compartimos la custodia de un gato?

—Sigues sin noticias de Vadim, ¿eh?

—Sí, ya ha pasado una semana. Lo detuvieron el lunes pasado.

—Pero ¿por qué no lo sueltan? ¿Ha matado a una anciana o algo así?

—No lo sé. El viernes me encontré con su colega Felix y no quiso decirme nada. Aparte de que era mi culpa y que tenía que mantenerme alejada de él.

—¿Sabes…? A ver, haz lo que quieras, pero… Puede que no sea tan mala idea.

—¡Ah, no! Tú no, Clem, no vas a empezar también con eso, ¿no? ¡Retiro mi proposición sobre lo del gato!

—Que no, Felix no dice más que chorradas, no tienes nada que reprocharte, Alma. Pero si Vadim ha hecho algo grave, ¿de verdad tienes ganas de meterte en eso? A lo que me refiero es que esa faceta rebelde era divertida, sexy y todo eso, pero ¿salir con un tío que está en la cárcel? ¿Un delincuente?

—¡¿Un qué?!

—La poli vino a buscarlo y no lo han soltado, ¡tiene que haber un motivo! —insiste la reina del drama.

—Estoy segura de que es inocente. Tiene que haber una buena explicación…

—Mientras tanto, te aferras a Arcadi aunque hay un montón de tíos en la universidad, solo digo eso.

—No hay ninguno como él —murmuro, más para mí misma que para Clem

Salgo en defensa de Vadim, pero las palabras de mi mejor amiga me afectan más de lo que me gustaría. ¿Y si tiene razón? ¿Y si mis padres, mi hermano e incluso Timothy tenían razón desde el principio? Mi mente duda y me lleva varios meses atrás. Cuando no conocía a Vadim, cuando mi vida era sencilla y ordenada, aburrida tal vez, pero no aterradora como lo es hoy. Cuando mi novio era todo calma y sensatez. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿A enamorarme de un chico incontrolable, irresistible, imposible de descifrar, por el que he mentido, dormido fuera de casa e incluso vandalizado un gimnasio? ¿Me estoy convirtiendo en una delincuente como él? ¿Te meten en la cárcel solo por cobrar por hacerle los deberes a alguien? ¿Ha hecho cosas aún más graves? ¿Debería salir corriendo?

Clémentine me arrastra hasta la primera clase del día enterrando el hacha de guerra a su manera:

—Vale, no estamos de acuerdo, pero todavía te quiero. ¡Y te apoyaré hasta el cielo! Eh, ¿has visto?, ¡Rima! Sin haberlo deseado he formado un pareado. Vale, ¡dejo el cine y me matriculo en poesía!

—No hay una carrera de eso.

—Vale, dejo todo y monto una universidad con asignaturas graciosas: poesía, saltar a la cuerda, siesta, imitación de sonidos de animales.

—¡Eso se llama preescolar!

—¡No he terminado! También habrá clases de ligoteo, baile en ropa interior delante de un espejo e incluso degustación de Twix,

¡así me aseguro de que Andrew Clark se matricule!

—Ya está, ya te has vuelto a enamorar…

—Mira, a un tío goloso, seguro que le gustan… todos los placeres de la vida, ¿no? Venga, vamos.

En la pausa de media mañana, apenas he salido del aula cuando diviso a Felix, recostado en un banco, ahí fuera. Esboza una sonrisa falsa cuando nuestras miradas se cruzan. Con aire avergonzado, se levanta y se acerca despacio hacia mí, pudiendo andar a duras penas porque la entrepierna de sus enormes pantalones *baggy* le llega casi hasta las rodillas.

—Hola, Lancaster. ¿Podemos hablar un momento?

—Te escucho.

—Mejor a solas. Si tu amiga se puede ir a dar una vuelta…

—Con mucho gusto, Felix—responde Clémentine—. Ten cuidado, te sale un sapo de los calzoncillos.

—Es el coquí, el emblema de Puerto Rico, cretina. Y no deberías mirar ahí si no puedes aguantarlo —la vacila Felix, pasándose una mano por la parte baja del abdomen.

—¡Y tú deberías devolverle el pantalón a tu hermano mayor! —replica Clem sin dejarse apabullar.

—Bueno, ¿qué es lo que tienes que decirme? —digo para poner fin a su debate sin sentido.

Felix espera a que mi amiga esté a una distancia prudencial para tranquilizarse un poco. Su cara de tío duro se transforma poco a poco en la de un niño avergonzado que ha hecho una tontería y que no sabe cómo pedir perdón.

—Creo que el otro día me pasé un poco contigo. Así que ya está, lo siento.

—Vale… ¿Eso es todo?

—No. Van a soltar a Vadim, no tienen nada contra él. O casi. Y le ha dado algo para ti a Keith. Y como soy un tío majo, he venido a traértelo.

Felix se mete la mano en su enorme bolsillo y la saca con un trocito de papel amarillo doblado varias veces. Lo tiende frente a mi cara, entre su dedo índice y el corazón. Me lanzo a por ello, pero me esquiva y alza la mano por encima de mi cabeza.

—Y como también soy un tío curioso, por supuesto que lo he leído. Creo que te va a gustar…

—Entonces ¿por qué no me lo das?

—Porque estoy enfadado, ya ves. Si pudieras tener un pequeño detalle… Al menos por el desplazamiento. No tenía por qué venir hasta aquí. Además, me puedo marchar si en realidad no quieres leerlo.

—Me pides dinero, ¿es eso?

Me cuesta creer lo que acabo de oír.

—Lo pillas rápido cuando quieres, Alma. Es solo para salir del paso, Vadim te lo devolverá. Bueno, para eso, tendrás que saber dónde encontrarlo, ¿no?

—No llevo casi nada encima.

—¿Cuánto?

—Veinte o treinta dólares, creo.

—Me vale.

¿De verdad estoy a punto de comprar un mensaje que es para mí? A este tío no le da miedo nada… Y a mí me da miedo él. Pero Vadim me ha escrito. Y sus palabras no tienen precio.

Tras nuestro intercambio discreto que me hace sentir como una camella, Felix se marcha sin mirar atrás y yo salgo corriendo hacia el baño de chicas. Me encierro y me apoyo contra la fría pared mientras que la cabeza me echa humo. Me tiemblan los dedos al abrir el papelito plegado, tengo la boca seca y el corazón me va a mil por hora. Los garabatos son más ilegibles que nunca. ¿También estaba nervioso al escribirme estas líneas?

¡Me sueltan dentro de poco! He pensado tanto en ti...
La semana más larga de mi vida.
Tú + Yo en el Sunset, a las 20 h. Dime que estarás allí.
V.

Llevo siete días esperando esto. Y todavía tengo que esperar siete horas. Tan poco y tanto al mismo tiempo…

23

Pensaba que la clase no iba a terminar nunca. He llegado a la cafetería con casi dos horas de antelación. Después de negociar, lamentarse y poner caras de decepción, Clémentine ha aceptado no acompañarme. Sola, me paso interminables minutos observando a los estudiantes en su rutina habitual al terminar la jornada: grandes vasos de refrescos, conversaciones y carcajadas. Yo, me hago pequeñita, apoyo la frente contra la ventana, con la mirada clavada en la calle por la que Vadim debería llegar enseguida. ¿Cómo irá vestido? ¿Estará diferente? ¿Seguirá tan guapo, tan enorme? ¿Tan impresionante? Tengo esa sensación extraña de volver a verlo por primera vez.

Nuestro reencuentro me pone tan nerviosa que ya me he imaginado la escena cientos de veces en la cabeza. ¿Me quedo sentada o me levanto? ¿Me callo o digo algo? Pero ¿qué? ¿Recelo de él o me lanzo a sus brazos? En realidad, sé muy bien de lo que me muero de ganas de hacer. Pero no lo haré. También me da miedo que se abalance sobre mí. Y que confunda mi recato con frialdad. Odio ese tipo de efusividad en público, esos enamorados que montan el espectáculo sin contenerse. Yo no soy así. Y no me gusta demasiado la idea de postrarme a sus pies mientras sigo sin saber por qué lo han detenido. Y todo el mundo nos va a mirar…

La verdad, ¡menuda idea lo de darme dos horas para pensar!

Me estiro sobre la mesa que tengo delante, con la cabeza entre los brazos, para parar el flujo incesante de preguntas. Me quedo así varios minutos, sumida en la oscuridad, aislada del mundo y del ruido del entorno. Una mano se apoya con suavidad en mi cabeza y me empieza a acariciar el pelo. Reconozco su olor antes incluso de verlo o de oír su voz.

Vadim está aquí.

Salgo de mi letargo y me incorporo despacio mientras él se sienta en la banqueta que hay a mi lado. Ahora tiene la mano en mi rostro y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—¿Estás durmiendo? —susurra—. ¿Es eso lo que te provoca el volver a verme?

Su mirada gris es indescifrable. ¿Triste y decepcionada o desafiante? Vadim me sonríe y salta la chispa. Nuestros cuerpos se acercan, se funden en el otro, se abrazan lo más fuerte que pueden. Acurrucada en sus brazos, con la nariz en su cuello y los labios contra su piel, inhalo su olor, me cargo de su calidez, de su energía, de su vitalidad. Pero las pocas miradas clavadas en nosotros me hacen sentir incómoda. ¿Por qué ha tenido que citarme en el Sunset?

—Te has pasado un poco con el Ciao Amore —bromeo, escapándome de su abrazo.

Me arrepiento al momento.

—Y tú, has pasado demasiado tiempo con Nicki Scott en mi ausencia, ¿no? Una semana sin mí ¿y te conviertes en una víbora? —me provoca con una sonrisa insolente.

—Mucho se meten con esa chica sin que haya hecho nada malo… Ni siquiera sé por qué.

—¿Y por qué hablamos de ella entonces?

—Porque apenas llevas un minuto conmigo y ¿ya te caigo mal? —respondo ofendida.

—¿Quieres que me vaya, Alma?

—¿Quieres que llore, Vadim?

—¿Por qué me da la sensación de que no tienes ganas de que esté aquí? —suelta, frunciendo el ceño.

—Llevo una semana esperando esto… —digo, suspirando para defenderme.

—Entonces ¿por qué estás tan distante?

No lo sé. ¿Qué es lo que me pasa para rechazarlo cuando lo único que quiero es a él? ¿Por qué estoy recelosa, agresiva, como si tuviera que hacerle pagar algo a toda costa? ¿Acaso los comentarios del resto han conseguido colarse en mi cabeza?

—No me imaginaba así nuestro reencuentro —confieso, mirándolo con tristeza—. Y he tenido tiempo para imaginármelo, créeme.

—Vale, sé que debe ser duro para ti. Lo siento. Te he echado de menos. —Me coge la mano.

—Yo también.

Por fin me ablando un poco y escondo nuestras manos entrelazadas bajo la mesa.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada, no quiero que todo el mundo nos mire.

—¡Qué más da, joder! Estoy aquí, libre, contigo, pueden mirarnos todo lo que quieran. ¡Y si tienen un problema conmigo, que vengan a decírmelo! —grita a quien quiera escucharlo.

—Chis, habla más bajo, por favor.

—Sin duda, no te ha sentado bien pasar siete días sin mí. Tengo la impresión de estar con la pequeña Lancaster tímida del comienzo del curso.

Sonríe para provocarme de nuevo. Pero, por una vez, no funciona.

—Sin duda, no te ha sentado bien pasar siete días en prisión… ¿Me lo vas a explicar o no?

—No tienen ninguna prueba, me han tenido que soltar. Ahora estoy tranquilo, voy a poder volver a mi vida de antes.

—Pero ¿ninguna prueba de qué? ¿Por qué no me lo explicas?

—Porque no tiene importancia, Alma. Ya ha pasado todo. Lo único que importa somos nosotros. Ya no quiero que estemos separados, no lo soporto. Me he dado cuenta de eso allí. No pienso en otra cosa.

Vadim me coge la cara con las dos manos y me besa con pasión. Mi primer impulso es rechazarlo. Después miro a mi alrededor: todos los estudiantes que hay en el Sunset asisten al espectáculo. Y mi Arcadi ya se ha puesto en pie con un destello de furia atravesándole la mirada.

—¿Te avergüenzas de mí? ¿Quieres esconderme, no es eso? Entonces, ¡vete! No me sobra el tiempo para perderlo con esta Alma. ¡No la reconozco! ¡Vuelve a tu pequeño mundo y olvídate de mí!

Asustada por la dureza de sus palabras y la rabia de su mirada, cojo el bolso, me levanto de la banqueta, empujo a Vadim al pasar y salgo corriendo hacia la puerta. Corro a toda velocidad por la calle, dejando que las lágrimas corran por mis mejillas sin contenerlas, solo pienso en ir a mi casa y encerrarme allí. Detrás de la pesada puerta, me topo con Georgia y me acurruco en sus brazos.

Siempre está ahí para mí.

No sé durante cuánto tiempo lloro. Al menos varias horas. Ni las palabras de consuelo de la mujer que me ha visto crecer ni la llamada de mi mejor amiga han logrado tranquilizarme. Sigo sollozando en mi cama y me niego a dejar que entre mi madre o Lily.

Por fin cae la noche, toda la casa se dispone a dormir. Yo sigo reviviendo en mi almohada empapada nuestro reencuentro, repito las frases intercambiadas, los reproches, las provocaciones que se salen de tono, los rencores que persisten, las pullas lanzadas que nos deberían haber hecho reír más que alejarnos. Y esa distancia, dolorosa, incomprensible: nuestras manos que se buscan y no se encuentran, nuestros cuerpos que se atraen, pero se repelen al instante, mis labios que rechazan los suyos, el abismo insalvable entre los dos, y todo ese tiempo perdido imposible de recuperar.

Sí, es posible… Todo es posible.

Es Vadim Arcadi quien me lo ha enseñado.

Me enjuago los ojos y pongo el móvil sobre la mesita de noche. Empiezo a redactar un mensaje y ya no puedo parar.

Soy una petarda estirada que no sabe lo que quiere.
Tú eres un maleante grosero que se pone demasiado perfume.
Pero juntos, somos buenos. Solos, no somos capaces.
Vadim, tengo tanto miedo de perderte… que me daba miedo
no volverte a ver.
Lo siento muchísimo.
¿Quieres seguir vacilándome? ¿Abrazándome y besándome?
Te quise tantísimo cuando no estabas aquí.
Creo que te podría querer aún más si estuvieras a mi lado…

Su respuesta llega tan rápido que me sobresalto. Bajo el edredón, la pantalla de mi móvil ilumina la oscuridad de mi cueva de tristeza.

Es el mensaje más largo de toda la historia de los mensajes

Es la respuesta más mala de toda la historia de las respuestas

Entonces ¿se acabó ya lo de ser distante?

Sí. Tengo tanto frío sin ti. Ven a darme calor, Vadim…
¿Te atreves a pasar la noche en mi casa?
¿Venir a mi cuarto ahora mismo?

Si me pillan, te advierto que duermes en la cárcel conmigo

Donde quieras, siempre que estemos juntos.
Te espero abajo

Diez minutos después, estoy en el umbral de la villa y espero la llegada de Vadim con la puerta entreabierta. Georgia, que tiene un sueño ligero, me ha oído bajar las escaleras y ha venido a preguntarme en bajito si todo iba bien. Ha escuchado mi mentira y ha vuelto a acostarse guiñándome el ojo con complicidad. Vadim aparece ante el portón y yo activo la apertura eléctrica durante varios segundos, lo justo para que pueda colarse al interior. La luz automática se enciende a su paso y rezo para que no despierte a nadie. Luego corro en calcetines hasta la mitad del sendero para lanzarme a sus brazos. Me besa y no lo rechazo. Para nada. Este reencuentro sí que se parece a aquel con el que había soñado.

Solos los dos, bajo el frío, nuestros cuerpos ya arden. Nuestras bocas se buscan, nuestras manos recorren el cuerpo del otro, nuestras pelvis encajan, nuestro cabello y nuestros dedos se entremezclan, nuestros suspiros se confunden y nuestros deseos se reencuentran. Intactos.

—Deberíamos entrar, ¿no? —me susurra Vadim, recuperando el aliento.

—Ven, forajido. Enséñame cómo te cuelas en una casa sin hacer ruido —lo reto con una sonrisa.

Se ríe de mis expresiones de otra época, intento cerrar la pesada puerta de la mansión con el menor ruido posible, pero, dada mi delicadeza legendaria, Vadim me pide que le deje hacerlo y subimos con sigilo a la planta de arriba. Por dentro, agradezco esa predilección de mi madre por la moqueta que nos facilita

enormemente las cosas. Por fin nos encerramos en mi cuarto y nos quedamos un segundo detrás de la puerta, con el corazón acelerado, la sonrisa en los labios, atentos al más mínimo ruido. Parece que todo el mundo duerme a pierna suelta. La noche nos pertenece. Me giro para ponerme de cara a Vadim, lo agarro de las muñecas y las inmovilizo en su espalda. Me pongo de puntillas y me acerco a esa boca tan perfecta. Hago un amago de besarlo y reculo en el último momento.

—Lo detengo por allanamiento, Vadim Arcadi.

—Lo confieso todo, pero me gustaría denunciar a mi sexy cómplice en calcetines…

Vadim se libera de mi agarre para cogerme de la cintura y ponerme contra la pared más cercana. Me estremezco. Mi cuarto de adolescente está sumido en una dulce oscuridad y en un silencio total. Me besa, con delicadeza al principio, después su boca devora la mía, nuestras lenguas se encuentran y se saborean, y ese beso apasionado me abruma. Vadim se para de golpe y mira a su alrededor.

—Alma, sabes a lo que nos arriesgamos si nos pillan, ¿no?

—¿Son cosas mías o tienes miedo, Vadim Arcadi? —lo provoco en bajito, mientras meto las manos por debajo de su fino jersey.

—No tengo miedo por mí. Pero a ver lo que haces si aparece tu padre y nos pilla aquí, a punto de…

—¿A punto de hacer esto?

Lo interrumpo y le quito el jersey por la cabeza.

—O esto —continúa él, agarrándome del culo con brusquedad.

Le sonrío y deslizo las manos por la piel tan suave y cálida de su torso desnudo que tanto he echado de menos.

—Bésame.

—Hmmm… Va a ser que no, no me gusta mucho que me den órdenes.

—¿Ni siquiera cuando lo hago yo? —insiste, acercándome a su rostro.

Vadim suelta un pequeño gruñido de frustración.

—Ay, me gusta todo cuando viene de ti, Alma…

Me pasa el índice por la boca y luego va bajando por todo el cuello hasta llegar al inicio del escote. Tengo la piel de gallina. Un instante después, desliza la lengua entre mis labios con un movimiento tan sensual que se me escapa un gemido.

—Espera… —susurro contra su boca.

Cierro la puerta del cuarto con llave y luego regreso hasta el medio de la habitación oscura, apenas iluminada por las lejanas farolas de la calle. Me detengo un instante para admirarlo: la espalda, el torso desnudo; es guapo a rabiar. Su piel sedosa, tensa sobre esos hombros anchos, los músculos de sus brazos, la finura de su cintura, sus fuertes muslos en esos tejanos que tan bien le sientan. Me podría sentar en el suelo y pasarme así sin más toda la noche, no haciendo otra cosa que contemplarlo. Pero no soy masoquista. Ya me he pasado bastante tiempo sin él. Avanzo con paso amortiguado sobre la moqueta y hundo las manos primero en sus rizos revueltos.

Sigo con los dedos el camino hasta su nuca, su espalda, allí le clavo las uñas para darle placer y los deslizo hacia delante, sobre esos pectorales tan bien definidos.

Inclina la cabeza como para disfrutar mejor de mis caricias. Sigo descendiendo hacia los tejanos. Le paso las manos por el abdomen,

las meto en los bolsillos, regresan a su bragueta y se paran sobre el botón.

Vadim me agarra de la mano de golpe y se gira para mirarme a la cara.

Se mueve despacio para hacerme recular, me domina desde su altura y me desafía con su mirada de acero. Su intensidad me descoloca. Me tropiezo con el lateral de la cama y Vadim me empuja hacia allí con un dedo, una sonrisa orgullosa en los labios, antes de sentarse a horcajadas sobre mí. Estallo en carcajadas mientras se apodera de mis muñecas con las manos, las sube por encima de mi cabeza y me empuja contra el colchón.

—¡Chis, Alma! La verdad es que no se te da nada bien hacer las cosas a hurtadillas, ¿eh?

Se burla de mí y me derrito. Aturdida por todo lo que me hace sentir, casi me había olvidado de que estamos en mi casa, bajo mi techo, muy cerca de mis padres, mi hermano y mi hermana, a escondidas de todos. La prohibición que estoy a punto de romper no hace más que aumentar mi excitación. La seguridad de Vadim, la perfección de su torso, la solemne belleza de su rostro y el destello juguetón que atraviesa sus ojos: todo de él me gusta, esta noche más que nunca.

—Pensaba que no te iba a ver nunca más —le susurro al oído.

—Ni en broma. Me moría de ganas de volverte a ver, Alma. Incluso si hubieran sido siete semanas en lugar de siete días, o incluso siete meses o siete años, hubiera encontrado la forma de hacerlo.

Es como si Vadim hubiera sufrido tanto como yo esta separación. Y lo creo de verdad cuando me promete que nada nos separará

jamás. Su boca se funde con mi cuello y me besa, me mordisquea, me lame. Sus labios ardientes se apartan de mi piel para deslizarse por la tela que me cubre el pecho, el abdomen y la cintura. Noto sus dientes que agarran el dobladillo de mis bragas, justo en el borde de mis tejanos, y lo sueltan de golpe contra mi vientre. Suelto un gritito de sorpresa que no quería que fuera tan alto.

Me responde con una sonrisita altiva y maliciosa que me hace enamorarme aún más de él.

—¡Pero ¿es que de verdad quieres que nos pillen, Lancaster?!

Vuelve a ponerme los dedos sobre la boca para evitar que me ría o chille. Aunque me encantaría gritar a los cuatro vientos lo mucho que lo quiero y hasta qué punto lo he echado de menos.

—Para que me calle, creo que vas a tener que besarme sin parar —susurro.

—Creo que se podrá hacer…

Su voz adquiere un tono grave. Sus ojos se clavan en los míos. Y nadie me ha mirado jamás con tanta intensidad, con tanta ternura, con tanto deseo. Y si me atreviera a creerlo, si supiera de lo que hablo, si no tuviera miedo de perderlo cada vez que empiezo a entenderlo, juraría que esta otra cosa se llama amor.

Lo abrazo con más fuerza contra mí, pero se para en seco, de pie con los brazos tendidos.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—¡Ese ruido! ¡Escucha!

Presto atención y percibo como si alguien arañara por detrás de la puerta de mi cuarto.

—¿Tenéis gato?

—Es un plan que tenemos Clémentine y yo, pero por lo demás no. Solo tenemos una Lily que se cree que es un gato. Lo hace desde que era pequeña. Es molesto, ¿verdad?

—¡Insoportable! ¡Vete a abrirle antes de que se ponga a maullar!

—Vale, pero ¡escóndete antes de que saque las uñas!

Vadim desaparece bajo mi cama de un brinco. Me repeino, doy vuelta a la llave de la puerta y la entreabro un poquito, lo justo para asomar la cabeza.

—¿Estás bien, Alma? He escuchado un ruido —susurra mi hermanita medio dormida, con un pijama de estampado de leopardo.

—Nada, solo ha sido una pesadilla, todo está bien,

—¿Por qué has cerrado con llave?

—Para poder tener pesadillas tranquila. ¡Vete a acostarte!

—¿Por qué estás tan rara?

—Y tú, ¿por qué haces tantas preguntas? Venga, que es tarde.

—¿Me lo contarás mañana?

—¿Contarte qué, Lily?

—Bueno, ya sabes, la pesadilla.

Se da la vuelta sin esperar a que responda. Es imposible saber cómo tomarse esa última frase. ¿Tras esta chiquilla que deambula por ahí con su pijama salvaje se oculta un adulto que lo pilla todo? Tiene doce años, la inocencia de un niño y la mente más aguda de toda la familia.

—Qué graciosa es tu hermana —suelta Vadim, saliendo de su escondite.

—Es… especial, sí. Es mi favorita.

—No sabes la suerte que tienes de tener una familia, Alma. Aunque sea así.

—Vale, túmbate otra vez, me parece que tienes ganas de hablar —lo vacilo.

—No, eres tú la que te tumbas y yo el que te ausculto —replica con una sonrisa.

Vadim me levanta del suelo y me tiende con delicadeza sobre la cama. Se tumba a mi lado, me aparta la melena para hundir su cara en mi cuello y me abraza con sus enormes brazos.

—Qué rápido te late el corazón —señala.

—No sé a qué te refieres —respondo, acurrucándome un poquito más contra él.

Pego mi espalda a su torso, enredo las piernas con las suyas y entrelazo los dedos con los suyos, lo beso en la palma de la mano y suelto un largo suspiro de alivio. Ha vuelto. No lo he perdido. Por fin puedo respirar con tranquilidad.

Este chico con el torso desnudo sobre mi cama, todavía no me puedo creer que esté aquí. En mi cuarto, en mi vida. Que me quiera a mí. Que me mime de esta manera. Que no busque a otra. Es todo lo que necesito ahora mismo. No quiero pensar más, no me quiero torturar más.

Solo quiero amarlo.

—Al final creo que me va a gustar venir a tu casa, Alma.

Su voz sonríe. Mi corazón también.

24

Tengo la desagradable sensación de que mi historia con Vadim lleva desde hace un tiempo marcada con un cartel de «*Wanted*» clavado en nuestra frente y que nos obliga a mantener un perfil bajo. El director de la universidad no nos quita ojo de encima desde lo de los grafitis. Basile me vigila en el campus desde la historia de las fotos robadas. Mis padres controlan todo el rato con quién estoy y el señor Abrams nos ha separado como compañeros de trabajo.

Desde que Vadim ha vuelto a clase, el hosco profesor no se conforma con lanzarle miradas asesinas mientras me observa sin cesar para averiguar si he recaído y me persigue con este proyecto de cortometraje en el que se supone que debo escenificar mi dolor. Le sigo el juego, no le dirijo la palabra a mi excompañero en su presencia y continúo con aspecto de estar abatida por mi mal de amores.

Vadim ha intentado rebelarse, gritar alto y fuerte que somos libres de amarnos y que nadie debería poder controlarnos…, pero enseguida le han recordado sus obligaciones: pasarse todas las tardes por casa de Keith, aceptar las visitas inesperadas de su educador en su casa y, sobre todo, tener cuidado si no quiere volver a tener problemas con la policía. Sigo sin saber de qué se le acusa y ese interrogante me carcome por dentro.

Sin embargo, si ese es el precio a pagar por poder vivir nuestra historia en secreto, lo acepto. Incluso hemos preparado una escena que se repite al final de cada jornada. Cuando acaba la última clase, Vadim se va antes mientras yo finjo entretenerme un poco con Clem, después me reúno con él en secreto en uno de nuestros lugares de encuentro clandestinos: un banco al fondo de un parque un poco alejado del centro, los tres escalones de una plaza por la que no dejan de pasar transeúntes a toda prisa, o una cafetería vacía a la que solo acuden los habituales. Pero estos lugares no son para nada tristes ni sombríos. Son mundos aparte, instantes suspendidos, páginas en blanco que nunca terminamos de rellenar. Con nuestras conversaciones apasionadas, nuestros elocuentes silencios, nuestras miradas enamoradas, nuestros besos furtivos y nuestros suspiros tan llenos de significado. Juntos arreglamos el mundo, paramos el tiempo, saboreamos el presente durante una hora. A veces, nos inventamos las vidas de aquellos que caminan demasiado deprisa, que hablan demasiado alto, que beben demasiado o que miran al vacío. Vadim les imagina un pasado, a menudo desastroso; yo trato de construirles un futuro, un poquito mejor. Les damos voz, les hacemos decir todo y nada. Interpretamos sus gestos, los dirigimos como si fueran los actores anónimos de las películas que nunca realizaremos. Hacemos el tonto, nos creemos importantes, nos reímos y nos dejamos llevar, y ya no podemos parar. Justo hasta la hora de volver. Entonces seguimos un poco más, solo un último viandante…

—Esa, la de allí, con abrigo negro, es la exmujer de Abrams —empieza Vadim fijándose en una cincuentona vestida con elegancia —. Lo amaba de verdad, pero acabó hasta el moño de que él

prefiriera ver a las actrices en la tele en lugar de mirarla a los ojos mientras cenaban. Por eso, una noche, ella le dijo que lo abandonaba, solo para ver si se volvía.

—¿Funcionó?

Ya tengo el corazón en un puño por esta nueva historia tan bien contada.

—Sí, la miró. Con sus pequeños ojos sombríos y cansados. Pero no intentó retenerla, porque no quería perderse el final de la película.

—¡Qué cabronazo! Entonces ella se fue, se compró un buen abrigo para envolver su dignidad y ¡se dio cuenta de que los hombres se fijaban en ella!

—Pero sobre todo los borrachos con síndrome de abstinencia y los vagabundos que piden limosna.

—¡Menuda peli más mala! —exclamo, dándole un golpecito en el hombro.

—Venga, busca un *happy end* de esos que te gustan —se burla.

—Mira, ella coge el móvil. Es Abrams el que llama: «Ya no puedo ver la tele desde que tú no estás sentada junto a mí. Vuelve, mi amor, saldremos a cenar, solo tendré ojos para ti» —narro, poniendo voz de hombre abatido.

—«¡Te lo prometo, dejaré el cine!» —continúa Vadim, imitando el timbre ronco de nuestro profesor—. «Voy a dar clase en la universidad y ganaré bastante como para regalarte abrigos nuevos. Y podré desahogar mi frustración con los estudiantes, que no tienen culpa de nada. Y me sentiré desgraciado, pero por lo menos siempre estarás ahí, mirándome con compasión y podré compartir contigo un poco de mi desgracia para que cargues con ella…».

—¡Qué dices! ¿Por qué echas siempre todo a perder? —digo indignada, pero riéndome.

—Porque el amor siempre acaba mal, Alma. Eso es así.

Vadim adopta un tono serio, casi resignado.

—¿Eso quiere decir que te quedarás conmigo si no tienes éxito, pero que me abandonarás cuando te hayas convertido en un gran director rodeado de actrices impresionantes?

—Sí. Si son Zendaya o Kate Winslet, me veré obligado —me provoca con una media sonrisa.

—Lo entiendo, ¡yo también te dejaría por ellas!

—O tal vez podamos resolverlo, yo estoy a favor de compartir…

—Ni en sueños, Arcadi. «Tú + Yo + Ella + Ella» es demasiado largo como para recordarlo.

Después de ponerme carita de niño decepcionado por lo que acabo de negarle, vuelve a ser el Vadim salvaje y fogoso que besa increíble.

—¿Qué quieres por tu cumpleaños? —añade de pronto cambiando de tema.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo lo sé todo, Lancaster, lo veo todo, ¡lo escucho todo!

—Vale, ha sido Clémentine la que lo ha gritado a los cuatro vientos.

—No creo que haya un solo estudiante de la universidad que no se sepa la fecha, el 9 de noviembre… —me confirma riéndose—. Entonces ¿qué es lo que quieres? ¡Se me da fatal hacer regalos!

—Hmmm… Quiero la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Por qué te detuvieron, por qué te liberaron, qué es lo que

has hecho, qué es lo que no has hecho y todo lo que no me has contado.

—Vale, pero mañana. Ese será tu día, tu sábado. ¿Crees que podrás escaparte de casa?

—Sí, después de desayunar en familia. Aunque se supone que voy a comer con Clem. No sé lo que ha preparado…

—Cuando termines, me llamas. Te lo contaré todo. Pero tienes que prometerme que intentarás entenderlo, que no me juzgarás…

Vadim echa un vistazo a su alrededor con aire pensativo. Esta sinceridad repentina me da un poco de miedo.

—¿Es normal que tenga miedo?

—¿Qué es lo que no te da miedo, Alma Lancaster? —replica, de nuevo con tono burlón.

—¡Tenemos que irnos! No sé tú, pero yo mañana tengo un día muy ajetreado…

25

Por mis diecinueve, mis padres me regalan la cámara profesional Canon con la que tanto tiempo llevo soñando. Una joyita tecnológica que estreno de inmediato, apoyándola en el hombro y grabando a Lily, dispuesta a hacer todo tipo de piruetas y coreografías posibles para conseguir el papel protagonista.

Mi hermana pequeña me trae con orgullo un vestido imposible que ha diseñado y cosido ella misma fusionando dos viejas chaquetas de vestir de mi padre, una clara y otra oscura, y luego me ha puesto mala cara cuando me he negado a ponérmelo para quedar con Clémentine.

Y con Vadim…

Mi hermano me dice que me dará el regalo más tarde porque no se le ha ocurrido nada; recibe una mirada afligida de mi madre y un comentario desagradable de mi padre sobre su falta de madurez.

Y ya eso de por sí ha sido un bonito regalo.

Respecto a mi mejor amiga, me arrastra a pasar una tarde de cambio de imagen «para salir de mi zona de confort y alinear mi aspecto con el de la nueva Alma». Todo un programa. La sesión de compras empieza probándonos faldas ajustadas y corpiños sexis imposibles de llevar y termina comprándonos un jersey negro cada una —el mismo— abotonado en la espalda, que nos prometemos no ponernos nunca el mismo día.

Con D'Aragon, ¡no hay problema, siempre solución!

Una manicura y un maquillaje de noche más tarde, ya no me reconozco, pero logro escaparme de la cita en la peluquería poniendo como excusa a Vadim. Clem refunfuña al principio, a pesar de que luego me deja marcharme sin problema, después de ayudarme a limpiar la enorme cantidad de pintalabios y de sombra de ojos dorada que me hacían parecer un árbol de Navidad recargado. Me he reído tanto que todavía me lloran los ojos.

—¿Te has maquillado como Nicki Minaj por mí? —bromea Vadim, quien ha venido a buscarme en coche.

—Un regalo de Clem para «realinearme» —respondo, cerrando la puerta.

Entorna esos preciosos ojos claros, cautelosos.

—También me espera un «peinado de estrella» si consigo alcanzar a Clem, así que ¡dame una buena razón para quedarme en esta pick-up mohosa!

—Feliz cumpleaños, Alma.

Vadim se recompone y se inclina para besarme. Sus labios me rozan con timidez al principio, me echo hacia atrás para fingir que sigo enfadada un poco más, entonces me muerde con brusquedad el labio inferior. Grito, me río, lo cojo de la cara con las dos manos e intento morderle el lóbulo de la oreja. Pero Vadim se resiste y esquiva mi ataque con una carcajada. Nos peleamos como dos chiquillos en este coche destartalado que siempre nos produce el mismo efecto. Nunca me siento tan alineada conmigo misma como cuando Vadim Arcadi está cerca. Lo más cerca posible.

—Bueno, ¿dónde vamos? —pregunto, abrochándome el cinturón.

—¿A mi casa? Keith no se pasará esta tarde, creo que tiene una cita.

—Pero ¡qué romántico es mi chico! —digo, suspirando y fingiendo estar decepcionada.

Mi chófer arranca por fin, en dirección a su apartamento, y no puedo evitar mirarlo mientras conduce, como siempre. Con el brazo extendido sobre el volante los músculos se le marcan bajo la piel; el codo apoyado contra la ventanilla, la mano moviéndose entre sus rizos y su maravilloso perfil, al mismo tiempo serio y delicado, cuyo contorno acabaré por aprenderme de memoria. De vez en cuando, desliza esa gran mano por mi muslo, y yo le pongo mi diminuta mano encima y contemplo durante un buen rato esa imagen que tanto me gusta. A veces, le acaricio la nuca con los dedos, sé que le gusta por cómo inclina la cabeza para que siga. Podría seguir así hasta la otra punta de Estados Unidos, sola con él en el mundo, en su pick-up que tiene ese algo mágico que nos hace sentir invencibles. Las historias de amor y los *road trips* tienen en común esa promesa vertiginosa del infinito. No sabemos qué nos espera en el horizonte, pero seguimos adelante sin desviarnos, sin darnos la vuelta. Con tal de que el camino no se acabe jamás.

Pero Vadim se detiene ya junto a la acera: ha llegado la hora de mi regalo envenenado. La hora de la verdad. Esa que tanto le he suplicado que me cuente, pero que ya no estoy segura de querer escuchar.

Vadim me deja pasar delante de él y me encuentro su apartamento bañado en una luz suave. En el salón, decenas de velitas alineadas sobre el suelo forman mi nombre.

—No tenía bastantes para escribir «Feliz cumpleaños» —murmura Vadim tras de mí.

Me doy la vuelta y lo abrazo sin decir nada. Mi boca prefiere besarlo.

—Espera, tengo otra cosa para ti.

Me lleva hasta la mesita de centro y nos sentamos el uno junto al otro en el sofá. Mi mirada se posa en tres Polaroid y en cuanto las veo, se me llenan los ojos de lágrimas. Me las seco con el dorso de la mano y agarro las fotos para verlas más cerca. El banco aislado donde quedamos en el parque, el muro al lado de la entrada de la cafetería, el último escalón de la placita donde solemos vernos. Nuestros tres escondites favoritos. En cada uno de esos lugares, la misma inscripción tallada en la piedra o en la madera: Tú + Yo.

—Podemos ir a verlos si quieres, es mejor que en la foto. Bueno, cuando hayas dejado de llorar.

Me sonríe y me acaricia el pelo. Puede reírse lo que le dé la gana, me da igual. Me llevo las preciadas fotografías al corazón y hundo la cara en su cuello, riéndome.

—Es el regalo más bonito que podrías hacerme.

—Y ahora, ¿quién es el que no es un romántico? Y no me he olvidado de lo que te tengo que contar, si todavía quieres escucharlo.

—Después de esto, puedo escuchar cualquier cosa —murmuro mientras miro de nuevo las Polaroid.

Vadim se hunde en el sofá y me atrae hacia él. Me envuelve con esos enormes brazos. Me dejo caer contra su pecho, le paso la mano por la cintura, por debajo de la camiseta. Su piel es suave y cálida, y me sumerjo en este remanso de felicidad. Nada me puede pasar.

—Felix formaba parte de una banda portorriqueña hace ya algunos años. Quería salirse, pero esos tíos no te dejan marchar así como así. Cuando te han visto crecer, cuando te han defendido, les perteneces. Si quieres tu libertad, la tienes que comprar. Y lo que les daba Fe nunca bastaba. ¿El dinero que le pasaba? Era para eso. Pero no era suficiente. Así que decidí ayudarlo. Tal vez no de la mejor forma, pero, créeme, no tenía ninguna otra. Esos tipos te encuentran allá donde vayas, si ha sido uno de los suyos, incluso muchos años después, no puedes escapar de ellos. En resumen. Robé un coche. Una gran berlina de lujo, la más bonita que pude encontrar en un barrio pijo. Felix y yo dejamos el buga frente al cuartel general de la banda y lo aceptaron. Eso significa que su deuda está saldada. Que es libre.

—Estáis chiflados —digo, acurrucándome un poquito más contra él—. Entonces, está arreglado, ¿no? ¿Ya no tenéis nada que ver con ellos?

—Sí, lo de la banda se ha terminado. Pero la noche que hice eso, me grabó una cámara de vigilancia, delante de la mansión donde estaba aparcado el coche. Por eso vinieron a detenerme. Metí la pata. Por lo general, nunca me pillan.

—¿Por lo general? —La indignación crece al tiempo que me incorporo—. Robar coches de lujo es tu… ¿pasatiempo?

—Claro que no, no lo había hecho desde hace años. Y no lo volveré a hacer. He sentado la cabeza.

—Entonces ¿por qué te han dejado libre si salías en la grabación?

—Podía ser yo u otro cualquiera. Las imágenes son bastante oscuras, llevaba capucha, apenas se me veía la cara. Los polis llegaron hasta mí porque me tienen fichado y vivo por aquí, pero no

tienen ninguna prueba. Esperaban que confesara, eso es todo. Y Keith intervino, me facilitó una coartada para esa noche.

—¿Mintió? ¿Tu educador?

—Esas cosas pasan. Hace lo que tiene que hacer cuando sabe que queremos salir adelante. Era eso o la cárcel, Alma.

—No me lo puedo creer…

—Ya lo sé, pero tienes que creerme. Las tonterías se han terminado. Tengo una beca, voy a la universidad, quiero hacer cine. Y te tengo a ti.

Vadim me quita las fotos de las manos y las observa durante un buen rato. Suspira y luego me dedica la más apasionada, intensa y profunda de las miradas. Sus labios entreabiertos se acercan a mi rostro, cierro los ojos y le dejo hacer. Unos segundos después, las fotos caen al suelo, cubiertas por la camiseta hecha una bola de Vadim.

Nos besamos con pasión, esa urgencia tan nuestra desde que nos conocimos. Pero entonces se detiene en seco. Y sus manos me bajan el jersey que estaba a punto de quitarme.

—He oído un ruido. Estoy seguro de que es el clic de una cámara de fotos —susurra en mi oído—. No te muevas de aquí.

Con el torso desnudo, se lanza detrás de la barra de la cocina abierta al salón.

—Joder, ¿qué haces ahí?

—Ja, ja, ja. ¡Ya os ha costado! ¡Lo que habéis tardado en llegar a lo importante! Esa conversación parecía interminable. Muy conmovedora, por cierto. Ah, y feliz cumpleaños, Alma.

Aparece Felix, jovial, cámara en mano. Me resulta difícil procesar la situación hasta que Vadim se lanza sobre su amigo y lo empuja

contra la pared, gritando.

—¿Encima te ríes? ¿Vienes a mi casa, te escondes y nos sacas una foto? ¿Has sido tú desde el principio? Joder, ¿después de todo lo que he hecho por ti?

—Venga, tranquilo, ¡solo quería gastaros una broma!

—¿Me estás vacilando, Fe?

—¡Es una desechable, tío! Mira, es una puta cámara de usar y tirar, solo quería haceros reír un rato. Hacerme pasar por el chiflado que os persigue.

—Lárgate de mi casa.

—No seas tonto, Vadim, lo he hecho para echarme unas risas, eso es todo. Sabía que la traerías aquí por su cumpleaños, era solo para sumarme a la fiesta. ¡Sorpresa! —grita Felix, riéndose.

—Estás completamente chiflado… —musito.

—Dame la llave y pírate —gruñe Vadim, soltándolo por fin.

—Vale, vale, os dejo para que disfrutéis de la velada romántica. Pero me crees, ¿no? ¡Era una puta broma! Ya me conoces, nunca te haría eso. Venga ya.

Felix trata de darle un golpecito amistoso en el hombro a su colega, que lo esquiva. Después se alisa la ropa arrugada y se dirige a la puerta, siempre con esa sonrisa burlona en el rostro. Los dos amigos intercambian algunas palabras que no puedo oír, la puerta se cierra y Vadim, que sigue sin camiseta, viene a sentarse al sofá.

—No creo que sea él, Alma.

—¿Qué? —Abro los ojos como platos.

—El tío que nos sacó la foto en la calle o en el gimnasio no ha podido hacerlo con una cámara desechable.

—¡Felix llevaba escondido detrás de la encimera toda la tarde! Nos observaba mientras…

—Ya —me interrumpe Vadim—. Son su tipo de bromas. Es una mierda, pero es típico de Felix. Si fuera él el que nos sacó las fotos, no lo habríamos pillado con tanta facilidad. Es más listo que todo eso.

—Ese tío casi te manda a la cárcel, entra en tu casa cuando no estás, nos saca una foto en plena acción y ¿tu conclusión es que es listo?

—No, es un gilipollas. Pero no es él.

—¿Y también me vas a decir que no fue él el que me sacó pasta a cambio de tu mensaje?

—¿De qué estás hablando? —me pregunta con el ceño fruncido.

—El mensajito que le pediste que me entregara cuando te dejaron en libertad. Me costó treinta dólares recuperarlo. «Por el desplazamiento», me dijo. ¿Así de listo es tu mejor amigo?

Vadim cierra los ojos, agacha la cabeza y se pasa ambas manos por la nuca. Frente a su silencio, mi ira se multiplica. Me levanto, me pongo a recoger mis cosas, incapaz de quedarme más en este apartamento.

—Hablaré con él, Alma. Y te lo devolveré. No te vayas, por favor.

—¡Me da igual el dinero! Pero ¿por qué lo defiendes siempre? ¿Incluso cuando se mete conmigo? ¿Incluso en mi cumpleaños?

—¡Porque solo lo tengo a él! ¡Es mi amigo desde la infancia, mi hermano, mi única familia! No es perfecto, pero está ahí para mí.

—Yo también, yo también estoy aquí, ¿no lo ves? ¡Yo también podría ser todo lo que tienes! ¡Pero lo eliges a él! —suelto con todas mis fuerzas, con la voz quebrada por el llanto.

—No, ¡no quiero elegir! ¡Esta él y estamos Tú + Yo!

Vadim recoge las Polaroid del suelo y las sacude frente a mí.

—Lo he grabado por todas partes, pero contigo nunca es suficiente.

Deja caer su enorme cuerpo de nuevo sobre el sofá, con toda su despreocupación teñida de impotencia. Mi rabia desaparece y me invade la tristeza. En medio del apartamento, paso por encima de Vadim y, antes de abrir la puerta, me vuelvo una última vez.

—Puedes añadirlas a la colección de fotos de Felix. Os quedará un álbum precioso para cuando seáis viejos. Cuando seáis viejos y estéis solos, los dos.

26

En una carta a su amiga George Sand, Gustave Flaubert escribía:

«Es verdad que estoy dotado de una sensibilidad absurda. Cosas que a otros los rasguñan, a mí me desgarran».

Yo no lo habría descrito mejor. Acabo de cumplir diecinueve años y solo he deseado una cosa al soplar las velas: no dejarme herir por mis emociones y mis sentimientos. Mis lágrimas brotan sin que yo se lo pida; mis preguntas irrumpen sin que pueda responderlas; mi ansiedad me paraliza; las injusticias me afectan; mi obsesión por los detalles me conmueven; las canciones me trasladan a otro lugar; las luchas me motivan; mi confianza en mí misma me falla en los peores momentos; mis miedos de todo y, sobre todo, de nada; mis enfados duran un poco demasiado porque no sé cómo volver a la normalidad… Necesito que todo desaparezca. Que encuentre una forma de sentirme más ligera, de vivir sin que cada día sea un sufrimiento, una prueba que me impongo a mí misma.

Clémentine ha hecho bien su trabajo de mejor amiga/psicóloga.

La nueva Alma ha decidido perdonar a Vadim por este cumpleaños medio fallido, pero se apunta mentalmente no volver a fiarse de Felix… Y él me corresponde. La nueva Alma ha decidido canalizar su energía y su ira en otra parte: en el cine, siguiendo los sabios consejos del señor Abrams. Y, sobre todo, la nueva Alma va a dejar ya mismo de hablar de ella en tercera persona.

Desde hace varias semanas, grabo a Vadim en cuanto tengo la oportunidad. Cuando me aparta la cámara con la mano, cuando acepta hablar conmigo y cuando hace como si no estuviera allí. Grabo también mis lugares favoritos, nuestra cafetería y nuestro parque, nuestro escalón y su silla vacía en clase, su apartamento y mi cuarto; las calles donde nos besamos y las puertas que cerramos. Nada se escapa a mi cámara nueva. Luego regreso a casa de mi profesor durante las horas en las que le hago de asistente, que se han convertido prácticamente en clases particulares.

El señor Abrams comenta las imágenes y me ayuda a elegir mi material en bruto. Me da ideas para planos, secuencias y me sugiere tomas. Me anima a seguir grabando y grabando. Le gusta mi punto de vista de las cosas, mi «sensibilidad, sin sensiblería», admiro su mirada honesta y sin concesiones sobre mi trabajo. No me atrevo a hablarle de Flaubert, pero creo que él también es uno de esos con sensibilidad absurda. Ya no me siento tan incómoda cuando estoy en la misma estancia que él. Escucho sus consejos, le dejo alabarme, permito que me haga reaccionar cuando no logro avanzar. Es para mí, según el momento, un profesor, un mentor, un segundo padre y un crítico de cine sin filtros.

Y, a veces, me convierto en alguien que lo escucha. Un hombro en el que apoyarse. Le dejo hablar, como hoy, cuando tiene un mal día. Como un sábado de cada dos —o, con más frecuencia, de cada tres— cuando su hijo viene a pasar el fin de semana con él y el artista brillante se transforma en un padre impotente.

—Sabes una cosa, Alma, nuestras vidas están demasiado llenas. Llenas de demasiada gente, de demasiadas cosas inútiles. Hay que desocuparlas para ver lo esencial. Si no, lo esencial se va antes de

que lo hayas mirado realmente a los ojos. Solo porque siempre ha estado ahí, a tu lado, y tú pasabas sin verlo.

—No he entendido nada, señor.

—Ja, ja, ja. Estoy seguro de que sí.

Se ríe sin ganas y se agacha para acariciar la cabeza del basset pegado a sus pies, que dormita sentado.

—Su hijo no se ha ido del todo, puesto que regresa hoy.

—Viene y se va. Pero es todo lo que me merezco, ya lo sé. Debería haberme ocupado de él. Cuidar de su madre, de la vida que teníamos y que no estaba tan mal. No necesitaba el resto. Tan solo me apetecía.

—Su vida de hoy en día también está bien —intento levantarle la moral.

—Ya basta de hablar de mí, desvarío. Pero ya verás, cuando hayas acabado este cortometraje, te darás cuenta de que en realidad no necesitas a Vadim Arcadi.

Trago saliva con dificultad. No es la primera vez que Abrams menciona la mala influencia que Vadim tiene sobre mí y la excesiva importancia que le doy. Tampoco es la primera vez que me trago mis respuestas, que son demasiado sinceras. Le dejo hablar.

—Es un amor de juventud, es un espejismo. Una pequeña historia que te hace sentir grandes cosas. Pasión, tristeza, deseo. Pero con él o con otro, lo importante es sentir la emoción, sentirse vivo.

—Sin embargo, bien que fue usted quien me empujó hacia él al principio del año.

—No, Alma, yo no te empujé hacia Arcadi, te animé a que aceptaras su reto. ¡Y lo hiciste! Lo has odiado, lo has amansado, lo

has seducido y te has alimentado de él. Pero no te olvides de lo esencial. Lo esencial eres tú. Tienes que salir de esto más fuerte, no hecha polvo.

En medio del silencio asfixiante, trato de descifrar este enésimo consejo críptico, esta pequeña lección de vida en la que Abrams es experto. Sobre todo me esfuerzo por no responderle que se equivoca, que Vadim me ayuda a ser mejor, a pesar de todos sus fallos. Que por fin tengo la sensación de estar viviendo, desde que él está en mi vida. Que lo quiero tanto que hasta me falta el aire. Y que siempre me infunde su fuerza, su valentía, su libertad, su locura. Vadim Arcadi me deja sin aliento. Vadim Arcadi me inspira. ¿Cómo iba a ser capaz de respirar sin él?

Me anoto en la cabeza estas ideas para el cortometraje. Grabar un rostro en apnea bajo el agua en mi piscina. Grabar el viento en el cielo que mueve las nubes. Grabar la brisa sobre la piel frente al mar. Grabar esa inspiración que se da antes de dar un gran salto. Grabar las bocas que se besan hasta quedarse sin aliento. Carreras trepidantes que te dejan sin respiración. Pechos agitados, labios entreabiertos y suspiros que reemplazan las palabras. Grabar por todos los medios esta verdad implacable: Vadim es mi oxígeno.

Suena el timbre y me saca de mi pequeño momento de poesía en soledad.

—Llega Caleb. ¿Te quedas un momento?

—No lo sé, señor, será mejor que los deje solos.

—Me gustaría presentártelo, Alma, me encantaría. Mi único hijo y mi mejor estudiante: aquí hablamos de lo esencial.

Su sonrisa atormentada me indica que no me puedo negar.

Un chico no muy alto aparece en el salón vestido en tonos marrones. Es la viva imagen de su padre, con veinte o veinticinco años menos, y sin los estragos del tabaco y el whisky. Caleb tiene rasgos juveniles: labios finos y sonrosados, una naricilla casi ausente, ojos azules almendrados y entornados tras un par de gafas que le quedan bien. Ha debido heredar la miopía paterna. Pero esa carita de niño ya muestra esa arruga entre las cejas de los adultos preocupados. Debe rondar la veintena y da la impresión de haber vivido ya diez vidas. No lleva el pelo con un corte definido ni teñido, va un poco encorvado y camina arrastrando los pies, como si le costara dar cada paso. Por las cejas que frunce a menudo, como hace siempre el señor Abrams, por su mandíbula apretada y su gesto de indiferencia, supongo que no está encantado de estar aquí. Y mucho menos de verme.

—Cal, te presento a Alma Lancaster, mi asistente y estudiante de primero. Alma, este es mi hijo y su mejor amiga, la desesperanza. La lleva a todas partes con él, te acabas acostumbrando, ya lo verás.

—Hola, encantada —me apresuro a decir para ponerle fin a esa descripción.

—Hola… ¿Lo aguantas aunque no tengas la obligación de hacerlo? —me responde el chico con un gesto de escepticismo.

—Vale, creo que me voy a ir…

—No, soy yo quien se va, ¡les dejo el sitio a los jóvenes! Conoceros, voy a sacar a Hitchcock. Aunque a él le apetezca tan poco este paseo como a mí.

—Papá, ¡a nadie le importa lo que opine ese perro!

—Perfecto, ¡pasadlo bien!

Esas palabras no tenían sentido alguno, pero Abrams se da prisa en marcharse con una sonrisita hipócrita.

—¿Le hablas siempre así o es porque estoy aquí?

Voy directa al grano, siempre es mejor que dejar que continúe este silencio incómodo.

—La mayor parte del tiempo, preferimos no hablarnos en absoluto.

—Ya veo…

—Puede que parezca simpático, pero es todo lo contrario, créeme.

—Quiero creerte, no debe de ser un padre fácil. El mío también es complicado, aunque de otro tipo.

—¡Qué bien! ¡Por fin una estudiante que no ha picado el anzuelo del profesor extraordinario!

Caleb se digna a mirarme por primera vez.

—Lo es. Pero también puede ser despectivo, tirano, hiriente, lunático, a veces un poco extremo con sus prejuicios…

—¡Y eso en los días buenos!

Me río. Su salida aguda y mordaz me recuerda a las de su padre.

—¿Te suele presentar a menudo a sus estudiantes?

—Solo cuando son chicas y no le parecen demasiado tontas. Se cree que podrá emparejarme con una gracias a un malentendido. Pero no te preocupes, no estás obligada a nada, seguirás sacando buena nota. Llevo tres años con mi novia, pero mi padre no la aguanta.

—Me recuerda a algo. Tampoco le gusta demasiado mi novio.

Me sorprendo a mí misma por confiar en él.

—¿Tu novio es Arcadi? Habla bastante de él.

—¿En serio?

—Sí, de él, de ti y del chico que come en clase. De una chica que siempre se hace la inocente cuando en realidad es más mala de lo que quiere dar a entender, de un estudiante asiático un poco tímido pero prometedor, cuyo nombre no consigue recordar, y también de una pelirroja divertida, que no tiene pinta de saber muy bien que hace allí.

—Vaya, no me puedo creer que te cuente todo eso.

Me río sola al asociar las descripciones con mis compañeros de curso.

—Solo os tiene a vosotros, ya lo sabes. Es un tipo solitario y triste, que no superó la audición para su papel de padre y marido, así que vosotros sois, en cierto modo, su familia de sustitución. Sin embargo, aunque le caéis bien, este año le parecéis unos inútiles. Pero ¿qué se le va a hacer? Le alegráis los días.

27

Y así, Caleb y yo, a lo largo de los fines de semana y de sus visitas, nos hemos hecho más o menos amigos. Con puntos en común como un padre complicado, una historia de amor que no se ve del todo con buenos ojos y un grupito de estudiantes de quienes es fácil burlarse. Entre las clases particulares y las caricias a Hitch, yo he conocido un poco mejor a mi profesor, y Cal, a su padre. El señor Abrams no ha hecho nada para acercarnos, pero sonríe más desde que su hijo aparece sin avisar cada vez con más frecuencia.

Con todo esto, me queda menos tiempo para dedicar a Clémentine, quien no tiene ningún reparo en señalármelo, y a Vadim, que me lo reprocha de vez en cuando, siempre jurando que no está celoso. Y, en secreto, me encanta que lo esté. Desde que apareció Caleb, encuentro a Vadim más provocador que nunca, pero también más atento, más tierno cuando nos vemos un ratito en uno de nuestros escondites… Y le cuesta más separarse de mí para devolverme mi libertad.

La última idea brillante al estilo Arcadi: organizar una cena para que Felix y yo nos reconciliemos, cena a la que también ha invitado a Clémentine, para conocerla mejor. Todavía no sé por qué he aceptado.

Llegando a casa de Vadim, acompañada de Clem, sigo repitiéndole que no es una cita a ciegas y menos aún una cita doble.

Me hace prometerle por enésima vez que no la dejaré sola con «El bobo» mientras me pongo melosa con mi chico. En el rellano, nos encontramos cara a cara con Felix, que ha oído todo y que le mete un repaso a mi amiga, pretendiendo lanzarle una mirada de deseo de gran seductor.

—Cuento hasta tres y salimos corriendo —me susurra Clem entre dientes.

—¡Pasad! —grita entonces Vadim, abriendo la puerta—. Llegáis todos puntuales, eso ya es todo un logro.

—Las mujeres primero…

Felix saca todo su repertorio de galán y no puedo evitar reírme.

—No empieces, Fe, ¡lo has prometido!

—¡Vale, vale! Alma, aquí tienes los treinta dólares que te debo.

—Y…

Vadim insiste y anima a su colega con la mirada.

—Y siento haberte pedido dinero cuando estabas tan mal, como una cierva en apuros mientras tu ciervo en celo daba vueltas en su jaula —bromea, orgulloso de su metáfora.

—Qué bien, has repasado todos los animales del bosque antes de venir —interviene Clémentine, exasperada—. ¿También vas a contar hasta diez para impresionarnos?

—No, no, no, que todo el mundo se calme. ¡Ni siquiera hemos empezado a comer! —interviene Vadim, muy metido en su papel de mediador—. Estoy seguro de que vamos a encontrar un montón de temas de conversación.

—¿Empezamos por las pintadas del gimnasio, el nuevo chico de Alma o las fotos de los dos en pelotas? —propone Felix, tan inspirado como siempre.

—¿Qué chico? —suelta Vadim.

—¿Qué fotos? —brama Clem.

—Vale —espeto para calmar los ánimos—. Caleb solo es el hijo del señor Abrams, me cruzo de vez en cuando con él en su casa, nos llevamos bien, nada más, y además ya tiene novia.

—Porque de ser soltero ¿te interesaría? ¡Por fin lo admites!

Vadim me lanza una mirada desafiante, que sostengo un instante hasta que me vuelvo hacia Clémentine.

—Y ahora —continúo—, no te lo he contado, Clem, pero hemos recibido fotos comprometedoras en las que salimos Vadim y yo cuando… bueno, ya sabes. Dos fotos robadas. Enviadas desde correos electrónicos anónimos, una a Basile, y la otra directamente a mí. Y gracias, Felix, por meter el dedo en la llaga.

—Encantada de enterarme por él —refunfuña mi mejor amiga.

—Hay un montón de otras cosas que te podría enseñar, querida —la provoca Felix.

—Tú vete a repasar los animales de la sabana y cierra el pico, Felix.

Todo el mundo estalla en carcajadas y esa réplica mordaz consigue relajar el ambiente. Clémentine vuelve de lleno al tema.

—Pero entonces, ¿quién es? ¿Alguien que os sigue y os saca fotos, solo eso, solo por diversión? ¿U os pide algo?

—Ni idea —suspiro contrariada.

—Lo más seguro es que quiera que nos acojonemos —añade Vadim—. O que trate de separarnos.

—¡Timothy! —exclama Clem, levantando los brazos—. Es evidente, ¡para vengarse del tío que le ha robado su novia!

—No, para él sería humillante enviar fotos de Alma con otro o tal vez es un completo idiota —razona Felix.

—Sí, entonces podría ser él —ironiza Vadim—. Pero yo me inclino por Basile, no soporta que su hermana esté con un tío como yo. Empaña la imagen de los Lancaster.

—¿Y se envió un correo a sí mismo? —se pregunta Clem—. Eso no cuadra.

—Eso sería bastante inteligente, al menos.

—Entonces no, no puede ser Basile… —replica de nuevo Vadim para responder a su colega.

—Tal vez no lo sepamos jamás. —Suspiro—. Lo único que quiero es que no haya más. ¡Basta de fotos!

—Para eso os va a tocar evitar los sitios públicos, las ventanas, las calles… —suelta Clémentine, contando con los dedos.

—Sí, tendrías que desengancharos un poco… Y no empecéis con lo de que no podéis evitarlo —se burla Felix como si estuviera harto.

Vadim y yo intercambiamos una mirada, imperturbable, de esas que significan «que sigan hablando». Una mirada que sonríe, una mirada a la que no le importa nada, una que solo es para nosotros. De pulla en pulla, de mofa en mofa, la velada sigue su curso. Nuestro cuarteto improbable empieza a tejer vínculos frágiles, que se entrelazan formando una intrincada tela de araña. Felix que pica del plato de Clémentine, Clémentine que le da un golpecito en la mano a Felix, que a su vez le da un golpecito en el hombro a Vadim, quien lo ignora para mirarme otra vez. Clem y yo y nuestros recuerdos, los dos amigos y sus locuras, por fin formamos una animada pandilla. Cuatro seres humanos que parecen olvidar,

durante una cena, que lo tenían todo para no encontrarse jamás. Y, sobre todo, para no amarse nunca.

* * *

—Pensaba que no se iban… —suelto, dejándome caer en el sofá.

—Atención, este va a ser mi momento favorito…

—¿Cuál? ¿Estar a solas conmigo?

—No, el momento en el que Alma Lancaster va a reconocer que estaba equivocada y ¡que esta velada ha sido una idea fantástica!

Vadim se tumba a mi lado, apoya la cabeza sobre mis muslos, y me sonríe.

—Clem y Fe no se han pegado, ella no te ha juzgado, tu colega casi no me ha sacado de quicio… Creo que se puede decir que ha sido un éxito. Lo reconozco. Es todo un genio, monsieur Arcadi.

—¡Repítelo! —se regocija Vadim, cerrando los ojos.

—¡Aparta, pachá! Me apetece un té.

—Tendrás que pasar por encima de mí…

—Sin problema.

Vadim va a cerrar la puerta con llave, corre las cortinas y apaga la luz. Nos envuelve una oscuridad total. Y nos divierte buscarnos a tientas, con nuestros susurros y nuestras emociones como única guía.

Tumbados sobre el sofá, con las piernas y los brazos entrelazados, estamos tan apretados que podríamos llegar a acabar por fundirnos el uno en el otro.

—No podría haber soñado con nadie mejor que tú como primer amor —le confieso en voz baja.

—Entonces ¿con qué sueñas ahora?

—Con que abandones el tráfico de deberes en la universidad.

No es lo que se esperaba… Pero no dejo de pensar en ello, sin decírselo nunca.

—No, ¿qué es lo que sueñas para ti?

—No sé… ¿Tal vez casarme, algún día?

—Demasiado típico. ¡Algo que sea realmente increíble, Alma! Que te encantaría hacer, pero no te atreves.

—Entonces… hacerme un tatuaje.

—Puedo llevarte a que te tatúen ahora mismo —refunfuña como mandándome a la porra—. No, te hablo de tu gran sueño, de lo que más deseas del mundo.

—Vale, tener un hijo.

—Te lo acepto. También está en mi lista. Pero algo más grande, más loco, eso que quieres hacer sin falta antes de morir.

—Hmmm… ¿Subir las escaleras del Festival de Cannes con un vestido de alta costura con una abertura a lo largo de toda la pierna?

Lo he dicho con timidez, pero tengo claro que es demasiado preciso y detallado como para que parezca un sueño improvisado. Vadim se incorpora y abre los ojos como platos, divertido.

—¿Ah, sí? Espera, tengo que escribirlo en algún sitio.

—¡No! Es tan narcisista… Olvídalo, no he dicho nada.

—Sí, voy a hacer una lista. —Da un brinco para ir a por algo donde apuntarla—. ¡Dime todo lo que se te pase por la cabeza!

Enciendo una lamparita que hay junto al sofá mientras vuelve a tumbarse boca abajo a mi lado.

—Vale. Empiezo: darme un baño a medianoche, saltar en paracaídas, nadar con mantarrayas, ver una aurora boreal, ir a

Australia, abrazar un koala… No sé. Te toca.

—Hmmm… Hacer una buena película, visitar Rusia, conducir una moto a doscientos kilómetros por hora, surfear una ola gigantesca, aprender francés, llevarte a ver un koala solo para ver qué cara pones cuando lo tengas en brazos…

La sonrisa de Vadim brilla en mi interior. Con un gesto del mentón, me invita a continuar.

—A ver… Ir detrás de ti en la moto y gritar muchísimo del miedo que tendré, ver tu peli y sentirme orgullosísima en la sala de proyección, ir a Rusia contigo, aunque tenga frío todo el rato, tener un criadero de koalas contigo… —añado, riéndome.

—Ja, ja, te quiero, ¡no pares!

—Tener un hijo con el pelo rizado como tú…

Pensativa, deslizo los dedos por esas ondas que tanto me gustan.

—Vale, pero tendrá tus ojos verdes.

—Y tu boca perfecta —añado antes de besarlo.

—A mí me gustaría encontrar a mi hermano. Solo para saber qué ha sido de él.

Se me encoge el corazón al oír que se le quiebra la voz, ver el velo que se cierne sobre su mirada gris y ese anhelo que tiene desde hace tanto.

—Jo, Vadim. Qué triste. ¿No lo has vuelto a ver nunca?

—No desde la muerte de mis padres. Lo busco desde hace años, solo sé que lo adoptaron.

—Vamos a encontrarlo. Puedo ayudarte, vamos a buscarlo juntos, ¿vale? —digo, con los ojos llorosos.

—No te pongas triste, Alma. Te prohíbo que te pongas triste. En vez de eso, sigue contándome más sueños, esta lista es demasiado

corta.

—Que mi padre deje de despreciar a mi madre por su papel como ama de casa que no tiene gran cosa que hacer durante el día, cuando, en realidad, si ella hubiera trabajado en lugar de ocuparse de nosotros… y de él, él no habría podido tener nunca esa carrera.

—¿Tal vez así les vaya bien a los dos? —sugiere Vadim, sin bromear por una vez.

—Si tú me tratas así, te mato.

—Vale, añado a mi lista «seguir vivo» —susurra él, riéndose.

—Nunca tendremos tiempo de hacer todo esto, ¿no?

—Sí, porque te voy a querer cien años.

Tumbado boca abajo, con la punta del boli entre los dientes, Vadim estudia la hoja, garabateada por todas partes. Me tumbo sobre su espalda y trato de descifrar los garabatos. Incluso ha dibujado un koala con orejas enormes y la cabecita de un bebé con pelo rizado. Me quedo en silencio, fascinada. Contemplo nuestros sueños, feliz como pocas veces lo he sido. Me emociona mirar a los ojos la vida que tal vez nos espera. No me atrevo ni a creérmelo. Vadim vuelve a escribir para poner un título a su lista: «Todo lo que vamos a hacer antes de morir». Se detiene, reflexiona un instante y añade arriba del todo, en grandes letras que repasa diez veces: «Tú + Yo».

28

Clemy_juicy: ¿Acabó bien vuestra noche? Ya sabes a lo que me refiero…

Alma_from_paris: Mejor que bien…

Clemy_juicy: ¡Quiero detalles!

Alma_from_paris: No :)

Clemy_juicy: Egoísta…

Alma_from_paris: Estoy segura de que Felix se ofrecerá voluntario para recordarte cómo es…

Clemy_juicy: Gracias. Pero no, gracias. No estoy tan desesperada.

Alma_from_paris: Un momento, Vadim acaba de conectarse.

Clemy_juicy: Vale, entonces me da tiempo a leer todas las novelas de *Los Rougon-Macquart* y hablamos más tarde, ¿no?

Veo cómo se abre una nueva ventana en mi pantalla.

Arcadius: ¿Alma?

Arcadius: ¿Estás ahí?

Alma_from_paris: ¿?

Clemy_juicy: Ves, ya está, ya ni me responde… ¿Almaaaaaaaa?

Arcadius: Acabo de recibir una foto nueva…

Se me sale el corazón del pecho. Cierro la conversación con Clémentine para centrarme en esta.

Alma_from_paris: Estoy aquí.

Arcadius: ¿Has leído lo que acabo de escribir?

Alma_from_paris: Sí. ¿De dónde esta vez?

Arcadius: En tu casa. La noche que fui a escondidas.

Cierro los ojos intentando contener las lágrimas.

Alma_from_paris: Eso significa que tienes razón… Tiene que ser Basile.

Arcadius: No, está sacada desde fuera, desde el sendero de entrada. Desde la calle, otra vez. Tu hermano estaba durmiendo en su cuarto, ¿no?

Suspiro, un poco más tranquila.

Alma_from_paris: Sí. ¿Se lo contaste a alguien?

Arcadius: A nadie. Ese chiflado me sigue a todas partes, no puede ser otra cosa.

Alma_from_paris: Vadim, ¿nunca has dudado de Felix con respecto a este tema?

Arcadius: Nunca. Estoy seguro.

Alma_from_paris: Entonces ¿un tío de su banda? ¿O el tipo al que le robaste el coche?

Arcadius: ¿De qué serviría? No es un crimen relacionado contigo.

Alma_from_paris: ¿Qué se ve en la foto?

Arcadius: No mucho. Estamos a punto de besarnos, pero tengo una mano por debajo de tu camiseta…

Arcadius: Te la paso.

Analizo la imagen con atención, pero no encuentro ninguna pista.

Alma_from_paris: Odio esos focos de luz suave que se quedan encendidos toda la noche…

Arcadius: Gracias, papá Lancaster, por la villa totalmente equipada.

Alma_from_paris: Se supone que es para protegernos…

Arcadius: Ironías de la vida…

Alma_from_paris: El tío que se pone a filosofar en el peor momento…

Arcadius: El hombre es un lobo para el hombre, ¿lo sabías?

Alma_from_paris: ¡Vadim! ¿Qué hacemos?

Arcadius: Tengo un plan. Este fin de semana, salimos. Dile a tu familia, a Clémentine, a todo el mundo, que te vas a algún sitio, no importa dónde, pero tiene que levantar un poco las sospechas. Me encontraré contigo, estaremos atentos… Y veremos bien si nos sigue alguien.

Alma_from_paris: Me lo voy a cargar.

Arcadius: Me encanta cuando sacas las uñas, Lancaster.

Me paso la semana sin cambiar en nada mis rutinas, pero analizando hasta la más mínima mirada, a cualquier desconocido un poco extraño, cambiando de acera o echando a correr por la calle cada vez que un coche se frena detrás de mí. Cuando llega el sábado por la tarde, ya me he rendido por completo a la paranoia.

Qué casualidad, Basile anuncia a mis padres que él también sale esta noche. Me voy justo antes que él, con el corazón acelerado, convencida de pillarlo en flagrante delito de espionaje en los próximos minutos. Llego corriendo a buscar a Vadim, sin dar rodeos.

Pero mi hermano no me sigue.

No muy convencido, Vadim, decide invertir los papeles y seguir a Basile, que se ha ido en dirección al campus. Conducimos con las luces apagadas y tras varios minutos, encontramos su rastro y

distinguimos su silueta, recta como un palo, esperando cerca del gimnasio.

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

—¿Tú qué crees? —me susurra Vadim, levantando las cejas.

—Pero ¿es dónde quedan todas las parejas o qué?

—Eso parece. ¿Nos vamos?

—Espera. Solo un poco. Quiero ver quién es.

—Apuesto a que una *cheerleader*. Ese esnob no debe asumir…

De pronto, Vadim señala mi ventanilla con el dedo.

—Mira, ¿no es ese que llega el entrenador de baloncesto? ¡Igual tu hermano trafica con droga o esteroides para esos imbéciles del equipo!

—Es el ayudante del entrenador, Zach Powell, que…

No he podido ni terminar la frase cuando ese tío enorme con el polo de color azul cielo, amarillo y blanco se lanza sobre mi hermano y lo besa en toda la boca. La mía se queda abierta, pasmada por esa escena surrealista. Mi cerebro se niega a procesar la información. Solo la carcajada de Vadim me devuelve de golpe a la realidad.

—¡Lancaster es gay! —exclama, levantándose de un salto del asiento.

—Mi hermano es gay —repito para asimilarlo mejor—. O bi.

—¡Tus padres no se van a recuperar en la vida! ¡Tú con un maleante ruso y tu hermano con un entrenador negro!

—¡Mis padres no son racistas! ¡Ni homófobos! Son todo lo que quieras, pero…

—Está bien, lo retiro. Pero tu hermano no debe estar tan seguro si se guarda un secreto así.

—Joder, a Basile le gustan los tíos —murmuro—. No me lo puedo creer.

Unos pocos metros más allá, veo a mi hermano besar a Zach Powell. Me invade un orgullo extraño. Seguido de una oleada de tristeza.

—Podría habérmelo contado…

—La buena noticia es que no es él quien nos saca las fotos. La mala, no es que sea legal, un entrenador y un estudiante…

—¿Y ahora te preocupas por lo que es legal?

Vadim me guiña un ojo y se acerca a darme un golpecito en la punta de la nariz. Le aparto la mano antes de que vuelva a hacerlo.

—Eh, ¡que yo no he hecho nada!

—¡Lo hemos seguido por tu culpa!

—Y es gracias a mí que hemos descubierto esta información tan importante. Si quieres mi opinión, esto explica un montón de cosas…

—A ver, ¿como cuáles?

—Que Basile no soporte que tú te rebeles, cuando él no es capaz de hacerlo.

—Podría, si confiara en nosotros.

—Alma, ya llegará. Para él no debe ser tan evidente.

—Debe sentirse solo…

—Ahora mismo, no mucho —suelta Vadim entre risitas.

Clavo de nuevo los ojos en los dos chicos. Su beso es interminable. Se vuelve más… táctil.

—Por eso pasa tanto tiempo con los del equipo…

—Quién sabe, igual le parecen tan imbéciles como a mí.

—Hala, ¿y ahora vais a ser los mejores amigos?

—¿Él y yo? ¡Ni en broma! Pero vosotros dos… Piénsalo, Alma. Un hermano y una hermana, cada uno enredado en una historia de amor imposible. ¡Sería una peli romántica maravillosa!

—Sí, y también un superdrama familiar. Con lágrimas, gritos, miradas de decepción y largos silencios, todo lo que mejor sabemos hacer en casa de los Lancaster.

—¡No estaría mal que tu vida perfecta se complicara un poquito! No hay motivo para que sean siempre los mismos los que sufren…

Mi chico moreno se parte de risa, y luego me planta un beso en el hueco del cuello.

—Ya está, has disfrutado de tu pequeña venganza, ¿estás contento? —suelto con un bufido.

—No, hubiera preferido que Timothy Wallace se rompiera una pierna. O las dos.

—Tienes que prometerme que no dirás nada. Por Basile. Ni siquiera a Felix, nadie debe saberlo.

—Con todos los secretos míos que guardas, no me arriesgaría…

—Manda narices, Zach Powell… ¡Debe tener por lo menos treinta años!

—Y la mitad de las chicas del campus están enamoradas de él, ¿no?

—Tiene buen gusto, mi hermano. —Sonrío por fin—. Y te recuerdo que la otra mitad de las chicas están enamoradas de ti, Arcadi. Así que intenta no…

Me agarra con las manos y acabo en su regazo. Vadim clava su mirada en la mía y me dedica su media sonrisa más bonita.

—Por una vez, vamos a seguir el ejemplo de tu hermano…

Su boca se abalanza contra la mía, su lengua se desliza entre mis labios y, casi al instante, ya me escucho gemir contra él.

Completamente pegada a él.

29

La semana siguiente, tanto en la universidad como en casa, Basile no parece diferente. Y, sin embargo, empiezo a verlo de otra forma. Tal vez con más interés o empatía.

Ya no es tan solo el hermano mayor pesado y aguafiestas, sino la otra víctima colateral de la elitista y estricta familia en la que vivimos.

Vadim, que no tiene que cumplir las reglas ni las expectativas de otros, falta hoy a clase, sin darme explicaciones. Desde esta mañana solo responde a mis mensajes de forma escueta. Y para colmo, es el último día antes de las vacaciones de Navidad. Durante dos semanas ya no tendré la excusa de la universidad para verlo.

Su cortometraje está en un punto muerto, el mío avanza muy despacio, como el de muchos estudiantes. El señor Abrams se ha visto obligado a ampliar nuestro proyecto del primer semestre hasta que se acabe el curso. La presentación de las películas no tendrá lugar hasta mayo.

Al acabar la jornada, por fin recibo noticias de aquel que brilla por su ausencia.

> Un niño de papá me ha denunciado al director
> por lo de los deberes. He tenido que devolverle la pasta
> y me han dado un aviso. El último, por lo visto

He tenido que apuntarme a un grupo de voluntarios para redimirme. Trabajillos de lacayo para la universidad con otros estudiantes con los días contados, como yo. Me he pasado allí todo el día

Y, además, tengo a Keith encima todo el rato, ni siquiera puedo llamarte. Te echo de menos. No te lo tomes a mal

Has batido de lejos tu récord de mensaje más largo de la historia de Vadim Arcadi

:)

No te rías. Ya sabía que esto iba a pasar

:)

Estoy bien. ¡Siempre me las apaño!

¿Podrás verme o estás secuestrado en tu campamento de delincuentes?

¡Mañana! :) Tengo un regalo de Navidad para ti. Tengo que irme :) Te quiero :)

Me duelen las mejillas de tanto sonreír.

* * *

El fin de semana anterior a Nochebuena es siempre el peor del año.

Mi madre está fuera de sí porque no hay nada preparado como le gustaría, mi padre se queja porque Georgia se ha ido a pasar las fiestas con su propia familia y no está ahí para ayudar a mi madre; y, aun así, él no se ofrece voluntario. Lily está triste porque nuestra abuela por parte de madre no ha podido venir a pasar la Navidad con nosotros, tal y como le había prometido, y mis padres no quieren decirle que está enferma y demasiado débil como para hacer ese viaje. Mis abuelos ingleses sí se desplazan, tienen que estar a punto de llegar.

Cuando Albert y Margaret vienen de visita, una vez al año, todo el mundo se pone de los nervios. Volverán a dar su opinión respecto a todo, especialmente sobre lo que es mejor en Inglaterra, es decir, casi todo. Como cada año, Edward Lancaster, va a recuperar casi al instante sus antiguas costumbres de la alta burguesía. Para agradarlos, Basile se va a comportar de forma todavía más ejemplar que de costumbre, y *Granny* y *Grandpa* van a reafirmar sin disimulo que el hijo mayor, como buen heredero, es su nieto favorito. Al menos estará Clémentine para reírse conmigo durante toda la cena.

No me atrevo ni a imaginarme qué pensaría Vadim de esta cena tan ostentosa y encorsetada. Vajilla fina en la mesa, un festín de seis platos, champán ilimitado, una montaña de regalos lujosos bajo el árbol, demostraciones de buenos modales, comentarios displicentes y sonrisas hipócritas… Todo le cabrearía.

Me escapo del ajetreo de la mansión, solo por una hora, para ir a verlo.

El parque está vacío en esta época del año. Lo espero en nuestro banco, columpio las piernas como cuando tenía nueve años y

acaricio el grabado de «Tú + Yo» con la punta de los dedos.

Vadim aparece un poco más tarde y algo disgustado. Apenas me roza la mejilla antes de dejarse caer en el banco.

—¿Eso es todo?

—Tengo un montón de cosas que contarte…

—¿Te han detenido otra vez? ¿Has robado un coche por el camino? ¿Has…?

—No, Alma, ¡no puedo dar ni un paso sin que alguien haga un maldito informe! ¡Ese grupo de voluntarios es un auténtico infierno!

Gruñe y se revuelve el pelo.

—Me he pasado todo el día recogiendo papeles por el campus. Vaciando las papeleras, lavando, plegando y ordenando cosas… ¡Nos toman por esclavos!

—¿Quiénes están en ese grupo?

—¡Solo hay imbéciles! Si los vieras… hacen todo lo que les piden sin rechistar.

—Para eso sirve, Vadim. Para enmendarte y demostrar que sabes comportarte. ¿De verdad quieres que te expulsen de la universidad?

Hunde el rostro contrariado entre las manos y gruñe como un perrito al que le han negado un juguete.

—Basta, Alma, o más bien mamá… Lo he entendido, voy a ser dócil y obediente, voy a clasificar la basura por colores si es lo que quieren e ¡incluso voy a hacer amigos!

—Eso habrá que verlo…

Me mira con cara de cansancio. Le sonrío y le paso la mano por ese pelo ondulado.

—Hay una chica bastante maja.

—¿Maja? ¿Cómo de maja?

Suelta una risita ronca que me hace sentir un hormigueo por dentro.

—No lo sé, he hablado con ella cinco minutos. Se llama Cheyenne.

—Eso no es un nombre. Eso es una tribu nativa norteamericana.

Claramente, no me ha salido bien lo de hacerme la indiferente.

—Es que lo es, creo. En resumen, es divertida, eso es todo. Y tú, Alma Lancaster, estás celosa.

—Ya te gustaría, recolector de basura.

Vadim se ríe con más fuerza, después se vuelve hacia mí, sentándose a horcajadas encima del banco.

—Tengo otra noticia importante.

—¿Esa era la primera? ¿Tu nueva amiga «divertida y maja»?

Me sonríe.

—¿Quieres que te lo cuente o no?

—Venga —respondo a regañadientes.

—He visto a Keith esta mañana. Ha encontrado a Roman.

—¿Tu hermano?

Vadim asiente, pero su rostro no refleja ninguna emoción.

—De hecho, hace bastante que sabe dónde está. Pero cree que ahora es un buen momento. Que podría ayudarme, motivarme, aferrarme a algo…

—¿Y tú qué piensas? ¿Qué sientes?

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora mismo.

—Tengo hambre. Un poco de frío. Y me gustaría besarte, pero…

—Vadim.

Suspira y me imagino su lucha interior. Mostrarse vulnerable o fingir que no siente nada… para no arriesgarse a sufrir.

—Roman ha cumplido dieciocho este año, tiene derecho a decidir si quiere verme —suelta—. Keith se ha puesto en contacto con él para proponérselo.

—¿Ha dicho que sí?

—Sí.

Deslizo mi mano en la del chico moreno que lucha contra sus demonios en este mismo momento.

—Pero no sé si es una buena idea.

—Ver a tu hermano ocupa el primer puesto de tu lista, ¿no? ¡No puedes escaquearte! Y yo estoy aquí si necesitas que te recuerde hasta qué punto es fácil quererte, Vadim Arcadi.

—Dijimos que teníamos que hacer todo eso antes de morir, eso me da un poco de tiempo…

—¿Qué te da miedo? —susurro.

Me acerco a él y entrelazo los brazos por detrás de su nuca.

—Nada. Todo. Va a ser… raro. No nos conocemos, era un bebé cuando nos separaron. Ni siquiera se debe acordar de nuestros padres. Y, además, lo adoptó una buena familia americana. Quién sabe, igual lo odio.

—Ya odias al noventa y nueve por ciento de la gente, eso no te va a suponer un gran cambio —intento hacer que sonría.

—También odio la idea de tener familia, creo.

—Pues yo creo que te va a encantar… —le digo al oído antes de besarlo.

Vadim presiona sus labios contra los míos y luego se acurruca en mi cuello.

—De hecho, creo que a la única que no odio es a ti. Y a Felix. Y a Keith, a veces.

—No, también está Cheyenne…

Se parte de risa, lo noto vibrar contra mí, después recupera la compostura y me besa de nuevo.

Me besa.

Respiro su aliento.

Me abraza.

Me aferro a él.

No existe nada más, nadie más aparte de nosotros.

Solos contra el resto del mundo: la familia, los hermanos, los educadores, los nativos norteamericanos.

—Dentro de poco tendré que irme a casa, Vadim.

—Dentro de poco tendré que secuestrarte, Alma. Y no te soltaré jamás.

—Entonces que sea después de Navidad. Hay dos generaciones de Lancaster en mi casa que me matarían si me perdiera esta cena.

—Yo estaría dispuesto a matar para que la Navidad no existiera. Para que dejen de hacerles creer a los niños esas tonterías, para dejar de atiborrarnos de pavo con castañas que a nadie le gusta y para que dejemos también de hacernos regalos porque es el día que toca.

—Bueno, pues entonces no te doy los míos.

Me encojo de hombros con cara de decepción.

—Un momento, ¡puedo hacer una excepción!

—Toma, esto es solo para empezar…

Le tiendo cuatro paquetitos de color rojo vivo que Vadim se pone a rasgar sin miramientos. Se le ensancha la sonrisa a medida que

descubre la moto de plástico, la minitabla de surf, una guía de viaje de Rusia y el pequeño diccionario de francés que he elegido para él.

Espíritu navideño o no, tengo la impresión de que le brillan los ojos.

—¿Puedes enseñar a mí? —me susurra en francés con un adorable acento estadounidense.

—Puedo hacer contigo todo lo que quieras.

Solo te quiero a ti.

—Me toca —dice, volviendo a su idioma—. Pero creo que hemos tenido la misma idea…

Vadim recoge su mochila tirada en el suelo, abre la cremallera y saca un peluche grande y suave de tonos grises y blancos, con un pequeño hocico negro y brillante y orejas redonditas.

—En la tienda ya no les quedaba ningún koala vivo, así que cogí este. Hasta que vayamos a Australia…

Suelto un grito de alegría, conmovida.

—¿Alma?

—¿Vadim?

—Deberías volver a casa antes de que me empiece a gustar la Navidad.

Me abraza otra vez, aplastando el peluche entre los dos. Algunos besos después, me marcho a casa, con el corazón encogido por haberlo dejado allí, pero la cabeza llena de pequeños sueños por cumplir.

Además de un nudo en el estómago.

Todavía hay una cosita que tengo que comprobar.

Encerrada en el baño, espero mientras me estrujo los dedos, sentada en el borde de la bañera. En las instrucciones pone seis

minutos. Al cabo de tres, dos minúsculas líneas rosas aparecen en el palito que tengo entre los pies.

Cuanto más las miro, más oscuras se vuelven.

Me inclino hacia delante para verlas mejor: una lágrima se estrella contra el suelo de baldosas inmaculado. Y todos mis sueños se acaban de esfumar.

30

Sobredosis.

Sobredosis de foie gras, marisco, canapés con trufa, salmón salvaje, bombones y pudin de Navidad. Sobredosis de sonrisas forzadas, regalos carísimos que no utilizará nadie, preguntas incómodas que nadie quiere responder. Sobredosis de buenos sentimientos, buenos deseos y propósitos. Feliz Navidad y feliz Año Nuevo. Y sobre todo salud.

Y, sobre todo, nada de bebés…

La partida de Granny y Grandpa es un alivio para todos, incluso para ellos mismos. Deseosos de volver a su querida Inglaterra, se marchan con las maletas más llenas que a su llegada.

Todo el mundo puede respirar por fin. Excepto yo. Ya no puedo hacer como si eso no existiera.

Eso…

Todavía no he encontrado el valor para contárselo a Vadim.

Clémentine lo ha adivinado ella solita, sin que haya tenido que decirle una sola palabra. Mi mejor amiga ha pasado las fiestas en nuestra casa, feliz de poder cambiar su cuarto de estudiante en un campus vacío por una mansión llena y rebosante de vida. Pero triste, sin duda, al imaginarse a sus padres divorciados pasando las fiestas cada uno con su parte de la familia reconstituida. Aunque no se ha lamentado ni una sola vez.

Ha diseñado y cosido vestidos espantosos con Lily, que ha decretado que las rayas y los lunares combinan bien. Ha ganado a Basile al *Final Fantasy* en su nueva consola, él se ha quejado de su suerte de principiante. Ha cocinado con mi madre y Georgia, que soltaban una risita falsa cada vez que metía el dedo en la receta «solo para probarla» y «una última vez».

Yo los he observado a todos, de lejos, ausente, casi extraña.

Clémentine lo descubrió todo una mañana. Estábamos encerradas en el baño, lavándonos los dientes a la vez, ella en bragas y sujetador, yo enrollada en una toalla esponjosa. Clem se miraba en el enorme espejo, de cara, de perfil. Hizo un paso de baile y luego se quejó de su rolliza barriga mientras la golpeaba como si fuera un tamtam.

Me eché a llorar.

Y entonces se dio cuenta.

No entendí gran cosa de lo que me dijo, porque tenía la boca llena de pasta de dientes, pero mi mejor amiga tiene el don de consolarme incluso sin hablar. Un golpecito de su cadera contra la mía, un abrazo bien fuerte y un «toda va a ir bien, si quieres lo puedo adoptar» más tarde, ya me reía entre lágrimas.

—Tienes que hablar con Vadim antes de decidir lo que sea —me susurró.

—Me da pavor, Clem…

—Lo mataré con mis propias manos si se porta mal contigo.

—Eso no me va a ayudar mucho, pero si te apetece…

—He liquidado a tipos más duros en la consola, créeme.

La creo. Evidentemente que la creo.

* * *

Incluso en vacaciones, Vadim pasa los días con su grupo de voluntarios en la universidad. Decido ir a sorprenderlo al campus a última hora de la tarde. No tengo el valor de quedar con él o de decirle que tengo que contarle algo: se va a imaginar de todo… excepto *eso*.

A lo lejos, lo veo charlar con una morena alta de piel bronceada, cuerpo atlético, el pelo largo negro y brillante que no deja de llevarse a un lado. Una mezcla perfecta entre feminidad y confianza en sí misma. Un aire encantador y salvaje al mismo tiempo, seductor e indiferente.

Me recuerda… a Vadim.

El chico moreno cruza de pronto su mirada con la mía a unos metros de distancia, se pasa la mano por el cabello, dice un par de palabras más a su nueva amiga y luego viene hacia mí sonriendo.

—Alma, ¿qué haces aquí? ¿Has venido para asegurarte de que hiciera mis tareas?

Me guiña un ojo. Su buen humor me resulta extraño.

—Parece simpática —digo, señalando a la morena con el mentón.

—Y sigues sin estar celosa ¿eh, Lancaster?

Se cruza de brazos, da un paso adelante y me observa de cerca. Parece que esta situación le divierte muchísimo.

—No tenéis pinta de estar superocupados. ¿Qué es esto? ¿Un campamento de verano?

—Es lo que hace la gente cuando acaba la jornada. Ya sabes, dejar de trabajar.

—¿Cuál era la tarea de hoy?

—No lo adivinarías nunca…

Y esa maldita media sonrisa que se va ensanchando.

—Soy todo oídos, Vadim —respondo con frialdad.

—El gimnasio.

Él gana.

Los recuerdos afloran y me toca a mí sonreír. Hasta me olvido de por qué he venido, de ese peso en lo más hondo de mi vientre.

—Tu obra de arte hace tiempo que ya no está ahí, pero he limpiado las gradas, la cancha, los «vestuarios»…

Vadim recalca esta última palabra. Me provoca a propósito. Y funciona.

—Y hemos acabado con las duchas. Pero sin ti, princesa, ha sido mucho menos divertido que la última vez…

Nuestras miradas se cruzan y ya no se separan.

Lo que este chico me hace sentir…

Le suena una notificación en el móvil, lo coge y lee rápidamente el mensaje. Más allá, veo a Cheyenne, quien finge hablar con otros dos estudiantes mientas nos observa.

—Así que ¿has pasado el final del día en las duchas con… ella?

Vadim se mete el móvil en el bolsillo trasero de su tejano y luego lanza una mirada en dirección a la morena.

—¿Cheyenne? Sí. Hasta se ha desnudado. Para no mojarse la ropa, ya sabes.

—Muy bueno, Vadim.

—Y luego ha limpiado las paredes con el cuerpo. Dice que la piel humana es muy eficaz contra los…

—Cállate —gruño, dándole un golpecito en el hombro—. Lo he entendido, ya está.

Se sienta en el borde del muro más cercano y me atrae hacia él. Su risa burlona se eleva en el aire mientras me abraza.

Su voz adquiere un tono más dulce; su calidez y su aroma me tranquiliza.

—Ven aquí, deja de pelearte conmigo.

—¿Te gusta? ¿Aunque sea un poquito?

Es estúpido, un cliché, pero es lo único que sale de mi boca.

La idea de perderlo me aterroriza.

—Alma, ¿es que no puedo hacer amigos? De verdad que es muy maja. Interesante. Eso no significa que yo esté interesado…

—Interesante ¿en qué sentido?

—No lo sé. Es diferente. Lista, trabajadora, no tiene miedo de nada. Además, está orgullosa de su cultura amerindia, sabe un montón de cosas y cuenta bien las historias. Le da igual lo que piensen de ella. Es auténtica, eso es.

Auténtica. ¿Y mejor que yo?

—Intento abrir mis chakras —murmuro, todavía en sus brazos—. Pero parece perfecta para ti…

—No me gusta su pelo —suelta de golpe—. Demasiado largo, demasiado brillante, seguro que es postizo.

Levanto la mirada hacia él y la ternura que leo en sus ojos me conmueve. Le robo un beso. Un beso pequeñito, pero inmensamente tierno.

—¿Quieres que te la presente? Podrías tirarle de la peluca…

—Tengo ganas de hacerlo, pero ahora no.

—¿Por qué?

Me aparto de su abrazo, de su calor.

Como si esperara que me rechazara una vez sepa la verdad.

—Tengo que contarte una cosa, Vadim…

—¡Yo también!

—Entonces, empieza tú.

Con tal de ganar un poco de tiempo.

—¿Estás segura?

Asiento, obligándome a sonreír.

—Keith me ha dicho que podré ver a mi hermano de aquí a un mes. Va a organizar el encuentro a principios de febrero…

Le sonrío, pero esta vez de verdad.

—¿Vendrás conmigo, Alma?

—Iría al fin del mundo contigo, Arcadi.

Me mira y deja escapar una risa dulce, que se eleva y revolotea a mi alrededor.

—Pero, mientras tanto, no puedo cometer ni una falta —suspira —. Y dejar de ver tanto a Felix… Esas son las condiciones de Keith.

—Vale, pero ya mismo le vas a presentar a una chica «supermaja e interesante» para que no se sienta solo. ¿Trato hecho? — propongo, levantando la mano en el aire.

En lugar de chocarla, Vadim entrelaza sus dedos con los míos y me dedica su irresistible media sonrisa.

—Te toca.

Me acobardo.

Esta noticia lo va a echar todo a perder.

—No era nada, puede esperar.

Se me pone el corazón a mil, apenas me salen las palabras.

—Estoy feliz por ti y por tu hermano. Llevas tanto tiempo esperando…

—No te escaquees, Lancaster. Te conozco como la palma de mi mano.

Su voz grave recorta el aire. Ha notado mi inquietud.

—No te va a gustar…

—Me puedes contar todo, Alma.

Ya lucho contra las lágrimas.

—Creo que estoy embarazada.

Aparto la mirada para no leer el pavor, o la decepción, en sus ojos.

—¿Lo… lo crees o estás segura?

La voz ronca. La mano que le revuelve el pelo. Trata de no entrar en pánico… sin mucho éxito.

—Me he hecho una prueba de embarazo.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Sin decirme nada?

—Hace una o dos semanas. Ya no sé muy bien cuándo.

—¿Ya no lo sabes? ¡Joder, Alma!

Una primera lágrima deja un surco en mi mejilla.

—Han sido las fiestas, mis abuelos estaban aquí, tenía a toda la familia pendiente de mí y tú, ¡te pasas aquí los días! No nos hemos visto mucho, yo…

—Alma, eso debería haber sido lo primero.

—Tenía miedo, ¡no sabía qué hacer!

Estallo en sollozos.

—Ven aquí, no llores. Perdóname por haber gritado. Pero ¿cómo es posible? Siempre hemos hecho lo que hay que hacer…

—La vida nos castiga, no lo sé… —murmuro, hundiendo mi rostro en su cuello.

Me acaricia la espalda, pero lo noto tenso.

—¿Qué vamos a hacer?

—Solo quiero que me acompañes. Ya sabes, para…

—Espera, respira, tenemos tiempo. ¿No quieres…?

—¡Claro que no, Vadim! Tengo diecinueve años, ¿crees que…?

—Alma, escúchame.

Su voz es grave y pausada. Vadim me coge la cara con las dos manos y la acerca a la suya. Es difícil descifrar todos los sentimientos que atraviesan su iris ahora mismo.

—No estás obligada a decidirlo ahora mismo. Sé que somos jóvenes, que un bebé da miedo. Pero no es imposible. «No hay nada imposible cuando se ama». Tú me lo dijiste. Es de George Sand, ¿no?

—Pero ¿qué estás diciendo? Acabo de empezar la carrera. No tengo trabajo, tú tampoco. Nos conocemos desde hace solo unos meses…

—Es tu cuerpo, tu decisión, Alma. Y te apoyaré en lo que decidas. Pero no quiero que un día te arrepientas. Que nos arrepintamos los dos. Quiero que sepas que si me lo pides, haré todo lo que haga falta. Encontraré un trabajo de verdad. Podrás venir a vivir conmigo. Seguirás yendo a la universidad hasta que puedas. Luego seguirás el curso a distancia, cuando llegue el bebé.

Jamás me hubiera imaginado esta reacción por su parte.

Esta calma, esta forma de pensar en el futuro, ese control que percibo en su voz y que hasta casi me hace dudar.

—Y después, un día, te hartarás, odiarás tu vida y me abandonarás…

—Mírame bien —suelta muy serio—. Nunca te dejaré tirada, Alma. Nunca. Sí, será duro, no tendremos gran cosa, pero lo

tendremos a él, o a ella. La combinación de Tú + Yo. Nadie más señalará nuestras diferencias, verán lo que hemos sido capaces de crear juntos. ¡Todos los que nos querían separar ya no podrán hacernos nada!

—Pero todo eso pasa en las pelis —le susurro—. Es bonito, hace llorar, ¡pero no es la vida real! La verdad es que mis padres me van a matar. Y después, te matarán a ti.

—Es la vida real, Alma. El principio de nuestros sueños que se hacen realidad. Acuérdate, lo teníamos los dos en nuestra lista…

—Pero no ahora, ¡no así! —exclamo, apartándome de sus brazos —. Yo no quiero ser una madre adolescente, una madre estudiante, ¡no quiero ser madre, y punto! ¡No quiero, no quiero! Y no te haré esto.

Vadim mira al vacío con gesto angustiado.

—También es por ti. —Me sorbo la nariz mientras le paso la mano por el pelo—. No quiero que dejes el cine. Que tengas un trabajo que odies, o incluso dos. Que te olvides de tu pasión, tus sueños, que te sacrifiques por un bebé que ni siquiera has deseado.

—Si tú quisieras a este bebé, yo también —me responde con ternura—. He crecido sin familia, así que me imagino que no sentimos lo mismo. Pero estoy aquí. Lo tengamos o no. Alma, estoy aquí.

Lloro a mares.

Creí que huiría de sus responsabilidades, como lo habrían hecho tantos otros chicos de su edad. Pero Vadim me declara, a su manera, su amor, su apoyo inquebrantable, sus ganas de que nos construyamos un futuro.

Y ya no sé ni qué hacer.

31

Una mano discreta rasca en la puerta. Le pido a Lily que se vaya, pero es Basile el que entra en mi cuarto y se sienta con las piernas cruzadas al pie de mi cama.

—Sé que no estamos muy unidos, Alma. Pero te oigo llorar desde el otro lado de la pared. ¿Tengo que ir a romperle la cara a alguien?

Amago una sonrisa, un poco avergonzada por no haber sido más discreta.

—No, no hace falta.

—Para eso estamos los hermanos mayores, ¿no? Para defender a su hermanita. Consolarla cuando llora. Aunque eso no se me da muy bien…

Se retuerce los dedos, para nada cómodo en este nuevo papel.

—Me parece que lo estás haciendo bastante bien.

—Entonces ¿es por Arcadi?

—No tengo ganas de hablar de ello.

Si hablo de ello, me desmorono.

—Basile, ha sido un detalle que hayas venido, pero… ¿me puedes dejar sola?

—Si es lo que quieres… Pero un día tendremos que hablar de por qué no hablamos nunca tú y yo.

Se va hacia la puerta y casi me parece conmovedor.

Su enorme cuerpo delgado y torpe, su corte de pelo de niño pequeño, sus hombros hundidos por el peso de su secreto. Cuando agarra la manilla de la puerta, las palabras se me escapan.

—Te vi la otra noche. Cerca del gimnasio.

Se da la vuelta despacio y palidece.

—Con Zach Powell —susurro.

—¿Qué es lo que viste exactamente?

—Ya lo sabes. Y me da igual, Basile. Puedes besar a quien quieras, puedes quedar con quien quieras en mitad de la noche, pero deberías habérmelo dicho. Tal vez serías menos plasta si fueras un poco más feliz.

Le sonrío lo mejor que puedo.

—¡No me mires así! ¡Pretendes dar lecciones sobre la felicidad con la nariz llena de mocos y lágrimas hasta en el pelo!

Su voz parece vacilar entre el pánico y la carcajada.

—Solo quería decirte que no es un problema y ni siquiera es un tema importante que seas gay. O bi. O exactamente quién eres. Para mí no cambia nada… En todo caso, me hace sentirme orgullosa de ti. Y sé que tiene que ser difícil vivirlo, con Tim y toda la banda…

—Esos me dan igual. Entre los cinco no hacen un cerebro. Y no soy el primer tío gay de la universidad. Pero si papá se entera…

—Pero no sabemos cómo reaccionaría, ¿no? Y, de todas formas, ¡no puede decidir por nosotros, Basile! ¿No estás harto de que te diga cómo debes comportarte? ¿De que te meta presión todo el tiempo?

—Sí, pero sin él ¿quién soy? —suspira, triste y cansado—. Se supone que debo coger el testigo, seguir sus pasos…

—Tú eres tú —lo atajo—. Basile Lancaster. Y tienes derecho a ser quién tú quieras. Amar a quien quieras. Y yo también. Si papá nos deshereda a los dos, no será para tanto.

—Entonces ¿esa es tu idea? ¿Vivir la vida como te apetezca?

—Algo así…

—Y para eso, ¿no podías haber elegido a un chico menos problemático que Arcadi?

Le saco la lengua y me imita, como cuando teníamos cinco años.

—¡Te recuerdo que sales con un entrenador de baloncesto diez años mayor que tú!

—Ocho. Y si solo fuera él…

Me suelta eso y sale corriendo de mi cuarto.

—¿Qué? ¡Basile! ¡Vuelve aquí!

¿Mi hermano, un casanova?

Oigo el móvil vibrar en mi bolso tirado junto a mi cama.

Vadim.

Un poco nerviosa, respondo después de varios tonos.

—¿Alma?

—¿Vadim?

—¿Estás bien?

—Sí. Bueno, no. No lo sé…

Me sorbo la nariz y aprieto el móvil con la mano. Me gustaría que apareciera por mi ventana. Que se materializara en mi cuarto. Podría acurrucarme contra él y dejar que pasaran las horas, los días, los años.

—Alma, ¿sigues ahí?

—Sí.

—Me he informado. Parece que hay que hacerse un análisis de sangre para confirmar…

No termina la frase, como si quisiera ahorrármela. Y se lo agradezco.

—Sé de un laboratorio que lo hace de forma anónima y gratuita. Voy contigo.

—De acuerdo —resoplo—. ¿Mañana por la mañana?

—Te paso a buscar.

El silencio que sigue parece interminable.

—¿Vadim?

—¿Sí?

—Gracias.

Me imagino su sonrisa tierna y su mirada angustiada al otro lado de la línea.

—Siento muchísimo que tengas que pasar por esto, Alma —murmura con voz ronca—. Si fuera posible, invertiría los papeles…

—A las ocho, mañana. —Cuelgo antes de derrumbarme.

* * *

Al día siguiente, no me suelta la mano en todo el trayecto. Tampoco en la sala de espera del laboratorio. Ni cuando salgo, con una tirita blanca en el brazo.

He aprovechado el análisis de sangre para hacer una prueba de detección y Vadim ha hecho lo mismo. Al salir, caminamos un rato antes de sentarnos en la terraza de una cafetería. Pedimos dos cafés con leche, que no tocamos ninguno de los dos. Vadim es el primero en romper el silencio.

—¿Cuánto ha pasado?

—No llega a dos horas todavía. Nos han dicho que nos llamarían.

El silencio vuelve a imponerse entre los dos. Esperamos y esperamos, sin decir nada. Deslizo la cabeza poco a poco sobre su hombro, me rodea con el brazo. Nuestra burbuja nos protege. Justo hasta que mi móvil se enciende y la hace estallar.

Medio en trance, escucho cómo la señora del laboratorio me da los resultados, se lo agradezco brevemente y después cuelgo.

—Es negativo —susurro con un suspiro—. Y las otras pruebas, también.

Me deshago en lágrimas. Terriblemente aliviada. Pero invadida por una oleada de tristeza. Me desplomo hacia delante, sobre la mesita, Vadim me levanta y me abraza con fuerza.

—Alma, todo va a ir bien. Ahora, tranquila…

Trato de explicarme entre sollozos.

—Ha dicho que el embrión debió de dejar de desarrollarse.

—Tienes que estar aliviada…

—Sí, pero también estoy desolada. Por ti. Por todo esto.

—No estés así. Esto me ha demostrado hasta qué punto te quiero, Alma.

Lloro desconsolada en los brazos de este chico maravilloso que tengo la sensación de no merecerme.

—¿Sabes? Algún día seré la mujer más feliz del mundo cuando nos anuncien el otro resultado.

Sonríe y me besa en el cuello.

—Cuando llegue el momento, espero hacerte dos o tres…

32

Por fin es año nuevo.

Y por no sé qué milagro, Vadim está libre de su grupo de trabajo hasta que se acaben las vacaciones. Toda esta semana entera solo para nosotros dos, mi sueño.

Mi felicidad sería completa si mi madre no hubiera decidido volver a Francia unos días de forma impulsiva. Parece con la cabeza en otra parte, en este momento. Triste, a veces. Entre que mi padre se muestra tan ausente como distante, que echa de menos a sus amigas francesas y que su propia madre ya está mayor, no es de extrañar. Lily ha insistido en irse con ella, volver a ver a su querida abuela y al grupito de amigas que dejó atrás el pasado verano.

Yo también sueño con volver a ver París. La noche, que cae pronto en enero, los escaparates aún iluminados, las tiendas abarrotadas y las calles heladas. La multitud apresurada y los *macarons* que compramos de uno en uno porque son tan caros como deliciosos. Ponerse los guantes y un gorro, oír hablar francés tras de mí, suspirar porque no camino lo bastante rápido, entrar en un café con la calefacción a tope, sentarme cerca de la ventana y ver a la gente pasar. Me gustaría volver a hacer todo eso.

Y si Vadim viniera conmigo, se inventaría vidas trágicas o improbables para todos; me reiría, le intentaría enseñar algunas palabras en francés, las destrozaría, nos reiríamos todavía más.

¿Y si fuera posible…?

—¿Mamá? ¿Qué haces?

Entro en su cuarto y me dejo caer en la cama mientras ella se pelea con dos perchas en la entrada de su inmenso vestidor.

—Empiezo a hacer las maletas, Alma. Nos vamos mañana por la tarde.

—Justo me preguntaba…

—¿Qué? ¿También quieres venir? ¿No lo podrías haber dicho antes?

De rodillas frente a las dos enormes maletas Vuitton todavía vacías, se pone los dos índices sobre las sienes.

Parece que he elegido mal momento, pero es ahora o nunca.

—Pensaba que tal vez… En fin, si te parece bien… Podría ir… Y, hmmm…

—Alma, cariño, ¿te has dado un golpe en la cabeza al venir?

—Y si podría invitar a un amigo también…

—¿Un amigo? ¿Qué amigo?

—¿Vadim? —murmuro mientras noto como todo mi valor se evapora.

—¿Disculpa?

Abre tanto los ojos que las pestañas casi le hacen cosquillas en las cejas.

—Sueña con conocer Francia, mamá. Sé que a papá y a ti no os encanta, pero… podrías llegar a conocerlo. ¡Y sería genial para nuestro cortometraje! Poder grabar…

—No sé, Alma. Es que lo has dejado para última hora.

—Sí, perdón, olvídalo —suspiro, sentándome a su lado—. Además, papá nunca lo aceptará.

—No tiene por qué saberlo. De todas formas, ¡nunca está! —suelta con amargura. Si mi madre anda con secretos con mi padre, es que la cosa es grave. Pero también es mi mejor carta.

—Podríamos decirle que nos vamos las chicas, solas las tres… —sugiero mientras doblo uno de sus jerséis de cuello alto de cachemira.

—No le vendría mal a Basile pasar algo de tiempo a solas con su padre. Últimamente se han distanciado.

—Vadim no molestará ni siquiera tendrás que ocuparte de él.

—Te aviso, va a dormir en el cuarto de invitados.

—¿En serio? Entonces ¿te parece bien?

Asiente y yo suelto un gritito de alegría abrazándola con fuerza.

—Voy a pedirle a Georgia que se encargue de los billetes. Lleva ropa de abrigo, Alma.

—Eres la mejor, mamá. ¡Gracias!

—¡Y dile a tu Vadim que se compre un abrigo digno de ese nombre!

Me río, la abrazo con más fuerza, se cae de espaldas en la moqueta impoluta y me jura que se las voy a pagar como me atreva a despeinarla.

Verla sonreír me llena el corazón, pero no tanto como lo que estoy a punto de anunciarle al chico que amo.

No se lo va a creer.

Yo, Alma Lancaster, la sensata, la previsible, me lo llevo de repente al otro lado del Atlántico.

Alma_from_paris: ¡Arcadius! ¿Estás ahí?

Arcadius: Hola, Koala. Sí, estoy intentando trabajar en esa maldita película. Cero inspiración, nada, me estoy volviendo loco…

Alma_from_paris: Tengo la solución. ¿Qué haces mañana por la tarde?

Arcadius: No tengo nada planeado.

Alma_from_paris: ¿Y los próximos seis días?

Arcadius: Tampoco.

Arcadius: Bueno, sí, está esta chica con la que he quedado…

¡Qué idiota!

Alma_from_paris: ¿Quién? ¿Cheyenne? Me ha llamado, de hecho, y me ha pedido que no te acerques a ella a más de cincuenta metros.

Arcadius: No, ella no. La chica con la que he quedado va mucho peor peinada…

Alma_from_paris: Ten cuidado con lo que escribes, Arcadi.

Arcadius: Alba, Alda, algo así. Una niña de papá un poco plasta, que protesta todo el rato.

Alma_from_paris: Ya veo. ¿Plasta y protestona? Pero ¿por qué te castigas así?

Arcadius: Me siento un poco obligado, se ha enamorado de mí. No me deja en paz.

Sus provocaciones me hacen sonreír.

Alma_from_paris: Mierda… Entonces, si te invita a París con ella, no irás, ¿no?

Arcadius: ¿A dónde?

Alma_from_paris: París, Francia. ¿Sabes dónde está? «*Bonjour*», «*merci*», «*je t'aime*», «*petit con*», los cruasanes calientes, el pan rico, el café ardiendo, Notre-Dame, los Campos Elíseos, Montmartre…

Arcadius: Alma, ¿lo dices en serio?

Alma_from_paris: Salimos mañana por la tarde.

Arcadius: ¿Salimos? ¿Quiénes?

Alma_from_paris: Tú, yo, mi madre y mi hermana pequeña. Allí hay veinte grados menos, tenemos que comprarte un abrigo antes de irnos. ¿Tienes pasaporte?

Arcadius: Sí. Keith me obligó a hacérmelo el año pasado. Alma, ¿vas en serio?

Alma_from_paris: Sí, a no ser que tengas ganas de que te «deje en paz» un poquito…

Arcadius: ¿Quién ha dicho eso? ¡Nadie ha dicho eso! ¡Nos vamos a París, la leche!

* * *

Cómo no, Vadim se niega a ponerse su flamante plumífero negro al bajar del avión de madrugada.

En el taxi que nos lleva a los cuatro hacia el *17e arrondissement* de París, donde mis padres aún conservan su piso, lo noto tiritar a mi lado. Este rebelde de pacotilla sigue respondiéndole a mi madre que no tiene frío sin apartar la mirada de la ventanilla del coche, tras la cual desfilan paisajes sin interés, de momento.

No hay mucho que ver ni monumentos importantes ni espectáculos callejeros ni mucha vida a esas horas de la mañana, pero Vadim no quiere perderse nada de nada. Se vuelve de vez en cuando hacia mí, solo para sonreírme, y luego vuelve a su estado de contemplación. Mi madre está medio dormida mientras Lily habla por todos nosotros, contando con los dedos a las amigas que tiene que

llamar al llegar y recitando en voz alta una lista de todo lo que sí o sí tiene que comer antes de volver.

Me siento bien, rodeada de este grupito que jamás habría pensado reunir.

El taxi nos deja por fin en mitad de la calle Jouffroy-d'Abbans, frente al edificio haussmaniano que tan bien conozco. Mi hermana se abalanza sobre la puerta de entrada y aprovecha la salida de un vecino para bloquearla con el pie. Vadim se encarga de sacar las tres maletas enormes, además de la mochila repleta hasta arriba que utiliza como equipaje. Lily y mi madre se meten en el estrecho ascensor que chirría antes de subir hasta la tercera planta.

En esta escalera antigua y poco iluminada, me quedo sola con Vadim. Por fin. No he podido ni preguntarle cómo está cuando me coge de la cintura, me empuja contra la pared más cercana y me besa. Como un chico muy malo.

—Llevo esperando esto desde ayer por la tarde —resopla, despegando sus labios de los míos.

Me parece que está peligrosamente guapo en esta penumbra.

—¿Te acuerdas de que no podemos besarnos delante de mi madre?

—Alma, seguro que sospecha que tú y yo hacemos todo tipo de cosas…

Mueve las cejas de arriba abajo y pone esa media sonrisa que me da ganas de morderlo.

—Lo has prometido, Vadim.

—Cero contacto, cero escándalo. Educación, modales y discreción —recita—. ¿Así está bien, princesa? Ah, y me voy a colar en tu cama todas las noches para enseñarte lo que es la vida de verdad…

Esas últimas palabras me hacen estremecer. Le doy un manotazo en el hombro, lo esquiva y me roba otro beso. Desde arriba, creo escuchar la voz de mi madre.

—El ascensor ya ha llegado ¿vamos? —suelta Vadim—. Parece que nuestra carabina se impacienta…

Metemos las maletas dentro y, como no hay sitio, decidimos subir a pie.

—¡Ya os ha costado! ¡La puerta se niega a abrirse! —Mi madre suspira, un poco exasperada.

—¿Puedo intentarlo? —propone Vadim.

Un golpe con el hombro, dos giros de llave y ya está en medio de la entrada. Se queda un poco cautivado, inmóvil, descubriendo la altura del techo, las molduras, un poco más allá los muebles antiguos, las chimeneas, las puertas dobles acristaladas. Lily pasa por delante de él corriendo y dando gritos estridentes. Mamá entra después haciendo rodar su maleta sobre el parquet encerado.

Yo cojo a mi príncipe de la mano.

—Te acostumbrarás… ¿Te enseño la casa?

—Pero esto no es un piso, ¡es un museo!

—Es la decoración *à la française* —le susurro, divertida, en la lengua de Molière.

—No he entendido nada.

—Al lado de la habitación de invitados hay un cuarto de baño. No te pasees desnudo cuando salgas de la ducha.

Me sonríe y eso no es buena señal.

—¿Te has traído pijama?

—¿Valen un calzoncillo y una camiseta?

—Vadim Arcadi, ¿qué voy a hacer contigo?

—Si estoy desnudo, absolutamente lo que tú quieras —me susurra al oído.

—Cállate. Si mi madre te oye, vas a terminar en la buhardilla, en la sexta planta, bajo el tejado… ¡Mamá, vamos a dar una vuelta!

—Vale, pero de camino, acompañad a Lily a casa de su amiga Jeanne, está a dos calles de aquí. ¡Y volved para la cena!

—¡Prometido!

—*Au revoir, madame Lancaster* —prueba a decir Vadim en francés.

—*Oui, à tout à l'heure!*[3]

—¿Por qué quiere saber si tengo hora? —me pregunta en voz baja, presa del pánico.

—Ya te lo explicaré, ¡vamos! —respondo entre risas.

Después de deshacernos de nuestra hermana pequeña con falta de sueño, pero demasiado entusiasmada, Vadim y yo nos metemos en el metro parisino en dirección al animado barrio de Saint-Lazare. Demasiado ocupados besándonos, nos saltamos la salida y Vadim no deja de reírse de mí. Tomamos el metro en el otro sentido y nos subimos en un vagón lleno de música. Un hombre de cierta edad, con una boina bien calada en la cabeza y los ojos medio cerrados, toca temas de Bob Marley con la guitarra y trata de hacer que canten los viajeros, demasiado indiferentes o tímidos como para atreverse. Vadim parece fascinado. Cuando el cantante pasa entre los asientos, con la boina del revés frente a los rostros impasibles, suelta un billete de cinco dólares todo arrugado.

—No sé de qué le va a servir aquí, pero es todo un detalle —le susurro.

—¿Por qué nadie le da nada? Pensaba que en este barrio la gente era rica. ¿Qué les pasa a estos tacaños?

—Vadim —digo entre risitas—. ¿Sabes que la gente entiende el inglés?

—La gente de París, ustedes son… ¡no amables! —exclama en una especie de francés.

Me echo a reír y me acurruco en mi abrigo, mirando a otro lado para hacer como si no lo conociera. Entonces me doy cuenta de que tenemos que bajar del metro y lo cojo del brazo, justo cuando suena el último aviso. Corremos como locos por el andén, riéndonos. Después, salimos a la calle. Recorremos el bulevar Haussmann, perdidos en medio de un mar de curiosos, turistas y vendedores ambulantes. Vadim me coge de la mano, aunque casi nunca lo hace en L.A.

Esta es la magia de París… Vuelve romántico a cualquiera.

—¿Vamos al cine? —me pregunta, señalando un cartel con el dedo—. Me apetece ver una película aquí.

—Vale, pero ¡después de ver un poco todo esto!

Vadim descubre la belleza y la fantasía de los escaparates de Navidad. Contemplo como él, que odia estas fiestas, se maravilla como un niño que no hubiera crecido demasiado deprisa. Meto la mano en el bolsillo de su plumífero y atravesamos juntos las puertas de las Galerías Lafayette. Bajo la grandiosa cúpula, miramos los relojes y las joyas más originales y caras, nos probamos un millón de perfumes hasta que ya no olemos nada; me pruebo abrigos de piel de imitación para hacerlo reír, grita al encontrar una cazadora que se parece tanto a la suya, y luego la deja cuando ve el precio, como si le hubiera quemado las manos. Lo pierdo entre las estanterías,

vuelve para sorprenderme con un sombrero de copa sobre la cabeza y una chaqueta digna de Basile. Sonreímos, nos reímos, deambulamos, nos besamos de nuevo. Tranquilos. Sin preocupaciones. Enamorados.

No compramos nada, evidentemente, y acabamos en H&M donde acepta elegir un jersey de cuello vuelto negro, tres pares de calcetines gordos y una camisa un poco arreglada para impresionar a mi madre. Contemplo ese cuerpo tan fuerte, que sé que es tan tierno. En el vestidor, se siente observado y me atrae contra él susurrándome que deje de mirarlo y que «participe». Me pongo de puntillas, presiono mi boca contra la suya, lo beso, lo muerdo, lo despeino y salgo corriendo antes de no poder pararme.

Cerca de las cajas, vemos dos gorritos iguales con pompón, gris para él, blanco para mí, que nos ponemos en cuanto salimos. Parecemos un poco idiotas, pero no nos los quitamos. Ni siquiera en la sala de cine.

El aire frío nos golpea en las mejillas cuando volvemos al exterior, con la cabeza llena de imágenes. Nos paramos a tomar un chocolate caliente y comer una crepe en una cafetería. Vadim no se inventa las vidas de los viandantes. Está demasiado ocupado escuchando las conversaciones, observando a la gente, impregnándose de este ambiente tan íntimo y acogedor, aprovechando cada momento para grabarlo todo en esa mente brillante.

Se pierde en la belleza que lo rodea, yo me pierdo en la suya.

Se me pone la piel de gallina.

Me soplo las manos para calentarlas y me cuesta creer que este chico me quiera tanto como yo a él.

—¿Estás bien, Alma?

Asiento. Me quedo ese pensamiento para mí, para dejarle que siga contemplando todo. Y porque si lo digo en voz alta, lo voy a querer aún más, creo.

Es… vertiginoso.

Vamos hasta la plaza de la Ópera y nos sentamos en los escalones, Vadim dos por encima, yo encajada entre sus piernas, con su mentón sobre el pompón de mi gorro. O sus labios en mi cuello.

Observo a todo el mundo. Y los compadezco. Por no ser nosotros. Por no estar tan enamorados, tan felices. Al oído, Vadim me da las gracias. Gracias por haberlo llevado a París, por haberme pasado esa parada de metro con él, por haberle elegido la ropa. Y me susurra otras cosas que no olvidaré jamás. Intento no llorar, lo intento de verdad, pero fracaso. Murmuro que los ojos me lloran de frío, desde luego no me cree, pero me abraza más fuerte sin burlarse de mí.

Y entonces decidimos volver. Es casi la hora de cenar.

* * *

En torno a la mesa, en ese comedor en el que tantos años he pasado, todo me resulta familiar. La silla de mi padre está vacía, como lo ha estado a menudo. Mi madre está en su sitio, Lily en el suyo, sentada con una pierna doblada y la otra lista para salir corriendo a hacer cualquier cosa apasionante. El mantel blanco está impoluto, como siempre, mi madre tiene por lo menos diez de recambio. Pero en el sitio de Basile, es Vadim quien se sienta, con su bonita camisa, tan blanca como el mantel. Ha aceptado metérsela

por los tejanos, aunque se la ha remangado. Sigue con el cabello mojado de la larga ducha que se ha dado.

Devora la comida preparada por mi madre y ya ha repetido dos veces. Estoy segura de que ella se siente al mismo tiempo halagada, conmovida e incómoda por sus malos modales. Mi hermanita monopoliza la conversación, en francés, describiéndonos los uniformes de Jeanne, Capucine y Margot, contándonos historias sobre sus familias, los profesores, los deberes e incluso los asuntos de corazón sin ningún pudor. Vadim no entiende ni jota, pero sonríe al observar sus gestos, su mirada al cielo y sus gritos exaltados. Cuando llega el postre, mi madre nos pregunta por nuestro día, esta vez en inglés.

Quien ha crecido sin padres, sin familia, no está acostumbrado a estas conversaciones. A veces se me olvida que él no lo ha vivido, que no ha tenido el calor ni la seguridad de un hogar estable y cariñoso. Me da pena por él.

De vez en cuando, me busca con la mirada, casi pidiéndome ayuda, para saber qué responder, cómo comportarse, hasta dónde llegar. Siempre es educado, pero no puede dejar de hacer algunos comentarios maliciosos o lanzarle algunas pullas a Lily.

Otras veces, desconecta, se aleja, mira a otro lado, parece entristecerse.

Tal vez ya no tenga ganas de estar aquí.

Tal vez eche de menos su libertad.

Al final de la cena, Vadim carraspea antes de dirigirse a mi madre. A costa de un esfuerzo sobrehumano, se lanza, concentrado, con el ceño fruncido, a decir algunas palabras en francés con su acento irresistible.

—*Madame Lancaster, je te remercie*.[4]

Oírle tutearla me hace sonreír.

—*Je t'en prie, Vadim, c'est un plaisir que tu sois là. Et que me deux filles affichent un si grand sourire, ce soir*.[5]

Le susurro la traducción, aunque todo el mundo me oye.

—*Moi aussi… Je suis… très plaisir*.[6]

Toda la mesa estalla en carcajadas. Vadim se pasa la mano por el pelo y ese gesto de nerviosismo me conmueve. Me gustaría decirle que es perfecto. Que no tiene que cambiar nada. Retoma el inglés, evitando la mirada de mi madre.

—Tengo un montón de sueños, ¿sabe? Y no he cumplido muchos. Pero aquí, gracias a usted, voy a tachar tres de mi lista. Visitar París, ver una película en el país que vio nacer el cine… —empieza a decir, contando con los dedos.

—¿Y el tercero? —pregunta Lily.

Se vuelve hacia mí y su mirada luminosa me cautiva.

—Hacer sonreír a Alma —susurra.

—Alma se pone a llorar en tres, dos, uno…

Mi madre la hace callar y se lleva la mano al corazón.

—Puede que me haya equivocado contigo, Vadim.

—Y yo con usted —admite él.

—¿Y nadie se ha equivocado conmigo? —se lamenta Lily.

—No, tú eres… única —le susurra Vadim—. Si tuviera que elegir una hermana, elegiría una como tú.

—¡Perfecto! ¡Yo también te elijo a ti!

* * *

Los días siguientes van pasando sin que podamos impedirlo.

Las noches se suceden llenas de suspiros, de citas secretas, de peligro. Vadim viene a verme a mi cama de adolescente y luego se vuelve de puntillas. Cuando me toca a mí, me cuelo en el cuarto de invitados, me lo encuentro dormido y me acurruco contra él hasta la madrugada.

París le sienta bien. Los cines de barrio, los museos, los bares, los mercados… Quiere verlo todo, hacerlo todo, vivirlo todo. Pocas veces lo he visto antes tan sonriente. Sin dejar de ser él mismo. Despierto, sarcástico, apasionado y libre. Tal y como lo quiero. He visto a mi madre observarlo, en varias ocasiones, cuando sus argumentos daban en el blanco o cuando me hacía reír. Y la he visto entender, poco a poco, lo que sentía, por qué este chico era tan importante.

Ese día, nos besamos delante de ella.

Antes de marcharnos, hemos vuelto a grabar nuestros sitios favoritos de la capital, hemos vagabundeado por las calles sin saber a dónde llegaríamos. Nos hemos abrazado en cada cruce, en cada semáforo en rojo, a veces en medio de un paso de cebra, ignorando los cláxones de los conductores con prisa. Hemos jugado a ser mayores en un restaurante elegante al que nos ha invitado mi madre y hemos vuelto a ser niños jugando a «¿te atreves?» hasta no poder más.

Y hemos subido al avión.

Ebrios de felicidad, de recuerdos.

Más enamorados que nunca.

Más fuertes.

Capaces de todo.

33

—¿Te atreves a salir corriendo?

Estoy casi seria cuando le suelto eso a Vadim al llegar al campus, el lunes por la mañana.

—De acuerdo, pero tendremos que correr rápido. Tendremos a Keith, al director de la universidad y al jefe del equipo de voluntarios en los talones. ¿Lista?

—Hmmm…Lo único bueno de volver a clase es que: uno, llevas mucha menos ropa; y dos, solo tengo que cerrar los ojos para verte en París con ese ridículo gorrito con pompón.

—Es la última vez que me haces llevar algo así, Lancaster.

—Por suerte, te he grabado con…

—¿Que tú me has qué?

—No nada, nada.

—Alma, como enseñes esas imágenes a alguien… ¡Les contaré a todos que bailas en pijama con tu hermana las Spices Girls!

—Para empezar, era *Just a Girl*, de No Doubt. Y, además, ¡tú la tarareabas en la ducha!

—¡Mentira!

—Tengo la prueba aquí mismo —rebato, dando un golpecito en el bolsillo delantero de mi bolso… antes de salir corriendo.

Vadim se lanza a perseguirme, grita mi nombre y me amenaza de nuevo. Empujo a varios estudiantes al pasar, me tropiezo y aterrizo

en los brazos de Clémentine, que espera pacientemente a que empiecen las clases.

—Alma, cuidado. ¡Casi me tiras el cruasán!

—Lo siento. Hola, Clem. Un momento, ¿le eres infiel al Twix? ¿Te pasa algo?

—Bueno, como nadie me ha invitado a ir a Francia, he hecho que Francia venga a mí.

—¡Ay, Clemy, cielo! No estaba previsto, te lo juro, se decidió en el último momento.

—Bueno, ¡pero él sí que tuvo tiempo de ir! —suelta mi mejor amiga, fulminando a Vadim con la mirada.

—¡Hola, D'Aragon!

Le sonríe de oreja a oreja como si posara para una foto.

—Ya fue todo un milagro que mi madre aceptara, me daba miedo que cambiara de idea si también te invitaba —me excuso para que me perdone.

—Me da igual. Yo también tengo una vida —dice, encogiéndose de hombros—. Además, tengo novio nuevo.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Cómo? ¿Lo conozco?

—Mira, de repente te interesa tu vieja amiga Clémentine, ¿eh?…

Trata de mantener ese aire misterioso, pero no puede evitar una sonrisa.

—Bueno, os dejo —interviene Vadim—. No es que no me interese, pero… Sí, de hecho, ¡es exactamente eso!

—Eso, ¡piérdete, Arcadi! Ve a buscar a tus amigos. Ah, vaya, si no tienes, qué pena…

Lo provoca fingiendo una mueca de pena que me hace gracia.

—Clémentine d'Aragon, eres una «*trou du cou*»[7] —articula en francés, muy orgulloso de sí mismo.

Eso es obra de Lily, por supuesto.

Mi mejor amiga se muere de risa, sorprendida y burlona; Vadim se da la vuelta y se apoya contra una pared del aula, antes de sacar su móvil para enviar un mensaje a no sé quién.

¿Cheyenne? Puede ser.

¿Paranoica? Sin lugar a duda.

La he interrogado, he negociado, le he ofrecido información a cambio, pero no he conseguido en todo el día sacarle a Clémentine el nombre de su nuevo flechazo. O bien me está haciendo pagar que me haya ido a París sin ella, o bien no está muy orgullosa de la identidad del interesado. ¿Andrew Clark, su compañero de picoteo? ¿Cassius Banks, otra vez el jugador de baloncesto? ¿Aaron Goldberg, el hermano mayor de la primera de la clase, con quien soñaba casarse? ¿U otro estudiante al que todavía no conozco? Solo sé que se ha pasado las vacaciones yendo a las fiestas del campus y que no siempre sabe cómo ha vuelto a su cuarto. Conclusión: todo es posible.

Incluso tras toda una semana de clase, sigo sin conseguir que hable. Y me conozco a Clem al dedillo, no es de las que se anda con misterios tanto tiempo. Por lo general, no puede aguantarse. Pero mi mejor amiga ha cambiado, se pasa casi todas las tardes con él, apenas responde a mis mensajes de texto y a menudo llega a clase ojerosa y con una sonrisa tonta en los labios.

Vadim, por su parte, está ocupado trabajando con su grupo de voluntarios. Y, por lo tanto, con su nueva amiga «interesante». Me ha contado partes de sus conversaciones, he hecho como que me

parecían banales e insignificantes, me ha jurado que no la veía cuando no trabajaba en la universidad y que tampoco es que tuviera especialmente ganas de hacerlo. Le he prometido que no me convertiré en una novia asustada, celosa, desconfiada, incapaz de entender una simple amistad entre un chico y una chica.

Pero es raro que un voluntariado universitario termine tan tarde, ¿no? Y Clem ni siquiera está aquí para imaginarse escenas rocambolescas conmigo…

Así que me paso muchas de las tardes en casa de un Abrams satisfecho con las imágenes que he podido grabar en París, impresionado por mi trabajo que va por buen camino y un poco amargado en cuanto la conversación gira en torno a Vadim Arcadi. Caleb suele estar por ahí, un poco más relajado que antes, al menos conmigo, pero sigue tan duro y crítico con su padre como siempre. Si lo pienso bien, es bastante divertido asistir a este espectáculo sociológico: ver cómo le habla como yo nunca me atrevería a dirigirme a mi padre ni siquiera en sueños, y contemplar cómo mi profesor, tan intransigente con sus alumnos, cierra el pico frente a su hijo de veinte años, solo para no romper ese frágil vínculo que vuelve a tejerse entre ellos desde hace poco.

—Pasas un montón de tiempo aquí, ¿no? —me pregunta Cal una tarde cuando estaba a punto de irme.

—Sí, tengo un proyecto cinematográfico que terminar. Tu padre ha aceptado ayudarme hasta que lo acabe.

—¡Ya, claro! Lo hace solo para tener compañía y porque sabe que me caes bien y que así vendré aquí más a menudo…

—Entonces, todo el mundo contento, ¿no?

—Lo que no explica eso, es por qué vienes tú. ¿No tienes nada mejor que hacer? ¿Qué dice tu novio?

—Nada. No es posesivo.

—¿Y tú?

—Yo… le dejo libertad, él me deja libertad, así está bien.

—¿Ya te han dicho que mientes fatal, Alma? Yo creo que tú no sabes muy bien lo que él hace por las tardes y te mueres de ganas de acribillarlo a preguntas, pero que no quieres agobiarlo, así que vienes aquí para matar el tiempo y pensar en otra cosa. Y tal vez intentar darle un poco de celos…

—Vale, te devuelvo la pregunta: se supone que ves a tu padre un fin de semana de cada dos; ahora mismo, es más bien dos tardes de cada tres. Así que, ¿cuál es tu excusa?

—Tú.

El silencio que se instala pesa un quintal. «*The elephant in the room*».

—Pero no te preocupes —dice Caleb, sin ningún tipo de reparo—. No te pediré que salgas conmigo mientras mi padre se piense que es gracias a él y todo eso.

—Ah, sí, es cierto que trata de emparejarte con una nueva estudiante cada año.

—No, con «su estudiante favorita». Pero no llegará muy lejos esta vez, ¿eh?

No sé si esa pregunta espera una respuesta. Aprovecho la excusa de lo tarde que es y me marcho antes de que un nuevo silencio incómodo caiga como una losa sobre la estancia. Abrams júnior y Hitchcock, el viejo basset, observan cómo me marcho con la misma mirada. Cansada, triste, apática.

Voy corriendo al apartamento de Vadim para comprobar que está ahí. Cuando diviso la luz en su ventana, desde la calle, me siento aliviada. Solo durante medio segundo… antes de preguntarme si está solo.

Si ya ha terminado de trabajar por hoy, ¿por qué no me ha llamado?

Así que subo, llamo a la puerta y contengo la respiración. Vadim no abre del todo, entreabre la puerta apenas cinco centímetros.

Me prohíbo pensar en Cheyenne, ahí detrás de él, desnuda o casi, tal vez escondida en algún sitio conteniendo la respiración. Nuestro único punto en común.

La voy a matar. No, primero a él.

—Ah, eres tú, Koala. Te dejaría pasar, pero en menos de cinco segundos, vas a poner mala cara.

—¿Ah, sí? ¿A quién mato primero?

Mi voz pretendía ser dura y tajante, pero creo que apenas se oye.

Vadim se aparta para dejarme entrar en su apartamento. Avanzo con pasos lentos y vacilantes, deslizando la mano por la pared para evitar caerme por si me da un choque emocional.

—Alma Lancaster, ¡cuánto tiempo! A mis brazos, francesita —exclama Felix con demasiado entusiasmo.

—…

—Bueno, no te alegres tanto.

Deja caer de nuevo sus brazos enormes y deja de levantar las cejas.

—Ya te he dicho que no te iba a gustar —interviene Vadim con media sonrisa.

—…

—Sé que Keith no quiere que nos veamos, pero, joder, es mi mejor amigo. ¿Te imaginas que te prohibieran ver a Clémentine?

—…

—Por cierto, ¿cómo está mi pelirroja preferida? —pregunta Felix con voz suave.

Lo fulmino con la mirada.

—No estoy en la cárcel, nadie tiene derecho a decirme a quién puedo o no puedo ver —replica Vadim.

—¿Sabes lo que hace Keith? Separarnos para poder controlarnos —insiste Fe.

—Divide y vencerás, como se suele decir —hablo yo por primera vez.

—Ah, bien, has recuperado el habla.

—Sí, pero quizá Keith tenga buenas razones para hacer eso, ¿no? La última vez la cosa acabó bastante mal —añado, mirando fijamente a Felix.

—Esta vez, se acabaron las tonterías —trata de tranquilizarme Vadim—. Voy a la universidad, no falto a ninguna clase, he dejado de traficar con los deberes, me presento todos los días en ese maldito campamento de voluntarios, no voy a echarlo todo a perder.

—Aun así, no tenemos ni un duro, colega, ni tú ni yo.

—¡Deja de depender de otros y búscate un curro, Felix! —suelto, sosteniéndole esa mirada de vago.

—¿Sabes por dónde me meto tus consejos, Lancaster?

—Y hablando de curro, te tengo que contar algo alucinante, Alma.

—Bueno, yo me marcho, ya he escuchado esta historia tres veces.

Felix se acerca a la entrada arrastrando los pies, con sus pantalones *baggy* que hacen ruido al rozarle las piernas. Luego cierra la puerta soltando algunos tacos en español.

—Eso significa: «Estoy encantado de verte, gracias por tus ánimos, pórtate bien y ¡hasta pronto!» —me traduce Vadim, riéndose.

Yo también me río y me acerco a besarlo.

—Te he echado de menos… Bueno, ¿y cuál es esa historia?

—Hace un rato, iba andando por la calle y una mujer superelegante de cuarenta o cuarenta y cinco años me ha dado un golpecito en el hombro y me ha parado.

—¿Y?

—Ha empezado a decirme que tengo los ojos muy bonitos y mucha presencia, que le encanta mi pelo, mi sonrisa…

—Hmmm… ¿Y ahora también voy a tener que desconfiar de las mujeres superelegantes de cuarenta y cinco?

—Espera, entonces me ha preguntado si alguna vez me han hecho fotos y me ha dicho que podría ganar bastante dinero con esta carita —me cuenta, señalándose con el dedo.

—¿Fotos… como modelo?

—¿Por qué te sorprende, Lancaster?

Vadim hace como que se ofende mientras contemplo su presencia a la vez tenebrosa y luminosa, que siempre me fascina, sus ojos claros hipnotizantes, su pelo rizado y despeinado, y esa sonrisa cautivadora. Claro que no, no me sorprende para nada.

—Mira, me ha dado su tarjeta —sigue diciendo—. Es agente de celebridades y directora de *casting*.

—Michelle Kerry, Agencia Talents…

—Me ha dicho que me pase por la agencia mañana.

—Mañana tenemos que ver a tu hermano.

—Ya lo sé, iré después. Además, lo más seguro es que rechace el trabajo. Viejos verdes que me comen con la mirada, publicistas pretenciosos, fotógrafos que se creen Dios, los voy a odiar a todos.

—No, piénsatelo bien, Vadim. Puede que conozcas a gente importante, directores. Eso puede abrirte puertas.

—Me extrañaría. Pero, por lo visto, parece que está muy bien pagado. Felix no se equivocaba hace un rato, tengo que encontrar la forma de hacerme con algo de dinero.

—Ya te lo he dicho mil veces, sabes que te puedo…

—Vale, fin de la discusión. —Se levanta de un salto.

—¡Espera! Lo susceptibles que pueden llegar a ser estos *top models*…

Lo alcanzo en la cocina abierta y lo abrazo por detrás. Vadim se gira, me rodea los hombros con los brazos y apoya su frente contra la mía.

—Ya sabía que había pillado un buen partido —le susurro, sonriendo—. ¿Te acuerdas de la primera vez que hablamos? No decía nada, miraba tu rostro de perfil, incapaz de apartar los ojos de ti. No me podía creer que un chico tan odioso fuera tan guapo.

—Y yo no me podía creer que una niñita obediente me sostuviera la mirada. Cuando todas las que eran como tú me tenían miedo.

—Me podría pasar la vida mirándote, Vadim Arcadi.

—Bah, ya veremos dentro de veinte años, Alma Lancaster. Más vale aprovecharlo ahora…

Me besa en el cuello, provocándome un escalofrío por todo el cuerpo.

—No, lo hablamos mañana. Tengo que volver a casa. ¿Me pasas a buscar a las diez?

—Vale. Hace diecisiete años que espero esto, ¿sabes? Pero ahora que ha llegado el momento, creo que jamás había tenido tanto miedo.

—Ya lo sé. Pero piensa que él tiene que estar todavía más nervioso que tú. Va a reunirse con su hermano mayor, debes ser todo un mito para él.

¿Hay una sola persona en la Tierra a la que Vadim Arcadi no le fascine…?

34

Al entrar en el despacho de Keith, me sorprende muchísimo el parecido entre los dos Arcadi. Roman es un poco más bajo que Vadim, el pelo grueso, corto, es de un tono más claro; pero tienen los mismos rasgos finos, los mismos ojos grises, dulces y fríos al mismo tiempo, y la misma boca carnosa. Es más que un parecido familiar: tienen un aire melancólico, algo distante, algo enfadado, difícil de definir. Pero su indiferencia es fingida.

Por iniciativa del educador, los dos hermanos se han visto a solas hace diez minutos, antes de hacernos pasar a mí y a una mujer muy elegante de unos cincuenta años. Enseguida he comprendido que es la madre adoptiva de Roman. Roman Carter.

Durante las dos horas que dura la entrevista, Vadim está nervioso. Lo veo ponerse tenso a medida que desgrana sus recuerdos de la infancia y que su hermano confiesa no acordarse de nada. Roman se emociona al ver a sus padres en viejas fotos que ha traído Vadim. La señora Carter destaca la belleza de Jane Howard King y no deja de llamarla «madre biológica» de los chicos. Veo cómo Vadim aprieta los dientes. Después la conversación se traslada al presente: la brillante trayectoria académica de Roman, su dieciocho cumpleaños, su novia, sus diversas actividades deportivas y sus futuros estudios de medicina para seguir los pasos de su padre. Al oír esta última palabra, Vadim se tensa aún más. Responde

con desgana las preguntas que le hacen. Y la incomodidad aumenta. Roman, educado y con buenos modales, no sabe cómo reaccionar al relato sobre la infancia caótica de su hermano mayor. La madre parece estar muy afectada por esta injusticia y casi llega a disculparse por no haberlo adoptado a él también.

—Te prometo que no sabía que erais dos —susurra, con lágrimas en los ojos—. Lo siento muchísimo.

—No necesito sus promesas ni sus excusas —masculla Vadim—. Tan solo pensaba que no se separaba a los hermanos…

—No debería ser así, nunca —añado yo—. Deberíais haber crecido juntos.

Tomo la mano de Vadim y la aprieto con fuerza mientras que el educador trata de explicarnos hasta qué punto es complicado el sistema de acogida de los niños huérfanos. Después Keith pone fin a este reencuentro extraño con un gusto un poco amargo.

—Va a hacer falta un poco de tiempo para que cada uno asimile todas estas novedades. Pero recordad que no es culpa de nadie. Son vuestras trayectorias vitales y no se puede hacer nada para cambiarlas. Solo podéis decidir qué hacéis a partir de ahora.

Con estas sabias palabras, los hermanos se despiden con un apretón de manos distante, sin hablar de volver a verse, y Vadim se va impactado. Decepcionado. Indignado.

—Gracias por haberme acompañado, Alma.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—No, creo que necesito estar solo.

—Lo entiendo. Pero tienes derecho a sentir todo lo que sientes en este momento, Vadim, es tan injusto…

—Te llamo después de mi cita con Michelle Kerry, ¿vale?

Ya se está alejando, tal vez para que no lo vea llorar, tal vez para pasar página. Le digo que lo quiero y que no está solo.

Pero creo que no me oye.

* * *

La verdad es que no estoy de humor para un desayuno familiar y, al parecer, los otros Lancaster tampoco. Desde hace una hora, mi madre no deja de lanzar indirectas amargas sobre las repetidas ausencias de mi padre, que se siente obligado a recordar que trabaja mucho para que podamos tener esta calidad de vida. Cantinela patriarcal que hemos oído un millón de veces, pero Marie Lancaster, por lo visto, ha decidido que hoy no se va a dejar intimidar.

—Nadie aquí pide otra cosa que no sea un padre y un marido —le asegura al hombre sentado en el otro extremo de la mesa.

Ella tiene la sonrisa forzada y el tono almibarado de los días malos. Una mirada a Lily y llegamos a la misma conclusión: ¡Todos a cubierto!

En un momento, el tono se va elevando, los comentarios despectivos vuelan, mi padre se levanta echando la silla hacia atrás, con los puños cerrados apretados sobre la mesa. Temo por la vajilla y me preparo para defender a mi madre, por principios. Basile trata de intervenir, pero de inmediato recibe un buen rapapolvo de su padre. Georgia da media vuelta cuando llega la hora de servir el postre. Y a Lily se le llenan los ojos de lágrimas mientras les suplica con su vocecilla que paren.

Noto que me vibra el móvil en el bolso y lo saco con discreción para leer el mensaje que me acaba de llegar.

> He conseguido un contrato.
> Un anuncio para un champú.
> Nada de lo que estar orgulloso, pero dentro de
> poco verás mi cabeza en la parte trasera de los autobuses.
> Eso si todavía quieres estar con la imagen de Shiny
> especial cabellos rizados.
> Qué no haría yo por amor a Alma Lancaster…

Se me escapa una sonrisa, aunque no sea el mejor momento. El corazón me da un brinco en el pecho cuando mi padre me ordena de malas maneras que guarde el móvil y me pregunta qué es lo que es tan divertido. Yo no respondo, Lily se echa a llorar. Con los brazos cruzados, las mejillas empapadas y la mirada cargada de cólera, mi hermana pequeña acaba por explotar.

—¡Nos dan igual vuestras historias! ¡Sois lo peor! ¡Discutís tanto que ya no os interesa nada ni siquiera nosotros!

—Lily, no te metas —interviene mi padre—. Y deja de comportante como un bebé, ya estoy harto de ver llorar a todas las mujeres de esta familia.

—¿Cómo le hablas así? —le espeto—. ¡¿No se te ha ocurrido pensar que, tal vez, podría ser culpa tuya que todo el mundo llore?!

Mi padre abre los ojos de par en par y mi hermana aprovecha la oportunidad sin dudarlo.

—Tiene razón. Solo piensas en ti. ¡Es que no ves ni lo que tienes delante de tus narices! Basile es gay y te tiene tanto miedo que no se atreve a decírtelo. Alma está siempre con Vadim, vino con nosotros a Francia y ¡no sabes lo felices que éramos allí! Y si sigues

así, ¡mamá va a volver a París para no regresar jamás! ¡Y yo me iré con ella! Hala, ¿estás contento?

Contengo el aliento, mi madre se queda helada y Lily parece en shock por todo lo que ella misma acaba de soltar. Antes de que mi padre tenga tiempo de reaccionar, Basile lanza su servilleta a la silla, se levanta de la mesa y corre hacia la puerta, que oímos se cierra tras de sí.

Los ojos furiosos de mi padre se dirigen ahora hacia mí. Parece demasiado impactado como para hablar. Aprovecho ese segundo de duda para levantarme también, coger a mi hermana pequeña del brazo y subir a la planta de arriba con ella. Encerradas en mi cuarto, escaparemos de la tormenta. Y le voy a poder recordar a Lily que no se puede soltar todo lo que se le pase a una por la cabeza sin pensar, sobre todo cuando se trata de la vida de otros y ni siquiera cuando tiene el corazón encogido de pena. Antes de eso, me lanzo a por mi móvil para escribir a Vadim.

Estoy muy orgullosa de ti. Pero aquí todo es un caos. Mi hermana, la gran *drama queen*, le ha contado todo a mis padres.
Lo nuestro. Lo de Basile… Que, por cierto, se acaba de marchar
de casa. ¿Puedes intentar alcanzarlo en coche? Me da miedo que
haga una tontería…

Vale. Ya salgo

35

Vadim encontró a Basile y lo llevó más o menos a la fuerza a casa, pero mi hermano, destrozado, ya no habla desde que Lily lo sacó del armario.

Siento pena por él.

Esta semana he llamado a su puerta cada mañana y cada tarde, pero se niega a abrir el pestillo. Creo que solo sale para ir a clase y comer a escondidas. El resto del tiempo se encierra otra vez. Mi madre le repite, incansablemente, a través de la puerta, que todo eso no cambia nada, que no ha cometido ningún delito y que puede dejar de encerrarse. No obtiene respuesta.

Creo que, simplemente, no estaba preparado.

Se podría haber creído que eso le aliviaría, que otra persona diera el paso por él, pero Basile debe sentirse despojado de una parte de su historia. En todo caso es lo que me imagino, lo que yo siento. Seguro que se había imaginado un millón de veces en la cabeza la forma en la que revelaría este secreto algún día. Mi hermana se siente culpable, ya lo ha entendido, pero no tenía derecho a quitarle eso.

Mi padre, fiel a sí mismo, prefiere huir de la situación. Centrado en el trabajo, aparece rara vez por casa, y cuando está aquí, hace como si nada hubiera pasado.

Edward Lancaster brilla de nuevo por su falta de sensibilidad y empatía.

Y este mes de febrero brilla por su balance desolador.

Basile pretende pasar el resto de sus días en ese cuarto.

Mis padres están al borde del divorcio.

Lily se siente fatal y no sabe cómo hacerse perdonar.

Vadim parece estar mucho más afectado por sus encuentros «fallidos» con su hermano Roman de lo que quiere admitir. Sin embargo, se niega a hablar del tema.

Después de clase, se distrae participando en las tareas del grupo de voluntarios de la universidad. Ahí se ve con Cheyenne, sobre la que siempre cuenta cosas apasionantes. Eso o recibe llamadas de Michelle Kerry, la directora de *casting*, que está decidida a encontrarle sesiones de fotos o anuncios que lo convertirán en una estrella.

Espero que no le dé falsas esperanzas.

Clémentine, por su parte, sigue distante, algo poco habitual en ella, e igual de misteriosa sobre el tema de su amante secreto.

El que se muestra de todo menos distante es Caleb.

Después de varias visitas a casa de Abrams, durante las cuales me paso más tiempo charlando con su hijo que trabajando con el padre, acabo por rechazar varias invitaciones que resultan ser un poco demasiado insistentes. Los dos se ofenden. Cal con gracia, algunas frases ingeniosas y emojis en un mensaje de texto; el señor Abrams con más frialdad y una pequeña lección moral sobre el compromiso.

* * *

Te echo de menos. Venga, lo dejamos todo y nos vamos a montar un criadero de koalas

Yo también te echo de menos. Venga, nos saltamos la clase de Abrams

Tentador, pero no.
Te va a suspender, como sigas así.
Quiero que apruebes, Vadim.
Que tengas la vida que siempre has soñado…

Qué pena, prefería lo de los koalas

Mi cortometraje avanza a buen ritmo, debería llegar a tiempo para la presentación de mayo y estoy muy orgullosa de haber tomado las decisiones yo misma, sin que decida mi mentor en mi lugar. Pero él no parece apreciar esta emancipación repentina.

La película de Vadim y su compañera Phoebe McPherson no ha avanzado nada, pero parece que a Arcadi no le afecta. Clem confía en la brillante Hannah Goldberg para que se ocupe de todo por ella y poder salir airosa. Desde preescolar, no la he visto nunca concederle tan poca importancia a sus estudios.

Está en su derecho, aunque no sea para nada propio de ella.

—Clem, venga, ¿qué me escondes?

—Nada…

Atraviesa la puerta del aula y se va en dirección a su mesa. La sigo, saludando con la mano a Vadim, que ya se está balanceando hacia atrás en la silla, al fondo de la clase.

—¿Te sigues vengando por lo de París? ¿Es eso? ¡Fue hace mil años, Clem!

—Traidora —masculla mi mejor amiga.

—Vamos a tomar algo a Sunset después de…

—Chitón, llega el dictador.

Las ojeras de Abrams se han oscurecido aún más. Su barba de tres días es ahora de seis o siete, parece dura y áspera, y tengo la impresión de oír cómo cruje cuando se pasa la mano por ella. Tiene las mejillas más hundidas que de costumbre, tal vez por cansancio, o tal vez porque su trío favorito de tabaco-whisky-café ha reemplazado definitivamente la comida. Su mal humor se aprecia en los dos surcos que marcan su boca; su desazón, en las arrugas profundas que hay entre sus cejas.

Está claro que hoy no es un buen día.

Voy a mi mesa y, al sentarme, rezo por no ser la primera en pagar las consecuencias esta mañana.

—Los móviles, la cháchara, los Twix, los espejos de maquillaje: ¡se acabó! Guardad todo. La clase ha empezado, ¡maldita sea!

»Hoy quiero ver el trabajo de las parejas Scott-Perkins, Garcia-Lopez y Arcadi-McPherson. ¡Más os vale darme algo interesante que llevarme a la boca!

—Garcia-Lopez es una sola persona, señor —suelta una morena bajita al fondo de la clase.

—¡Pues que ese jovencito elija entre esos dos nombres, por Dios!

—Eh… Es una chica, señor. Joanna Ga…

—Bueno, ¿y dónde está? ¿Y por qué no habla ella misma en su nombre?

—Eeeh… soy yo, señor —continúa diciendo la morena, cada vez más insegura.

—Perfecto, ha sido de un suspense insoportable, Joanna Garcia-Lopez. ¿Alguien más quiere hacer algún otro comentario sin interés?

—Yo —interviene Vadim desde la última fila.

—No esperaba menos de ti, Arcadi. Adelante.

—Me gustaría hacer solo mi cortometraje.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —Se ríe sin ganas el profesor—. Y a mí me gustaría no tener estudiantes inútiles que se creen con permiso para todo. Por desgracia, la vida se encarga de recordarnos que no podemos confundir los sueños con la realidad. ¿Alguna otra pregunta?

—Un momento. Le permite a Alma trabajar por su cuenta. Jude también está solo. ¿Se debe cumplir algún requisito o depende de cada persona?

Vadim juega la carta de la provocación para conseguir una reacción y volver a negociar.

—¡Ah, la injusticia! Hacía mucho que no me sacabas esa carta, Arcadi. Un momento, que saco los pañuelos y me lo pienso.

—Por mucho que intente humillarme, no ha respondido a la pregunta. ¿Qué hace falta para conseguir esos privilegios? —continúa, cada vez más descarado.

—Para empezar, venir a clase. Evitar los grafitis, las rebeliones y que te llamen del despacho del director, por ejemplo.

—Qué raro, porque no estaba solo cuando pasó todo eso.

Vadim me mira a los ojos y me sostiene la mirada.

Nunca ha ocultado el hecho de que no soporta las injusticias. Incluso cuando se trata de mí.

—¡Lancaster! —exclama Abrams, dando un puñetazo en la mesa —. Ya que Arcadi tiene la extrema elegancia y el inmenso valor de lanzarte a la arena y de utilizarte como escudo, levántate y explícale a tu amigo ignorante que, por norma general, son los hombres los que protegen a las mujeres.

—No necesito que me protejan, señor.

Las palabras salen disparadas de mi boca. Y me quedo sentada.

Todas las miradas se vuelven hacia mí.

Yo solo veo los ojos de Vadim, grises, oscuros, intensos y penetrantes. Llenos de sorpresa, al principio; de orgullo, después. Que me dicen que no me rinda.

—Lo que sería elegante, en cambio, sería que todos recibiéramos el mismo trato. No quiero trabajar sola si el resto no puede hacerlo.

Un murmullo crece en el aula. Vadim sonríe de oreja a oreja. Abrams me observa, perplejo.

—Arcadi, Lancaster, Lopez, Garcia y todos los demás, trabajad solos, en pareja, en trío o no hagáis nada, ¡me da exactamente igual! Pero dejad de hacerme perder el tiempo. ¡A currar! Y tú, la revolucionaria, ¡a mi mesa!

Su dedo acusador apunta en mi dirección.

Me acerco despacio. Con el índice, el profesor me hace un gesto para que me acerque más. Y un poquito más. Inclina la cabeza hasta que su espesa barba me roza la mejilla y su boca está cerca de mi oreja.

—Alma, es la primera y la última vez que me hablas en ese tono. Me parece que, desde hace un tiempo, estás confundida. Tomas decisiones equivocadas. Déjame darte un último consejo: pasa un

poco más de tiempo con Caleb y un poco menos con Arcadi, te podría cambiar la vida.

Lo miro, atónita, sin palabras, y luego vuelvo a mi sitio.

Esa recomendación se parece mucho a una amenaza. Y no pinta nada en un aula.

Menudo mentor…

No le cuento esa conversación a Vadim. Se pondría como un loco. Ni a mis padres, esa noche en la cena.

Tienen algo importante que anunciarnos. Pienso de inmediato en la separación, en lo que va a pasar si la familia se desmorona. Basile, que ha salido de su escondite ni se inmuta. Lily espera, con la boca abierta, a que se dicte la sentencia. Es mi madre la que toma la palabra. Para decirnos que papá y ella han tomado una gran decisión para fortalecer la familia. Una cena en la que cada uno podrá invitar a la persona que elija, sin restricciones. Mamá añade que le encantaría volver a ver a Vadim y que le haría ilusión que Basile les presentara a «alguien». Mi padre no abre la boca, pero asiente en silencio, sin duda para complacer a su mujer.

Y ¿quién sabe? ¿Tal vez para salvar su matrimonio?

Mi hermana salta de alegría por la propuesta; yo suelto un «de acuerdo» a regañadientes, un poco escéptica; y mi hermano responde que no tiene a nadie especial al que invitar. Y es así como esta fabulosa cena de «ampliar horizontes» programada para mañana se transforma en una sesión de tortura… solo para Vadim.

Intento invitar a Clémentine para distraer la atención, pero mi mejor amiga me informa de que tiene la noche reservada para alguien.

Tengo que utilizar todo mi encanto y todas mis caritas de pena para convencer a Vadim de que no rechace la invitación de los Lancaster. No es que la idea de la cena de esta noche me apasione, pero no tengo ganas de decepcionar a mi madre y sus buenas intenciones. Ni de dejar pasar la oportunidad de convencer a mi padre de la legitimidad de esta relación.

Me da un poco igual su bendición, pero nos facilitará la vida.

¿Te imaginas? No tener que escondernos… 🖤

Tu padre nunca cambiará su opinión sobre mí, Lancaster

Merece la pena intentarlo, ¿no?

¿Qué me das a cambio?

Un beso de koala

¿Eso qué es? ¿Te lo acabas de inventar?

Ya lo verás esta noche. Si vienes…

* * *

Cuando varias horas después, Georgia le abre la puerta a Vadim, reconozco al momento la camisa blanca que compramos juntos en París. Sonrío al descubrir que ha hecho el esfuerzo de ponérsela, pero no de metérsela por dentro del pantalón. Parece relajado y me

besa en la mejilla, luego entramos juntos al salón. Le da un tironcito de la coleta a Lily a modo de saludo, sonríe a mi madre y saluda con la mano al resto.

Mi padre no tarda nada en empezar con las hostilidades.

—Entonces ¿haces de guardaespaldas de mi mujer y mis hijas cuando van a Francia?

—Creo que las mujeres de esta familia se defienden bien ellas solitas, señor Lancaster. ¿Por qué? ¿Le gustaría contratarme?

Le hace frente sin inmutarse.

—No, prefiero que el trabajo se declare —responde mi padre con una mirada cargada de insinuaciones.

La tónica de la conversación ya está marcada.

Durante el resto de la cena, Vadim se muestra bastante cortés, agradable, incluso divertido a veces, excepto cuando Edward Lancaster monta su numerito, le busca tres pies al gato o lo pone a prueba. Mi chico moreno le planta cara sin perder jamás la sangre fría. Ni su descaro. Consigue hablar de su nuevo trabajo, sin entrar en detalles, y del trampolín que supone para abrirse camino en el mundo del cine. Mi padre lo califica como un «trabajillo extra».

Cuando acaba la velada, Vadim ha conquistado definitivamente a mi madre y a mi hermana pequeña. Basile, aliviado por el hecho de no ser él el tema de conversación, se va ablandando poco a poco y se relaja, hasta llega a bromear con nosotros. Cuando nos quedamos los tres solos en la cocina, a la hora de recoger, mi hermano nos jura entre susurros que no tiene nada que ver con la historia de las fotos robadas.

Un misterio aún sin resolver…

Después, mi padre quiere acompañar a Vadim hasta el portón para «hablar con él». Ignoro su conversación, pero cuando va a darme las buenas noches, mi padre me besa en la frente con una sonrisa franca que no le había visto desde hacía mucho.

—Vaya elemento que nos has traído, Alma —me susurra—. Tiene un carácter firme, muy poco habitual a vuestra edad. Acepto que salgáis juntos, pero lo estaré vigilando. Está avisado.

Se dispone a marcharse, pero se para en seco en el umbral de mi cuarto, mirándome como si hubiera crecido de golpe y no se hubiera dado cuenta hasta ahora.

—De hecho, le he dado mi visto bueno para que te lleve a un sitio este fin de semana por San Valentín —especifica, poniendo los ojos en blanco—. Una sola noche. No lejos de aquí. Y quiero la dirección y el número del hotel. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, papá.

Le sonrío, incluso aunque su necesidad de saberlo todo y controlarlo todo me moleste cada vez más.

Esa noche duermo como un bebé. Justo después de enviarle un último mensaje a Vadim.

No sé cómo has conseguido todo esto. Sobrevivir a esta cena, hacer reír a mi hermano, impresionar a mi padre y convencerlo para que nos vayamos de fin de semana…

Eres el mejor, Vadim Arcadi. Te quiero y ese beso de koala va a ser el mejor de toda tu vida.

36

—¿Preparada, princesa?

—Depende, ¿dónde me llevas?

—Sorpresa…

Me sonríe con ese aire canalla, subo a su pick-up, dejo caer la bolsa de viaje a los pies y cierro la puerta un poquito demasiado fuerte. Siento la emoción en todo el cuerpo. Vadim se muere de risa, me mira, pero no arranca.

—¿A qué esperas?

—Mi beso de koala.

Me abalanzo sobre él, le tiro de los cordones de su sudadera negra y pego mi nariz a la suya. La froto, riéndome.

—¿Qué? ¿Eso es todo?

Saco la punta de la lengua y la deslizo entre sus labios.

Vadim se muere de gusto, intenta besarme, me echo hacia atrás para provocarlo un poco más.

—No tan rápido, traviesa…

Me coge del cuello y aprieta su boca contra la mía. Noto el sabor a Skittles. Gimo entre sus labios cuando introduce la lengua y se pone a jugar con la mía. Sus besos siempre tienen el mismo efecto, incluso después de mil veces. Me vuelven loca. Me transportan. Luego se detienen y me dejan excitada, sin saber dónde estoy.

Cuando Vadim me suelta, tengo las mejillas sonrojadas, las piernas temblorosas y el corazón acelerado.

—Acabamos de reinventar el beso de koala, Lancaster —susurra.

Orgulloso y descarado hasta la médula.

Nos ponemos en marcha con una sonrisa emocionada en la comisura de los labios. Tras solo veinte minutos, Vadim se detiene junto a la acera de Ocean Avenue, frente a la bahía de Santa Mónica. Levanto la mirada hacia nuestro destino.

—¡Vadim, es un palacio!

—Salgo con una princesa, me adapto…

Un aparcacoches se encarga de la pick-up y finge no percatarse del contraste entre el mal estado del vehículo y la reputación del hotel. La escena es casi graciosa.

En el enorme vestíbulo, inmensas palmeras típicas de California se alzan hasta el techo creando un entorno al mismo tiempo vegetal y lujoso. Después de pasar deprisa por la recepción y recibir la mirada insistente de la recepcionista, que nos considera sin duda demasiado jóvenes para una noche de hotel a este precio, el ascensor nos lleva a nuestra suite.

Descubrimos una amplia estancia diáfana y luminosa, en cuyo centro destaca una cama doble. Más al fondo, una zona de salón acogedora y elegante conduce al ventanal que da a una preciosa terraza amueblada con vistas directas al océano Pacífico. Diviso a lo lejos la gran noria iluminada del muelle de Santa Mónica. Allí donde tuvo lugar nuestra segunda cita, aquella en la que todo cambió.

Es tan romántico que me quedo sin palabras.

—¿Te acuerdas, Alma?

Me envuelve en sus brazos.

—¿Cómo podría olvidarlo?

—Los Skittles también se acuerdan…

El canalla se está riendo por lo bajo, lo aparto de un empujón y se deja caer sobre el sofá más cercano.

—Te ofrezco mi corazón, el océano, el mundo entero, y así es como me tratas, Lancaster —se queja Vadim con un suspiro, tumbándose, con los brazos en cruz y la mirada clavada en el cielo.

Divertida, conmovida, emocionada, un poco de todo a la vez, voy hacia él y me tumbo a su lado. Hundo las manos en su pelo, los labios en su cuello.

—El mejor sitio del mundo es aquel en el que estés tú, Vadim Arcadi. Y tu corazón me pertenece. Ni se te ocurra ofrecérselo a nadie más…

Le muerdo el lóbulo de la oreja y suelta un gemido ronco.

—Despacio, princesa. El suegro me dijo que me anduviera con cuidado…

—¿Estás seguro de eso?

Lo vuelvo a intentar.

—Joder, las niñas de papá nunca son tan buenecitas como parecen…

Sonrío y voy deslizándome por su cuerpo, hacia abajo. Mi boca se detiene por encima de la cintura de sus tejanos. Le levanto un poco con las manos la camiseta blanca, beso la piel suave de su abdomen y, con dos dedos, voy directa al botón.

—¿Qué estás haciendo, Alma Lancaster?

Su voz no es más que un susurro.

—Feliz San Valentín, Vadim Arcadi…

No tengo ni idea de lo que tengo que hacer; cómo, hasta dónde, cuánto tiempo, rápido o despacio…, pero me sorprendo al percatarme del poder que tengo sobre él. Los suspiros que se aceleran al mismo tiempo que mi boca.

Controlo su placer por completo.

Un placer que se convierte en el mío, cuando lo veo cerrar los ojos, con todo el cuerpo temblando y gimiendo mi nombre.

* * *

Pedimos todo lo que nos apetece al servicio de habitaciones, le descubro a Vadim la primera temporada de *The Last of Us*, se burla de mi amor infinito por Pedro Pascal, nos peleamos, nos besamos, holgazaneamos y disfrutamos de estar solos, libres y enamorados.

Después decidimos ir a ver el océano, una vez ha caído la noche.

En la acera, Vadim me coge de la mano y se pone a correr tan rápido que me arrastra. Trato de seguirle el ritmo, el aire fresco del atardecer me golpea en la cara. Solo nos faltan unos minutos para llegar al embarcadero que da al mar.

Me falta el aliento. A él apenas se le nota.

—Un minuto de silencio por los Skittles que han fallecido esta tarde…

—Sigue así y puede que acabes uniéndote a ellos —le susurro al oído.

Se ríe y ese sonido tan puro y perfecto me remueve por dentro. Vadim se inclina hacia delante, me coge la cara entre las manos y detiene sus labios a pocos centímetros de los míos.

—Durante esa cita, quise mil veces hacer esto… No, un millón de veces.

Vadim me besa con ternura. Toma mis labios y, al instante, nuestro beso se vuelve más intenso. Él y yo no sabemos hacer nada más que esto. Querernos, siempre más, a pesar de todas las tormentas y de todas nuestras peleas.

—¡Ven! —exclamo, apartándome de golpe de él.

Esta vez, soy yo la que lo coge de la mano para llevarlo en una carrera salvaje.

Recorremos el embarcadero hacia atrás y luego, cuando se termina, saltamos a la arena. El chico que quiero me pisa los talones, corro sin dejar de reír, con el cuerpo ligero y el corazón rebosante, en dirección al océano.

—Un baño a medianoche, ¿a que sí? —me suelta mi chico moreno.

Me adelanta y empieza a correr de espaldas.

—Estaba en tu lista —le repite él.

—¿Preparado, Arcadi?

—Solo son las diez de la noche.

—¿Qué pasa, no te estará dando miedo?

—El agua debe de estar a quince grados.

—¿Al chico rebelde le asusta el frío?

—Si te desnudas, algún pervertido podría verte…

—¿Y a ti quién te ha dicho que no me gustaría?

Su sonrisa se vuelve feroz.

—¡Muy bien, tú lo has querido!

Vadim me salta encima, me pasa un brazo por la cintura y otro por debajo de las rodillas, me levanta del suelo, echa a correr y

entra en el agua gritando. Un segundo más tarde los dos nos hemos zambullido. El agua helada me cubre por completo, salgo a la superficie, lanzo un grito agudo. Y me pongo histérica.

—¡No estaba preparada, Arcadi! ¡Ahora tengo toda la ropa chorreando, no se me secará nunca! ¡Deja de reírte o te mato!

La expresión de su cara me resulta extremadamente divertida; se echa el pelo hacia atrás, me salpica para hacerme rabiar y finalmente me abraza. Yo estoy temblando y él también, pero me besa igualmente. Le muerdo, lo maldigo, él me estrecha entre sus brazos más fuerte y se ríe con ganas. Salimos del agua dando tumbos, volvemos a la arena y nos apoyamos en uno de los grandes pilones que sostienen el pantalán. Allí, al abrigo de miradas indiscretas, Vadim se acerca y me roba otro beso. Mi temperatura interna vuelve a subir. Él sigue con sus manos todas las curvas de mi cuerpo, realzadas por mi ropa empapada. Las gotas se deslizan por su pelo y van a parar a mi rostro, aportando un sabor salado a nuestros besos.

Más intensos si cabe.

Ya no sé si tiemblo de frío o de deseo.

—Regresemos, Alma, o acabarás enfermando…

Calados hasta los huesos, corremos de nuevo por la arena hasta alcanzar el asfalto de Ocean Avenue. Entramos en el vestíbulo del hotel, desierto en ese momento a excepción de una recepcionista que nos lanza una mirada reprobatoria. Con los ojos entornados sigue las huellas mojadas que dejamos a nuestro paso.

El plof plof de nuestras zapatillas chorreando se mezcla con nuestras risas ahogadas. Corremos hasta el ascensor, las puertas metálicas se cierran y nos abrazamos de nuevo.

Una vez más sus manos frescas, impacientes, me despeinan, me desvisten, me desean. Sus labios calientes, ávidos, me besan, me muerden y me devoran. Una vez más, cuando llegamos a nuestra planta, a nuestra habitación, la tarjeta no quiere deslizarse por la ranura por el temblor en los dedos de Vadim.

Una vez más mi cuerpo sobre su cuerpo. Su cuerpo dentro del mío, y el calor que vuelve a ascender arrasándolo todo.

Todo.

Nosotros incluidos.

37

Sábado al mediodía. Tras una serie de interminables abrazos de última hora tendidos en la cama, y de echar una última mirada al muelle de Santa Mónica desde la terraza, no nos queda más remedio que dejar la habitación. Mientras hacemos cola para el *check out*, a la recepcionista con malas pulgas del día anterior la está regañando un cliente con prisas, aún más maleducado, que quiere pagar su cuenta.

—Señorita, debería usted trabajar en algo que le guste, eso la haría parecer más guapa —le suelta el hombre trajeado.

Debe de tener al menos diez años más que nosotros, pero Vadim se interpone entre el cliente y el mostrador mientras la recepcionista contiene las lágrimas.

—Su trabajo consiste en tener que soportarte, no en estar guapa para complacerte. Y si empezaras a respetar a las mujeres, seguramente no parecerías tan imbécil.

Se me acelera el corazón, dividido entre el pánico a que reciba un puñetazo en la cara, y el orgullo de estar con un chico tan valeroso, ecuánime e irreverente. El tipo se guarda la cartera y abandona el hotel sin decir nada, salvo algún que otro gruñido inaudible que Vadim imita para hacer reír a la recepcionista.

—Gracias —susurra ella, ya más aliviada.

—No ha querido decir que no seas guapa —añado.

—Y yo ayer no pretendía mostrarme tan desagradable.

—Si nos haces descuento, estamos en paz —bromea Vadim.

La cosa no cuela, pero al menos contribuye a alegrar un poco esta dolorosa despedida. Vadim me deja frente a mi casa a la hora prescrita por mi padre, y decidimos escribirnos inmediatamente a través del chat instantáneo para prolongar nuestra noche especial. Les doy un beso a mis padres, esquivando sus preguntas, me libro de Lily en la escalera y le cierro la puerta de mi habitación en las narices. Tras emplear el tiempo justo para deshacerme de la ropa tiesa por el agua salada, meterme en la ducha y ponerme una camiseta larga azul que me llega hasta medio muslo, me dejo caer en la cama y enciendo el ordenador.

Alma_from_paris: ¡Ya estoy aquí!

Arcadius: Yo también, acabo de llegar.

Alma_from_paris: Ahora mismo he caído en la cuenta: no hemos vuelto a pensar en el fotógrafo.

Arcadius: Yo sí, todo el tiempo. Es imposible que nos hayan sacado fotos. Siempre nos ha protegido la oscuridad o hemos estado escondidos detrás de algo.

Alma_from_paris: Guau. ¿Ladrón de coches, traficante de trabajos académicos, top-model y ahora agente secreto? ¡Estoy impresionada!

Arcadius: Ojalá fuera así… Me desespera no saber quién es.

Alma_from_paris: Hace tiempo que no recibimos otra foto. Puede que la cosa se haya acabado.

Arcadius: No, es porque estamos siendo cautelosos. Así que por fuerza tiene que ser alguien cercano. Alguien que sabe que lo

sabemos. Y está siendo discreto desde que tratamos de desenmascararlo.

Alma_from_paris: ¿Estás seguro? Basile jura que él no ha sido. Tim tampoco. Y tú me prometiste que no podía ser Felix. ¿Quién nos queda?

Arcadius: No sé. Tal vez no sea tan cercano. El amigo de un amigo. Pero, sobre todo, alguien que tiene interés en separarnos…

Alma_from_paris: Ahora ya puedes tachar a mi padre de la lista. O eso creo, al menos.

Arcadius: ¿No podrías echarle un vistazo a la casa de Abrams la próxima vez que vayas?

Alma_from_paris: No tiene sentido… ¿Nuestro profesor de Cine un *paparazzi* que nos sigue por la noche? Si no puede caminar ni diez metros sin resoplar o sin tomarse un café.

Arcadius: Él me odia, eso está claro. Y odia la idea de que se le escapes de las manos, con todo lo que cree que te ha enseñado y te ha aportado.

Alma_from_paris: Vale, está un poco loco, ¡pero no hasta ese punto!

Arcadius: Seguro que le encantaría emparejarte con su hijito… ¿Cómo dijiste que se llamaba?

Alma_from_paris: Caleb.

Arcadius: Puede que sea él. Está loco por ti, estará celoso y buscando el modo de…

Alma_from_paris: No, lo conocí mucho después de las primeras fotos. Hasta hace poco él no sabía de mi existencia…

Arcadius: Pero le hablas de mí :)

Alma_from_paris: Sí, y espero que le des la lata sin parar a Cheyenne con todo lo que yo hago, lo que digo, lo que te gusta de mí y lo que no te gusta tanto, pero que aun así adoras…

Arcadius: Mmm… No voy a responder a esta pregunta.

Alma_from_paris: ¿Dónde has visto un signo de interrogación? Es una orden, Arcadi.

Arcadius: Pero como no me necesitas para existir y yo prefiero dejar que las mujeres se expresen con su propia voz, te la presentaré pronto y podrás mostrarle en directo todas esas cualidades que te hacen irresistible.

Alma_from_paris: Así me gusta. Aunque tampoco es necesario.

* * *

A la semana siguiente retomamos las clases, pero yo decido no ir a casa de Abrams. Trabajo sola en mi cortometraje, sigo montando las imágenes rodadas en París, los Ángeles y Santa Mónica. Vadim desde todos los ángulos. Todos los lugares que frecuentamos juntos. Los buenos recuerdos y los dolorosos. Todas mis dudas, miedos, penas sin sentido, sentimientos desbordantes, alegrías desmesuradas y emociones.

Un auténtico compendio de Tú + Yo.

Vadim, por su parte, sigue con el trabajo de voluntariado en la universidad. Ya no me habla tanto de Cheyenne, y no sé si debo alegrarme o preocuparme. También ha participado en su primera sesión fotográfica para la marca de champús. Michelle Kerry le ha dicho que ha hecho un trabajo fantástico y que al publicista le han

encantado las fotos. Vadim, en cambio lo detesta. Incluso se ha pasado la noche despotricando sobre ello, criticándolo todo, incluido a él mismo. Y, por supuesto, planificando su mudanza a Francia para no tener que ver su cara a un tamaño descomunal en los autobuses de la ciudad. También quiso romper el cheque de su primer cobro, pero tenía demasiados ceros. Y Michelle Kerr ha contactado con él para una nueva audición, esta vez un anuncio, un proyecto innovador a cargo de un realizador que a Vadim le encanta. Finalmente, ha decidido presentarse, solo para ver qué tal, solo por esta vez. Aunque yo sé que no será la última ni mucho menos.

Entre la agenda tan apretada de mi novio, la distancia que quiero mantener con los Abrams y Clémentine, que dedica el cien por cien de su tiempo a su chico fantasma —de cuya existencia ya empiezo a dudar—, no me queda más remedio que pasar mucho tiempo en casa. Y descubrir, para mi disgusto, el ambiente que reina en mi hogar. Mi madre se pasa la vida llamando a mi padre para saber dónde está, cuándo vuelve, si vendrá a cenar, y si no viene, por qué. Él se pasa la vida sin contestar, o colgándole el teléfono alegando reuniones importantes, grandes contratos en curso y negociaciones que exigen toda su atención. Ella le cuelga a su vez, ofendida, frunciendo los labios, y la paga con el primero que pase por allí: con Lily porque lo tiene todo desordenado, con Georgia porque ordena demasiado o conmigo porque ya no estoy acostumbrada a verla tan a menudo. A veces me lleva aparte con los ojos llorosos, apoya sus manos en mis hombros y me dice:

—Prométeme que no te quedarás encerrada en casa, que disfrutarás de tu juventud, que no perderás el tiempo, porque pasa demasiado rápido, y que amarás a Vadim mientras dure la pasión,

pero que nunca te volverás dependiente de un hombre ni siquiera por amor. Nunca, ¿me escuchas? —repite con un nudo en la garganta.

—Tranquila, mamá.

No pienso arruinarme la vida por los bonitos ojos de ningún chico, aunque desafío a cualquiera a no caer en la trampa de los vertiginosos ojos de Vadim Arcadi. Es la primera vez que me parece entender a mi madre y sus errores.

El sábado por la noche mi padre no regresa a casa. No hay ningún motivo para que esté en el despacho. Mi madre lo llama veinte veces al móvil hasta pasada la medianoche. Basile sugiere que avisemos a la policía, pero por fin alguien contesta el móvil, una voz de mujer, muy joven, que se ríe antes de colgar.

Mi madre rompe a llorar y verla así me destroza profundamente. Trato de consolarla, tranquilizarla, aunque sé de antemano que no podré reparar su corazón roto.

—Lo que haga papá no tiene que ver con cómo eres ni con lo que vales. Sus acciones solo le atañen a él, hablan de quién es. Tendrá que asumir las consecuencias. Espero que sepa lo que se pierde.

—Esperad, no saquemos conclusiones precipitadas —interviene mi hermano, lleno de ansiedad, en un intento de defenderlo.

—Id a dormir, niños. No os corresponde a vosotros ocuparos de estas historias de adultos. Siento haberos metido en medio.

La obedecemos a regañadientes. La dejo con su pesar después de abrazarla sin saber qué más decirle. Desde mi habitación la oigo llorar en su cama, como una niña pequeña.

Le envío un mensaje a Vadim, pues estoy demasiado agitada para dormir.

Mi madre acaba de enterarse
de que mi padre la engaña. Si tú me haces eso
alguna vez, te mato. Y a tu amante también

Pobre Marie.
Tu padre sabe ocultar bien su juego.
¿Quieres que lo mate yo?

No. Te quiero

El domingo mi padre aún no ha regresado. Pero hace llevar a casa un enorme ramo de rosas blancas para mi madre. No sé qué dice el mensaje de la tarjeta, pero ella llora de nuevo al leerlo. No obstante, pone las flores en un bonito jarrón y lo deja en la mesa del comedor. Se sienta en el sitio de mi padre y se queda allí, inmóvil. Mirando por la ventana como si fuera lo único que pudiera hacer. Esperarlo.

No sé por qué se conforma.

Pero sí sé que no estoy en su lugar y que no quiero juzgarla por lo que su corazón le pide que haga, después de pasarse la noche luchando contra la razón.

De pronto siento que aquí sobro. Le doy un beso y corro a casa de Vadim. Necesito verlo, sentirlo, abrazarlo. Al llegar se lo cuento todo y él me escucha sin interrumpirme. Tira de mí para que me siente en el suelo y ambos nos recostamos en su sofá. Le acaricio el

pelo, que es uno de mis remedios preferidos. Él posa su gran mano en mi nuca, como suele hacer. Eso me relaja más de lo que imagina.

—Es la única ventaja de no tener padres —expone, procurando que suene como una broma—. No tener que ocuparse de ellos como si fueran niños.

Asiento con una sonrisa triste. Me besa. Y nos pasamos toda la tarde fantaseando, imaginando cómo seremos con cuarenta o cincuenta años. A qué se parecerá nuestra pareja, nuestra familia. Qué clase de padres seremos. No tenemos respuesta.

Recibo una llamada de mi madre, que me informa con voz despreocupada de que mi padre vuelve esta noche, y que debemos estar todos en casa para la cena. Vadim suspira. Retomamos nuestra conversación sobre el futuro y ¡acabamos discutiendo porque él solo propone nombres rusos para nuestros futuros hijos!

—Pavel o Nikita si es niño. Y me encanta Anastasia para una niña. O Yana, que es la traducción eslava de Jane, el nombre de mi madre.

—¿Y yo no puedo opinar sobre el tema?

—Podemos ponerles tus apellidos, si quieres, el mío no representa nada para mí. Me importa un bledo lo de transmitirlo.

—Eres un poco egoísta, por decirlo suavemente. Te comportas como un dictador, Vadim Arcadi.

—Y tú eres una racista en cuestión de nombres, Alma, princesa Lancaster de Inglaterra.

Hago el amago de marcharme, pero él me retiene y me vuelve a sentar junto a él en el suelo. Me besa, me mordisquea el cuello y me susurra al oído palabras afectuosas que sé que nunca pronunciaría en voz alta.

—Puedes llamarle a tu bebé como quieras, puesto que yo seré el hombre más feliz del mundo el día que me des uno. Y no creo que vuelva a pensar en ello si la niña me mira como tú ahora, solo por haberla traído al mundo sin contar con su opinión.

Me sorprendo a mí misma imaginándome ese día, con él y ella, a quien ya quisiera tener aquí.

—Vale, pero si es un niño me parece bien que se llame Vadim Junior —continúa él en tono provocador, solo para disimular la emoción.

Le doy un golpe en la espalda y, justo en ese momento, suenan tres discretos golpes en la puerta. Vadim se dirige a abrir y me dice que no me mueva. No oigo nada de la conversación que está teniendo lugar, y tanto murmullo me da mala espina. Me acerco a la entrada sin hacer ruido. La veo en el umbral de la puerta y la observo de arriba abajo: tacones altísimos, piernas desnudas, piel ambarina, un vestido que apenas le cubre la parte superior de los muslos, una especie de gabardina de ante color camel abierta que deja a la vista un cuerpo perfecto. Unas bragas de encaje negro, más piel, un sujetador negro que realza sus pechos, una larga melena peinada a un lado y, por fin, el rostro de Cheyenne. Es la primera vez que estoy frente a ella. Y la sorpresa que me causa su presencia me comprime la garganta. Esa boca sonriente, esa mirada vivaracha, ese aire de seguridad, ese mohín salvaje y encantador a la vez.

Una imagen horripilante.

38

Cuando Cheyenne me ve en el pasillo, se cierra el abrigo con un gesto brusco y da un paso atrás. Aunque no deja de sonreír en ningún momento.

—¿No estás solo? Puedo pasar más tarde —propone la chica morena sin cortarse ni un pelo.

—Es lo que estaba tratando de explicarte —balbucea Vadim, pasándose una mano por el pelo.

—¿Y a mí puedes explicarme qué hace ella aquí? ¿Vestida así? —entro de lleno en la conversación sin quitarle el ojo de encima.

—No tengo ni idea —responde en su defensa sin pensarlo dos veces.

—Tú me dijiste que no tenías nada que hacer esta noche, y yo solo quería darte una pequeña sorpresa —alega Cheyenne, haciéndose la zalamera.

—Mmm… pues lo has conseguido —le responde él, azorado—. Cheyenne, te presento a Alma, de quien ya te he hablado. Alma, Cheyenne. Creo que con esto ya están hechas las presentaciones.

—Y ahora, ¿qué? ¡¿Organizamos una velada los tres?! —exclamo fuera de mí.

—Bueno, ya veo que os molesto…

—Sí, has visto bien —replico con acritud.

—Pues entonces me voy. Nos vemos mañana, Vadim. ¡Buenas noches, Emma!

La puerta se cierra. Por un instante me debato entre gritar de rabia, echarme a llorar, recoger todas mis cosas y marcharme. Pero elijo otra opción. Porque siento que me moriré aquí mismo si no obtengo una explicación inmediatamente.

—Le has hablado tanto de mí que ni siquiera sabe mi nombre.

—Debe de haberse confundido…

—¡Mentiroso! Ella no sabe nada de mí, ha aparecido en tu casa vestida solo con ropa interior, como si estuviera segura de que no encontraría a nadie…

—Vale, seguramente te habrá llamado Emma a propósito para cabrearte. Pero es cierto que le dije que no tenía nada que hacer esta noche. Te has presentado sin avisar, y no teníamos previsto vernos…

—¡Debo de estar soñando! ¿Acaso tengo que estar al corriente de los planes sexis de Cheyenne antes de venir a tu casa cuando estoy jodida? Perdóname si te he privado de un estriptis de calidad. ¡La próxima vez le diré a mi familia que escoja otro momento para desmoronarse!

—No, no quería decir eso. Alma, tranquilízate.

—Espera. Ella sabe tu dirección, tus horarios, se atreve a presentarse aquí casi en pelotas e incluso dice que se pasará más tarde como si no hubiera el menor problema, ¿y quieres que me tranquilice?

—Esa tía es totalmente imprevisible. Sé que no te va a gustar nada, pero a ella le parece de lo más normal hacer estas cosas.

—Muy bien, Vadim, ¡lo estás arreglando! ¡Ni siquiera te molestas en ocultar que la idea te parece genial!

—Yo no he dicho eso. ¿Por qué no pruebas a ponerte en mi lugar por un momento? Entonces verás que no tienes nada que reprocharme…

—¡Estoy segura de que esta no es la primera vez!

—¿Qué?

—¿Ayer solo erais amigos de camerino y hoy aparece aquí en plan mujer fatal? ¿Me tomas por idiota? ¡Igual estáis juntos desde el primer día! ¡Hemos dejado de usar preservativos porque se supone que somos fieles el uno al otro! —mascullo horrorizada, pensando en voz alta.

—Alma, estás delirando. O puede que estés empleando todas estas mentiras para sonsacarme la verdad. Odio que hagas eso.

—No, soy yo quien te odia. Es muy simple, o me lo explicas, o hemos terminado.

—Es lo que estoy intentando hacer, pero…

—¡Se supone que me has jurado que me quieres y que no ha pasado nada! ¡Pero al menos enfádate, Vadim! ¿Acaso no me merezco algo mejor que esto?

—Nunca ha pasado nada entre Cheyenne y yo.

Vadim me mira fijamente, con sus ojos gris hielo.

—Es la primera vez que viene aquí —me explica con voz serena, sin apartar la vista de mí—. Es la primera vez que la veo en ropa interior. Y es la primera vez que se me insinúa de esa manera. Te ha provocado porque ha visto que le funcionaba. Y siempre hace lo que le pasa por la cabeza. Ella es así.

—Y a ti te encanta eso de ella, ¿verdad? —espeto con la voz cargada de lágrimas.

—Sí, me gusta su forma de ser —admite, desviando la vista por un instante.

—Eres peor que mi padre. Tú ni siquiera lo lamentas —le reprocho.

—¡Ella me cae bien, pero te amo a ti! Y jamás te haría algo así —se apresura a añadir.

—¿Cómo quieres que te crea? Ni siquiera has movido un dedo mientras ella estaba aquí…

—¡Muy bien, voy a llamarla! Pondré el manos libres, pero tú no digas ni una palabra, para que ella crea que está hablando a solas conmigo. Así, seguro que dirá la verdad.

—No, Vadim, ya no me apetece jugar a este juego. Tengo que volver a casa…

—Solo serán diez minutos. Dame diez minutos.

Teclea en su móvil, espera a que haya tono y deja el teléfono boca abajo sobre la mesita de enfrente.

—Hola, ¿Cheyenne?

—Soy yo. ¿Tu novia ya se ha ido?

—Sí

—Entonces ¿ya puedo volver? —suelta ella con una carcajada atronadora.

Esas palabras me abren un segundo agujero en el corazón. Posa su mano sobre la mía y me suplica con la mirada que no me vaya. Aún no.

—¿No dices nada, Arcadi? ¿No te habrá traumatizado la visión de un sujetador y unas bragas? Espero.

—No, solo me ha sorprendido. Y pienso que no deberías de hacer esas cosas. Yo amo a Alma.

—¡Vale, relájate! No sé por qué me ha dado por ahí. Me aburría. Esta noche me apetecía divertirme un poco. Pensé que te haría gracia.

—Entonces ¿tu proposición no iba en serio?

—Oh, no sé muy bien por qué lo he hecho. La gracia estaba en no saber de antemano lo que podría suceder…

—No habría pasado nada, y lo sabes. Nunca.

—Ay, no sé qué te pasa, pero esta noche estás de un aburrido que no hay quien te aguante. Te dejo. Espero no habérosla liado a tu chica y a ti. ¡*Bye*, Arcadi!

Unos minutos más tarde me voy de casa de Vadim con los ojos rojos y el corazón hecho añicos, pero mucho más tranquila. He decidido que confiaré en él, aunque no sé si llegaré a perdonarle su cobardía de antes. Solo tenía que haber rechazado a Cheyenne delante de mí para que las cosas quedasen claras. En lugar de quedarse allí con su jodida media sonrisa, divirtiéndose con la situación. Odio discutir con alguien que no está dispuesto a negociar. Basile lo hace todo el tiempo, y me entran ganas de pegarle.

Vadim casi ha admitido que no ha estado a la altura, pero a su vez me ha reprochado la necesidad que tengo de que me tranquilicen a todas horas. Hemos decidido no volver a hablar del tema, para no reavivarlo.

En cuanto a esa odiosa Cheyenne ni siquiera le guardo rencor. No me fío de ella, pero admiro su seguridad en sí misma y la forma en que asume su leve locura.

Ojalá me reencarne en alguien como ella en una próxima vida.

* * *

En una especie de arrebato territorial totalmente estúpido, me paso cada día de la semana siguiente esperando a Vadim cuando termina su trabajo de voluntariado. Y lo beso con pasión, procurando que Cheyenne pueda admirar bien la escena. Ella me hace pequeños gestos con la mano desde la distancia, me dedica alguna que otra sonrisa cordial y ahí acaba nuestra interacción. Cuando se cansa, Vadim me pregunta con una sonrisa pícara si puedo volver a ser su novia en lugar de su guardaespaldas. Al principio no me sienta muy bien, por una cuestión de principios, pero acabo aceptándolo.

Desde hace una semana, Vadim encadena una audición tras otra. Rodó su anuncio y poco después Michelle Kerry
le hizo saber que había sido «descubierto». Al principio yo
no sabía a qué se refería, hasta que empezaron a llover las ofertas. Estaba más emocionada yo que él. Vadim las rechazó todas, hasta que llegó esta. Me dijo que le parecía interesante, que no pensaba aceptar, pero que aun así quería hablarme de ello.

—¿Sabes quién es Yuri Karaïev?

—¿Ese director ruso que tanto te gusta? Sí, me has hablado a veces de él.

—Pues la propuesta viene de Karaïev. Me ha ofrecido un pequeño papel en su próximo largometraje.

—¡Qué bien! Vadim, ¡es tu sueño!

Empiezo a saltar por todo su apartamento, y al final le echo los brazos al cuello.

—Espera. ¿Por qué pones cara de enfadado?

—Voy a rechazarlo —señala con voz inexpresiva.

—De eso nada, dame una sola razón.

—Se rodará en Rusia. Durará tres meses. Y empieza mañana.

Se me hiela la sangre. Dejo caer los brazos y me alejo de él dando tres pasos atrás. Son tres excelentes razones. Tres meses sin él.

Tres meses… Es la mitad del tiempo que hemos compartido juntos.

Una espantosa eternidad.

—Tres meses no es tanto —añado en un susurro, intentando creerme mis propias palabras.

—No, Alma, no pienso ir.

—¿Por qué?

—No voy a dejarte sola. No durante tres meses.

—Te prohíbo que digas eso. ¡Tienes que ir!

—No, y no hay más que hablar.

—Pues por una vez no vas a ser tú quien decida, Vadim. ¿Cuántos de mis sueños has hecho que se cumplan desde que nos conocemos? Me faltan dedos para contarlos. Ahora te toca a ti. Este es tu sueño, y no permitiré que lo desperdicies.

—¿Eso es todo? ¿Y te quedas tan ancha?

Alza las manos al cielo en señal de impotencia.

—Esto me rompe el corazón —susurro con las lágrimas acumulándose en mis ojos—. Aún no te has ido y ya te echo de menos. No sé cómo sobreviviré aquí, sin ti.

—Vale, no pienso irme —me interrumpe Vadim.

—Por supuesto que sí. —Apoyo dos dedos en sus labios—. Irás. En cualquier caso, si te quedas, se acabó. Estaremos en la misma ciudad, pero no te dirigiré la palabra.

—Eso siempre será mejor que estar a diez mil kilómetros de distancia.

Esa cifra me produce vértigo. La cabeza me da vueltas, siento un hormigueo en las piernas y el corazón débil.

Pero no tengo derecho a mostrárselo, a retenerlo. Amarlo, es dejarlo partir.

—Vadim, si Tú + Yo es lo que creo, tenemos toda la vida por delante. Tres mesecillos de nada no lograrán separarnos. Acuérdate. Todos lo han intentado: Timothy, mi hermano, Felix, mi padre, Abrams, Cheyenne, ¡todos! Rusia tampoco lo logrará. Además, ¿quizá pueda ir a verte?

No me creo ni una palabra de lo que acabo de decir, pero me lanzo a sus brazos para ocultar la desesperación de mi rostro, imposible de enmascarar.

—¡Estaré tan orgullosa de ti! Allí… —continúo, a pesar de la emoción.

—¡Allí pasarás mucho frío! —exclama en broma, para no venirse abajo.

—¡Más te vale que vuelvas, Arcadi!

—¡Antes morir que no regresar, Lancaster!

—Entonces ¿te atreves?

—Me atrevo… —repite con los ojos brillantes, antes de besarme.

Siento que el suelo se rompe bajo mis pies. Mis lágrimas se mezclan con su beso, me falta el aire. Que me arranquen una pierna o un brazo. Que me corten por la mitad. Tú +Yo, Yo + Tú, ¿qué me queda sin esto? ¿Qué soy sin esa otra parte? ¿Qué será de mí si no puedo alimentarme de él? Me convertiré en algo pequeño e

incompleto, estéril, vacío. La Alma de hace seis meses, tímida, sin luz, frágil, que se dejaba llevar por la vida.

Sin embargo, mi madre me dijo que nunca dependiera de nadie, y menos aún de un hombre.

Pero sin Vadim, me vengo abajo.

39

Vadim acaba de irse.

No he tenido el valor de acompañarlo al aeropuerto, y sin duda ha sido mejor así. Mejor para él. No quería que me viera llorar. Arrepentirme. Derrumbarme. Lanzarme a sus brazos y suplicarle que se quedara.

¿Cómo he podido empujarlo a que se marche?

Pregunta estúpida.

Sus sueños. Y mi amor por él…

Nuestra despedida en su apartamento fue desgarradora, así que no me quiero imaginar la misma escena en una terminal abarrotada. Seguro que habría intentado colarme en su maleta, o meterme bajo su ropa para embarcar con él. O activar la alarma de incendios solo para ganar tiempo, prolongar la despedida y darle otro beso.

No, lo mejor era mantenerme alejada, al margen, aunque para mí sea como un castigo. Llorar sola por su marcha en mi habitación. Mi almohada ya lo ha visto todo. Puedo empaparla en lágrimas, ovillarme en ella, darle la vuelta, volver a empezar: lo absorbe todo en silencio.

A estas horas, Vadim ya debe de haber despegado. Dirección Rusia, a diez mil kilómetros de mí. Mis sollozos más intensos vuelven a hacer acto de presencia. Y mi almohada los encaja sin rechistar.

—Alma, querida, ¿puedo entrar?

—Ahora no, mamá.

—¿Y yo? —añade Lily con voz tímida.

—No, dejadme.

Ninguna de las dos me hace caso y entran en mi habitación sin ser invitadas. Mi hermana pequeña se acurruca en el extremo de la cama tocándose el mentón con las rodillas. Trata de hacerse lo más pequeña posible. Mi madre se sienta a mi lado y me aparta el pelo, que se me ha pegado a las mejillas mojadas. Me doy la vuelta, dándole la espalda.

—Alma, escucha. Creo que ya eres lo bastante mayor como para que podamos tener esta conversación. Y ya que Lily está aquí, también la puede escuchar. Sabéis que vuestro padre no siempre es un marido perfecto. Creo que lo de sus amantes ya no es un secreto para nadie.

—Amantes… ¿en plural? —murmura Lily indignada.

—Poco importa cuántas ha habido, cuántas hay y cuántas habrá. Lo único que cuenta es lo que os diré ahora. Yo me he hecho estas preguntas miles de veces, unas que vosotras os haréis a la fuerza algún día: ¿Acaso mi amor no es lo bastante fuerte como para soportarlo? ¿Acaso mi amor no es lo bastante fuerte como para superarlo? ¿Soy capaz de perdonar por amor? ¿Estoy dispuesta a sacrificarme?

—¡No deberías! —respondo entre dientes, volviéndome.

—Sí, Alma, el amor nos hace hacer cosas increíbles. Se lo lleva todo a su paso: la razón, los principios, las promesas, el dolor. Es tan poderoso que ni siquiera somos capaces de imaginarlo por anticipado. No es de extrañar que os resulte inconcebible. Pero vuestro padre y yo nos queremos desde hace treinta años.

—Pues tiene una forma muy curiosa de quererte —replica mi hermana con un mohín de enfado.

—No siempre amamos como querríamos —le responde mi madre suspirando—. Pero, Alma, debes hacerte las siguientes preguntas: ¿renunciar o seguir amando? ¿Huir o aceptar el sufrimiento? Tú te has sacrificado por Vadim, esa es la prueba de amor más hermosa. Sin embargo, no puedes pasarte los próximos tres meses lamentándote o enfadada con él. Si tu amor es lo bastante fuerte, lo bastante grande, solo tienes que esperarlo, soportar su ausencia y amarlo el doble a su regreso. Si la situación te supera, es señal de que ese amor no merece la pena. Solo tú puedes saberlo.

Mi madre se levanta, y con los ojos repletos de lágrimas me da un beso en la coronilla y cruza la puerta de la habitación. La estancia se queda de nuevo en silencio, hasta que Lily sale corriendo hecha una furia:

—¡No pienso querer nunca a nadie! ¡A nadie! ¡Nunca!

Ay, Lily, su tú supieras…

Las palabras de mi madre me han afectado. Me esfuerzo por recobrar la compostura, me incorporo en la cama, cierro los ojos y visualizo el hermoso rostro de Vadim. Sobre todo, no debo olvidar ni un detalle. Su pelo alborotado, sus penetrantes ojos, su media sonrisa y la pequeña cicatriz que le cruza el labio. Podría decir exactamente dónde se encuentra, casi al milímetro.

Unas lágrimas se deslizan de nuevo por mis mejillas.

Sé que esto será así todos los días.

—¿Alma?

Alguien llama a la puerta con delicadeza. Georgia se limita a asomar la cabeza, como hace siempre, pero algo desentona en su

mirada. No transmite la empatía de siempre, esa ternura a la que me tiene acostumbrada, esa dulzura casi maternal cada vez que nos sucede algo a una de las tres.

—Alma. Alguien pregunta por ti. Le he dicho que suba.

Probablemente sea Clémentine, que por fin se ha acordado de que tiene una mejor amiga.

—¿Podrías dejar de llorar?

El corazón me late con fuerza. Conozco esa voz.

Mi pulso se acelera. La conozco demasiado bien.

Mi pecho estalla. Conozco ese rostro, lo estaba contemplando en mi cabeza hace apenas un minuto.

—¡Vadim! —grito de alegría y de alivio, y salto a sus brazos.

—¿Estabas llorando por mí, princesa Lancaster de Inglaterra?

Golpeo su ancha espalda sin dejar de sorberme la nariz.

—Tienes razón, en Rusia haría demasiado frío —me susurra, dándome un abrazo—. Y no puedo aprender ruso, ahora que acabo de empezar con el francés, no tendría sentido. Además, debo terminar un cortometraje aquí. Estoy seguro de que Abrams me habrá echado mucho de menos. ¿Con quién la iba a tomar, si no? Además, tengo un hermano con el que me entiendo de maravilla, ¡sería una lástima echar a perder esa inmensa complicidad! En definitiva, hay un montón de buenas razones para no ir allí a morirme de frío…

—Entonces ¿te quedas? —Lo miro incrédula.

—Sí. Michelle Kerry me buscará otros anuncios. No necesito esa película, tengo un brillante porvenir en el mundo de los champús…

—¡Déjate de sarcasmos, Arcadi! ¿Por qué estás aquí? Júrame que no te arrepentirás.

—Tú + Yo…

Arcadi me susurra la fórmula mágica al oído y yo me derrito.

—Esta vez no me he visto capaz. No sin ti, Alma.

Nos mantenemos pegados el uno al otro durante una eternidad; entrelazados, mezclados, besándonos, respirándonos, diciéndonos que nos queremos y que nadie nos separará jamás. Entre declaración y declaración, Vadim sigue enumerando con ironía todas las cosas que no puede dejar aquí.

Yo no aparezco en ninguna de ellas, y eso hace que me tronche de risa. Juro que nunca les revelaré ni a Felix ni a Keith ni a nadie el porqué de su regreso. Porque, en realidad, ni siquiera llegó a irse.

Por mí.

Tras la euforia del reencuentro, me invade una inquietante sensación de malestar. Me hace feliz tener al chico de mis sueños a mi lado, pero me siento culpable. Culpable de que me anteponga a sus sueños.

Unos sueños que, por mi culpa, puede que nunca lleguen a cumplirse.

Cuando te sacrificas por alguien a quien amas resulta duro, muy duro. Pero te hace sentir orgullosa. Cuando es el otro quien se sacrifica por ti, ya no eres la buena de la película. Solo puedes darle las gracias, con una lágrima o sonrisa, y tratar de devolverle, aunque solo sea un poco, el favor.

* * *

Durante los días siguientes procuro ser la mejor novia del mundo. Hacer feliz a Vadim cada minuto, cada segundo, del día, pero creo

que eso le molesta, lo asfixia, lo oprime.

Me repite que su lugar está aquí. Que no se arrepiente de nada, que no hay necesidad de hacer todo lo que estoy haciendo. Trato de creerle. Y procuro mantenerme un poco al margen. Dejo que viva su vida sin entrometerme. Él vuelve a ver a Felix cada vez más a menudo, y yo dejo de recordarle sus compromisos con Keith. Pasa tiempo con Cheyenne fuera de las horas de voluntariado, y yo ni siquiera se lo recrimino. Anula en el último momento un segundo encuentro con su hermano Roman, y no intento disuadirlo. No está avanzando demasiado con su película, pues las audiciones y sesiones fotográficas le ocupan demasiado tiempo, pero no cuestiono en ningún momento sus prioridades. Cada día comprendo un poco mejor lo que quería decir mi madre. Amar también es sacrificarse. Es dejar vivir al otro, que avance en otra dirección, que se equivoque a veces, aunque nos cueste.

Es el precio que debo pagar por tener a Vadim a mi lado.

* * *

—Hola, Alma.

Estoy a punto de volver a casa cuando Timothy se me acerca al salir de clase y me da un toque en el brazo. La verdad es que llevamos meses sin hablar, ya casi lo había olvidado. Sin embargo, él no ha cambiado en absoluto. Tan alto, fornido, rubio y bien peinado como siempre.

—¿Cómo te va?

—Hola, Tim. Bien, ¿y a ti?

La cortesía de rigor.

—Todo bien. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada en especial. ¿Y tú?

La conversación apenas acaba de empezar y ya está decayendo.

—He oído por ahí que las cosas no te iban demasiado bien, por eso te pregunto.

—Ah, pues debes de haberlo entendido mal, porque todo está en orden.

Me encojo de hombros y sonrío.

—Ya sabes, no nos separamos de muy buenas maneras, pero eso no quiere decir que no me preocupe por ti.

—Muy amable por tu parte, pero puedes estar tranquilo, todo va bien.

Parece un poco nervioso, incómodo.

—De hecho, circula un rumor por el campus. Sobre Arcadi y tú. Se dice que tenía intención de dejarte y volver a Rusia…

—Pues puedes decirle a todo el campus que Vadim tenía que ir allí para un rodaje. Ha rechazado un papel en una película de Yuri Karaïev. No creo que sepas quién es, pero puedes buscarlo en Google. En resumen, al final ha renunciado. Por un montón de razones.

—Exacto, según parece se ha quedado aquí por una chica…

—¿Una chica?

—Una morena. No muy… recomendable.

Sus aires de superioridad me dan ganas de hacerle tragar el balón.

—¿Cheyenne?

Me pongo un poco de lado, enfadada por sus insinuaciones.

—Es falso —respondo—. Totalmente. ¿Y por qué de pronto te interesa lo que hace Vadim?

—No es lo que él hace, sino lo que te hace a ti, Alma. No quiero que te falte al respeto, eso es todo.

—No pierdas más el tiempo y vuelve a jugar con tu balón, Tim…

—Vale, no te cabrees. Solo quería decirte que puedes contar conmigo. Y que yo… yo… no he dejado de quererte.

—Tim, no te necesito para nada. Solo necesito que me dejes respirar.

Él pasa olímpicamente de lo que acabo de decirle y cambia de tema.

—¡Ah, por cierto! ¡Creo que nos hemos inscrito en el mismo programa de Vacaciones de Primavera! Basile y tú vais al campamento de Santa Catalina, ¿no?

—Él, puede que sí; yo aún no lo he decidido.

No solo está decidido. Está firmado, pagado y confirmado desde hace meses a instancias de Clémentine d'Aragon, que tenía ganas de emprender un viaje salvaje, revitalizante, en comunión con la naturaleza. Sin embargo, aún no he logrado convencer a Vadim de que se apunte conmigo.

Una semana sin él me parecerá un calvario, pero no puedo ni imaginarme pasar una semana de acampada en una reserva protegida con mi ex, mi hermano mayor y mi mejor amiga, quien apenas se acuerda de que existo.

En cuanto llego a casa, enciendo el ordenador con una mano y empiezo a enviar mensajes desde el móvil con la otra.

Les ordeno a Vadim y a Clémentine que se conecten urgentemente al chat.

Clemy_juicy: ¿Qué pasa? ¿Te han secuestrado y me escribes desde del maletero?

Alma_from_paris: ¿Eso serviría para que hablaras conmigo?

Clemy_juicy: ¡Abrevia, que tengo prisa!

Alma_from_paris: ¿Otra cita misteriosa?

Clemy_juicy: ¡Muy perspicaz!

Alma_from_paris: ¿Tu chico sigue sin querer desvelar su identidad?

Clemy_juicy: Todavía no. Ya te avisaré cuando llegue el momento, Alma.

Alma_from_paris: Clem, no lo entiendo. O bien sales con alguien de mi familia y no tengo ni idea de quién puede ser, porque desde luego no eres para nada del tipo de mi hermano y mi padre ya está bastante ocupado. O bien tu chico… ¿tiene noventa años? ¿Está en la cárcel? ¿Es un asesino en serie? ¿Aún vive con su madre a los treinta y cinco años y colecciona gatitos? Por eso no te atreves a presentármelo, ¿verdad?

Clemy_juicy: Mmm… Pues no.

Alma_from_paris: ¡Antes nos lo contábamos todo! ¡Y nos veíamos a todas horas! ¿Por qué ha cambiado todo tanto?

Clemy_juicy: ¡Cuando pasabas todo el tiempo con Arcadi yo no te montaba escenitas de celos!

Alma_from_paris: Clem…

Clemy_juicy: Vayamos al grano, ¿qué querías decirme?

Se me hace un nudo en la garganta. Perder a Clémentine es cómo perder a un miembro de la familia.

Alma_from_paris: ¿Recuerdas que nos apuntamos al campamento de Santa Catalina para las Vacaciones de Primavera?

Clemy_juicy: Ah, sí. Pero no creo que vaya, tengo otros planes.

Alma_from_paris: ¿Qué? ¡No puedes hacerme esto!

Clemy_juicy: ¿Cómo puedes ser tan egoísta? ¡Todo tiene que girar alrededor de la maravillosa Alma! ¡Yo también tengo derecho a mi propia vida!

Alma_from_paris: Pero no justo entre el 22 y el 28 de marzo, por lo que más quieras…

Clemy_juicy: No sé, ya veremos. Tengo que irme.

En dieciséis años de amistad, creo que es la primera vez que Clémentine me habla así. Conozco a la perfección sus crisis pasajeras, sus periodos revolucionarios, sus caprichos efímeros… Los soporto, los apoyo, forman parte de su encanto. Pero nunca se había mostrado tan distante, tan indiferente. Como si nos hubiéramos convertido en dos extrañas.

¿Quién ha podido cambiarla hasta tal punto?

Una ventana empieza a parpadear en mi pantalla. Abro esta nueva conversación con el corazón encogido.

Arcadius: He recibido tu mensaje. ¿Es grave?

Alma_from_paris: Depende.

Arcadius: Mi novia, un enigma viviente…

Vadim casi me arranca una sonrisa.

Alma_from_paris: ¿Si te dijera primavera, reserva, vida salvaje… qué me responderías?

Arcadius: Que no.

Alma_from_paris: ¡Sí!

Arcadius: Otra vez no.

Alma_from_paris: 💔

Arcadius: ¡No pienso pasarme una semana observando flores y salvando zorros!

Alma_from_paris: ¡No es eso! Piensa en el océano, en el aire puro, en las noches bajo las estrellas… ¡en la libertad!

Arcadius: Si quieres dormir al aire libre, podemos hacerlo esta misma noche, Alma. No necesito un guía y veinte estudiantes haciéndome compañía. Solo buscan tener la conciencia tranquila. De hecho, ellos harán lo mismo que hace todo el mundo durante las Vacaciones de Primavera. Darle a la botella, ir en pelotas y acostarse con cualquiera.

Alma_from_paris: Tim estará allí.

Arcadius: ¿El estúpido de Wallace? ¿Y eso tendría que hacerme cambiar de opinión?

Alma_from_paris: No sé. ¿Te da lo mismo que pase una semana a solas con él? ¿Sin ti? :)

Sonrío tontamente tras la pantalla, y siento cómo mi corazón empieza a latir un poco más fuerte

Arcadius: Tú bien que me permites ver a Cheyenne… sin ti :)

Alma_from_paris: ¿Qué has querido decir con eso?

Arcadius: ¿Ahora ya no te hace tanta gracia, Lancaster? Al parecer te divierte ponerme celoso…, pero no te gusta tanto cuando juego al mismo juego que tú, ¿a que no?

Arcadius: Ni te imaginas las conversaciones que mantengo con ella…

Alma_from_paris: Ya basta, Vadim

Mis dedos pulsan el teclado con más fuerza de la necesaria.

Arcadius: Ayer me preguntó qué fue lo que me gustó de ti.

Me quedo mirando la pantalla con cara de sorpresa. Atacada de los nervios.

Alma_from_paris: ¿Qué le respondiste?

Arcadius: Tu intensidad y tu pasión, incluso cuando tratas de ocultarlas para desempeñar el papel que te asignaron al nacer. Tu espíritu de contradicción, tu sed de aventuras, tu valentía, tus convicciones. Tu corazón, que parece tan puro, tan valeroso, y que es precisamente lo que este mundo necesita. Tú ves con mayor amplitud, ves más allá que los demás.

Se me saltan las lágrimas.

Alma_from_paris: No sé de dónde sacas todo eso…

Arcadius: ¡Deja ya de menospreciarte y pedir disculpas por existir, Lancaster! Desde que renuncié a marcharme, tratas de hacerte invisible. ¡Despierta! ¡Regáñame!

Alma_from_paris: ¡Eres un capullo, Arcadi!

Arcadius: Así me gusta…

Alma_from_paris: Un capullo que lo ha captado todo.

Arcadius: ¿Ah, sí?

Alma_from_paris: Tengo tanto miedo de perderte, Vadim, que no acabo de creerme que hayas vuelto por mí. Y ahora que estás aquí, no me atrevo a tocar nada por temor a que todo se rompa. Tengo tanto miedo de no ser lo bastante para ti, que dejo que te alimentes de otros. Porque te amo más que a nada, más que a mí misma.

Arcadius: Joder, Alma, ¡yo te quiero a ti! ¡A esta Alma que tengo delante!

Alma_from_paris: ¿Aunque esté vertiendo todas las lágrimas que tengo almacenadas en mi cuerpo sobre el teclado de mi

ordenador?

Arcadius: Sí. Aunque tenga que ir a un jodido campamento de preservación de la fauna y la flora en Isla Santa Catalina. Y aunque tenga que darle un puñetazo en la jeta a un jugador de baloncesto gigante para recordarle que eres mía.

40

Ya no sabría decir cuándo, y sobre todo cómo, ha logrado esta proeza. Pero Abrams me hizo prometerle que pasaría por su casa para trabajar en mi cortometraje antes de las vacaciones de primavera. Mi profesor tenía miedo de que me retrasara o de que descuidara mi trabajo durante esta semana de vacaciones que suele causar estragos entre los estudiantes. El típico cliché de las Vacaciones de Primavera californianas: descomunales fiestas al borde de una piscina abarrotada, ropa ultraligera, saltos ultraidiotas, borracheras, juerga y excesos de todo tipo. La cuestión es que las vacaciones empiezan mañana y esta noche yo estoy condenada a cumplir una sesión de trabajo en compañía del señor Sabelotodo y de su viejo basset patibulario, que se va reblandeciendo un poco más cada día y huele cada vez peor.

Pero también es la noche en que Vadim se tomará una copa con Roman tras días de negociaciones llevadas a cabo por mí para convencerlo de que le diera una oportunidad a su hermano. Y, por supuesto, le prometí que yo también iría, eso formaba parte del trato. Partimos mañana al amanecer hacia Isla Santa Catalina, aún no he hecho la maleta y tengo que encajar dos veladas en una.

Inspiro por la nariz, espiro por la boca.

Justo después de avisar a mi novio de que llegaría con un poco de retraso sin dar demasiados detalles, a las seis en punto llamo al

timbre del señor Abrams. Espero poder escapar de aquí una hora más tarde. Ya lo tengo todo previsto: fingir una cena familiar, siguiendo la tradición de reunirnos todas las vísperas de las vacaciones escolares en casa de los Lancaster, antes de que cada cual se vaya por su lado.

Eso puede colar.

Me abre Caleb, con el rostro aún más crispado que de costumbre. Durante medio segundo me pregunto si le habrá pasado algo a su padre. ¿Un infarto, un accidente de tráfico, una crisis nerviosa? Espero que no sea nada grave…, aunque sí lo suficiente como para que se vean obligados a posponer esta visita.

Sin embargo, un segundo más tarde, cuando entro, me percato de que el señor Abrams ni siquiera está presente. Hitchcock está tumbado al pie de su sillón, con aire desesperado, los párpados enrojecidos y pesados, gimiendo e implorando que le devuelvan a su amo.

—Este perro es bobo. Parece que vaya a morirse en cuanto mi padre no está. Mejor dicho, ¡«su padre»! —suspira Caleb, pasando por encima del perro.

—¡Que le vamos a hacer, siempre hay un hijo favorito! —comento con ironía.

—Sí, y desde el principio supe que no sería yo.

—¿Tu padre volverá pronto? Se supone que tenemos que trabajar y yo voy mal de tiempo.

—Puedes irte cuando quieras, él volverá tarde.

—Ah. ¿Se le ha olvidado? Qué extraño, no es propio de él. ¿Tenía una cita?

—No. Bueno, algo así. Podríamos decir que es una cita, pero no para él —se excusa Cal, mirándose los pies.

—Creo que no te sigo.

Y sobre todo creo que, por desgracia, empiezo a comprender.

—La verdad es que, mmm… ¿Cómo decirlo? No me atrevía a preguntarte si querrías salir conmigo e ir a algún sitio, de modo que mi padre me propuso que te invitara aquí. Ya ves. Tú te reirás de mí, y encima le deberé una de por vida. Estoy acabado.

—Ha sido una encerrona, vaya…

Incómoda, puede que incluso un poco asustada, fuerzo una sonrisa.

—Te aseguro que en su momento me pareció una buena idea. Puedes marcharte, ¿eh? Lo entendería.

Creo que finalmente Caleb se ha dado cuenta de hasta qué punto la situación es problemática. Me dedica su mejor sonrisa teñida de vergüenza y se sube las gafas hasta el puente de la nariz unas diez veces, como si fuera un tic. Necesito decirle que lo que ha tramado con su padre no es ninguna torpeza ni resulta patético, pero tampoco es normal.

—Sé que no lo has hecho con mala intención, pero no se puede tratar así a las personas, Cal. Mentir y tender una trampa con la esperanza de que eso se convierta en una cita, sobre todo si se trata de un chico haciéndoselo a una chica, no está bien. Nos tratan como a presas todo el tiempo. En la calle, en la uni, en las fiestas, en la playa, cuando oscurece, cuando salimos a correr, en las redes sociales, delante de una cámara fotográfica. Debemos permanecer en alerta todo el tiempo, ¿lo entiendes? Pregúntales a las mujeres que hay a tu alrededor, a tu madre, a tus primas, a tus ex, todas lo

hemos vivido en algún momento. ¿Qué pasa si encima también debemos desconfiar de nuestros propios amigos? Se supone que los chicos menos idiotas deberían ser nuestros aliados.

—Tienes razón, Alma. Soy un auténtico capullo. Creo que lo he confundido todo. Desde siempre la gente me considera un tío raro, me lo repiten a todas horas. Pero tú… Tú me has mirado con otros ojos, has procurado conocerme sin juzgarme. Enseguida me gustó esa forma de aceptarme tal como soy. De comprender lo que digo. Y, no sé… Me hizo sentir bien y… pensé que tenía alguna posibilidad.

—Ya veo. Podrías habérmelo dicho sin más, Caleb.

—Lo sé… Y así habría evitado perder mi dignidad. Como en este momento.

—Desde luego, este no es tu mayor momento de gloria —concluyo, esbozando una sonrisa.

—Pues si te parece bien, te pediré disculpas y te echaré de casa para evitar que este momento tan incómodo se prolongue más de la cuenta. Y sí, no hace falta que insistas, ¡ya le daré los buenos días a mi padre de tu parte! No te molestes en acariciar a Hitchcock cuando salgas. ¡Hasta la vista, Alma!

Son las seis y veinte cuando estoy de nuevo en la calle, desconcertada por esta escena surrealista, pero satisfecha de haber sabido explicarme, o eso creo. Y casi sin retraso para unirme a Vadim y Roman, que ya deben de haberse encontrado en el Sunset Café.

* * *

Cuando me acerco a su mesa, diez minutos más tarde, están en plena conversación y los dos hermanos no me ven llegar. Mientras que el más joven mantiene su habitual expresión desafiante, incluso recelosa, Vadim habla con pasión, enterrando la mano en el pelo. Solo me quedo con algunos retazos de su última frase.

—… ¿algún recuerdo? ¿Cómo murieron? ¿No tienes ni idea de lo que les pasó?

—¡Qué pasa, *bro*!

Los saludo como lo hacen los jóvenes de aquí, convencida de que sería un toque de ingenio y frescura.

Pero sin duda me sale el tiro por la culata, a juzgar por cómo me miran los dos.

—Ah, Roman, ¿te acuerdas de Alma? —le dice Vadim para echarme un cable, pero con una sonrisa burlona en los labios.

—Sí, ¡hola!

El más joven se levanta y me estrecha la mano en actitud solemne. Como si tuviera cincuenta años.

Vuelta al saludo de toda la vida, choque de culturas.

—¿Qué tal? ¿Estabais hablando del pasado, de vuestra infancia? No pretendía interrumpiros.

—Sí, Vadim me estaba contando un poco… Yo tenía un año, no me acuerdo de nada —se excusa Roman—. Honestamente, no tengo la impresión de haber vivido otra vida antes de que me adoptasen.

—Y, sin embargo, queda tanto por saber…

Vadim refunfuña y noto que se pone tenso. Apoyo una mano en su espalda, pero se revuelve en cuanto percibe el contacto. Se gira lentamente hacia mí.

—Alma, por favor, ¿podrías dejarnos solos? Necesito hablarle de tú a tú, es importante.

Vadim me contempla con sus penetrantes ojos, tan intensos que ahora son de un gris oscuro. Cuando me lanza esa mirada, sé que la cosa es seria, y que no sirve de nada discutir.

No sé qué quiere contarle. Ni por qué el secreto que envuelve la muerte de sus padres sigue resultándole tan doloroso. Y tampoco entiendo por qué, de pronto, ha decidido revelárselo a su hermano —al que apenas conoce—, mientras que siempre se ha negado a hablar de ello conmigo. Dejo a los dos Arcadi allí, con la esperanza de que Roman sepa escuchar a su hermano mayor, que tanto lo necesita. Y de que Vadim quiera abrirse a mí durante nuestra estancia en Santa Catalina.

Son las siete menos veinte cuando mis dos planes para esta noche han hecho aguas definitivamente. Un poco pronto para un viernes por la noche que prometía ser movidito. Tendré tiempo de sobra para hacer la maleta… y puede que para chinchar a Lily. ¿Acaso las hermanas pequeñas no sirven precisamente para eso?

41

Al día siguiente por la mañana, mi novio parece más distendido. También me pide disculpas por haberme hecho ir al café para nada y después hacer que me fuera tan deprisa. Pero no puedo aprovechar la oportunidad, porque la conversación se desvía enseguida hacia los siete días atroces que pasará por mi culpa. Durante el trayecto en el ferry hacemos lo posible por evitar a Basile —que hace exactamente lo mismo con nosotros—, a Timothy —que no deja de mirarnos—, y también a Clémentine —colgada del teléfono todo el rato y, según parece, de un humor de perros.

Isla Santa Catalina, una pequeña isla montañosa y protegida, situada frente a San Pedro, en el condado de Los Ángeles, y sobre todo una reserva natural que todos los años acoge a voluntarios para «proteger, explorar y restaurar» su ecosistema. En esta ocasión, una veintena de estudiantes universitarios formarán parte del voluntariado, para alegría de unos y desdicha de otros.

Nos repartimos por las tiendas de campaña que se encuentran dispersas en la zona de acampada salvaje situadas frente al océano Pacífico. Paisajes espectaculares, una panorámica de trescientos sesenta y cinco grados que te hace perder el equilibrio y, por desgracia, unas cuantas tiendas de cuatro plazas. Un puñado de forestales vestidos de color caqui de la cabeza a los pies nos explican detalladamente las normas y las consignas de seguridad, la

peor de las cuales es no quedarse solo en ningún momento. A continuación, nos proporcionan un kit completo por persona que consta de un saco de dormir, una linterna y leña para las hogueras de campamento. También nos comunican el programa de los próximos seis días. Vadim suspira a mi lado, haciendo todo el ruido posible. Oigo a Clem susurrar —también lo bastante fuerte como para que todos la oigan— que el verde caqui es un regalo envenenado para el cutis. Me río entre dientes, y observo cómo mi mejor amiga se ríe porque sabe que yo me he reído. Esa es una de las mejores sensaciones que existen. Al instante me doy cuenta de hasta qué punto echo de menos su complicidad.

Entre las visitas al jardín botánico, al museo, al monumento conmemorativo de Isla Catalina, nuestras clases sobre el clima oceánico templado, el lenguaje de los delfines, la desaparición de los zorros, las excursiones para observar los escasos bisontes, o los polluelos de águila en su «guardería», apenas nos queda tiempo libre. Aparte del tradicional fuego de campamento, donde cada cual comparte sus impresiones, coquetea un poco y bosteza mucho. Vadim y yo huimos de estas veladas en cuanto podemos y nos ocultamos tras una gran roca para besarnos antes de que nos pille un forestal haciendo su trabajo.

Una noche, cuando regresamos de una de nuestras escapadas, Clémentine me mira y distingo un brillo especial en sus ojos, como si no pudiera evitar sentirse orgullosa de mi desobediencia. Ya no queda casi nadie alrededor de la hoguera, además de Basile, que flirtea discretamente con un chico; Tim, medio dormido, pero empeñado en ser el último en acostarse; y dos chicas cuya risa suena forzada, empeñadas a su vez en mirar cómo duerme Tim.

Sin hacer ruido, Vadim agita una ramita sobre la mejilla del jugador de baloncesto y grita: «¡Araaañaaa!». Todos los presentes estallan en una carcajada cuando Tim se despierta de golpe dando un brinco. Todos salvo él. Y a Clem le da un ataque de risa contagiosa imposible de controlar al tiempo que imita, entre una carcajada y otra, el grito del gigante rubio. Por fin se encierra en su tienda refunfuñando, seguido por sus dos fans que trotan detrás de él. Clémentine aprovecha para dirigirse directamente a mí, lo cual llevaba mucho tiempo sin hacer.

—De verdad, Alma, ¿cómo pudiste?

—Eso es lo que yo me pregunto todos los días —añade Vadim.

—A decir verdad, no es muy espabilado —interviene Basile, que casi había pasado desapercibido.

—¿Ahora te cambias de bando? —le recrimina Clem a mi hermano, mirándolo fijamente.

—Eso depende de a qué bando te refieras… —Le lanza una mirada cargada de dobles sentidos.

—Ah, vale, entonces ¿esta noche vamos a sacar los trapos sucios? —interviene Vadim en tono jocoso.

—Esperad un momento, ¿qué me estáis ocultando los tres? —nos pregunta Clémentine, alzando la voz.

—¡Venga ya! Tú eres la menos indicada para hablar de secretitos —le suelto a mi mejor amiga.

—Vale, un secreto cada uno. Pero todo lo que se diga y se haga en Santa Catalina, ¡se queda en Santa Catalina! —nos advierte mi hermano.

—De acuerdo, empieza tú —lo animo.

—Bueno, Alma y Vadim ya lo saben, porque me espían por la noche —explica, fulminándonos con la mirada.

Se vuelve hacia Clémentine, que ya se está impacientando.

—Te conozco de toda la vida o casi, eres un poco como mi tercera hermana, por eso puedo decírtelo: creo que soy gay.

—¡¿Qué?!

Ella pone los ojos como platos y abre la boca de par en par, haciendo teatro, como de costumbre. Solo espero que su reacción no haga que mi hermano se arrepienta de haber confesado.

—No, de hecho, estoy seguro —precisa Basile, visiblemente aliviado.

—¿Tú? El tío de principios rígidos, el digno heredero, el hermano tocapelotas… ¿eres gay? ¡Es la mejor noticia del año! Y entonces ¿tú quién eres? —pregunta ella, señalando al chico alto y moreno que está sentado junto a Basile.

—Isaac. Isaac Sanders. Vamos a las mismas clases. Él me ha arrastrado hasta aquí.

—¿Juegas a baloncesto además de estudiar Marketing? —interroga Vadim, frunciendo el ceño.

—No, pero me gusta verlos jugar y reírme de ellos.

—Vale, entonces te aceptamos.

—Bueno, ahora te toca a ti, Clem —le digo a mi amiga para cambiar de tema.

A ver si así logro evitar que mi hermano y su novio se sientan más incómodos de lo que ya deben de estar.

—Vale… Yo no soy lesbiana, por desgracia, pero ¡amo incondicionalmente a Alma Lancaster desde que tengo tres años y medio! ¡Por eso nunca te he podido soportar, Arcadi!

—¡Pfff, muy divertido! Venga, suelta de una vez quién es ese fantasma que se supone que es tu novio —insisto entre risas.

—¿Qué queréis que os diga? Es muy guapo… Mayor que yo… Un amante maravilloso… —enumera con los ojos brillantes.

Y no consigo sonsacarle nada más por esta noche. Todo el mundo se cae de sueño. La hoguera del campamento ya no es más que un montón de cenizas y yo empiezo a temblar en los brazos de Vadim. Isaac y Basile se van a su tienda, que ya está ocupada, y yo me acurruco contra Vadim en la nuestra, ignorando a nuestros dos vecinos de alojamiento. Cuando me pego a él, únicamente estamos él y yo, solos en el mundo. Solos contra todos.

* * *

La mañana siguiente ya es el penúltimo día de estancia en el campamento y, sobre todo, es la última velada, la última noche en esta isla un pelín mágica, salvaje, aislada de todo. No esperaba que estas Vacaciones de Primavera fueran tan sorprendentes, enriquecedoras y revitalizantes. Se han estrechado los lazos entre todos los estudiantes, se han creado o reavivado amistades, han nacido nuevos amores, como si la naturaleza quisiera hacer bien las cosas, con la llegada de la primavera. O tal vez haya sido el azar lo que nos ha unido a todos aquí. Todos, incluido Timothy Wallace, que se pasaba todo el tiempo de mal humor mientras nosotros disfrutábamos de nuestro tiempo libre. Entre baños en el océano, paseos por la playa, batallas de sacos de dormir, pícnics en la arena y una sesión de tirolina gigante que nos hizo gritar de miedo; todo el mundo se divirtió, corrió, rió, hasta la velada en que algunos se

pusieron a cantar. Desde hace una hora, Clémentine nos está divirtiendo con su voz rota y sus coreografías endiabladas. Entonces, de pronto, la veo alejarse con Vadim. Me pregunto qué deben de estar tramando, pero sobre todo me alegro de que mi novio y mi mejor amiga por fin se estén acercando. En un momento dado, Tim se sienta junto a mí.

—Alma, ¿estás segura?

—¿A qué te refieres?

—A Arcadi. ¿Realmente es a él a quien quieres?

—Tim, ¿has bebido?

—Puede que un poco, pero eso no cambia nada. Nosotros nos llevábamos bien, ¿no te parece?

—No creo que tú y yo debamos tener esta conversación…

—Sí. Respóndeme. ¿Estábamos bien juntos o no?

—No, no creo que sea tu tipo de chica. Y viceversa.

—Te equivocas, Alma. Pasar esta semana contigo me ha traído muchos buenos recuerdos. Yo estaba muy enamorado de ti. Y tú también me amabas. Me acuerdo perfectamente. Atrévete a decirme lo contrario.

—A veces, creemos que sentimos cosas…

—¡Podríamos sentirlas de nuevo! —me interrumpe, y posa su mano en mi rodilla.

—Tim, de verdad, para…

—No, solo dame otra oportunidad.

Acerca su rostro al mío y me sujeta la barbilla.

—¿No has oído lo que te ha dicho? ¡Déjala, Wallace! Y ponte de pie, no pienso pegarle a un tío mientras está en el suelo —masculla de repente Vadim, al que no he visto aparecer.

—¿Quieres que nos peleemos por ella, Arcadi? —balbucea Tim mientras se incorpora tambaleándose.

—No, apenas te tienes en pie, idiota. Y, además, Alma ya ha escogido. Acuéstate, tío, será lo mejor para todos.

Basile se interpone y aleja a Tim, que agita los puños en el aire como una marioneta descoyuntada. Vadim me abraza y me lleva hasta una pequeña duna, que aún no habíamos explorado, sosteniendo una linterna en la mano.

Cuando llegamos a la zona más alta, se sitúa detrás de mí para que pueda admirar el espectáculo: unas maderas traídas por el mar y unas ramas oscuras forman las palabras «Tú + Yo» escritas con unas letras inmensas sobre la arena blanca.

Me quedo sin respiración, y una sonrisa incontenible divide mi rostro en dos.

—¿Has visto en qué me has convertido? En un ecologista y un romántico —me susurra al oído—. Aunque he contado con la ayuda de Clémentine.

—Entonces ¿era esto lo que estabais tramando los dos?
—Comprendo al fin, sin salir de mi asombro.

—Tu amiga es muy espabilada. Ha conseguido convencer a los forestales de que se salten hasta cierto punto las reglas y que nos permitan aportar un poco de amor a esta isla, como obsequio de despedida. Deberías conservarla a tu lado.

—¡Tomo nota! Pero es a ti, Vadim Arcadi, a quien quiero conservar a mi lado toda la vida.

—Yo también tomo nota.

Él me sonríe, yo me derrito, echo la cabeza hacia atrás y dejo que me bese hasta que la cabeza empieza a darme vueltas.

Me doy la vuelta entre sus brazos y me aferro a su cuello.

—Vadim, debo confesarte algo que nunca te he dicho…

—¿Qué?

Frunce el ceño, y sus bonitos ojos grises se ensombrecen.

—¿Me prometes que nada cambiará entre nosotros?

—¿Qué te pasa?

—No te lo creerás, pero… ¡ya no tengo frío!

Me entra la risa al ver su cara de decepción, pues se esperaba cualquier cosa menos eso.

—Joder, te quiero, Alma.

Esas palabras.

Esa voz que me transporta podría ser la de un hombre dos veces mayor que él: profunda, cálida, serena, siempre firme. Nunca me habría imaginado que un chico de veinte años fuera tan masculino sin el menor atisbo de machismo, tan sexy, pero sin exagerar jamás la nota; tan sensual, espontáneo y seguro de sí mismo. Su forma de quererme, de decírmelo y demostrármelo, sin avergonzarse jamás ni ocultarlo, es la cosa más inaudita con la que me he encontrado.

De pronto, sus ojos claros se iluminan. Deja la linterna en el suelo, me alza del suelo y me carga sobre el hombro como si fuera un saco de patatas.

—Vadim, ¿qué estás haciendo? —le pregunto a gritos, aunque mi intención era decírselo susurrando.

—Cuando Alma Lancaster tiene mucho calor, solo hay una solución

Empieza a bajar por la duna y echa a correr hacia la playa. Yo balbuceo suspendida en el aire, boca abajo, zarandeada tanto por el traqueteo de su carrera como por mis risas.

—¡Dime una cosa! —le grito mientras trato de zafarme de su presa—. ¿Te has vuelto loco?

Por fin me libera, justo en el límite entre la arena y el agua.

—Ya ha anochecido, todo el mundo se ha ido a dormir y los forestales nos han prometido que nos dejarían en paz durante una hora. ¿Nos damos un chapuzón de medianoche o qué?

Me desafía con la mirada. Su sonrisa me desarma. Cuando hace eso, no puedo negarle nada, y él lo sabe.

Apenas me da tiempo a esbozar una mueca cuando me levanta de nuevo y me coge en brazos, esta vez como a una princesa, y entra en el agua

—¡Espera! ¡Ni siquiera he dicho que sí!

—Demasiado tarde.

Vadim avanza, toma impulso lanzando un gran grito de alegría y nos zambulle a los dos al mismo tiempo. Contengo la respiración, desaparezco bajo una ola gélida, pataleo con la ropa empapada y percibo que acude en mi rescate bajo el agua para subirnos a la superficie. Aporreo sus recios hombros con mis ridículos puños y trato de salpicarlo para que deje de reírse.

—Ya está, ¿te has refrescado, Lancaster?

—¡Sí! ¡Pero mañana por la mañana me quejaré a los forestales!

—¿Y eso por qué?

—Para empezar, has intentado ahogarme, y encima gritabas de la risa. Y, por último, antes tenía calor, estaba la mar de cómoda, ¡y ahora me estoy congelando!

—Mmm, entonces será mejor que te caliente de nuevo…

Coloca mis piernas alrededor de su cintura y yo rodeo su nuca con los brazos, sin dejar de castañetear los dientes. Vadim me

aparta el pelo y me besa como solo él sabe. Suavemente al principio, y después con esa intensidad que me hace perder la cabeza. Sus manos me atraen con fuerza hacia él, me enrosco alrededor de su cuerpo como una liana, para que no se me escape. Giramos en el agua y me sonríe directamente en los labios, hundo los dedos en sus rizos húmedos, que aún lo hacen más guapo, y flotamos juntos, planeamos, acoplados a la perfección el uno en el otro. Me siento ligera, muy ligera, y me abandono a ese largo beso húmedo, mecida por el chapoteo del agua y la apacible noche que nos envuelve.

Isla Santa Catalina, no te olvidaré fácilmente.

—Has hecho bien en traerme aquí —confiesa Vadim, con su frente pegada a la mía.

—Eres una especie en peligro de extinción, Arcadi. Un mal estudiante del fondo de la clase, que no escucha nada, pero lo retiene todo. Un rebelde que infringe las normas no por sí mismo, sino para complacer a alguien. Un falso fracasado que triunfa en todo lo que hace. Un cínico capaz de lograr que todas las noches sean románticas.

Sonríe sin saber qué responderme. Acepta mis cumplidos sin rechistar por una vez. Puede que se deba a la magia de Santa Catalina. La luna bajo nuestras cabezas, pálida y llena, ilumina sus ojos sublimes. Esos dos iris de un gris desvaído en los que no paro de ahogarme. En este instante, el amor que siento por él me inunda. Me pregunto si nuestra alquimia, nuestra pasión, nuestra certeza durará eternamente. ¿Un año? ¿Diez? ¿Cincuenta? Es tan intenso que duele. Tan bueno que me resulta inconcebible perder lo que tenemos. Pero ¿seguiremos besándonos en todas partes, todo el

tiempo, cuando seamos adultos? ¿Seguiremos estando tan locos como para bañarnos a medianoche? ¿Nos desafiaremos a todas horas? ¿Lograremos superar todos los retos que nos lance la vida? ¿Existe algo, por pequeño que sea, un grano de arena, una gota de agua, que pueda separarnos?

Tal vez.

Pero nunca habrá nada que me impida amarlo.

42

Team-Tim: ¡Hola, Al!

Esperaba hablar con Vadim, pero al parecer toda la uni ha adquirido la costumbre de comunicarse a través de este chat

Team-Tim: ¿Estás por aquí?

Team-Tim: ¿Al?

¿Me desconecto y salgo sin decir nada como cuando cambiamos cobardemente de acera al encontramos a un conocido con el que acabamos de intercambiar una mirada?

Team-Tim: Bueno, o estás ahí y me ignoras, con lo cual estoy quedando como un idiota, o no estás ahí, y quedaré como un idiota cuando leas esto.

Además, ¿cómo ha podido escoger un apodo tan narcisista y pensar que era una buena idea?

Team-Tim: Hace una semana que hemos vuelto a clase y no te he visto por el campus.

Puede que te esté evitando, Timothy…

Team-Tim: Y llevo una semana pensando en la última noche, en el campamento…

Team-Tim: La verdad es que no dejo de pensar en ello.

Team-Tim: Siento si te hice sentir incómoda.

Team-Tim: Había bebido más de la cuenta.

¿Tan difícil es escribirlo todo seguido y al final clicar una sola vez «Enviar»?

Team-Tim: Eso no quita que de verdad pienso todo lo que dije.

Team-Tim: Te echo de menos, Alma.

Team-Tim: Me comportaría mejor si me dieras otra oportunidad.

Y yo que pensaba haberle dejado claro que no existía la menor posibilidad de que volviera a haber algo entre nosotros.

Team-Tim: Me vuelvo loco cuando te veo con él.

Team-Tim: De un tiempo a ahora ya no soy el mismo. Ni siquiera disfruto jugando al baloncesto. Estoy como ausente, pienso en nosotros a todas horas.

Team-Tim: En fin, eso es todo lo que quería decirte. Ya no te entretengo más.

Team-Tim: Si te apetece, podríamos tomar algo, digamos mañana por la tarde, después de las clases…

Team-Tim: Yo estoy libre.

Team-Tim: Hasta pronto, Al.

Tim acaba con el emoji de un beso con un corazón en los labios… que me provoca una mueca de disgusto. Espero a que se desconecte para teclear mi respuesta. Puede que no sea muy valiente por mi parte, pero tampoco es como si yo no hubiera intentado hablar cara a cara con él. Así, al menos, quedará constancia.

Alma_from_paris: Hola, Timothy. Yo también pienso de verdad todo lo que te dije en Santa Catalina. Preferiría que la cosa quedase ahí. Soy feliz con Vadim, y necesito que respetes mi decisión. Podemos seguir siendo amigos, si es que te resulta posible. Si no, lo

comprendería. Estoy segura de que pronto encontrarás a una chica que te convenga más que yo. Cuídate.

No sé por qué, pero siempre tengo que acabar con un apunte positivo. Soy incapaz de asumir plenamente el papel de la mala, la que decepciona o lastima. Me he pasado tantos años evitando los conflictos y odiando la mera idea de que alguien pudiera dejar de quererme…

Cierro el portátil y me dejo caer de espaldas en la cama. Observo el techo de mi habitación y me doy cuenta de que me hallo en un punto de inflexión. Algo ha cambiado este año. Antes, la gente que había a mi alrededor apenas sabía de mi existencia. Ahora que Vadim forma parte de mi vida, atraigo a los chicos, rivalizo con las chicas sin pretenderlo y tengo que decirle que no a Caleb y a Tim. Hasta hace poco respondía tal como se esperaba de mí. Enfrentarme a Cheyenne va en contra de lo que antes me hubiera dictado mi naturaleza y mi carácter. A veces, la vida te empuja a crecer de maneras que no te esperabas.

Ese día, en la facultad, el señor Abrams me para en el campus antes de que pueda encontrarme con Vadim.

—Espero que te sientas orgullosa de ti misma, Lancaster.

—¿Qué…?

—¿No te bastaba con decirle que no? ¿Tenías que darle una lección a Caleb, y hacerle añicos el corazón para asegurarte de que no volviera nunca más?

—Solo quise ser sincera con él, señor…

—El resultado es que me ha dicho que no piensa volver a pisar mi piso, que llevaba meses viniendo aquí solo por ti, y que por mi culpa creyó que tenía posibilidades. También ha añadido que me

odia y que podía volver a mi vida de mierda con mi perro como su único hijo, y que la fiesta se había acabado.

Noto cómo la emoción se va apoderando de mi profesor y cómo lucha con todas sus fuerzas por controlarla.

—Lo siento, señor Abrams. Le aseguro que no era mi intención.

Desliza un dedo por debajo de la fina montura de sus gafas metálicas y se limpia discretamente una lágrima que se le ha escapado sin querer. Su desconcierto y su soledad me conmueven. Pero su ira no se aplaca y sigue descargándola sobre mí.

—Querías probarte algo a ti misma, Lancaster, ¿no es así? ¡Y te presentaste para montar un numerito, tal cómo te ha enseñado Arcadi! Provocando a las personas, burlándote, y utilizando lo que tú tienes y ellas no, hiriéndolas y ocultándote con el pretexto de que eres una persona honesta.

Lo que me está diciendo me parece tan injusto que alzo un poco la voz para que me escuche bien.

—Para empezar, fue Caleb quien me hizo venir, y fueron su hijo y usted quienes organizaron esa pequeña cita sin contar conmigo. Vadim no tiene nada que ver en todo esto. Además, fue usted quien me enseñó esto, acuérdese: que fuera yo misma, que no mintiera. Que lo dijera todo, que lo mostrase todo. Incluidas las verdades dolorosas.

—¡Se trata de mi hijo, Lancaster! No de cómo vives tu vida ni de tu peliculita del tres al cuarto —me espeta con un tono de voz atrozmente despectivo.

—¡Pues entonces ocúpese usted de su hijo! ¡En lugar de tenderme una trampa para que lo haga yo en su lugar!

Le suelto esa bomba y salgo corriendo del campus. Es la primera vez que me atrevo a hablarle así. Y sin duda será la última. Con suerte no lograré que me expulsen de la universidad. Pero ¿acaso no había venido en busca de respuestas?

* * *

Me paso el día temiendo que llegue la próxima clase de Abrams. Le he hecho un breve resumen de mi altercado con Abrams a Vadim, y me ha dicho que está orgulloso de que haya tenido el coraje de defender mis opiniones. Pero al entrar en clase ya no me siento tan segura de mí misma.

—Sobre todo, no olvidéis comportaros como lo habéis hecho estos últimos seis meses: no os sentéis, no guardéis silencio y entorpeced la clase —suspira el señor Abrams, cruzándose de brazos —. Adelante, seguid… Después de todo, solo estamos en abril, aún os quedan tres meses para echar a perder el curso.

Tras lograr que se haga el silencio, el profesor se dirige a su mesa, se sienta y se aclara la garganta. De pronto, su ajada chaqueta de pana me parece inmensa sobre sus hombros encorvados.

—Ahora que he captado vuestra atención y teniendo en cuenta que no me dedicaréis más de diez minutos porque sois una panda de niñatos, aprovecharé para anunciaros varias cosas: en primer lugar, tenéis que presentar vuestros cortometrajes a mediados de mayo.

—¡Pero usted dijo a principios de junio, señor! —se lamenta Hannah Goldberg en plena crisis de pánico.

—¡La gente no está a vuestra disposición! ¿Qué os habéis creído? Este año he convocado a un jurado de seis personas: tres de vuestros profesores, yo entre ellos, y tres directores de renombre que se formaron aquí. Sé que os estoy pidiendo lo imposible, pero procurad no dejarme en ridículo.

—Y muchas gracias por el apoyo —musita Andrew Clarck entre dientes.

—¡Vaya, por una vez no tienes la boca llena! ¿Acaso hoy las máquinas expendedoras de aperitivos están vacías?

El estudiante no responde y trata de desaparecer deslizándose en su silla. Dos filas más allá, Clémentine rebusca en su bolso, saca un Snickers y lo asoma apenas un centímetro. Le hace un gesto a Andrew indicándole que se lo reserva a él para cuando termine la clase y este recobra la sonrisa.

—En segundo lugar —continúa el profesor con su voz exhausta—, la plaza de asistente vuelve a estar vacante.

—¡Yo, señor, yo! —grita Nicki Scott, agitando el brazo.

—¡Y, en tercer lugar, el puesto queda en suspenso hasta nuevo aviso!

Todas las miradas de la clase convergen en la primera fila, donde estoy sentada. No necesito girarme para saber que van dirigidas a mí. Tampoco necesito un espejo para adivinar que me he puesto roja como un tomate. En fin, ha llegado la hora de mi castigo.

—Déjalo correr, Nicki, tú no eres lo suficientemente buena para su hijo —suelta Vadim en voz alta.

—¿Podrías repetirlo, Arcadi?

Abrams parece indignado, y empieza a cambiar de color.

—¿Yo? ¡No he dicho nada! ¿Vosotros habéis oído algo?

La mitad de los estudiantes permanece impasible, la otra mitad dice «no» con la cabeza o farfulla algo en apoyo de Vadim.

—Arcadi, te felicito por esta muestra de tu infinito valor —comenta el profesor con ironía—. Lancaster, te agradezco tu entrega y tu lealtad durante estos meses en los que has sido mi asistente. Y ahora que ya habéis concluido vuestros discursos de Oscar, ¡pongámonos a trabajar!

Me da lo mismo haber perdido mi plaza de asistente, así tendré más tiempo libre y no tendré que soportar los cambios de humor del señor Abrams. Aun así, me cuesta digerir la humillación pública y la acusación. Me llegan unos cuantos papelitos; provienen de Vadim, Clem, Andy y algunos compañeros más. Palabras de cariño, bromas, mensajes, todo cuanto necesito. Al menos solo me ha echado de mi puesto, y no de su clase.

He salvado el año.

Salgo corriendo del aula, por si el profesor tiene la buena idea de retenerme. No lo hace. El vínculo se ha roto definitivamente. Mi novio y mi mejor amiga se alían para llevarme al Sunset Café para despejar un poco la mente.

—¿Qué le has hecho a Abrams para que esté tan cabreado contigo? ¡Cuéntaselo a la tía Clem!

—Se lo merecía —masculla de pronto Vadim.

—Vale, pues ya me lo estás contando…

—Cuando la cosa se pone interesante, te vuelven a entrar ganas de pasar el rato conmigo, ¿eh?

—Sí, esta clase ha resultado tan deprimente que te autorizo a echarme una copa por encima para alegrarme el día —me suelta Clem, pasando su brazo por debajo del mío.

Una vez instalados los tres en el café, soy la primera en hablar para no tener que volver a lo de Caleb y su padre.

—Clem…, ¡estoy segura de que tu chico es Andrew Clarck! Uno: es anormalmente amable contigo; dos: te prestas a darle todo tu chocolate; y tres: él te responde poniéndote ojitos. No me cabe la menor duda de que es él

—Mmm… tiene sentido —comenta Vadim sin poder contener la risa.

—De eso, nada —niega ella, metiendo la nariz en su batido.

—Demuéstralo.

Cojo su vaso y la amenazo con arrojárselo a la cara.

—Ya lo he hecho, como bien sabes.

—Y yo lo confirmo —me da la razón Vadim en tono jocoso.

—Vale. A mi chico no le van las barritas de chocolate, sino más bien los polvos hiperproteicos… Y, además, no va a la facultad. Oh, da igual…, es Keith, ya está.

—¿Keith…? —repito, consternada.

—¿Keith Johnson? ¡Mi Keith! —exclama Vadim, que ha dejado de reírse de golpe.

—Ya te vale, Vadim. ¡No es de tu propiedad! ¡Y está en su derecho de tener una vida fuera del trabajo!

—Clem, estás de broma ¿no? Seguro que bromeas —insisto para convencerme a mí misma.

—En absoluto. No es tan sobrio como parece, ¿sabes? De hecho, es bastante divertido, muy tierno, y es realmente muy bueno en la…

—Puaj, ahórrame los detalles —protesta Vadim, tapándose las orejas con ambas manos.

—¡Es un educador, no un cura! ¡No hace falta que pongas esa cara de asco!

—No, pero espera un momento —le digo, ahora que ya he recuperado la compostura—, ¿estáis juntos o solo es… para pasar un buen rato?

—Hacemos mucho más que pasar un buen rato —me confirma entre risas—, creo que podría llegar a ser algo serio.

A mi mejor amiga le brillan los ojos y eso me inquieta más que cualquier otra cosa. Tengo tan pocos argumentos para oponerme a su relación, que no sé qué decirle.

—Voy a parar esto inmediatamente, D'Aragon. Esto no puede, no debe convertirse en algo serio —interviene Vadim—. Keith no es una persona que te convenga.

—¿Y tú te atreves a dar lecciones de quién puede estar con quién? ¿Precisamente tú?

—No… Ya sé que puede mostrarse generoso, infundir serenidad, confianza. Pero no es exactamente el tío perfecto que crees.

—Pero ¿qué estás diciendo? —le replica Clémentine indignada—. ¡Él se ocupa de los jóvenes con problemas, ha dedicado su vida a ello! ¡Se pasa el día recorriendo todos los rincones de la ciudad, incluso en plena noche, para sacar de la mierda a chicos como tú!

—¿Por qué has dicho eso, Vadim? —le susurro—. Creía que lo admirabas, que le debías mucho…

—Me ayudó en un momento de mi vida. Y a Felix también. Y yo se lo agradezco. Pero… no se convirtió en educador por azar. Antes él también era uno de esos chicos.

—¿Y qué? —le replica Clem, molesta—. Arcadi, nunca hubiera dicho que eres de esos que juzgan a las personas por su pasado.

Vamos, hombre, entonces ¿no crees que Edward Lancaster es una mala influencia para ti?

Esta imagen me incomoda. Y la conversación en sí también.

—Yo solo digo —prosigue Vadim, tratando de controlarse—, que Keith es un tío muy astuto, habla muy bien, tiene facilidad para influir en los demás, es capaz de inducirte a hacer lo que él quiere y, sobre todo, de hacerte creer que es por tu bien. Y te digo todo esto porque eres la mejor amiga de Alma: no te fíes, eso es todo. Lo demás me da lo mismo.

—¡Pues yo solo os digo a vosotros que nunca había sido tan feliz en toda mi vida! Y, Alma —añade lo bastante fuerte para que Vadim lo oiga—, eres tú quien debería desconfiar de él. ¡Un tío que cambia tan a menudo de chaqueta no es digno de confianza!

Me quedo sin palabras. Primero me entero de que mi amiga de la infancia sale con un tío de treinta años, culturista y al parecer muy activo sexualmente. Y, a continuación, de que mi novio no tiene una confianza ciega en este hombre al que yo tenía por su padre adoptivo. Me consta que él lo encuentra demasiado duro, demasiado estricto, y lo culpa de querer alejarlo de Felix. Pero me da la impresión de que hay algo más. De que Vadim no nos lo ha contado todo. Y si he de guiarme por la radiante sonrisa de Clémentine y por su forma de defender a Keith con uñas y dientes, mi conclusión es que está realmente enamorada.

¿Y qué puede hacerse contra eso?

43

Las advertencias de Vadim no han hecho mella en el enamoramiento de Clémentine. Vuelve a estar a tope: sale corriendo en cuanto terminan las clases y regresa de madrugada, con cara de cansada pero sonriente; ojerosa, pero con los ojos brillantes. Realmente ya no puedo decir que tengo una mejor amiga, pero sé que es feliz, y eso que hasta ahora siempre había temido que un día me reprochase haberla hecho venir precipitadamente a Estados Unidos.

Al menos ella está viviendo su sueño americano.

Y no está viviéndolo a medias, que digamos.

En lo que a mí respecta, ya no tengo pretendientes molestos. Caleb no da señales de vida desde hace quince días y Tim me ignora soberanamente en el campus. Dejando a un lado al señor Abrams, que no me dirige la palabra salvo para criticar con virulencia mi trabajo, solo hay una persona que se interpone en mi camino.

Un camino sinuoso, accidentado, lleno de cuestas empinadas y obstáculos infranqueables para llegar a Vadim Arcadi.

* * *

Esa persona tiene el pelo más largo y brillante que he visto jamás. Los ojos más negros y duros que puedan existir en un rostro humano. Los músculos más bien definidos y las formas más

perfectamente proporcionadas en un cuerpo femenino. Esa persona también posee la seguridad en sí misma que yo sueño con tener algún día, el coraje que a mí a veces me falta, la frialdad de una piedra y la familiaridad propia de los chicos cuando se conocen por primera vez.

Su único defecto, si es que tiene alguno, puede que sea su falta de sangre fría. Creo que no controla sus emociones tan bien como le gustaría.

O al menos esa es la impresión que me causa cuando reúno el valor suficiente para acercarme a ella una noche sin que Vadim se entere. Le pido que nos encontremos a solas, una conversación cara a cara, una cita cuya hora y lugar no debe conocer nadie salvo nosotras. Ella acepta sin pestañear, sin sonreír, mirándome directamente a los ojos.

Cuando al día siguiente aparece en la entrada del parque que ha escogido, el viento le agita el pelo, y me parece más guapa de como la recordaba. Sus bermudas tejanas no tienen el mismo número de dobleces en cada pierna, y me pregunto si es algo hecho a propósito o un detalle que le trae sin cuidado. Eso hace que la admire aún más. Su camiseta gris jaspeada sin mangas, más bien holgada, sin sujetador debajo, le aporta un aire desenfadado y encantador. Y, sobre todo, ella me mira siempre a los ojos sin que le preocupe en ningún momento si eso me incomoda.

Cheyenne no tiene reglas. O puede que haya decidido saltárselas.

—Hola, Emma.

—Me llamo Alma.

—Lo sé, quería saber si esta vez también ibas a reprochármelo.

No sonríe, pero distingo un centelleo en sus ojos.

—Me resulta más fácil responder cuando la gente lleva la ropa puesta.

—Ah, es verdad que no te gustó mi pequeña broma…

—En ningún momento pensé que lo fuera. A decir verdad, estoy aquí por eso.

—Franca, directa, como a mí me gusta. ¿Nos sentamos?

Camino hacia el banco más cercano, pero ella, que cree ser quien lleva las riendas, elige el césped, unos metros más allá. Se tumba en plan «tú haz lo que quieras, pero yo no pienso moverme de aquí», obligándome a seguirla.

Hay que saber elegir bien las batallas.

Me siento con las piernas cruzadas y ella se tumba con los brazos y piernas abiertos formando una estrella, y los ojos cerrados para aprovechar mejor el sol de abril.

Machaco algunas briznas de hierba con los dedos y por fin me decido a pronunciar unas palabras que no eran las previstas.

—Quisiera hablarte de Vadim. De Vadim y de mí.

Menuda elocuencia, Emma…

—¿Y yo qué pinto en todo eso?

Cheyenne se incorpora para poder mirarme a la cara.

—No sé qué esperabas cuando te presentaste en su casa la otra noche, pero no quiero que vuelva a suceder. Nunca.

Esta vez, el mensaje le ha llegado.

—¿Y tendría que hacerlo porque me lo piden tus bonitos ojos, Alma?

Remarca las sílabas de mi nombre y esboza una risita. Ha decidido poner a prueba mis nervios, pero yo sé controlarme mejor que ella.

—No, por respeto. Vadim me ha dicho que para ti esto es algo importante. Por eso me gustaría que tú me respetes a mí. Que respetes el hecho de que somos una pareja, y de que ya ha habido suficiente gente que ha intentado separarnos como para que ahora llegues tú y eches más leña al fuego.

—Mmm… ¿Cómo en *La bella y la bestia*? ¿Jasmín y Aladdin? El amor imposible y todo eso…

—No te caigo muy bien, ¿verdad?

—A decir verdad, no me has dado ocasión.

Su sonrisa deja al descubierto unos bonitos dientes.

—Al principio no quise creerle, pero él me dijo que tenías respuestas para todo…

—Él no es de los que miente sobre los demás.

—Vadim está realmente enamorado de ti, ¿lo sabías? No abundan los chicos que defienden a su novia en lugar de reír como imbéciles las bromas de los demás.

—Sí, y por eso no quiero perderlo.

Al murmurar esas palabras estoy permitiendo que mi coraza se resquebraje.

—Es tu alma gemela, nadie puede arrebatártelo.

La morena suspira y se tiende de nuevo.

—¿Te crees lo que acabas de decir?

—¿A ti qué te parece, princesa?

Dejo escapar un gruñido al oír ese estúpido apelativo.

—A él le divierte llamarte así… y a mí me divertía que me tuvieras miedo. Las niñas perfectas de buena familia no son lo mío. Nacen con privilegios que yo no tendré nunca, por mucho que trabaje como una esclava, aunque admito que puede que me pasara un poco…

Reconoce sus errores, pero no se rebaja a ofrecerme una disculpa.

Su audacia me hace sonreír.

—Has probado suerte, Cheyenne, y hora ya puedes hacerte a un lado.

—Yo no acato órdenes de nadie, Alma. Pero has tenido la valentía de venir a decirme todo esto, de defender tu territorio, de eliminar a tu rival. Casi te has ganado mi admiración.

Esboza una sonrisa, y yo la imito.

—¿Se supone que tengo que estarte agradecida?

—Tampoco es eso. Pero me gustan las chicas decididas como tú, aunque parezcan frágiles gorrioncillos. En cualquier caso, vigila a tu chico, pues las atrae como a moscas. Y no olvides que, tarde o temprano, los hombres acaban siendo atrapados por sus viejos demonios.

—Gracias por el consejo. Si me lo permites, te daré otro: sé que te encanta demostrar que no le temes a nada, pero es posible que tú también encuentres a tu alma gemela si procuras dar un poco menos de miedo.

Le sonrío una última vez, me incorporo y me voy sin mirar atrás. La dejo allí, tumbada en la hierba, y se me pasa por la cabeza que tal vez haya logrado abrir una brecha en ella. Hacerla reflexionar. Ablandarla. Seguramente no sea cierto, pero a mi orgullo le sienta de maravilla.

44

Llego a casa cuando ya están a punto de cenar, sorprendida de oír la voz de mi padre resonando en el comedor. Hacía mucho tiempo que no volvía tan pronto del trabajo y que no participaba en una comida familiar.

—Alma, no está bien llegar con el tiempo justo para sentarse a la mesa. Podrías echarle una mano a tu madre de vez en cuando.

Mi madre me sugiere con la mirada que no le responda, y Basile y Lily, que ya están sentados, parecen tan nerviosos como yo. Algo flota en el aire. Me acomodo y mi padre retoma la palabra al instante.

—Vuestra madre, que es un ángel, como todos los presentes sabéis, me ha pedido que vuelva a unir a la familia. Así pues, vuestra presencia será obligatoria todas las noches a la hora de la cena, salvo que yo autorice excepcionalmente lo contrario.

Edward Lancaster, especialista en «haced lo que yo diga, pero no lo que yo haga».

—Además, he decidido interesarme un poco más por vuestras vidas. Basile y Alma, ya sois casi adultos y tomáis vuestras propias decisiones, siempre que estas respeten los valores que os hemos inculcado. Lily, querida, también a ti te llegará el momento. Pero por ahora harás lo que te diga mamá.

Supongo que pretende unirnos actuando como un tirano.

—Basile, me he tomado la libertad de llamar a los padres de Isaac Sanders, y pronto quedaremos con ellos.

—¡Papá! —exclama mi hermano, indignado.

—No es necesario que alces la voz, les ha encantado mi propuesta y vendrán a cenar aquí el jueves. Con Isaac, por supuesto.

—Lily, te cortaré la lengua —masculla mi hermano, dirigiéndose a la pequeña de la casa.

En realidad, veo que Basile esboza una sonrisa. Seguramente en su fuero interno le está agradecido a mi hermanita, que siempre tiene la oreja puesta y es incapaz de guardar un secreto. Si, como suele decirse, de la boca de los niños solo salen verdades, Lily no puede evitar pregonarlas a gritos. Tanto para lo bueno como para lo malo.

—Y ya para terminar —continúa mi padre—, me he reunido con Keith Johnson, el educador de Vadim, para saber algo más de ese rebelde melenudo con cazadora de cuero que espera llevarse a mi hija.

Todo mi cuerpo se tensa.

—Ha sido muy honesto conmigo y, por desgracia, al parecer tu novio es un caso perdido, Alma.

Debo de haber oído mal.

—Según las palabras de su educador: es imprevisible, incontrolable, reacio a cualquier forma de disciplina y tiene problemas pendientes con la justicia.

—¡Estupideces! ¡Él es inocente! —le replica Lily, que sin duda está al tanto de todo.

A mí me arde la sangre por dentro.

Siento cómo la ola va creciendo en mi interior, pero me esfuerzo por controlarla.

—De ninguna de las maneras mi hija mayor saldrá con alguien que no respeta las leyes y cuya conducta podría ponerla en peligro. No pienso tolerar que algo así llegue a suceder.

La ola sigue creciendo.

—Puede que tu madre se haya dejado engatusar por su carisma y por su cara bonita, pero conmigo no cuela.

Amenaza con inundarlo todo.

—Alma, comprenderás que debo prohibirte que vuelvas a verlo.

Con llevárselo todo por delante.

—Mi decisión es firme y definitiva.

Mis lágrimas y mis gritos estallan al mismo tiempo.

—¡No sabes de lo que estás hablando! ¡No tienes ni idea de quién es!

—Alma, confío en la palabra de un adulto que lleva años ocupándose de él…

—¿Y mi palabra no vale nada? ¡Tus prejuicios te ciegan, papá! ¿Sabes una cosa? Me gustabas más cuando solo te ocupabas de ti mismo…

Abandono la mesa y subo a encerrarme en mi habitación. Aún sigo oyendo la voz grave de mi padre, que debe de estar impidiéndole a mi madre que venga a consolarme. Y justificando sus vomitivos actos por el amor incondicional que profesa a sus hijos.

Ya, claro.

Mi mundo se derrumba de nuevo, como hace siete meses cuando empezaba a nacer Tú + Yo. Cuando todo el mundo trataba de separarnos.

Pero esta vez es diferente. Esta vez ya pueden intentarlo cuanto quieran, veré a Vadim a escondidas, me fugaré, me exiliaré a miles de kilómetros.

Cualquier cosa, menos que me priven de él.

Necesito hablar contigo
urgentemente. ¿Puedes conectarte?

¿Puedo llamarte?
¿Ir a verte?
¿Qué pasa?

No, a través del chat, por favor.
Date prisa

Me limpio las lágrimas con el reverso de la mano, enciendo el ordenador y espero, mordiéndome la uña del pulgar.

Alma_from_paris: Mi padre se ha reunido con Keith.

Arcadius: ¿En serio? ¿Para qué?

Alma_from_paris: Para saber más sobre ti.

Arcadius: Eso no me gusta nada. ¿Y…?

Alma_from_paris: Keith te ha puesto verde.

Arcadius: ¿De verdad?

Alma_from_paris: Le ha dicho que eres un caso perdido, una persona imprevisible, incontrolable y otras cosas por el estilo.

Arcadius: ¿Estamos hablando del mismo Keith? ¿Mi Keith?

Al leer las palabras que acaba de escribir, sufro por el dolor que debe de estar sufriendo.

Alma_from_paris: Lo siento muchísimo, Vadim. No te mereces esto. Yo sé quién eres, yo…

Arcadius: Lo mataré.

Alma_from_paris: También le ha dicho que arrastras problemas con la justicia.

Arcadius: ¡Te juro que lo mataré!

Alma_from_paris: ¿Por qué lo hace? ¿No quiere que salgas adelante? No lo entiendo…

Arcadius: Ya me olía yo que no se puede confiar en él. Es un manipulador nato, quiere tener a todo el mundo bajo control.

Alma_from_paris: ¡Pero si tú te controlas perfectamente! ¡Nunca has estado más centrado!

Arcadius: Al estar tú, Alma, ya no me tiene a su merced.

Vuelvo a leer sus palabras, con lágrimas en los ojos.

Alma_from_paris: El mundo está en nuestra contra, ¿verdad?

Cuando lo único que yo quiero es estar contigo. Como si fuéramos uno solo.

Arcadius: Iré a verlo y le exigiré una explicación. Felix acaba de llegar. Dice que me ayudará si la cosa se pone fea.

Alma_from_paris: ¡No! ¡No entréis al trapo ni tú ni Felix! ¿Qué importa lo que haya dicho? Eso no cambiará nada…

Arcadius: ¿Acaso quieres volver a verme a escondidas? ¿Llegar pronto a casa todos los días? ¿Mirar siempre a tu alrededor hasta acabar paranoica? ¿Tener que inventar una excusa nueva cada vez? ¡Esto lo cambiará todo, Alma!

Alma_from_paris: ¡No! Convenceré a mi padre, haré todo lo que tenga que hacer.

Arcadius: ¿Todo?

Alma_from_paris: ¡Sí!

Arcadius: Pues entonces utiliza a Clémentine.

Alma_from_paris: ¿Qué?

Arcadius: Pídele que haga hablar a Keith con tu padre sobre lo que él piensa realmente de mí, de mi relación contigo, de mi amistad con Fe…

Alma_from_paris: Vadim, yo no puedo hacerle eso a Clem. No quiero entrometerme en su historia. Ella no me lo perdonará nunca si él la deja…

Arcadius: Él lo hará de todas formas, créeme. ¿Qué podemos perder por intentarlo?

Alma_from_paris: ¡Dieciséis años de amistad!

Arcadius: Alma, fuiste capaz de poner a Cheyenne en su sitio y no te tembló la mano ante tu rival…

Alma_from_paris: ¿Y eso qué tiene que ver? Además, ¿cómo lo sabes?

Arcadius: Yo lo sé todo. ¿Y tú, a estas alturas, le temes a tu mejor amiga?

Alma_from_paris: No le temo a ella, temo por ella.

Arcadius: Precisamente por eso, debes abrirle los ojos. Keith acabará rompiéndole el corazón. ¡Necesitamos saber qué se trae entre manos! En este momento D'Aragon está conectada, habla con ella, por favor.

Arcadius: Si no quieres hacerlo por mí, hazlo por ella…

Arcadius: Hazlo también por nosotros, Alma.

No sé qué pensar. Todo se confunde, se opone, se embrolla en mi mente. Recuerdo las frases crueles y la sentencia de mi padre. Lo feliz y orgullosa que se sentía Clémentine cuando nos reveló la

identidad de su amante secreto. El pasado de Vadim, la injusticia que le sigue cada vez que da un paso, la mala reputación que impregna su piel.

No se merece que se ensañen de nuevo con él.

Me siento dividida, desgarrada entre la familia, el amor y la amistad. Pero sé de antemano quién vencerá este desigual combate.

Alma_from_paris: Juicy, ¿estás ahí?

Clem_juicy: No, es el teclado que escribe solo… Ernfkjdfusgtvox.

Alma_from_paris: ¿Podrías pasarme con mi mejor amiga?

Clem_juicy: ¿Qué quieres de ella?

Alma_from_paris: Hablarle. De Keith.

Clem_juicy: Si es para decirme que es demasiado mayor para mí, ya te puedes ir olvidando.

Alma_from_paris: No, su edad está muy bien. ¡Me encanta su edad!

Clem_juicy: A mí también :)

Alma_from_paris: Puede que se haya montado una película, pero Vadim cree que algo no va bien.

Clem_juicy: Tu novio debería dejar de fumarse la moqueta de su apartamento. Ve el mal por todas partes. Pronto empezará a ver gente muerta, como aquel horripilante niño de *El sexto sentido*.

Alma_from_paris: Clem, Keith le ha contado a mi padre que Vadim supone un peligro para mí.

Clem_juicy: Chorradas. ¿Por qué iba a hacer algo así?

Alma_from_paris: Eso es precisamente lo que tratamos de averiguar.

Clem_juicy: A decir vedad, Arcadi tampoco es que sea un angelito. Puede que Keith le haya comentado algo de su pasado y tu padre lo haya sacado de contexto.

Alma_from_paris: Es posible, pero la próxima vez que lo veas, ¿podrías preguntarle discretamente por qué trata de alejarlo de mí?

Clem_juicy: ¡Yo no soy tu detective privado!

Alma_from_paris: No, eres mi mejor amiga.

Clem_juicy: No te prometo nada. Ahora tengo que irme, ¡*tchüss*!

Alma_from_paris: Borra la convers…

No me ha dado tiempo a terminar de escribir la frase cuando ella ya se ha desconectado.

Vadim también ha desaparecido del chat. Seguramente para desfogarse con Felix y urdir algún plan de venganza contra Keith. Esto ya me tiene agotada. ¿Por qué la felicidad se esfuma justo cuando acaba de aparecer?

¿Por qué es tan complicado tener diecinueve años?

Ahora mismo sueño con tener treinta y poder decirle no a mi padre, y decirle sí a Vadim. Con sonreírle a la vida por ponerlo en mi camino y por haber superado lo más duro: las curvas, los baches, las zanjas.

Todo lo que ha hecho que *Tú + Yo* sea tan valioso.

45

Me quedan quince días para terminar mi cortometraje. Mi miedo crece al pensar en el jurado, las miradas críticas y más o menos benévolas de los profesores, la de Abrams, no forzosamente objetiva y, sobre todo, la de los cineastas que gozan de reconocimiento en la profesión. Es a ellos a quienes quiero impresionar, o cuando menos emocionar. Una media sonrisa o un simple gesto de asentimiento ya me harían feliz.

No estoy descontenta con mi trabajo, pero siempre quedan detalles por modificar, algún montaje por rehacer, un sonido que retocar, una música que añadir. Podría pasarme veinte horas al día, y aun me parecerían pocas. Mi pasión por el cine me nace de las entrañas, y me ha convertido en una adicta, en una apasionada. Y el tema de mi película, *Vadim*, no es que me ayude precisamente a desconectar.

* * *

Vadim ya ha concluido su trabajo de voluntariado para poder repasar las materias y presentarse a los exámenes. Ha recuperado su libertad, Cheyenne ha desaparecido de escena y por fin podemos tener algún momento para nosotros, aunque siempre a escondidas de mis padres.

A él no se le ve especialmente muy agobiado por su cortometraje. Ignoro en qué punto del mismo se encuentra, pero me ha dado instrucciones estrictas y claras de que no le pregunte ni una sola vez más.

Sí, puede que me haya pasado un poco.

Sueño con que triunfe, con que todo el mundo descubra su talento, agudeza y genialidad, esa mirada tan precisa cuando tiene una cámara en las manos.

Estamos a principios de mayo, y en Los Ángeles la temperatura ronda los veintiocho grados. Los estudiantes se han puesto pantalones cortos y vestidos vaporosos; en general se respira un ambiente alegre, desenfadado. Hasta Basile parece relajado. Sin duda se trata del efecto Isaac Sanders. Mi hermano y su novio moreno no se separan ni un instante ni siquiera en el campus, donde los rumores empiezan a desatarse.

Cuando llego a la facultad por la mañana los veo a lo lejos, y entonces reparo en que poco a poco se está formando un corro a su alrededor. Me acerco sin prisas y, de pronto, veo a Clémentine corriendo hacia mí con los ojos desorbitados. Me tira del brazo y me ordena que me dé prisa.

—¿Qué pasa, Lancaster? ¿Has decidido cambiar de amigos sin avisar a nadie?

—¿Y quién es esta nueva amistad, si puede saberse?

—¿Acaso la Isla Santa Catalina te ha animado a cambiarte de bando?

—¿Así que venías a ver los partidos de baloncesto para admirarnos a nosotros?

—Que conste que no somos homófobos, ¿eh? Solo queremos ponernos al corriente.

—¿Aquella vez que entraste en los vestuarios, nos grabaste?

—¿Te gusta que tus novias tengan barba? ¡Habérnoslo dicho antes!

—Ey, Tim, ¿nunca te tiró los tejos cuando salías con su hermana?

Isaac y Basile están literalmente encerrados por un grupo de chicos, entre los cuales se encuentra Tim, acompañado de otros jugadores de básquet. El círculo se va estrechando progresivamente y los gestos obscenos se mezclan con los insultos.

Clémentine lanza un potente grito, pero nadie la oye. Sanders rechaza a algunos empujándolos, pero no tardan en volver a la carga. En el rostro de mi hermano se refleja el pánico y el odio, pero permanece en silencio. Yo tampoco digo nada, porque sé que Basile detestaría que interviniera, como si necesitara que su hermanita saliera a defenderlo.

Lo cual no quiere decir que no esté tentada de romperles la nariz a esa panda de cabrones homófobos.

—¡Veinte contra dos! ¡Tan valientes como de costumbre, chicos! —les grita Vadim, que acaba de entrar en el círculo.

—¡Solo faltabas tú, Arcadi! ¿También te has pasado al otro bando? ¿Ya se lo has dicho a Alma?

Tim lanza una risotada. Siento vergüenza, auténtica vergüenza de haber salido con él.

—¿Estás seguro de que tú y yo vivimos en el mismo siglo, grandullón? No lo creo, porque tus ideas apestan a moho…

Vadim hace una mueca de asco y mi ex se le acerca con la mandíbula apretada.

—¿Qué quieres, Timmy? ¿Que comparemos el tamaño de nuestros músculos para saber cuál de los dos es más heterosexual?

—Cuando quieras, huerfanito. Y, en cualquier caso, yo no soy un paria.

—En cualquier caso, ¡no ha sido Vadim quien ha vuelto a mí arrastrándose y se ha llevado tres calabazas seguidas! —Le escupo esas palabras en la cara.

—No lo digas tan alto, Alma. Seguro que no les ha contado a sus fans esas pequeñas escenas conmovedoras —espeta Vadim.

—Cierra el pico, Arcadi. Si llego a saber que los Lancaster sufrían esa clase de desviaciones, nunca le habría puesto una mano encima —replica, frotándose las suyas con aprensión.

—¡Por supuesto que no se la pusiste! —le espeta Clémentine—. ¡Ella nunca te permitió que la tocaras, mentiroso!

Oír a Clem defendiéndome me insufla nuevas fuerzas.

—Pero ¿es que nadie piensa reaccionar? —grito de pronto—. ¿Desde cuándo es normal acosar a alguien y pretender que la homosexualidad es una desviación? ¿Desde cuándo es *cool* quedarse mirando cómo insultan y humillan a dos chicos delante de nuestras narices y no hacer nada?

Me giro hacia los jugadores de baloncesto y el resto de los estudiantes que se han agolpado aquí para asistir a este espectáculo.

—¡Sois un panda de cobardes!

—¡Un rebaño de borregos! —masculla mi mejor amiga.

—¡Que estemos aquí no significa que pensemos como ellos! —replica una morena a mi derecha.

—¡Pues reaccionad de una vez! ¡Intervenid! ¡Defended a las víctimas, decid algo, demostrad que no todos sois unos asquerosos homófobos!

Vadim acaba de darme un golpecito en la espalda sin dejar de mirar a los jugadores mientras su bello rostro esboza una sonrisa orgullosa e insolente a la vez

—Mi chica ya ha dicho todo lo que había que decir, gente. Nos largamos de aquí.

Rodea los hombros de mi hermano con el brazo, me coge de la mano y nos vamos, seguidos por Clémentine e Isaac.

* * *

Los cinco decidimos saltarnos la siguiente clase e ir al Sunset Café para recobrarnos de las emociones que acabamos de vivir. Clem está demasiado emocionada, Basile sigue un poco turbado, Isaac Sanders se siente agradecido, y Vadim ya ha pasado página. Se pone a mirar por la ventana para evitar las embarazosas palabras de agradecimiento de los dos chicos.

—Lo siento, Isaac. No he sabido gestionarlo…

Mi hermano se siente culpable por no haber dicho nada, por no haber reaccionado apenas, pero su novio le acaricia la espalda y lo mira con ternura.

—No has hecho nada malo, Baz.

—Y pensar que hasta hace poco yo también era un auténtico capullo como ellos…

—Sí, pero ahora ya puedes ser tú mismo —le susurra su chico.

—Es decir, un poquito menos capullo —añado para hacerlo sonreír.

Funciona, aunque solo un instante. Un velo de dudas y remordimientos empieza a cubrir su rostro.

—Puedes contribuir a la causa, Basile, hacer entrar en razón a los ignorantes…

Se echa a llorar y yo tampoco puedo contener las lágrimas. Vadim entrelaza sus dedos con los míos, acaricia la fina piel de mi mano con el pulgar y su calidez me serena.

Es el amor, el orgullo, la libertad lo que prevalece.

Una vez más.

46

Tengo la impresión de que hoy toda mi vida está en juego.

Mi cortometraje ya está terminado, y yo casi no he podido dormir ni comer, me resulta del todo imposible. Sé que Vadim se ha pasado toda la noche acabando el suyo, y como su apellido encabeza la lista por orden alfabético será el primero en pasarlo esta mañana.

A las diez será el turno de Clémentine y su compañera. A mí me tocará a las dos y media de la tarde, si para entonces aún no me he muerto del estrés. Y si soy capaz de afrontar los diez minutos de presentación, los cinco minutos de película y los quince minutos de preguntas del jurado.

Delante de toda la clase.

Tengo ganas de desmayarme.

El cortometraje de Vadim deja boquiabierta a toda la sala. Lo ha titulado *Home*. No hay actor, ni diálogos, solo imágenes sublimes, y una voz en *off*, la suya, fría y profunda. Durante cinco intensos minutos, de una gran densidad, plasma el periplo de un hombre que emigra de Rusia a Estados Unidos. Prosigue con las vicisitudes de un niño que va de familia en familia, la búsqueda de los orígenes, una patria, un hogar, un lugar donde sentirse «en casa». A continuación, la película deriva hacia una serie de viajes interiores y muestra cómo el joven héroe aprende a evadirse mentalmente, imaginándose

historias, dirigiendo a los transeúntes, huyendo sin cesar para seguir siendo libre. Libre, pero en soledad.

Por fin se produce el encuentro: una chica. Sin rostro, sin nombre. Y la voz en *off* explicando parsimoniosa que, después de todo, para encontrar tu sitio en el mundo no tienes que buscar un lugar, una casa, un país. Has de encontrar a alguien.

Alguien que te incite a dejar de huir.

Alguien a quien aferrarte, con quien compartir un poco de tu libertad.

Alguien a quien podrías seguir hasta el fin del mundo y, así, siempre te sentirías en casa.

—Oh, Vadim —murmuro cautivada.

El tamborileo de mi corazón se escucha en el silencio del auditorio. Las lágrimas se deslizan por mi rostro en medio de la oscuridad. Y eso que me había prometido a mí misma que no lloraría.

Cuando vuelven a dar las luces, los demás estudiantes me observan con curiosidad, emocionados a su vez. Clémentine apoya una mano en mi rodilla y me fijo en que también tiene los ojos enrojecidos. El jurado felicita a Vadim y le hace algunas preguntas. Las responde a regañadientes, sin convicción, sin voluntad de complacerlos, y me da la impresión de que pretende echarlo todo por tierra. Creo que le da miedo triunfar. Es la paradoja que define a Arcadi: ansía brillar, pero rechaza los honores. Seguramente es porque cuando uno ha crecido entre las sombras, aprende a desconfiar de la luz que lo deslumbra en exceso.

A pesar de su falta de implicación en escena, los profesores y los cineastas elogian de nuevo la calidad de su trabajo, su ritmo, su

realismo, la luz cruda predominante, las irreductibles decisiones que ha tomado.

Por fin lo dejan libre y llaman al siguiente estudiante. Vadim se escabulle entre las butacas y se sienta a mi lado sin decir ni una palabra, sin mirarme. Espera a que las luces se apaguen de nuevo, me besa en el cuello y me susurra esas palabras mágicas que nunca habían tenido tanto sentido como en este momento.

Le confieso lo orgullosa que me siento. Y que mi mundo es él.

* * *

Cuando llega mi turno, tras una rápida pausa para almorzar y los últimos ánimos de Vadim y Clémentine —a ella también le fue bien, e incluso hizo reír a todos los presentes—, tengo la sensación de que ya no sé ni cómo respirar. Me paso todo el tiempo tirándome de la blusa, balbuceo unas palabras de presentación leyendo mis notas y saltándome una línea de cada dos, y me apresuro a pasar esta prueba para que empiece la película. Los miembros del jurado parecen escépticos.

Me derrito en la oscuridad en cuanto empieza *Él + Yo*. Tampoco salen actores propiamente dichos. Solo Vadim. Su belleza insolente, su media sonrisa, de vez en cuando su voz. Su mirada que traspasa la cámara, como me traspasa a mí. En ciertos momentos, aparecen los gritos de mi hermana, los pasos lentos de mi madre, la risa de Clémentine, todos los sonidos que han poblado mi vida estos últimos meses. Todas esas personas a las que quiero y a las que he capturado viviendo la vida, sin más.

Y a continuación, mis emociones, filmadas desde todos los ángulos. La felicidad insolente del amor. El miedo visceral a perderlo. El deseo, la ausencia, la pasión, todos los recuerdos, todos los lugares a donde Vadim y yo hemos ido alguna vez. La facultad, la playa, las calles de Los Ángeles y las de París, la naturaleza salvaje de Santa Catalina; el aula, mi habitación de adolescente, su apartamento de soltero, el parque donde quedábamos, el banco grabado, los cafés desiertos, la plaza, los pequeños escalones que tantas veces hemos pisado.

De pronto, este cortometraje que se me antojaba poético, sobrio, minimalista, me parece estúpidamente romántico, lleno de clichés y de músicas tristes. Una película de amor casi muda, totalmente pasada de moda. Me estoy planteando escabullirme mientras aún está oscuro.

No.

Me mantengo firme.

La espalda recta.

La cabeza alta.

Percibo cabezas asintiendo y murmullos de aprobación durante la última imagen en la que sale Vadim de espaldas, con sus mechones flotando al viento. Camina con las manos en los bolsillos hacia el extremo del embarcadero de Santa Mónica. La cámara trata de capturarlo, con un ruido de respiración jadeante, se detiene y deja que se aleje hasta convertirse en un minúsculo punto negro en el horizonte.

La luz vuelve y mi corazón se dispara.

Busco a Vadim con la mirada, pero el jurado ya se está dirigiendo a mí.

Como si el trabajo no fuera mío, escucho hablar a los jurados de esta película. Hablan sobre la iniciación, el descubrimiento del otro, de una misma, la violencia sorda de un primer amor. Describen mis imágenes, mis fragmentos musicales, me preguntan sobre la elección de mis planos, los decorados, pero tengo la impresión de que se dirigen a otra persona. Sin embargo, se están inmiscuyendo en lo más íntimo y personal de mí misma. Les permito que entren, que alaben mi punto de vista, mi sutileza, mi poesía, la delgada línea que separa la intimidad del voyerismo; y que, según ellos, nunca llego a traspasar. Me felicitan por haber sabido filmar el amor desde mi edad, con pudor, delicadeza y sensibilidad. Me dicen que he sabido escenificar lo efímero, lo intangible, todo aquello que nos esforzamos por retener y se nos escapa de entre los dedos. Todo aquello por lo que existe el cine. Podría llorar a mares, pero no lo hago.

Esta Alma de ahora ha crecido.

Junto a un chico de ojos grises.

Uno de los directores que forman parte del jurado comenta que en este preciso momento le gustaría volver a tener veinte años. Los estudiantes que tengo detrás se ríen. Yo también sonrío, sin saber muy bien por qué. Sigo sin dar crédito.

Veo a Clémentine, de pie, gesticulando. Cuando por fin llego hasta ella, aliviada de que todo haya terminado, me dice entre sollozos que ha sido *mag-ni-fi-que*, y me pregunta cómo me las he apañado para no llorar.

—Lancaster…, tienes oro en los ojos y en las manos, joder.

A Vadim le brillan las pupilas. Me abraza y me susurra que nunca había estado tan orgulloso de mí.

—No sabía que me hubieras grabado tanto, pequeña tunante. Vas a tener que pagarme derechos de autor…

* * *

Acabamos el día todos juntos en el Sunset Café para celebrarlo, felicitarnos, consolar a los que se han llevado una decepción y relajarnos después de tanta tensión. Regreso a casa con un sentimiento de orgullo que nunca había experimentado hasta ahora.

Por la noche enciendo el ordenador y veo que Vadim y Clem ya están en el chat. Sin embargo, cuando estoy a punto de conectarme, un pequeño icono en forma de sobre me indica que tengo un correo pendiente de leer. Me apresuro a abrirlo.

No hay texto, solo una foto. De una gran nitidez. En una habitación con las paredes de color beige aparece Vadim, agachado; frente a él, otro cuerpo, de pie, con las piernas abiertas, le oculta parcialmente el rostro.

Un cuerpo perfecto.

Con una larga melena morena.

Lo ha hecho.

Y durante todo este tiempo yo creía que me amaba.

47

¿Tú +Yo no significaba
nada para ti?

Me has hecho creer en el amor absoluto…
antes de arrancarme el corazón.
¿Te sientes orgulloso?

Sumida en la oscuridad de la habitación, la deslumbrante luz de la pantalla me quema los ojos. Sin embargo, no puedo apartar la vista de los cuerpos de Cheyenne y Vadim.

Tan hermosos, tan próximos, tan atroces.

Las lágrimas me nublan la vista, pero no importa, porque me sé la imagen de memoria. La tengo impresa bajo los párpados, tatuada en las pupilas. Grabada en mi corazón. Con un cincel.

Arcadi, te odio.

No tengo fuerzas para correr hasta la casa de Vadim y gritarle mi sufrimiento. Mi decepción y dolor. Tampoco me quedan fuerzas para llamarlo y descubrir que todo no era más que un sueño. Puede que ni siquiera se moleste en darme una explicación, tranquilizarme, y alegue que él es un ser libre. Y que aluda a mi eterno sentimiento de inseguridad.

Solo soy capaz de redactar mensajes cortos, con dedos temblorosos, una opresión en el pecho, las mejillas cubiertas de lágrimas. Tres frases hechas, que a él le parecerán banales, manidas.

Las releo, lanzo el móvil al otro extremo de la cama. Me las quedo mirando durante unos minutos que se me hacen eternos, hasta que el teléfono comienza a vibrar.

?????

Y vibra de nuevo.

Lancaster, ¿has tenido una
pesadilla? ¿Estás delirando?
¿Has tomado drogas?

Por lo visto solo a ti
te parece gracioso

Pero ¿de qué me estás hablando, Koala?
¿Quieres que llame a un médico?

Lo sé todo

Pues yo no sé nada en absoluto.
Si pudieras explícamelo, nos resultaría
más fácil comunicarnos

¿Demasiado cobarde para confesarlo?
La foto habla por sí sola

En mi pantalla aparece «*Vadim* ❤». Me está llamando, pero yo solo le respondo a través del chat. Tres o cuatro veces.

Voy a tener que borrar ese estúpido corazón de mi agenda.

Alma, si no me coges el teléfono,
me planto en tu casa.
¡Contesta, joder!

Nueva llamada. Pulso el botón rojo en la pantalla del móvil.

Mantente alejado de mí,
Arcadi. Muy alejado

Más vibraciones.

El tiempo transcurre como si yo no estuviera. Apoyo los pies en la pared y fijo la mirada en la guirnalda luminosa, hasta que empiezo a ver puntitos.

Me siento vacía. Simplemente vacía.

Cuando pensaba que todo este circo había llegado a su fin, mi móvil vuelve a echar humo.

Estoy delante de tu casa, princesa

O sales discretamente
y hablamos, o salto la verja,
rompo una ventana y la cosa
resultará mucho menos discreta.
Tú decides…

Que rompa lo que quiera, ya no es mi problema.

La alarma sonará en todo el barrio y aquí estará mi padre para recibirlo mientras espera a que llegue la policía. Vadim deberá asumir sus responsabilidades.

Quiero que lo pague.

Que sufra.

Alma, no me obligues a cometer una estupidez.
Porque pienso hacerlo.
Aunque acabe en la cárcel

Mi corazón es tan cobarde que se niega a permitir que suceda algo así. De modo que finalmente le respondo, maldiciéndome por ser tan débil.

Y por quererlo tanto.

No rompas nada. Ya bajo

Antes de escabullirme fuera de la habitación, fotografío la pantalla del ordenador, solo para poder enseñársela en caso de que me quede sin palabras.

No me cruzo con nadie por el camino, abro y vuelvo a cerrar la pesada puerta de la mansión lo más silenciosamente que puedo, doy

un pequeño rodeo para que no se encienda la luz automática del pasillo que conduce al portal.

Me encuentro a Vadim sentado en la acera, vestido completamente de negro, empuñando una gran piedra.

—¿Así es como pensabas romper una ventana? Mi casa está blindada…

Intento sonar despectiva. Él entorna los ojos, contrariado.

—Búrlate de mí todo lo que quieras, pero háblame, Alma.

—No tengo nada que decirte, pero sí quiero enseñarte algo. Toma.

Le tiendo mi teléfono y miro en la dirección contraria.

—¿Quién te ha enviado esto? ¿Es otro correo anónimo? —masculla, apretando la mandíbula.

—¡El problema no es quién, Vadim, sino qué!

—Escúchame sin interrumpirme, por favor.

Su voz ronca adquiere una profundidad que no le había oído hasta ahora.

—Después podrás decidir si me crees o no.

Una estúpida lágrima se desliza por mi mejilla. Él trata de abrazarme, pero lo rechazo.

—Alma, sé lo que parece mostrar esta foto, pero no pasó nada. Nunca.

—No me tomes por una estúpida. Ahora me dirás que es inteligencia artificial, ¿no?

—No.

—Entonces ¿es tu puñetero doble el que sale en esta foto?

—Tampoco. Fui a su casa una vez. Solo una…

—Eso ya es una mentira en sí —espeto.

Él se me acerca, yo retrocedo un paso.

—Cheyenne había bebido demasiado, yo solo la acompañé a casa. Y sí, esa noche se me insinuó.

—Segunda mentira.

—Preferí guardármelo para mí —admite—. No quería que pensaras lo que no era.

—Es muy generoso por tu parte. ¿Quieres que te aplauda?

—Alma…

—Además, eso no explica que tengas la cabeza entre sus muslos, pedazo de…

—¡Haz el favor de fijarte bien! —me interrumpe, acercando el móvil a dos centímetros de mi cara—. ¡Ella está vestida, yo también!

Trato de ignorar la pantalla, pero él insiste.

—Ella acababa de volcar un jarrón que se hizo añicos en el suelo. ¡Estaba borracha! O puede que lo hiciera a propósito, pero yo solo me agaché para recoger los cristales. Y cuando ella aprovechó para pasarme la mano por el pelo, me marché inmediatamente. ¡Te lo prometo! Tendría que haberme dado cuenta de que todo estaba calculado…

—Vadim Arcadi, víctima de una terrible maquinación… ¡No me hagas reír! Es la excusa más tonta que se te podría haber ocurrido. ¡Cheyenne siempre ha querido que fueras suyo y ha acabado por tenerte, fin de la historia!

Siento una arcada y le arranco el teléfono de las manos.

—Alma, si fuera cierto, el acosador habría tomado una foto mucho más comprometedora, ¿no te parece? Sé que en el fondo me crees…

Empiezo a creerle.

Vadim se recuesta en el murete, como si le faltara el aliento.

—Acabo de comprenderlo… —me anuncia.

—¿Qué?

—Alma, creo que por fin sé quién está detrás de todo esto. ¡Qué estúpido he sido!

—Yo diría que te quedas corto.

—¡No volveré a ver a Cheyenne en mi vida! Ella está implicada, ¡segurísimo! Necesito pruebas, pero pronto lo comprenderás todo.

Vadim se me acerca y me acaricia las mejillas con ambas manos.

—Te pido que confíes en mí una última vez —susurra, mirándome directamente a los ojos.

Puedo sentir su aliento en mi rostro, su perfume ya algo desvaído, el calor que desprende su cuerpo.

Mi coraza se resquebraja.

—Necesito que te vayas.

Bajo la mirada.

—No te rindas, aún no. Tú +Yo es más fuerte que todo eso.

—Vadim, vete.

—Te quiero, Alma. Y tú también me quieres, aunque prefieras pensar que me odias.

Ya me he dado la vuelta cuando él pronuncia estas últimas palabras.

Un escalofrío glacial me recorre todo el cuerpo, a pesar de la calidez de esta noche de mayo. El amor de Vadim siempre rompe mi armadura y se cuela por todas las grietas. Sacude mis certezas. Pone mi mundo patas arriba, una y otra vez.

48

A la mañana siguiente me encuentro a Clémentine en la facultad y prefiero no contarle lo sucedido. Ella insiste una y mil veces, deseosa de saber si me pasa algo, y al final acaba llamándome aguafiestas. Nuestros cortometrajes han sido un éxito, el curso llega a su fin, y mi mejor amiga cree que debería estar saltando de alegría.

Me excuso diciendo que tengo migraña, estoy estresada y aún debo hacer un repaso de última hora para los exámenes pendientes. Clem alza los ojos al cielo como respuesta, me coge del brazo y me arrastra hasta el aula.

El señor Abrams ya ha llegado.

Vadim aparece al cabo de unos minutos, sin pedir disculpas por llegar tarde. Se deja caer en su silla de la última fila. El profesor lo observa y suspira, pero es a mí a quien Arcadi mira fijamente, con un extraño rictus en los labios.

Entre sonriente y desafiante.

Es como si con la mirada me estuviera pidiendo perdón y me retara al mismo tiempo.

—Al parecer, esa cara de bicho raro es contagiosa.

Clem se troncha de risa, pero lo disimula en forma de susurro apenas audible.

—D'Aragon, ¿tienes algo divertido que quieras compartir con nosotros?

—Mmm… no, pero me comería una galleta o un Twix, ¡si tiene!

—Clarck, ¿has traído provisiones que nos ayuden a mantenerla callada?

—¡Yo me encargo, señor!

—Perfecto. Entonces, mientras esos dos desayunan, voy a decir unas palabras que nunca más me oiréis pronunciar. ¡Así que recodadlas bien!

—¡Nosotros también lo queremos, señor Abrams! —exclama Nicki Scott con su voz estridente, y toda la clase estalla en carcajadas.

—No creo que sea para tanto —replica él sonriendo a su vez—, pero quiero felicitaros por vuestro trabajo. Los jueces se quedaron muy impresionados y, teniendo en cuenta lo malos que erais en septiembre, ha resultado toda una sorpresa. La mayoría de vuestros cortometrajes me han parecido interesantes, algunos muy logrados, y otros me han dejado sin palabras.

Mira a Vadim.

—Y Dios sabe que no suelo callarme.

Más risas en clase.

—Por desgracia, algunos han sucumbido a lo fácil.

Esta vez yo soy la destinataria de una mirada cargada de intención.

—Falso. Yo soy cualquier cosa menos un caso fácil —lo interrumpe Vadim.

—Vaya, el justiciero cabalga de nuevo en su corcel blanco.

Abrams le dedica unos aplausos pausados, irónicos, que no tardan en volverse incómodos.

—No, Alma no necesita a un caballero andante —responde Vadim en tono provocador—. No necesita a nadie, prefiere estar sola.

—Y también prefiero que no se hable de mí como si yo no estuviera presente…

Me vuelvo hacia el fondo de la clase y fulmino a Vadim con la mirada. Su media sonrisa y su aire burlón hacen que me entren ganas de pegarle.

—¿No os estaremos molestando con nuestra presencia? —pregunta el profesor—. ¡Si queréis que yo decida el desempate, no tengo inconveniente en hacerlo! Arcadi fue quien tuvo la revelación cinematográfica. Lancaster se contentó con hacer un bonito documental. Sin duda me equivoqué al principio del curso, pero eso suele sucederle hasta a los mejores…

—En una cosa sí tiene razón, señor. Nunca se está callado el tiempo suficiente —le suelto sin pensarlo dos veces, provocando una nueva sucesión de risas.

—Al menos este año habrá servido para endurecerte, Alma. ¡Reto superado!

Abrams se inclina haciendo una reverencia teatral.

Entretanto, el chico moreno de ojos grises no deja de mirarme.

Vadim está jugando con mis nervios. Y al mismo tiempo con mi corazón.

* * *

Durante los días siguientes me sigue todo el tiempo con la mirada, me lanza puyas y me desafía como al principio. Como si el único modo que tuviera de recuperar mi confianza fuera montar el numerito del chico rebelde y seguro de sí mismo con el que caí rendida a sus pies la primera vez.

Sin embargo, resisto.

Sigo sin saber si debo creer su historia. La foto con Cheyenne aún me revuelve el estómago cada vez que la veo. Pero al mismo tiempo la teoría de la conspiración comienza a abrirse paso en mi mente. Nos han sucedido tantas cosas que ya no hay nada que pueda sorprenderme.

¿Solo soy una chica buena y sensata que se ha enamorado de un chico malo?

¿O realmente Vadim Arcadi es el amor de mi vida, pero el mundo se ha empeñado en ponérnoslo difícil?

¿Cómo saberlo?

¿Cómo estar segura?

—¡Alma!

Estoy repasando para el último examen del curso cuando escucho a mi madre llamándome. Voy hasta su habitación para ver qué quiere y la encuentro en brazos de mi padre. Hay dos maletas hechas a toda prisa encima de la moqueta. Ella me ve y me tiende una mano para que me acerque.

—¿Qué pasa? Me estáis asustando…

—Tu abuela, cariño. No se encuentra bien.

—Hoy mismo volvemos a Francia. Puede que solo sea una falsa alarma, pero preferimos ir enseguida para estar a su lado —añade mi padre con voz afectuosa.

—¡Yo también quiero ir!

—Aún te queda un examen por hacer, Alma. Podrás unirte a nosotros cuando hayas terminado.

—Lo dices para que no me sienta culpable…

Siento cómo se me acumulan las lágrimas.

—Tu padre tiene razón —dice mamá sorbiéndose la nariz mientras me pasa la mano por la espalda—. Basile y tú os quedaréis aquí hasta que acaben las clases. Además, Georgia estará con vosotros. Nos llevamos a Lily, no pasa nada porque pierda unos días de escuela.

—Esperamos que os comportéis como adultos responsables durante nuestra ausencia, ¿de acuerdo? —recita mi padre, pero yo paso de su consabido discurso patriarcal.

—Decidle a la abuelita… que pienso en ella. Y que la llamaré. ¡Y que la quiero!

* * *

Esa misma tarde mis padres nos llaman desde París para decirnos que el estado de salud de la abuela ha mejorado un poco. Ya puedo respirar de nuevo.

—Sigue igual de vieja y arrugada, ¡pero está en forma para aguantar lo que le echen! —dice Lily al otro lado de la línea.

Los tres han decidido quedarse unos días en Francia. Y yo siento el impulso de escribirle a Clémentine.

¡Clem, la abuela sigue adelante!

¡Las abuelitas son las mejores!

¿Noche de piscina y cine en mi casa?

Voy para allá. ¿Hay palomitas?

Pedimos lo que quieras

¡Coreano!
¡Y pizza!
¡Y donuts Krispy
Kreme, por supuesto…
Pienso arruinarte,
Lancaster

Sí, pero Lorelei y
Rory Gilmore[8] estarían
orgullosas de nosotras…

Diez minutos más tarde mi mejor amiga está haciendo sonar el timbre, al menos cinco veces. La oigo parlotear mientras bajo la escalera.

—¡Hola, Georgette! Me he topado con este maleante merodeando delante de tu casa… ¿Lo dejo entrar o llamo a la policía?

—No estaba merodeando, iba a llamar al timbre cuando esta furia se me ha adelantado.

Vadim y yo cruzamos una mirada.

Siento un pequeño nudo en el estómago.

—¡Alma, me hubiera gustado que lo vieras! Arcadi no paraba de dar vueltas de aquí para allá por tu acera, como un gatito olvidado fuera de casa…

—Alto ahí, bestia salvaje, las personas civilizadas nos lo tomamos con calma para llamar, en vez de pulsar el timbre como posesos.

—¿Y a ti quién te ha invitado a esta fiesta, para empezar? Creía que estabais enfadados.

—He sido yo.

Vadim alza una ceja, perplejo al descubrir que acabo de mentir por él.

—Los dos me tenéis harta. Creo que lo mejor será que pase la velada con Georgia…

Georgia se ríe y me da un beso en la cabeza.

—Por cierto, ¿qué os preparo de cena?

—Nada, esta noche libras. Y también podría haberles abierto yo, ¿sabes?

—¡Alma, basta ya de impedirme trabajar!

Le saco la lengua y ella hace el gesto de arrebatármela y hacer un nudo con ella, como cuando yo tenía diez años.

Georgia siempre ha estado ahí. Discreta, pero presente. Raramente severa, la mayoría de las veces cariñosa, siempre justa, como lo sería una madre.

Clémentine se dirige a la cocina y Georgia la sigue dando pasitos cortos y rápidos. Vadim pasa sin prisas por mi lado, procurando rozarme.

—Basile me ha dicho que tu abuela no se encontraba bien.

—Es menos grave de lo que pensábamos.

Hablamos en susurros, con nuestras bocas demasiado cerca la una de la otra.

Yo no me aparto ni un centímetro. Pero sus labios, suaves y carnosos, no me besan. Los tensa y esboza una sonrisa que me deja sin palabras.

49

—Georgia, ¿qué te parece si nosotros te preparamos a ti una buena comida por una vez?

Clémentine, emocionadísima, abre todas las puertas de los armarios y las deja sin cerrar.

—¿No habíamos dicho que pediríamos la comida?

—A ti lo que te pasa es que tienes miedo de que os envenene.

Vadim, a mi espalda, se ríe entre dientes.

—Estás en tu casa, mi pequeña Clémentine, haz lo que te apetezca.

El ama de llaves, que conoce a mi mejor amiga desde la infancia, la observa mientras esta da vueltas de aquí para allá como un torbellino. Basile e Isaac, que acaban de llegar, se suben a la encimera.

—Eso —interviene mi hermano—… eso que acabas de decir, significa: «Sé que vas a sembrar el caos en mi cocina, pero ¿acaso tengo elección? Y al final me tocará cocinar a mí para arreglar la receta que has echado a perder».

—¡Gracias por la traducción! Y ahora que lo dices, ¿tú has tocado una cacerola alguna vez en tu vida, Lancaster Junior?

—Ya vale, chicos, hemos dicho que Georgia estaría de vacaciones estos días. ¡Pediremos pizzas!

* * *

Adiós a las buenas maneras, se acabó lo de cenar en la mesa a una hora estipulada. De pronto, la mansión de los Lancaster se convierte en un apartamento de alquiler en vacaciones compartido con los amigos. Lo nunca visto. Me imagino que esta escena debe de repetirse con regularidad en muchos hogares, y que quizá yo no he tenido una infancia como la de los demás.

Me siento como una niña que acaba de llegar a un campamento de verano y aún no sabe si debe comportarse como en casa, o si tiene derecho a decir palabrotas y a ser todo lo que normalmente no es. Una niña que se pregunta si el chico guapo y silencioso a su espalda se atreverá a romper el hielo.

—Entonces ¿me has invitado, Lancaster?

—Entonces ¿estabas esperando detrás de mi puerta como un pobre gatito abandonado?

Esa sonrisa.

Podría morir por esa sonrisa. Se planta delante de mí y ahora estamos frente a frente. Literalmente. Él no dice nada, pero desliza sus manos por mi cintura muy despacio. Acerca su sublime e imperturbable rostro un poco más al mío y siento cómo se me acelera la respiración. A lo lejos escucho vagamente a mi hermano riéndose con Isaac y Clem, pero me zumban los oídos.

Vadim entreabre los labios; no sé si está a punto de hablar o de besarme. Estaba tan enfadada con él que casi había olvidado lo agradable que resulta.

No hay nada en el mundo que me haga tanto bien como esto. Sentirlo contra mí.

Si pudiera acercarse un poquito más…

—¡Ya lo tengo! ¡Quiero una hawaiana!

El torbellino Clémentine irrumpe de pronto y nos llevamos un buen sobresalto.

—¿No preferirías ir en persona a Hawái ahora mismo? —le sugiere Vadim, contrariado—. Me han hablado de un hotel fantástico, el Mahoe, lo regenta un tío tan cargante como tú…

Ella le hace una peineta de manual y se vuelve hacia mí.

—A ver, ¿qué hace él aquí? ¿Por qué os estáis reconciliando en lugar de elegir una pizza? ¿Y por qué estabais peleados antes? ¡Quiero saberlo todo!

—Alma, preferiría hablar contigo a solas.

—Si me venís con más secretos, me marcho y me llevo al repartidor de rehén…

—Yo también estoy harta de misterios, Vadim —protesto, pasándole una mano por el pelo—. ¿Y si nos decimos las verdades de una vez?

—Como quieras —responde él—. De todas formas, también tengo que hablar contigo, D'Aragon.

En vista de que la cosa parece seria, a juego con la expresión de mi novio, decidimos aplazar la discusión todo lo que haga falta. Pedimos pizzas para doce, jugamos a *Mario Kart* mientras esperamos al repartidor, comemos al borde de la piscina, admiramos la puesta de sol y nos bañamos con las últimas luces del día.

Cuando Basile e Isaac entran para secarse nos quedamos los tres solos de nuevo; y Vadim, que ya no puede posponer más el momento, se lanza.

—No os vais a creer lo que tengo que deciros. Yo tampoco me lo creía. Aún no tengo todas las pruebas, pero estoy seguro de lo que afirmo. No os lo diría si no fuera así…

—¡Al grano, Arcadi!

Clem, impaciente, se ciñe la toalla de baño alrededor del cuerpo.

—Es Keith.

Su voz rasga el aire y me provoca un escalofrío.

—¿Qué es Keith? —brama la pelirroja.

—El tío que nos sigue desde el principio y nos saca fotos… es Keith.

—¡Ja, ja, ja! ¡Te espera un gran futuro en el FBI, Arcadi!

—Hablo en serio, Clem.

Vadim la mira a los ojos, directo, sin acritud.

—Sé que estás enamorada de él, y siento tener que decírtelo…, pero él está metido en asuntos turbios, no es quien tú crees. Y te necesito para poder demostrarlo. Necesito que registres su casa. Estoy seguro de que allí encontrarás lo que buscamos. ¿Últimamente no lo has notado más reservado? ¿Más distante?

Clem refunfuña y se lleva las manos al rostro, e intuyo que mi chico ha dado en el clavo.

—Un momento, Vadim, ¿estamos hablando de tu educador? ¿De tu mentor? —intervengo en voz baja—. ¿Por qué, de pronto, habría de convertirse en el enemigo número uno?

—Nuestra relación siempre ha sido complicada. Sí, Keith me ha sacado de algunos marrones más de una vez, pero, créeme, siempre he tenido que pagar un precio por ello. Y Keith es el primero en recordarme que estoy en deuda con él…

—¿Cómo? ¿Te chantajea?

Vadim se queda mirando la superficie del agua, parece exhausto.

—¡Todo esto es una locura! —exclama mi mejor amiga.

—Sé que no basta con lo que os he dicho, pero estoy dispuesto a jurarlo sobre la tumba de mi madre si es necesario. Y en cuanto a esas pruebas que me reclamáis, solo Clem puede conseguirlas.

—¿Y por qué tendría que hacer eso por ti, Arcadi?

—Clem, es preciso que lo hagas… por ti.

La contemplo con tristeza.

—Tú me dirías lo mismo si la situación fuera al revés, ¿no?

—Probablemente —musita ella.

—Si es cierto, este tío está loco y no deberías volver a verlo, Clem.

—Pero… si realmente es el cabrón que dice Vadim, ¿os imagináis lo que podría hacerme si me pilla registrándole la casa?

—Felix y yo iremos contigo —le asegura mi chico moreno.

—Ah, vale, no sabes cuánto me tranquiliza saber que el pringado de Felix estará en el ajo…

Lanza una risotada demasiado fuerte, haciéndose la valiente para contener las lágrimas. Deslizo mi mano hasta la suya, en señal de que estoy aquí.

—Haz lo que puedas, D'Aragon —le susurra Vadim—. Echa un vistazo a sus papeles, revisa sus cajones. Seguro que guarda documentos comprometedores en alguna parte. Si la cosa se tuerce, grita. Nosotros estaremos justo debajo de su casa.

—Vadim, como le pase algo…

—No pasará nada. Clem, si te pilla, tú hazte pasar por una novia curiosa que quiere saber más de su vida. O finge que has perdido algo. ¿Cuándo volverás a verlo?

—Pasado mañana. ¡Pero aún no se lo he confirmado!

Clémentine coge otra porción de pizza hawaiana y refunfuña.

—Haré lo que pueda.

* * *

Vadim pasa las dos noches siguientes en mi casa. Se va aclimatando lentamente al espacio, a todas esas estancias cuya utilidad no acaba de comprender, y a las duchas multifuncionales, que tampoco sabe cómo funcionan, aunque yo estoy encantada de unirme a él y enseñárselo.

Apenas nos cruzamos con Basile e Isaac, que se pasan la mayor parte del tiempo encerrados en la habitación de mi hermano.

Georgia hace la vista gorda con respecto a casi todo lo que ve y especialmente con lo que no ve.

La mansión Lancaster empieza a parecerse peligrosamente a un paraíso terrenal. Puede que rece una o dos oraciones para que mis padres no vuelvan nunca, aunque ya han anunciado que regresarán dentro de tres días; el tiempo justo de hacer el examen, preparar la fiesta sorpresa para Vadim y esperar el informe de Clémentine, quien pasará la noche en casa de Keith.

Mi papel consiste en llamar a mi mejor amiga sobre las diez de la noche llorando a lágrima viva, inventarme que he tenido una discusión terrible con Vadim y suplicarle que pase a buscarme. Clem observará la reacción del educador cuando le cuente lo de la llamada y tratará de sonsacarle la información.

Esperemos que antes haya tenido tiempo de rebuscar.

* * *

—Si le toca un solo pelo de la cabeza, lo mato.

—Alma, tranquilízate —me susurra Vadim—. ¿Con qué piensas matarlo? ¿Con tu corona de princesa?

—Espera, probaré primero contigo, a ver qué tal…

Estoy tan angustiada que no he podido quedarme en casa. Y mucho menos, resistirme a acompañar a Vadim y a su humorista de guardia, que también participará en la misión. Y ahí nos tienes a los tres, apretujados en la pick-up mohosa que hemos aparcado unas casas más allá de la de Keith.

—Clem, tú puedes hacerlo… —murmuro, como si ella pudiera oírme a tantos metros de distancia, y a través de las paredes.

Dos horas más tarde estamos de nuevo los cuatro, reunidos en el Sunset Café.

Nadie ha tenido que gritar ni intervenir, y nuestra agente especial ha logrado cumplir su misión. Cuando empieza a contarnos lo sucedido parece algo aturdida y no para de jugar con la pajita de su limonada.

—Revisé todos sus cajones mientras se duchaba. Nada. Pero en su móvil…

—¿Qué?

—Había unos textos extraños de una tal Brooks. No me dio tiempo a leerlo todo, pero hablaban del campamento de voluntarios de la universidad.

—Brooks es el apellido de Cheyenne —nos informa Vadim.

Deja escapar un suspiro y al instante percibo su angustia.

—Mierda, tenías razón, tío —exclama Felix, dando un golpe en la mesa—. ¡Él la conocía, fue quien organizó vuestro encuentro!

—Ese pirado la utilizó como cebo —masculla mi novio—. Esa chica tiene mucho en común conmigo, coincido con ella en el voluntariado, aunque nunca nos habíamos visto en el campus. Hace cuanto puede para hacerse amiga mía, o más que amiga, y me bombardea a preguntas sobre Alma. ¿Cómo no me di cuenta antes?

—Entonces ¿a mí también me ha engañado? —murmura Clem—. ¿Keith solo está saliendo conmigo para poder acceder a vosotros?

Apoyo mi cabeza en su hombro, apenada por ella.

—Pero… era tan atento conmigo. ¿Por qué ningún chico puede quererme de verdad?

—Clem, tú eres perfecta, no tienes la culpa de nada. Te juro que el chico de tus sueños te tratará como a una reina…

—Y Lancaster está muy puesta en cuestiones de realeza.

Que Felix esté tratando de consolar a mi mejor amiga me conmueve y me perturba al mismo tiempo.

—En el mejor de los casos, yo era su tapadera para que aparentase ser un chico normal; en el peor, era su informante —sigue diciendo la pelirroja—. ¡Y no tenía ni idea! ¡Le hablé de vosotros un montón de veces! ¡Qué imbécil he sido!

—No es culpa tuya, deja de llorar, si no, se te borrarán las pecas.

—Fe, es la primera vez que te oigo pronunciar una frase que no suena demasiado tonta —señala Clem, sorbiéndose la nariz.

—La culpa es nuestra…

Vadim fija sus bonitos ojos grises en los míos y prosigue.

—Os lo tendríamos que haber contado todo desde el principio. Cada vez que Keith nos ayudaba a salir de un apuro, nos pedía algo a cambio. Al principio creímos que no había mala intención, que solo necesitaba que le hiciéramos pequeños favores, pero no tardamos

en comprender que nada de lo que nos pedía era legal. Nos hacía transportar material robado o traficar con mercancías sospechosas; nunca sabíamos de qué se trataba exactamente, nunca nos avisaba con antelación, solo éramos otro eslabón en la cadena. Cuando nos percatamos de hasta qué punto nos estaba utilizando y de los riesgos que estábamos corriendo, decidimos negarnos a cumplir sus encargos —añade Felix.

—El muy cabrón sabe tantas cosas de nosotros que puede hundirnos cuando quiera. Por todas las veces que nos ha servido de coartada, o que ha mentido por nosotros. Solo tiene que chasquear los dedos para mandarnos a prisión.

—¡Tenéis que ir a la policía! ¡Denunciadlo!

La rabia me retuerce el estómago y me tiembla la voz. El chico al que amo sonríe con tristeza.

—Si fuera tan fácil… Él goza de una sólida reputación y tiene amigos bien situados en la policía de Los Ángeles. ¿De verdad piensas que creerán a dos pequeños delincuentes como nosotros, Alma? Él es lo bastante listo como para no ensuciarse nunca las manos, los adolescentes que tiene a su cargo son quienes se ocupan del trabajo sucio. Lo controla todo y a todos.

—Mientras hagamos lo que él diga, nos protegerá —suspira su colega—. Cuando eres joven y no tienes nada, te conformas con cualquier cosa.

Vadim asiente en silencio. Clémentine, sentada a mi lado en el banco, está hecha una furia.

—Al final he comprendido que desde que nos negamos a obedecerle la tiene tomada con nosotros. Impide que Fe y yo nos veamos, que nos ganemos la vida, nos sigue a todas partes y trata

de separarme de ti, Alma. No soporta que alguien escape de su control…

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

En una cafetería abarrotada de estudiantes, donde las preocupaciones de la gran mayoría se reducen a las notas de los exámenes y a algún que otro desengaño amoroso, estoy escuchando hablar a mi novio de educadores deshonestos, de polis «corruptos», de amenazas y de acoso, de trapicheos y de cárcel.

Los cuatro decidimos no hacer nada por el momento. Es demasiado peligroso. Los chicos nos piden que no contemos su historia a nadie. Clémentine ha decidido que seguirá viéndose con Keith como si nada hubiera pasado para no levantar sospechas.

—Me inventaré una ETS lo bastante convincente como para que alucine… y no sienta la tentación de tocarme.

Tenemos que contener la risa al oír su ocurrencia.

—¿Volvemos a casa, Arcadi?

Me dirijo directamente a Vadim porque me da la impresión de que se encuentra lejos, entre pensamientos sombríos y dolores que llevan años enterrados.

Su sonrisa provocadora ha desaparecido de sus labios.

Su mirada me rehúye.

Odio verlo sufrir.

—Debería de haberte creído —le susurro.

—No te reprocho nada, Alma. Soy yo quien debería disculparse por haberte metido en todo esto…

—Acuérdate…

—¿De qué?

—Tú + Yo, no hay nada más fuerte que eso. Nada más fuerte en el mundo.

50

—Y qué, Arcadi, ¿cómo ha ido?

Lunes por la mañana, después de un examen.

—No he entregado nada y me da igual.

—Supongo que también te da igual cumplir veintiuno hoy.

—Desde luego. Y nada de regalos, fiestas o tarta. ¡No quiero nada!

Beso a este gruñón en la mejilla para después susurrarle unas palabras al oído.

—¿Y qué me dirías a una tarde tranquila, solos tú y yo?

—Eso sí me apetece.

No sonríe, pero me planta un beso rápido en los labios.

—Es nuestra última noche de libertad, ya lo sabes… Mis padres vuelven mañana.

—Entonces vamos a mi casa. Podrían volver antes de lo previsto…

—¿Sabes lo que más me gusta de ti, Arcadi?

—¿Hum?

—Tu romanticismo a prueba de todo.

Se ríe un segundo, en bajito, y ese sonido me sienta de maravilla.

—Me encantaría callarte con una buena respuesta, Lancaster, pero lo que más me gusta de ti… no puedo decirlo en público.

* * *

En lo que tardamos en llegar a su estudio, Vadim vuelve a adoptar un gesto serio. Sé lo que le preocupa, pero espero poder devolverle la sonrisa, al menos esta noche.

En cuanto entramos, tira sus llaves a un lado y se apresura a tirarse sobre el sofá de cabeza. Lo contemplo, tumbado boca abajo, con la camiseta un poco levantada por la caída. Y en silencio, me recreo en ese trasero con curvas. En la piel dorada que asoma por encima de la cintura de sus bóxer.

—Deja de mirarme, Lancaster.

—¡Ni loca! Me gusta demasiado lo que veo.

—Deja de sonreír, te oigo…

—¡Tampoco!

De un brinco me pongo a horcajadas sobre él y lo agarro del culo.

—Alma…

Deslizo las manos por debajo de su camiseta.

—Voy a hacer que se te pasen las ganas de protestar, rebelde…

Me inclino hacia él para morderle el cuello.

—¿Y de verdad crees que me voy a dejar?

Se da la vuelta de golpe para besarme. Estallo en carcajadas antes de que me atrapen sus labios. Su boca ávida y entreabierta. Su lengua cálida y embriagadora. Sus manos firmes y juguetonas.

Tras miles de besos, de suspiros y rodar varias veces por el sofá, toda nuestra ropa está desperdigada. Hay prendas por el suelo, otras han aterrizado en la mesa de centro, y otras han tirado la lamparita. Pero ¿qué importa?

Este chico me enloquece.

Su desnudez me desarma.

Esa mezcla de fuerza y delicadeza, esa piel sedosa, ese torso lampiño y esos pectorales definidos junto a los abdominales evidentes y esa línea marrón que desciende por debajo de su ombligo.

Su mirada me desarma.

Vadim me observa y sé que le gusta mi cuerpo, que me desea. Ese resplandor tan singular en sus ojos despierta mis ganas de jugar.

Huyo del sofá y salgo disparada del salón. Solo necesita tres o cuatro zancadas para atraparme, justo cuando alcanzo la encimera de la cocina americana. Por detrás, sus brazos me rodean la cintura y, con un gesto firme, Vadim me aprieta contra él, con la espalda pegada a su pecho.

—¿Dónde pensabas ir?

Baja la mano entre mis muslos y se detiene.

Su grave murmullo y su aliento cálido me provocan un escalofrío.

Desliza el dedo corazón entre mis labios. Poso la mano sobre la suya para que apriete un poco más.

—Dime —me susurra al oído—. ¿Por qué te has ido si tienes ganas de mí, Alma?

—Para volverte loco, Arcadi…

—¿Y no es eso lo que llevas haciendo meses, princesa?

Empieza a acariciarme como tan bien sabe hacerlo. Tal vez hasta mejor. Intento abrirme paso entre nuestros cuerpos pegados para llegar a su miembro erecto contra mis muslos; me lo impide y aumenta el ritmo de sus caricias. Mis gemidos siguen el compás.

Se aceleran, se vuelven incontrolables, amenazan con superarme. Tengo que sujetarme a la barra de la cocina para no caerme.

Me pongo eufórica cuando Vadim entra en mí.

Sus embestidas me hacen llegar al cielo. Llevo la mano hacia atrás, la hundo en su pelo al tiempo que con la otra me sujeto a la encimera.

Ya no sé dónde estoy, dónde está él, o qué hace. Me gusta todo, por todas partes, tiemblo, grito, quiero más. Y llego al orgasmo.

Nuestros cuerpos exhaustos se deslizan despacio hacia el suelo, donde nos acurrucamos el uno contra el otro sobre el parquet del apartamento.

—Feliz cumpleaños, chico de mis sueños.

He susurrado esas palabras contra su cuello.

—Contigo, la vida duele menos, Alma.

Me incorporo para mirarlo a los ojos.

—Vadim, ¿cómo hace la gente para no amarte tanto como yo?

—Me da igual. Te tengo a ti…

Le acaricio la mejilla conteniendo las lágrimas.

—Y tú me has cambiado. A mejor. Soy menos egoísta. Estoy menos herido por dentro. Podría pasarme la vida mirándote, escuchándote, viéndote vivir y brillar, creo…

—No, te dedicarás al cine —susurro mientras jugueteo con sus rizos despeinados—. Eres demasiado guapo como para quedarte tras la cámara.

Se encoge de hombros y me besa con ternura la palma de la mano.

—Antes no tenía ganas de nada. Y ahora, tengo ganas de ser alguien. Porque tú crees en mí.

Nos quedamos así un buen rato, abrazados, besándonos en los labios, las mejillas, la punta de la nariz; riendo como niños, retándonos, abrazándonos.

Incapaces de separarnos.

—¿Qué pasa?

—Adoro ese lunar, el de ahí, justo sobre la sien —susurra mientras lo acaricia con el dedo.

—Y yo estoy enamorada de tu cicatriz…

Le paso la lengua sobre la línea rosada que le surca el labio.

—También tu ombligo. Creo que es el más perfecto que he visto nunca.

—Podría decir lo mismo de tu cuerpo desnudo, pero en realidad no había visto otros antes —confieso, hundiéndome en su cuello.

—Yo me he acostado con otras chicas, pero en realidad solo he hecho el amor contigo.

Sus palabras me desarman.

Su alma me desarma.

La lágrima que cae por mi mejilla la seca la yema de su dedo.

—No sé lo que nos espera, Alma, pero gracias por haber creído en Tú + Yo.

51

Bum.

Me doy la vuelta bajo el edredón, refunfuñando. El cuerpo desnudo de Vadim me da calor. Demasiado calor.

Bum bum.

Entreabro un poco los ojos, la débil luz que se filtra por las cortinas anuncia que es temprano. Demasiado temprano.

Bum bum bum.

El brazo de Vadim se desploma sobre mi pecho. Se pone de pie y se frota con vigor el rostro con la mano. No entiendo nada.

Los «bum» se repiten de nuevo. El latido de mi corazón resuena más fuerte aún. Vadim se pone unos tejanos. Los números rojos del despertador marcan las seis y dos de la mañana. Mi cerebro adormilado todavía no responde.

—No te muevas, no hables —murmura, con un dedo en los labios.

He visto ira en sus ojos cuando se dirigía a la puerta. Algo no va bien.

—¡Policía, abra la puerta! —grita una voz con autoridad.

—Ya va, no hace falta derribarla —gruñe Vadim, girando el pestillo.

Tres hombres y una mujer con tejanos, camiseta y chaleco negro irrumpen en el apartamento. Todos llevan una placa del

Departamento de Policía de Los Ángeles. Y la palabra «policía» escrita en blanco, en mayúsculas, en la espalda de su chaleco. No hay lugar a dudas. Me levanto deprisa y me envuelvo con el edredón por instinto.

—Señorita, le damos un minuto para vestirse, solo uno —me suelta un joven poli negro con los rizos engominados.

Después se da la vuelta para darme intimidad.

—¡Usted, contra la pared! —exclama otro tipo más mayor, empujando con la mano el pecho desnudo de Vadim.

—No me toque —replica este—. ¿Qué hacen en mi casa a las seis de la mañana?

—Si fuera usted, cambiaría el tonito —interviene la mujer.

Tiene la melena recogida en una coleta tan estirada que le tira de la cara. Me da miedo. Todavía no me he movido, así que viene a ayudarme, recogiendo del suelo lo que cree que es mío. Me lanza la camiseta gris jaspeada de Vadim. Me la pongo sin rechistar. Es lo bastante larga como para que pueda quitarme el edredón sin quedar demasiado expuesta. Busco con la mirada mi pantalón blanco, que debió de salir volando hasta la otra punta del cuarto ayer por la noche. Solo veo nuestra ropa interior desperdigada por el suelo, mi camiseta de tirantes roja y arrugada sobre la lamparita volcada, mi sujetador colgando de la mesa de centro por un tirante. Me muero de la vergüenza. Hasta que por fin me doy cuenta de lo que sucede.

—Tenemos una orden de registro —suelta el tipo frente a Vadim.

Saca una hoja plegada del interior de su chaleco y la menea en su cara. Es el más viejo y el más duro de los cuatro polis; sin duda, el jefe. Tiene el pelo rapado, la cara enrojecida y varios tics nerviosos, además de una poblada perilla con canas. Es más bajo

que mi chico moreno, pero ha levantado la cabeza con un gesto despectivo y está tan cerca que me da la impresión de que los pelos de su mentón le hacen cosquillas a Vadim. Me acerco a él con pasos lentos y deslizo mi mano sobre su puño cerrado. Que abre para entrelazar sus dedos con los míos.

—Señorita, le voy a pedir que se aparte —suelta el jefe, señalando con el índice nuestras manos entrelazadas—. No puede tocarlo ni comunicarse con él de ningún modo mientras dure el procedimiento.

Recita la frasecita demasiado alto para alguien que está a tan poca distancia. Miro a Vadim, que no aparta los ojos del policía. Sé que tiene ganas de estallar. Y también sé que el poli de la cara colorada no espera otra cosa: que Vadim estalle para poder inmovilizarlo con violencia contra la pared. Pero se queda impasible y no le da ese gusto.

—Haz lo que dice, Alma. El señor parece nervioso —añade con calma Vadim, sin dejar de mirarlo.

Los párpados del jefe parpadean todavía más rápido.

—¡Pantalón! —me grita la policía.

Me lanza la prenda que acaba de encontrar no sé dónde. Trato de atraparla al vuelo, pero se me escapa y cae a mis pies. Ella no puede contener una sonrisa burlona por mi torpeza. Me inclino para recoger el pantalón blanco y ponérmelo. Solo por el mero hecho de bajar la cabeza se me llenan los ojos de lágrimas. Cuando me incorporo, fluyen en silencio por mis mejillas.

—¿Qué queréis de él? —murmuro mientras me limpio la cara con el dorso de la mano.

—Vamos a proceder al registro del domicilio y ustedes se quedarán quietecitos y en silencio —vocea el jefe, como si fuéramos sordos o estúpidos.

—No hace falta que grite —responde Vadim en voz baja—. Y pueden registrar lo que quieran, no encontrarán nada aquí.

—Eso no es lo que nos han dicho.

Nuevos tics nerviosos, sonrisita de satisfacción y canas que se encrespan.

Durante unos diez minutos, los dos policías más jóvenes revuelven todo a su paso: el sofá cama, el contenido del armario de Vadim, los armarios de la cocina abierta, los cajones de su mesa… En este momento, pienso que parecen más ladrones que agentes de policía. Salvo porque llevan guantes de látex, un poco amarillentos, como los que se ven en los hospitales. Esta intrusión me parece violenta, humillante, y tengo la impresión de que ensucian nuestro nido de amor con sus sucias garras de plástico. Siento náuseas.

Sin embargo, Vadim no parece nervioso. Solo su precioso rostro impasible logra tranquilizarme un poco, y el vaso de agua que me trae la agente. Durante un instante, me dan ganas de arrojárselo a la cara como aquella vez que le tiré la limonada por la cabeza a mi chico en el Sunset Café, cuando creí que andaba con otra.

Me parece tan lejano, de pronto, aquel tiempo en el que aceptaba sus desafíos solo para verlo sonreír… Aquel tiempo en el que mi único problema era saber si Vadim Arcadi me quería o pasaba de mí como de todos los demás, y no el saber qué es lo que podría esconder mi novio en su apartamento que tanto interesa a los cuatro polis del DPLA.

Desde el baño, una voz con tono triunfante retumba hasta aquí. Se me hiela la sangre. Acto seguido, el joven policía negro vuelve a aparecer en el salón con un paquete blanco del tamaño de una caja de zapatos entre las manos.

—Diría que hemos encontrado algo —farda el jefe, acercándose a su compañero.

—¿De dónde ha salido eso? —ruge Vadim con el ceño fruncido y la mandíbula apretada.

—Pegado con cinta bajo el lavabo —responde el de rizos.

—Hum, qué poco original —replica su superior, al que le tiembla la boca de lo contento que está.

—¡Nunca he tenido nada debajo de ese lavabo! Ni siquiera tengo cinta adhesiva —replica Vadim, empezando a ponerse nervioso.

Quiere acercarse al paquete, pero la policía con coleta, que se planta frente a los dos, lo retiene. Su enorme cuerpo nos impide ver con claridad qué hacen los otros, inclinados sobre la mesa donde reposa ahora el paquete blanco. Pruebas, lo más seguro. Rezo para que sea azúcar, harina, una broma pesada de Felix Alonso, todo salvo lo que creo que es. Lo que temo que es.

El jefe se incorpora por fin, parpadea tres veces, luego le da la vuelta a Vadim y lo empuja contra la pared como ha estado deseando desde que ha entrado en el apartamento. Resuena el tintineo de las esposas y contemplo cómo el metal brillante se aprieta en torno a las muñecas de Vadim. Se me encoge el corazón.

—¿Qué está haciendo? —bramo, precipitándome hacia él.

La de la coleta tirante se interpone de nuevo y me pone las manos sobre los hombros. El jefe se pone a vocear para tapar mis gritos:

—Vadim Arcadi, queda arrestado. Tiene derecho a guardar silencio. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra. Tiene derecho a un abogado. Si no puede permitírselo, se le asignará uno de oficio. ¿Ha comprendido lo que le he dicho?

—¡Eso de ahí no es mío, Alma! ¡Te lo juro!

Vadim gira la cabeza para clavar su mirada atormentada en la mía.

—¿Ha comprendido lo que le he dicho? —repite el policía, todavía más alto.

—¡Estoy seguro de que ha sido Keith! ¡Ha tenido que venir a esconder eso aquí mientras estaba en tu casa!

—¡Silencio! —El hombre presiona la cabeza de Vadim contra la pared.

—¡No le hagas daño! —exclamo en medio del alboroto general.

—¡Nos lo llevamos! ¡Anota los datos de la chica!

—¡No!

Me quedo sin aliento tras un largo lamento que me quiebra la voz, que ya no reconozco.

—Cállese, si no quiere que la detengamos también —me aconseja el joven de rizos—. Y no complique las cosas.

El jefe y el otro policía cruzan el umbral de la puerta arrastrando a Vadim. Vuelve el rostro derrotado una última vez hacia mí mientras forcejea.

—¡No les digas nada, Alma! ¡No te mezcles en esto! ¡Prométemelo!

Sus últimas palabras son como una bofetada. Piensa en salvarme el pellejo en un momento en el que el suyo es el que corre peligro.

En este mismo instante, lo amo con más fuerza que nunca. Y me lo acaban de arrebatar, otra vez.

—Nombre, apellido, dirección y número de teléfono —me solicita el poli joven, boli y libreta en mano.

—Alma Lancaster… ¿Qué le va a pasar ahora? —pregunto, abalanzándome hacia la ventana.

—Usted va a volver a su casa y estará a disposición de la policía. Puede que la llamemos en los próximos días. Dirección y número de teléfono —insiste.

Me fijo en sus rizos pegados y engominados, pensando en las ondas sedosas de Vadim que tanto me gustan. Que ya echo de menos. Tengo tanto miedo por él…

—Si quiere un consejo de verdad, de mujer a mujer —interviene la agente—, cambie de amistades. Una chica como usted no debería estar en este apartamento con ese…

—¡No sabe cómo es!

Lo veo abajo, dejándose empujar hacia el interior de un coche de policía aparcado en la calle; con una mano que no es la mía, apoyada con fuerza sobre su cabello. Sin ninguna delicadeza.

A sus ojos grises les da el tiempo justo de mirar hacia arriba, hacia la ventana. Me busca. Mi corazón estalla con una felicidad estúpida y vana. Tan efímera como dolorosa. Me ha visto, lo sé. Ha visto que lo he visto. Y no se me ha ocurrido decirle nada, gritarle nada. Me siento avergonzada.

Doy mis datos a los policías antes de marcharse, ordeno el estudio, recojo mi ropa interior y algunas cosas que Vadim podría necesitar. ¿Se las podré llevar? ¿Y cuándo? ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

Dejar de llorar, para empezar.

Buscar ayuda, lo segundo.

Llamar a Clémentine y a Felix. Ellos sabrán qué hacer.

Y volver a mi casa, algo ineludible. Ver a mis padres. Llegar a casa antes que ellos. No levantar sospechas. Conservar mi libertad…

Esa de la que Vadim se ha visto privado de nuevo.

52

Después de varias muestras de cariño con mi madre y mi hermana, algunas preguntas incómodas de mi padre, que quiere saber qué tengo pensado hacer en verano y abrir algunos regalos de Francia; escucho las novedades sobre mi abuela y respondo de forma imprecisa para acabar cuanto antes con el reencuentro familiar. Les digo que pasaré el día con Clem y que no volveré hasta tarde, ya que es la fiesta de fin de curso. Nada de eso es mentira, por una vez. Aunque mis padres podrían pensarlo. Hoy no: Marie Lancaster está de un humor excelente, las visitas a París siempre le producen el mismo efecto, y dice con alegría que tengo derecho a relajarme tras este año agotador.

No se hace una idea.

Me encuentro a Clémentine sentada con Felix en una mesa al fondo del Sunset Café. Los dos respondieron de inmediato a mis mensajes y ni siquiera me dejan sentarme antes de avasallarme a preguntas. Les cuento, temblando, la escena del arresto y lo de la droga escondida en casa de Vadim. Ninguno pone en duda su inocencia. Felix se altera y comienza a berrear insultos en español, nombrando a Keith cada tres palabras.

—¡Más bajo! —exclama mi mejor amiga, enfadada—. ¡Todos estudiamos español!

El café está repleto de estudiantes superemocionados, algunos por el fin de los exámenes, otros por sus próximas vacaciones, todos por la prometedora noche que va a tener lugar en el campus para los alumnos de primero. Nadie nos presta atención. Nadie parece darse cuenta de que los nuestros son los únicos rostros que no muestran una gran sonrisa.

—¡Vamos a ir todos a hablar con la policía, Alma! —decide Clem —. Sabemos un montón de cosas de Keith, tiene que haber alguien que nos escuche.

—Tú deliras, D'Aragon —le responde Felix a su lado.

—¡Es que es indignante! De verdad, ¿cómo puede un educador llevar una doble vida?

—Mira, incluso a ti te engañó —rebate Felix—. Te soltó dos o tres frases bonitas, te enseñó esos músculos y ¡bam! A la cama.

—Vale, no hace falta que me lo recuerdes. ¡Tengo que dejar a ese desgraciado! ¿Vendrás conmigo, Alma?

—¡Eh! ¿Alguno se acuerda de que acaban de detener a Vadim? —espeto, fulminándolos con la mirada—. ¿Cómo lo sacamos de allí?

—Yo no puedo hacer nada —se justifica el amigo de mi novio—. Si voy a hablar con los maderos, me van a encerrar también.

—¿Así que le dejas que se hunda solo? ¿Tu mejor amigo, tu hermano del alma o lo que sea? ¿Después de todo lo que ha hecho por ti? —siseo, llena de rabia.

—¿De verdad piensas que lo podré ayudar cuando nos estemos pudriendo en dos celdas separadas? ¡Piensa un poco, Lancaster, en lugar de atacarme!

—¡Piensa tú, Felix! ¡Busca una solución!

—¡No hago otra cosa que eso!

—Podríamos buscarle un abogado —sugiere Clémentine para intentar rebajar la tensión.

—Mi padre conoce a uno…

Pero de inmediato pienso en las consecuencias que eso implicaría.

—¿Tu padre? —refunfuña Felix con cara de asco—. ¡Lo único que va a hacer es rematarlo!

Rompo en sollozos. Algunos estudiantes se giran al escucharme. Después, retoman con la misma rapidez sus conversaciones llenas de carcajadas, gritos y despreocupación. Todo me agobia. Su felicidad. Su volumen. La fiesta que se está preparando. Y Vadim, al que imagino solo, bajo custodia o en una sala de interrogatorios, volviéndose loco y sin nadie que lo crea. Ese pensamiento me retuerce las entrañas.

El día pasa sin que ninguno de los tres se rinda. Surgen buenas ideas, malas también, nos mandamos a la mierda, protestamos, nos desesperamos; pero Vadim siempre ocupa cada uno de nuestros pensamientos. Algunos refrescos más tarde, hacemos el solemne pacto de demostrar su inocencia, cueste lo que cueste. Solo que todavía no sabemos cómo. Nuestras tres manos, una encima de otra, tiemblan de miedo, pero Felix nos promete que lo vamos a conseguir. Ni Clem ni yo lo creemos, pero es la única cosa a la que puedo aferrarme.

Nosotros tres.

Solos contra el resto del mundo.

Por él.

* * *

Mientras tanto, tenemos que ir a esa fiesta. Evitar que la gente empiece a hablar en nuestra ausencia. Sabemos lo rápido que se extienden los rumores en la universidad, ya lo hemos vivido en carne propia. Si queremos defender a Vadim Arcadi, tenemos que empezar hoy.

En el campus, los estudiantes se reúnen junto a los dispensadores de bebida instalados para la ocasión. Por los altavoces resuenan a todo volumen los éxitos del año. Los vasos de cartón rojo pasan de mano en mano. Algunos añaden alcohol con discreción a los refrescos que ofrece la universidad. También hay algunos profesores, no sé si para celebrar el fin de curso o para vigilarnos.

Ya tengo ganas de irme.

—¡Enhorabuena a las dos francesas! ¡Habéis sobrevivido! —nos dice Timothy, que acaba de llegar con toda su banda.

—¿Qué estás haciendo aquí? Ni siquiera eres de primero —le replica Clémentine.

—No te preocupes, nos vamos. Tenemos una fiesta en otro sitio con algo más que Coca-Cola en los vasos —añade uno de los del equipo, provocando las risas de los demás e incomodándonos a nosotras.

—Solo queríamos comprobar una cosa, de Arcadi…

—¿Comprobar qué? —suelto de malas maneras.

—Bueno, tú lo sabrás mejor que nosotros, Alma —responde Tim con fingida irritación—. Ha vuelto a prisión, ¿no?

—¡Y esta vez para siempre! —remata uno de sus compañeros.

—¡Nunca ha puesto un pie allí! ¡No sabéis lo que decís!

Pero lo importante es: ¿cómo lo saben?

—Eh, chavales, ¡la verdad es que cada vez se os da mejor lo de los cotilleos! ¿Cómo lo lleva vuestro ego? —pregunta Clem con cara de mala—. Cada día caéis un poquito más bajo.

—Y tú, de no acostarte con nadie, ¡cada día estás más amargada, D'Aragon! —le suelta Cassius Banks, uno de sus ex de principios de año.

—¡Dejadlas en paz! ¡Venga, largaos!

Mi hermano aparece detrás de nosotras y trata de tomar las riendas de la situación.

—¡Mira! ¡Ahí está! ¡El hermano Lancaster! ¿Tú eres quien se folla a Arcadi ahora o haces un trío con tu hermana?

El ambiente se llena de codazos y estallidos de carcajadas. Basile no se molesta en responder y me coge de los hombros para alejarme del círculo que se está formando a nuestro alrededor. Clémentine los insulta un par de veces más antes de unirse a nosotros.

—Alma, será mejor que vayas a casa…

—¿Por qué? No he hecho nada malo. Vadim, tampoco.

—¿Es verdad lo que dicen? —cuestiona mi hermano en voz baja —. ¿Está en la cárcel?

—No, ¡solo lo han detenido! —grita mi mejor amiga.

Después se da cuenta de la metedura de pata y se lleva la mano a la boca, que sigue abierta del todo.

—Joder, ¡te había dicho que no te podías fiar de él! No es para ti, Alma, tienes que dejarlo ya. Antes de que la situación sea más grave.

Basile me acaricia el brazo, lo aparto con un gesto brusco. Por una vez, no lloro, es la rabia la que fluye a toda velocidad por mis

venas y retumba en mi garganta.

—¡Vadim te defendió! ¡Impidió que aquellos tíos os pegaran a Isaac y a ti! ¡Te animó a aceptarte tal y como eres! ¡Y, después de todo, eres tan cobarde como ellos, Basile! ¡Me das asco! ¿Y sabes qué? No lo abandonaré. ¡NUNCA!

Lo grito lo bastante fuerte para que todo el campus me escuche.

Y corro hacia la salida.

* * *

No reconozco el número de teléfono que aparece en mi móvil. Aun así, descuelgo, sin dejar de caminar por la calle. Escuchar la voz de Vadim me deja sin aliento.

—Alma, soy yo.

Me detengo en seco y tengo que apoyarme contra una pared para no caerme. Me deslizo despacio por ella hasta llegar a la acera. Sentada en el suelo, con las piernas dobladas contra el pecho, el corazón destrozado y la mente en ebullición, le escucho decirme que está bien.

—¿Dónde estás? ¿Qué está pasando? ¿Qué te están haciendo?

—Me han trasladado a una prisión a la espera de mi juicio. Se me acusa de posesión ilegal de drogas. Y con mis anteriores condenas, me arriesgo sin duda a una larga pena de prisión. Mi abogado de oficio es un buen tipo, pero creo que no podrá hacer nada por mí.

—Ay, Vadim…

—Por favor, no llores.

Me sorbo la nariz.

—Y no intentes hacer nada para salvarme, Alma.

Intento protestar.

—Escúchame… El único que podría haberme sacado de aquí, antes, era Keith. Pero ahora, es él quien me ha enviado directo a este sitio.

Noto en su voz una terrible sonrisa de decepción.

Me da la impresión de que ha tirado la toalla. Y esa idea me indigna.

—¿Cuándo podré ir a verte?

—Prefiero que no lo hagas.

—Eres un idiota, Arcadi.

Insisto, amenazándolo con todo tipo de cosas imposibles, ridículas, y llamándolo por su apellido, como todas las veces que suelo mandarle a la mierda. Como si, incluso en esta situación extrema, nuestro jueguecito fuera a ser suficiente. Vadim se ríe y me promete que me apuntará en la lista de sus visitas. Me explica que hacerlo lleva tiempo y que tendré que ir en coche con Felix, porque la cárcel está a más de una hora de Los Ángeles.

—Alma…

Mi novio baja la voz y yo siento escalofríos.

—Te echo de menos. Si supieras…

Me lo imagino, rodeado de otros detenidos, tratando de pasar desapercibido al decir estas frases, casi una confesión de vulnerabilidad. Se me hace un nudo en la garganta y en el estómago. Me siento vacía. Tengo la sensación de no hacer pie. De que Vadim se me escapa un poco más a cada minuto que pasa.

—¿Sabes que…?

Yo también hablo en voz baja, como si me estuvieran escuchando o supiera lo vanas que son mis palabras.

—No te dejaremos tirado; Fe, Clem ni yo. Lo sabes, ¿verdad?
—Para.
—Te quiero, Vadim. También lo sabes, ¿no?
—Tengo que colgar. Se han terminado los diez minutos.

53

Cuatro días interminables después, Felix va al volante de la pick-up de su mejor amigo y ajusta el retrovisor. Verlo ahí sentado, a mi izquierda, es como otro puñetazo a mi corazón. Nada ni nadie está donde debería.

Felix conduce un coche que no es suyo, Clémentine se retuerce en el minúsculo asiento del medio, Vadim se pudre en prisión en lugar de otro, yo estoy sola, sin mi alma gemela, y esta vez, soy yo la que tiene que resistir por él.

No sé si sabré hacerlo.

Mi mejor amiga se queja en voz alta solo para matar el tiempo o para llenar el silencio, o por el calor que hace en
el vehículo, de la falta de un asiento atrás y de la peligrosa forma de conducir del chófer. Este la ignora. Yo miro hacia fuera. El trayecto hasta la cárcel no se acaba nunca. Los controles y
la espera en el pasillo, tampoco. Después de una hora en la abrasadora carretera, el aire acondicionado del edificio me hiela la sangre. Tengo las piernas inquietas y la piel de gallina en los brazos. Trato de controlarme, pero pienso que, al menos, Vadim podrá vacilarme al verme temblar en pleno mes de junio.

Bueno, al menos el Vadim que conocía lo habría hecho. ¿Cómo será el Vadim encerrado? No tengo ni idea.

Llega nuestro turno, nos apretamos sobre los taburetes que hay frente a un cristal, otros visitantes nos imitan a cada lado del cuartucho. Me han avisado de que no podremos tener «ningún contacto físico con el detenido», como sucede con todos los que están a la espera de su juicio, pero la barrera acristalada me resulta de golpe insoportable. Las ganas incontrolables de meterle un puñetazo para romperla en mil pedazos me electrizan la mano. Pero Vadim aparece justo en ese momento, con un pantalón naranja ondeando sobre sus caderas y una camiseta blanca con el logo de la prisión. Un agente le quita las esposas y le hace un gesto para que se siente. Esa imagen vuelve a abrir un poco más la herida de mi corazón.

Vadim me mira de arriba abajo, posa rápidamente la mirada sobre Felix y luego sobre Clémentine, y vuelve a clavarla en la mía. Durante varios segundos, no deja de mirarme a los ojos, que noto como se me llenan de lágrimas. Baja la cabeza cuando las ve caer por mis mejillas. Trato de recuperar la compostura y descuelgo el teléfono fijo del lateral. Me imita, casi a regañadientes.

—Te había dicho que no vinieras. Verte así es peor que la cárcel.

—Es el aire acondicionado, me irrita los ojos.

Me obligo a sonreír. Fe me quita el teléfono de las manos para hablar con su amigo.

—¡Que solo tenemos una hora, joder! Colega, ¿te están tratando bien ahí dentro?

—Sí, no me quejo.

—¡Dime qué quieres que haga! ¿Necesitas dinero?

—No, no tengo derecho a nada hasta la vista.

—¿Para cuándo está prevista?

—Dentro de unos días según mi abogado.

—¿Cómo se presenta tu caso?

—Mal. Quiere que me declare culpable para evitar el juicio y controlar los daños.

—¿Vas a hacerlo?

—No lo sé —susurra, revolviéndose el pelo.

Apenas oigo su conversación, acercando la oreja al auricular. Intento leerle los labios a mi novio, pero lo observo más que lo escucho.

Los rasgos tan delicados de su rostro. Su belleza afilada. Sus ojos penetrantes, cansados. Su piel suave sobre esas mejillas hundidas. Un pequeño corte en la mandíbula, sin duda causado por una cuchilla de afeitar barata. Sus rizos despeinados que ni siquiera puedo tocar. Sus labios dulces, que apenas abre para hablar, y que tantas ganas tengo de besar. Y lo peor: no poder sentirlo.

El codo de Clem se hunde un par de veces en mis costillas, después Felix me da un golpecito en el hombro con el teléfono, antes de tendérmelo.

—¡Espabila, Lancaster! ¡Te necesita, aquí y ahora! ¡No mañana! ¡No en otro sitio! Esto es todo lo que tendrás, ¡así que te apañas con lo que hay e intentas subirle la moral a mi colega! —espeta, levantándose con brusquedad de su taburete.

—Os dejamos solos —me susurra mi mejor amiga, apoyando una mano en mi espalda—. ¿Vale? Te esperamos en el aparcamiento, ¿de acuerdo? Me duele reconocerlo, pero el otro bruto tiene razón: no malgastes los minutos que te quedan con él.

Asiento, veo cómo se alejan, me llevo el auricular a la oreja y trato de contener una nueva oleada de lágrimas antes de poder

mirar a Vadim a la cara.

—¿Te sigue irritando los ojos el aire acondicionado? —Sonríe desde el otro lado del cristal—. Puedo pedir que lo apaguen, si quieres. ¡Esto es un poco como mi casa!

—Me gustaría ser más fuerte, por ti. Pero no lo consigo.

—Yo no te pido nada, Alma. Por eso no quería que vinieras. No tienes que sufrir todo esto.

—¡Tú tampoco! Tú no tienes por qué estar ahí. Y eso me mata, esta injusticia. Tienes que salir, Vadim.

—No puedo. Estoy atrapado, es así.

—Pero ¿por qué tiras la toalla? ¡Tú no eres así! ¡Vadim Arcadi es un luchador, un rebelde, un canalla que no tiene miedo de nada!

—Sí, y mira dónde he terminado…

—¡Que no! Has luchado toda la vida y no vas a dejar de hacerlo. ¡No ahora!

—Es mi palabra contra la suya, es una causa perdida.

Habla en un tono resignado y fatalista que no le pega nada.

—No, Felix y Clémentine pueden testificar, y yo también. ¡Y Cheyenne, ella sabe la verdad! Podemos desenmascarar a Keith, solo hace falta querer hacerlo. Pero para eso, también tienes que quererlo tú.

—Alma, por favor, escúchame. Ya estaba solo en la vida, aquí estoy todavía más solo. No tengo familia que me ayude ni buenos contactos. Mi mejor amigo no vale nada frente a un juez. Y cualquier cosa que haya podido hacer antes se va a utilizar contra mí. Lo único que tenía era a ti. Y no quiero que te mezcles en esto. Ni hablar. Quiero que te marches de aquí y me olvides.

Estoy conmocionada. Necesito varios segundos para reaccionar.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué quieres hacerme más daño? Y lo de Tú + Yo, ¿eso no cuenta?

—No me arrepiento de nada. Joder, si supieras como te he… —Se interrumpe y no termina la frase—. Pero si pudiera elegir —continúa —, hubiera preferido no conocerte nunca, antes de que todo terminara así. Me mata haberlo estropeado todo. Vete, por favor, y no vuelvas.

—Vadim, no me hagas esto…

Lo veo colgar el teléfono, levantarse tras el cristal que nos separa y hacer un gesto al agente que espera tras él. Me da la espalda. Ni siquiera le puedo ver los ojos, los únicos que me dirían la verdad. Lo contrario de lo que me acaba de soltar. Mi mano se desploma sobre la pared de cristal. Ya no lloro. Estoy cabreada. Esto atrapada en un torbellino de ira y desesperación.

—¡Vadim! —grito con la voz desgarrada.

* * *

Me paso los dos días siguientes metida en la cama, hecha un ovillo en un rincón de mi cuarto o caminando de un lado a otro por la calle, el parque o la placita. Como si todos los lugares que han sido testigos de nuestro amor pudieran aportarme la solución milagrosa para salvarlo. Espero con inquietud la respuesta a mi petición de visita al centro de detención, si es que Vadim no me ha eliminado de la lista. Me repito las últimas palabras de mi novio, si es que todavía puedo llamarlo así. Clémentine viene de vez en cuando a hacerme compañía. Me asegura que todavía no se ha celebrado la vista, que nos habríamos enterado, que sin duda Vadim va a cambiar de

opinión, que no se puede terminar así. No tiene ni idea. Se siente casi tan impotente y desesperada como yo.

La única buena noticia en medio de este caos es que mi mejor amiga me ha anunciado que ha dejado a Keith. Le ha dicho a la cara lo cabrón que es. Por lo visto, él se ha reído. Le ha agradecido sus «buenos y leales servicios», le ha dicho que vuelva con su «banda de delincuentes», que su «plan salió de maravilla» y que ya no la necesitaba ni a ella ni a ellos. Se reprocha no haber grabado toda la conversación. Pero ni siquiera estoy segura de que eso hubiera cambiado algo.

Clem me da de repente un golpe con la cadera.

—¡Eh! ¿Esa de ahí no es Cheyenne?

—¿Dónde?

Miro a mi alrededor a toda velocidad.

—En la acera, ahí enfrente, con un pantalón corto amarillo flúor y chanclas de piscina. ¿Desde cuándo está de moda el *look* Decathlon?

Por puro reflejo, dejo a Clem y sus reflexiones estilísticas para lanzarme a ella. Entonces Cheyenne echa a correr en cuanto me ve. En una situación normal, me ganaría de sobra en una carrera, pero ella no cuenta con mis deportivas y mucho menos con mi rabia. La alcanzo en un cruce y la agarro de la fina correa de su mochila.

—¡Suéltame!

—¿O qué? —replico, casi sin aliento.

—Al contrario que tú, yo sé utilizar los puños.

Tira de la correa y recupera lo que es suyo, con una mirada amenazante clavada en la mía.

—Solo quiero hablar. Vadim está en la cárcel y ahí se va a quedar muchos años si no hacemos nada. Sé que conoces a Keith y que

estabas en el ajo. Pero eres mi última carta, Cheyenne, lo único que me queda.

—Yo no soy nadie. Y tú también deberías mantenerte al margen de esto.

Ya está reculando.

—Pero ¿por qué todo el mundo se niega a cooperar? ¿Por qué a todo el mundo le parece normal que él ocupe el lugar de Keith? ¿Por qué nadie quiere que ese desgraciado pague por lo que ha hecho?

—Porque nadie puede hacerlo —susurra, acercándose de nuevo a mí—. Es intocable, ¿vale? No lo conoces, es capaz de todo.

—¿Tienes miedo?

—¡Ándate con cuidado, Lancaster!

A continuación, coge las chanclas con una mano y sale corriendo, con los pies desnudos sobre el asfalto.

* * *

A la mañana siguiente, me encuentro de nuevo en la pick-up, rodeada de Felix y Clémentine. He aceptado ponerme en el asiento del medio. Habría aceptado cualquier cosa cuando me he enterado de que mi solicitud para visitarlo había sido aceptada. Eso significa que la vista no ha tenido lugar todavía y, sobre todo, que Vadim aún quiere verme.

De pie frente al cristal, Fe intercambia algunas palabras con su amigo, Clem coge el teléfono para decirle que resista y también que considere cortarse el pelo algún día de estos. Luego nos dejan a solas, como hemos acordado durante el trayecto hasta aquí. No sé si son cosas mías, pero encuentro a Vadim más delgado, más pálido,

casi apagado. Esos rizos morenos le caen sobre la frente y tiene los hombros encorvados, como si cargara con un gran peso.

—No me vuelvas a hacer eso nunca, Arcadi, irte sin mirar atrás.

Tengo los ojos secos y una gran determinación en la voz. Me he prometido no derrumbarme.

—No me vuelvas a hacer eso nunca, Lancaster, gritar mi nombre llorando. No pude dormir durante dos noches seguidas.

En sus ojos grises brilla un destello de ira, pena y dolor. De provocación, quizá también. No sé lo que es, pero le da vida y hace que esté más guapo que nunca. Al menos, no le soy del todo indiferente. Algo que este idiota no logró hacerme creer.

—Ayer hablé con Cheyenne. Keith también la ha utilizado. Parece que le da miedo, no hablará nunca.

—Ya te lo he dicho, pero no me haces caso, Alma. No existe solución alguna.

—¡Sí! Hay una solución, eres tú el que no quiere escucharla. Mi padre conoce a abogados excelentes que podrían sacarte de aquí. Es así de sencillo.

—Ya te he dicho que no. De todas formas, ¿quién lo pagaría?

—¡Yo! ¡Nosotros! ¡Da igual!

—A mí no me da igual.

—¿Qué es? ¿Orgullo? ¿Vadim Arcadi se ha hecho a sí mismo y prefiere morir solo antes que aceptar la ayuda de otra persona? ¿Incluso la mía?

Verlo tan terco me saca de mis casillas. Pero no me voy a rendir.

—Ya te he hecho bastante daño, quiero que todo esto se acabe. Ya sea ahí fuera o en la cárcel, quiero poder mirarme todos los días

al espejo y decirme que no te he destrozado la vida. Que no eres infeliz por mi culpa.

—Pero ¿crees que podría ser feliz sin ti? ¿Crees que basta con que chasquee los dedos para olvidarte? ¡Me moriré si te quedas aquí! Déjame ayudarte, te lo suplico.

Niega con la cabeza y su mirada brillante me atraviesa.

—No, todo lo que hagas, tendrá consecuencias, Alma. Eres la persona más buena que he conocido en mi vida. Eres un diamante en bruto, un alma pura. Si la mancho, nunca lo superaré. Te mereces tener la vida más maravillosa posible. No puedo ni imaginarme por un solo instante que te arriesgas a echarla a perder por mi culpa. No, no podría vivir con eso.

—Mi vida cambió el ocho de octubre sobre las diez de la mañana. Cuando pusiste tus ojos sobre mí por primera vez. Cuando me provocaste y yo hice como que me resistía. Todo eso, ¡lo elegí yo, Vadim! ¡Dejé que mi vida cambiara por completo! ¡Me arriesgué porque ya estaba loca por ti! Y mira mi vida ahora: nunca ha sido tan hermosa, tan sensacional como en estos últimos nueve meses. Adoro estas sensaciones, me encantan. Ni siquiera sabes todo lo que me has dado. Esta libertad, esta locura, este tipo de felicidad, ¡te lo debo a ti! Te amo más que a nada, más que a mí misma, y nunca dejaré que te sacrifiques por mí. ¡Nunca! ¡NI HABLAR!

Las lágrimas me corren por las mejillas, pero mi voz permanece firme. Todo lo que me pesa en el corazón, necesito que salga, necesito que lo sepa. Y, sin embargo, esas palabras no son nada en comparación con lo que siento. Este fuego que quema, estas flechas impregnadas de su veneno, este amor tan profundo, infinito, que me duele y me retuerce, pero sin el que no soy nada.

Ni siquiera recuerdo cómo era mi vida antes de él.

Vadim apoya la frente contra el cristal y sonríe.

—Míranos. Nos hemos pasado meses luchando, solos contra todos, por… Tú + Yo. Y ahora, luchamos el uno contra el otro. Pero no te dejaré ganar, Alma Lancaster. Prométeme que no harás nada, que no hablarás con tu padre…

—No tengo nada que perder. Si tú ya no quieres luchar, lo haré por ti. Te quiero, Vadim. Y eso, no me lo puede impedir nadie. Ni siquiera tú.

Apoyo la frente contra la suya. Un cristal nos separa. Tal vez una vida entera. Lo miro por última vez. Me grabo su rostro en la memoria. Después me levanto despacio. Me voy, con su vida entre mis manos y la sensación de que mi mirada le dice adiós.

Pero la certeza de que mi corazón le pertenece.

54

—¿Papá?

—¿Hum?

—¿Puedo hablar contigo?

—Estoy ocupado.

—Es importante.

—Alma, ¿no puede esperar? Tengo…

—No. La verdad es que no.

Se me quiebra un poco la voz y mi padre se digna por fin a levantar los ojos de la gruesa carpeta de documentos. Al fijarse en mi rostro derrotado, se retira las gafas y las posa del revés sobre un montón de folios que alcanza unos veinte centímetros.

—¿Qué pasa? —farfulla mientras se masajea el puente de la nariz.

Las escasas conversaciones serias que he tenido con mi padre en relación con mis estudios o mi futuro las ha iniciado él siempre. Por lo general, él habla, yo escucho y las únicas respuestas válidas se resumen en «sí» y «de acuerdo». Esta tarde, tiene pinta de estar tan incómodo como yo al verme aparecer de improviso en su despacho. Me he quedado en la puerta. Con la punta de los dedos jugueteo con el marco esperando a que me invite a pasar. Pero no sé dónde ir, dónde sentarme, por dónde empezar.

—Si tienes problemas, estoy aquí para ayudarte, Alma.

Se hunde en su asiento de cuero y espera a que me decida a hablar.

—No es por mí. Es… Vadim

—Qué raro, ¿por qué será que no me sorprende?

En cualquier otra ocasión, ese tonito de sabelotodo me habría hecho abandonar. Me habría marchado murmurando «da igual» u «olvídalo», mi padre me habría pedido que midiera mis palabras y yo habría sonreído para terminar así la conversación. Sin embargo, en este preciso instante lo necesito más de lo que lo he necesitado durante los últimos diecinueve años. Aquí es donde se decide todo: en este despacho austero frente a este padre intransigente, que considera la tristeza una debilidad y los problemas de otros, una tontería.

—No tiene padre, ¿sabes? Nadie que le ayude.

—Su educador me pareció un buen hombre capaz de gestionar todo tipo de situaciones con chicos como él.

—Esta vez no. Es más grave que todo eso.

—Alma. —Suspira, acercándose a mí en el umbral de la puerta—. ¿Entiendes por qué quería alejarte de este Vadim? Con él, siempre hay un problema. Y cada vez es un poco más grave. Espero que no te hayas metido en ningún lío.

—No. Pero él… está en la cárcel.

Suelto esa confesión sin mirarlo a la cara. Le cuento toda la historia a mi padre, que duda entre estallar o consolarme. Furioso, al principio, se niega a creerme. Camina de un lado al otro por el despacho. Cruza y descruza los brazos. A medida que avanza mi relato, Edward Lancaster baja un poco la guardia: no por compasión hacia Vadim, sino porque no soporta ver sufrir a su hija.

Sigo siendo incapaz de ocultar lo que siento.

—Tú… lo quieres… Lo quieres de verdad… ¿hasta ese punto?

Mi padre es un orador nato, un experto en grandes discursos. Salvo quizá en un solo campo: el amor.

—No es perfecto, pero lo es todo para mí. Tienes que sacarlo de allí, papá.

—¿«Todo»? ¿No eres un poco joven para eso?

Alza mucho las cejas, incrédulo.

—Vadim lo es todo para mí y estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por él.

Sostengo por fin la mirada de mi padre para que comprenda todo mi dolor, mi sinceridad, todo lo que nunca me he atrevido a decirle hasta ahora.

—No sabía que lo que había entre los dos era tan fuerte… Pero ¿por qué debería confiar en él? Nunca ha dejado de desafiar mi autoridad, de romper las reglas que habíamos fijado.

—Puede ser, pero nunca ha mentido. Es el chico más leal, directo y sincero que conozco. Por favor, ¡ayúdame!

—Si he de intervenir, y aún no he dicho que lo vaya a hacer, será con la certeza absoluta de que es inocente, Alma. Para reparar una injusticia. No para proteger a un delincuente de tres al cuarto que no sabe asumir sus responsabilidades.

—Te prometo que no ha hecho nada. Ha sido Keith el que lo ha orquestado todo. A lo mejor hay un montón de otros adolescentes a los que finge salvar, pero disfruta manipulando. ¡Es un cabrón!

—¡Esa lengua, Alma!

—Lo siento. ¡Pero no podemos dejar a Vadim en la cárcel! No me lo perdonaría nunca. Y si tú no haces nada, tampoco te lo perdonaré

a ti.

Inspira. Expira. Yo aprieto los dientes. Contengo las lágrimas. Trato de tragar saliva a pesar del nudo de ansiedad que me aprieta la garganta.

—Supongo que podría llamar a mi amigo Douglas…

—¡Sí! ¡Te lo suplico!

—Pero nada es gratis en la vida. Si le pido este favor, le deberé uno. En cuanto a ti, lo que me pides también tiene un precio.

Cómo no, tenía que darme una lección.

—Lo que quieras —digo sin dudar, aliviada.

Craso error…

—Me aseguraré de evitar que Vadim entre en prisión con una sola condición: lo dejas de inmediato, vuelves a Francia y no lo vuelves a ver jamás.

—Papá…

—Sin discusión —me corta con firmeza—. Ese chico te llevará por mal camino, no es para ti.

—Pero no puedes…

—No lo hago para castigarte, sino para asegurarte un futuro, Alma. Algún día me lo agradecerás.

Y ahí está, el sacrificio del que hablaba Vadim. Las consecuencias. La terrible contrapartida. Es como una bofetada en toda la cara. Me deja aturdida. Sin voz.

El precio a pagar por su libertad.

Esta vez, no hay duda: me lo van a quitar para siempre.

El precio a pagar por haber tenido la oportunidad de amarlo.

—De acuerdo.

Acepto con un hilo de voz, los puños apretados, el corazón hecho trizas y los ojos cerrados.

Tras mis párpados, el rostro de Vadim. Sublime. Ese que contemplé en la sala de visitas de la prisión, con esa extraña solemnidad, antes de irme. Como si mi inconsciente supiera lo que estaba en juego. Como si ya estuvieran intentando quitármelo.

Y como si ya lo hubiera aceptado.

—Solo me gustaría verlo una última vez.

—No tiene sentido que te hagas pasar por eso —responde mi padre, dándome un abrazo—. Es hora de que empieces a pensar en ti.

55

Dos días después, ya he terminado de hacer las maletas. Reservado el billete de avión y guardado todos mis recuerdos en una pequeña caja de cartón: las fotos, el koala de peluche, el perfume de esencia de azahar, los mensajes garabateados en trocitos de papel, su camiseta gris jaspeada que me guardé el día que lo arrestaron. Todo lo que me aferra a Vadim Arcadi. A los nueve meses más bonitos de mi vida.

Me he pasado dos noches en vela escribiéndole la carta más larga del mundo, sin poder detenerme. Tengo tanto que decirle, pero sé que no podré volver a hablar con él. Me han dejado asistir hoy a su vista, pero eso es todo, no podré acercarme más a él. Tocarlo, sentirlo, besarlo. Esa idea me provoca un vacío inmenso. Siento que ya ni siquiera existo. Que soy el fantasma de la que fui. De esa que Vadim me permitió ser.

En la abarrotada sala de vistas, Felix y Clémentine están junto a mí, a ambos lados, en el banco de madera. Mi mejor amiga ha deslizado su mano en la mía, se hace crujir los dedos de los nervios. Ninguno se atreve a hablar. Mi padre me espera en el aparcamiento, me llevará al aeropuerto cuando tenga la prueba de que ha cumplido su palabra. Y yo cumpliré mi parte del trato.

Me iré sin mirar atrás.

Si mis piernas me responden. Si soy capaz de respirar.

Vadim entra en la sala por una pequeña puerta lateral. Lleva su ropa de siempre: tejanos oscuros, camiseta negra y deportivas blancas. Reconozco todo lo que siempre he amado: su cuerpo esbelto y musculado, sus hombros anchos, sus gestos viriles pero gráciles, su lento caminar, casi indiferente; su cara de ángel y su aire sombrío, duro, torturado. Esa imagen me reconforta y me hiere al mismo tiempo. Porque vuelve a ser él mismo, lejos del prisionero en pijama naranja que agachaba la cabeza y aceptaba su suerte sin rechistar, pero también porque sé, en este preciso momento, que nunca podré dejar de amarlo.

Un hombre elegante con traje de tres piezas posa una mano en la espalda de Vadim con delicadeza para invitarlo a sentarse a su lado. Este esquiva el gesto, se queda de pie y se da la vuelta para estudiar la sala con la mirada. Dos ojos grises y tempestuosos se posan en los míos. Me atraviesan. Contengo el aliento y aprieto con fuerza los dedos de Clémentine. El abogado se pone a sacar documentos, a hojear las páginas y a escribir algunas notas con una enorme pluma dorada. Tiene pinta de saber muy bien lo que se hace.

Y yo, yo ya no sé nada.

¿Por qué he hecho esto? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué Vadim me mira como si lo hubiera traicionado? ¿Por qué hay tanta ira, tanto odio contenido en esos ojos oscuros? Me levanto, movida por una fuerza exterior. Necesito que pare el dolor. Tengo que irme o voy a gritar. No puedo llorar. Tiene que entender que he hecho esto por él, por voluntad propia. Que no me arrepiento de nada. Que quiero ofrecerle lo que más valora, el regalo más bonito que podría hacerle: su libertad. Y que, a cambio, estoy dispuesta a entregar lo que más

quiero del mundo. A él. A Vadim Arcadi. Mi amor, mi gran amor, mi mejor amigo. Mi vida entera.

Grandes lágrimas calientes ruedan por mis mejillas. Nunca han sabido tanto a mar. A unos metros de mí, Vadim entreabre la boca. Sé que tiene ganas de rugir, de mandarlo todo a la mierda. Lo miro y me llevo un dedo a los labios para pedirle que se calle. Que no lo estropee todo. Como respuesta, sus ojos me suplican que deje de llorar. En esta sala ruidosa y abarrotada, solo estamos él y yo. De pie, frente a frente. Tan lejos, y a la vez tan cerca. Me tengo que ir. En silencio, mis labios articulan las dos palabras que he venido a decirle por última vez. Sus manos se hunden con rabia en su pelo rizado. Su preciosa cara tiembla. Su mirada se aclara, húmeda y gris. Y sigo ahogándome en ella. Para entender que claudica, que cede por fin, que ahora él también me devuelve mi libertad.

Su última demostración de amor.

Tú + Yo está grabado en algún lugar de aquí, de California. Pero me lo llevo conmigo a París, tatuado en mi corazón para el resto de mi vida.

56

Ya hace más de un mes que llegué a Francia. Toda mi familia me siguió un poco después, abandonando de forma definitiva L.A. por París. No obstante, la ciudad más bonita del mundo nunca me había parecido tan apagada, tan fea. Me pega, también es un poco cómo describiría mi vida. Clémentine llega hoy y el taxi la traerá directa a aquí. Por lo que me ha dicho, no quiere estar en Estados Unidos si yo no estoy allí. Más bien creo que ya no quiere oírme llorar al teléfono. Que ya está harta de mis preguntas sin respuesta, de que la machaque con mis recuerdos, remordimientos, pensamientos negativos, y sobre todo, de la prohibición formal que tiene de contarme cualquier cosa que ocurra allí. El torbellino D'Aragon no tardará en irrumpir en mi cuarto y algo me dice que querrá recuperar el tiempo perdido.

Y zarandearme hasta que ya no me queden más lágrimas.

—Lancaster, no te escondas, ¡estoy aquí! —grita Clem desde la puerta.

Entra en el piso y suelta sus dos enormes maletas a los pies de mi madre.

—Primera regla si quieres seguir viva: ¡no nos llamemos nunca por el apellido! —le reprocho, arrastrándome para ir hasta ella.

—Segunda regla: si queremos seguir vivas, ¡comemos!

Me sonríe con tristeza mientras me pellizca en el brazo. Después se lanza a mis brazos y casi me hace caer hacia atrás. Le devuelvo el abrazo, sin admitir en alto que he echado de menos su energía y ganas de vivir.

—¡Que me asfixias! La tercera regla para la supervivencia: ¿dejarle a la otra respirar?

—¡Vale, vale! Te tengo que contar todo.

Luego pasa el brazo bajo el mío y me lleva a mi cuarto como si estuviera en su casa.

Lo está.

Mi amiga, emocionadísima, se tumba sobre mi cama boca abajo mientras yo me siento en el suelo con las piernas cruzadas. Enseguida mis ojos se pierden en el vacío, como cada vez que pienso con dolor en… él. En este cuarto, en esta cama, cuando venía a verme a escondidas en medio de la noche. De nuestra escapada romántica a París. Clémentine me lanza una almohada a la cabeza para sacarme de mi ensimismamiento. La agarro e inspiro con fuerza, como si existiera la más mínima posibilidad de que aún contuviera un ligero rastro de Ciao Amore.

«¡Ya te gustaría!», me soltaría Arcadi.

Todo. Todo me lleva de regreso a él.

—Bueno, ¿empezamos por lo que te tiene amargada? —empieza Clem con un suspiro—. Después de eso, tal vez veamos todo más claro.

—Venga…

—Han soltado a Vadim. El abogado de tu padre lo ha hecho genial. Ha logrado demostrar que Keith había orquestado todo, la jugada de la droga y todo lo demás. ¡Incluso convenció a Cheyenne

para que testificara! Ah sí, ¡encontraron todas las fotos de los dos! Keith había contratado a una especie de *paparazzi* que os seguía a todas partes y que lo confesó todo. Pero el otro, ¡sigue negándolo! Es un psicópata, ¡te lo juro! ¿Cómo pude salir con él? En resumen, le han caído veinte años.

— …

—Son buenas noticias, ¿no? ¡Es lo que querías!

Clémentine espera una reacción por mi parte.

—Sí… ¿Tú lo has vuelto a ver? —pregunto con un hilo de voz.

—¿A Keith? Sí, sí, tuvimos una cenita con velas y después fuimos al cine para olvidarlo todo…

—¡A Vadim!

Su nombre me sale con un grito. Es la primera vez desde hace un mes que me permito pronunciarlo.

—De pasada, cuando lo liberaron. Era imposible hablar con él, Felix no dejaba de lanzarse sobre él y de gritar cosas sin interés. Pero le di tu carta.

—Gracias. ¿Sabes si la ha leído?

—No, lo siento… Pero no la rompió en pedazos delante de mí. Eso ya es una buena señal, ¿no?

La parte de las novedades de la facultad me deja indiferente. La nueva novia de Timothy. El final de temporada triunfante del equipo de baloncesto. El novio de Basile, Isaac Sanders, que se tiró a su ex, el entrenador asistente Zach Powell, la víspera de su partida. Las nuevas tetas de Phoebe McPherson, regalo de sus padres por sus notas de fin de curso. La nueva historia de amor inesperada entre dos grandes tímidos: Jude Lee, mi antiguo compañero de trabajo, y Hannah Goldberg, la primera de la clase. El Sunset Café que se

vaciaba a medida que avanzaban las vacaciones. El señor Abrams, que seguía vagabundeando por el campus, aunque ya hacía tiempo que se habían terminado las clases. El profesor acabó por enterarse de mi marcha definitiva y le pidió a mi mejor amiga que me diera recuerdos, añadiendo que había sido «un poco duro» conmigo. Clémentine me dice que es su forma de disculparse. Me sonríe, parece invadida por la nostalgia. Y yo tan solo estoy consternada al comprobar hasta qué punto la vida sigue.

Sin mí.

Sin él.

Yo no tengo la más mínima gana de retomar la mía.

Los días se suceden y sigo sin noticias. Si Vadim ha leído mi carta, no le ha apetecido responderme. Le escribiré más, ya lo sé. Tal vez no me perdone nunca. Tal vez ya me haya excluido de su vida. Tal vez hasta haya ido a borrar aquello que grabó un día, cuando me amaba.

Tengo la sensación de que fue hace una eternidad.

No pasa un solo día sin que rebusque en mi caja de recuerdos. Miro las tres Polaroid que Vadim me regaló por mi cumpleaños: el banco de madera, los escalones de la placita, el muro de la cafetería. Les paso los dedos para tratar de notar el relieve de las letras grabadas.

Para demostrarme que Tú + Yo fue real.

Sigue la continuación de la historia de Alma y Vadim en

Tú + Yo, uno contra el otro.

BONUS

I

PRIMER ENCUENTRO, CONTADO POR VADIM

Nueve meses antes

—Alma Lancaster y Vadim Arcadi.

La voz cansada y amargada de Abrams acaba de pronunciar nuestros nombres en alto. Parece muy orgulloso. Debe pensar que formar parejas que sean una mezcla explosiva lo convierte en un profesor revolucionario. Todos los estudiantes se beben sus palabras como si fuera el último mesías, el mentor con el que siempre han soñado. Yo tan solo creo que se distrae con nosotros para olvidarse de lo triste que es su vida. Tan triste como su rostro de galán maduro decrépito, tan deprimente como su chaqueta sosa y ajada, a pesar de que puede permitirse seguro otra con su salario de profesor de universidad.

Estaba claro que me iba a emparejar con la chica de la primera fila. La francobritánica recién llegada a Estados Unidos con su familia forrada de pasta, sus buenos modales y sus sueños de hacer cine. Con el hijo de inmigrantes, becario incontrolable y maleducado. Abrams se debe pensar que es un genio.

Pues ha metido la pata hasta el fondo, ella ni siquiera es capaz de mirarme.

Alma Lancaster dirige su mirada nerviosa hacia el fondo de la clase, pero la aparta en cuanto se cruza con la mía. Para incomodarla, la miro fijamente a los ojos. Durante un buen rato. A propósito. Me debe tomar por un delincuente, incluso un criminal peligroso, según los rumores que corren sobre mí por la universidad. O por un embaucador de chicas que va tanto detrás de su dinero como de su culo.

Que les den a todos.

A aquellos que creen conocerme. A aquellos que me juzgan sin haber hablado jamás conmigo. A aquellos que se creen que lo saben todo de la vida porque sus padres les dicen que son maravillosos y que, para ellos, todo es posible. Que les den aquellos que nunca se atreverían a dirigirme la palabra para formarse su propia opinión. Es mucho más fácil encasillarme. Adjudicarme una etiqueta y meterme en una cajita que puedan cerrar con dos vueltas para protegerse mejor.

Mucho mejor si les hago huir de mí.

—Arcadi, Lancaster, ¿tengo que cogeros yo de la manita o es que estáis esperando a que el otro dé el primer paso? Vamos, Romeo y Julieta, espabilad. ¡Una hora! *Time is money!*

Abrams se cree que me ofende al compararme con uno de los héroes de Shakespeare. No debe saber que sé leer. Y que me sé la obra de memoria.

Muevo la silla hacia delante y hago chirriar con estrépito las patas metálicas contra la baldosa. Me acerco despacio a la primera fila, sin dejar de mirar fijamente al profesor.

Yo no soy de los que agachan la mirada como Alma Lancaster.

Me da igual quedar como un idiota mientras Abrams no intente pasarse de listo. Se rinde él primero y yo me dejo caer sobre la silla de al lado de la chica. Ella no dice nada, yo tampoco, pero sé que me mira. Me analiza. Puede que le guste. O que solo quiera ver cómo es un cabrón de cerca.

Sin embargo, tengo que reconocer que hay algo un poquito especial en ella. No me hace falta mirarla bien para saber que es guapa. Más que guapa: tiene algo que se podría llamar encanto. Pelo largo castaño y brillante, pero sin estar bien peinado. Una silueta esbelta y delgada, pero con curvas, que no trata de ocultar ni de enseñar. Ropa ni vulgar ni elegante, justo lo que hace falta para que no parezca que se ha esforzado demasiado. Un rostro fino y un poco infantil, la piel clara, salvo en las mejillas, que se sonrojan con facilidad. Y unos ojos de un verde que no he visto en ningún otro lugar. Tiene algo puro e inocente en las pupilas, pero también una mirada dura, no calculada, y un punto un poco trágico que me gusta. Estoy seguro de que es inteligente. Qué pena que sea tan aburrida.

—Yo ya he dado el primer paso, Chanel. Ahora te toca a ti —suelto para que reaccione.

—Me llamo Alma.

—Ya sé cómo te llamas, Alma Lancaster.

—Preferiría que usaras solo mi nombre, Vadim Arcadi.

—Y yo preferiría currármelo solo. Pero en esta vida uno no siempre obtiene lo que quiere. Ah, *pardon*, salvo tú, posiblemente, Lancaster.

Pongo morritos y exagero su acento inglés solo para molestarla. Sonríe y me responde con el pulgar hacia arriba, poco impresionada. Creo que duda entre echarse a reír u ofenderse. Por lo menos, tiene carácter. Y todavía no se ha puesto a llorar. Debo despertar su curiosidad. Tal vez le guste que la provoquen. Me parece bien, es la única forma en la que sé comunicarme.

En mi opinión, hay tres categorías de chicas en el campus: las románticas empedernidas que lloriquean cuando no les proponen matrimonio en la tercera cita. Las parásitas sin cerebro que harían lo que fuera por que las invitaran a una copa, pero que no tienen nada que decir. Y, por último, las niñas de buena familia que se creen demasiado buenas para mí, pero que sienten la tentación de jugar con el chico malo de la universidad.

Sí, lo sé, no debería encasillarlas así, odio cuando lo hacen conmigo.

No obstante, de momento, no consigo clasificar a Alma Lancaster en ninguno de esos grupos.

Y eso me molesta.

A investigar…

—A ti no te gusta que te juzguen, pero eso es exactamente lo que estás haciendo conmigo, ¿no te parece? Tú no me conoces.

Un poco agresiva, pero no le falta razón. Me sostiene la mirara por primera vez y veo que le cuesta.

—¿Quién te ha dicho que tengo ganas de conocerte?

—En cualquier caso, vas a tener que trabajar conmigo, te guste o no.

—Puede que llegue a gustarme, Lancaster. Eso depende de ti…

Observa mi media sonrisa, a pesar de que le irrita. O tal vez le provoque otra cosa.

—Ya te he dicho que me llamo Alma ¿Y qué se supone que debo hacer?

—Podríamos empezar por largarnos de aquí. No puedo trabajar con todo este alboroto. Míralos. Todos están emocionados pensando que van a hacer cine como los grandes. Solo quieren complacer a Abrams. Y tu colega francesa nos está observando como si fuéramos dos animales de feria.

—¿Nunca haces nada como los demás y aun así no quieres que te miren? Vaya, ¿cómo eres capaz de convivir con tus propias contradicciones?

No me esperaba eso. Ladeo la cabeza para observarla un segundo, en silencio.

—Solo nos quedan tres cuartos de hora. Alma, ¿vienes o te quedas?

Me marcho sin esperarla. Vamos a ver de qué es capaz la niña buena y modélica que intenta jugar con los grandes. Seguro que nunca aceptará salir del aula en medio de la clase. Seguro que se pregunta qué van a pensar de ella si la ven perder el tiempo conmigo. Está a punto de pedirle su opinión a su mejor amiga, quien parece un poco más descarada que ella.

En el umbral de la puerta, clavo la mirada en la francesa mientras ella vacila. Cruzamos la mirada y finalmente me sigue.

Tal vez no sea tan tímida como parece.

Tal vez sea menos aburrida de lo que pensaba.

Joder, la verdad es que es guapísima.

—¿Hay alguien ahí?

Se lo pregunto mientras paso la mano por delante de su mirada ausente.

—Eh, ¿qué?

—No sé dónde estás, pero conmigo seguro que no.

—Lo siento. ¿Decías…?

—Puedes volver a clase si no te apetece estar aquí.

—Ya te vale, quejica, ¡estoy aquí! ¿Acaso crees que voy a echarme a llorar porque estemos sentados en la hierba en lugar de estar en clase? Me da lo mismo trabajar aquí que allí.

—Entonces ¿puedes decirle a tu mano derecha que deje de arrancar el césped que hay a su alrededor?

Se pone a meter todos los trocitos de hierba que acaba de arrancar en los agujeros. Eso me hace sonreír. ¡Una paisajista nata! Extiende las piernas, se recuesta sobre un codo para fingir que está cómoda y casi se cae hacia atrás, luego se incorpora y decide sentarse con las piernas cruzadas. No sabe lo que hacer con el cuerpo, me resulta casi conmovedor. Pero lo que de verdad me irrita es esa forma de juguetear con los cordones como si acabara de inventarse un nuevo tic nervioso para reemplazar al anterior.

—Tu mano derecha ha vuelto a las andadas. Nunca sueltas la presa, ¿eh? ¿Qué te pasa?

Me burlo un poquito para intentar que hable.

—¡Nada! ¡Ya te lo he dicho!

—Sí, estás tensa, inquieta. Eso no me gusta. Me da miedo que te eches a llorar y tenga que consolarte.

No sabe si hablo en serio o no. Y me encanta.

—Tengo novio, ¿sabes? Timothy.

—Lo sé. Tim Wallace, el capitán del equipo de baloncesto. Es de locos ser tan alto e insignificante al mismo tiempo. Pero hacéis muy buena pareja, él y tú.

Le sonrío y ella me desafía con la mirada durante un instante demasiado largo.

—Es alto, sí. Al menos te saca una cabeza. Y no formaría parte del equipo universitario si fuera tan tonto como insinúas. Pero tus prejuicios y tú también hacéis muy buena pareja.

Su ironía empieza a gustarme. O quizá a exasperarme. ¿Será de ese tipo de chicas que lo tienen todo a su favor y se sienten invencibles? Como el idiota de su novio, un chico guapo, musculado y con dinero, de dientes demasiado blancos para ser reales y con polos de grandes marcas bien planchados. Por mamá, claro está. O por la amable empleada doméstica. La verdad, no sé qué ve una chica como ella en un tío como él. Un gigante rubio de casi dos metros, con una mirada impasible y un cuello de toro, mandíbulas enormes y un cerebro atrofiado. Una bestia cuyos únicos argumentos son los puños. No se me ocurre de qué pueden hablar. ¿Sobre cuál de sus padres ha ganado más pasta ese mes? ¿Sobre cuál de sus casoplones está mejor vigilado? ¿Sobre en qué piscina se van a bañar? «¿Has visto cuantos puntos he metido? ¿Has visto lo guapo y fuerte y bien peinado que voy incluso cuando hago ejercicio?».

Si me importaran algo, me darían ganas de potar.

—A ver, ¿qué tema te gustaría tratar? —retomo la cuestión—. ¿Un deportista de élite que sufre una grave lesión la víspera de la final? ¿Tienen que hacerle una amputación, su vida se ha arruinado,

empieza a tomar drogas y se convierte en un desecho de la sociedad porque no sabe hacer otra cosa que no sea jugar a la pelota?

—Tronchante. ¿Y qué tal un seudoartista maldito que cree que llevar una cazadora de cuero y faltar a las clases lo convierte en un tipo duro, pero refunfuña como una criatura cuando no le gusta la pareja que le ha tocado?

Me provoca señalándome con el mentón. Por si no hubiera pillado la indirecta.

—¡No está mal, pero yo tengo una mejor! ¿Una chica que vive encerrada en una jaula de oro, y a la que quieren casar por la fuerza, pero se enamora perdidamente de su guapo profesor veinte años mayor que ella, y que la abandonará el día que la deshereden?

Solo tenía ganas de dejar de hablar de Wallace. Y estoy convencido de que tiene debilidad por Abrams…

—¿Y qué tal el tío que no quiere a nadie, pero se ve en la situación de tener que pagar diez pensiones alimenticias con apenas veinte años, porque ha dejado embarazadas a todas las chicas que estuvieron dispuestas a acostarse con él, solo porque se sentía solo por las noches?

Consigue hacerme reír. Estoy casi seguro de que no lo ha hecho nunca…

—Hablas de cosas que desconoces, Lancaster…

—Y tú hablas y hablas, pero no dices nada, Arcadi. Aún no tenemos tema.

—¡Eh, Alma! ¿Qué haces aquí?

Hablando del rey de Roma, aquí llega el tonto de turno. Timothy nos interrumpe plantándose a nuestro lado y Alma casi da un respingo, como si la acabaran de pillar con las manos en la masa.

¿Haciendo qué? Ni idea.

Se levanta deprisa y se le echa al cuello antes de saludar a la banda de jugadores que siempre lleva pegados al culo. Esos tíos solo se mueven en rebaño. No existen por sí solos, solo a través de sus colegas dispuestos a defenderlos o de su novia dispuesta a dejar de vivir en cuanto aparecen. Wallace pasa ese brazo hinchado de esteroides por los hombros de su novia, pero es a mí al que mira al formular su segunda pregunta. Yo sigo sentado en la hierba, y antes me moriría que mover un solo dedo para saludarlo.

—¿No tenéis clase?

Tiene ese aire astuto del poli que ya conoce la respuesta a esa pregunta.

—Sí, sí. Tenemos que volver dentro de media hora —se justifica Alma sin dejarme hablar—. Debemos encontrar un tema para nuestro proyecto del primer semestre.

—¿Y no disponéis de un aula en el curso de Cine?

La bromita de Tim le hace sentirse especialmente orgulloso. Recibe las risas idiotas de sus compañeros.

—¿Sabías que los estudiantes son ciudadanos libres de circular por este hermoso país que es Estados Unidos? —replico dedicándole mi mejor sonrisa.

—Arcadi, Arcadi… eso no suena muy estadounidense que digamos, ¿no te parece? Seguro que aquí se está mejor que en Polonia.

—¡Tim!

No me hace falta que Alma me defienda. Mantengo la calma.

—Soy de origen ruso. Y he nacido en Estados Unidos. Pero gracias por preocuparte, Wallace.

Puede hacer las bromas que quiera, no se me escapa cómo se le tensa la mandíbula, tiene ganas de pelea. Si aprieto un poco más, podría hacer que pierda la sangre fría y divertirme un rato. Pero el problema con estos chicos que van en grupo, son seis contra uno, es que el juego no tiene tanta gracia. Wallace elige ignorarme y abraza con más fuerza a Alma. Me da la impresión de que sus enormes brazos se vengan de ella por el daño que les gustaría infligirme a mí. Y no me parece que a ella le guste tanto esta muestra de afecto. Sin embargo, la tiene casi como un rehén y le dedica una mirada enamorada que me provoca náuseas.

—Vale, si no tienes nada que hacer durante la próxima media hora, vamos a tomar un bocado con los chicos, ¿te vienes?

—Me gustaría, pero no creo que me dé tiempo.

—Tenemos que ponernos a currar, Alma —digo, interrumpiendo ese momento de amor empalagoso.

—¿Te importa? Estoy hablando con mi chica.

Alma mueve la cabeza de un lado a otro. Parece perdida, casi atrapada. Su sonrisa se transforma en una mueca de incomodidad. Pero no voy a suplicarle que se quede conmigo. Y mucho menos a darle la satisfacción a Wallace de querer lo que él tiene. Yo no participo en ese tipo de jueguecitos. Si ella es incapaz de tomar una decisión, yo lo haré por ella. Me levanto despacio, cojo la mochila del césped y me planto frente a ellos.

Tengo que dejar esa manía de pasarme la mano por el pelo.

—Déjalo correr, Lancaster. Si necesitas un guardaespaldas y no tienes ganas de comprometerte, podemos trabajar cada uno por su cuenta. Puedes decirle a Abrams que todas las ideas son tuyas. O que quieres cambiar de compañero. Yo paso…

* * *

No vuelvo a pisar el campus en todo el día. No sé si Alma se ha ido con su novio, me da igual, pero por fuerza ha tenido que volver a clase. No sé si me ha esperado hasta el último momento ni lo que ha pensado cuando ha visto que no he regresado. Ni lo que la entrometida de su amiga ha podido comentar. Tampoco sé lo que le ha podido contar a Abrams cuando le ha preguntado sobre nuestro proyecto de cortometraje y sobre la ausencia de su pareja de trabajo.

¿El profesor ha estallado en júbilo al constatar que nuestra pareja ya había implosionado? ¿Le habrá recomendado tener cuidado conmigo o que no se rinda?

Eso no debería importarme.

No necesito que un profesor de la universidad haga sus pequeños experimentos conmigo: el mundo de Alma Lancaster y el mío no tienen nada en común, y punto. Yo no tengo ganas de que un cineasta fracasado intente demostrarme lo contrario y me imponga el desafío de trabajar con mi polo opuesto. No tengo tiempo como para perderlo con una niña rica a la que le da miedo todo: la opinión de los profesores, la de su novio, lo que van a pensar de ella si no hace justo lo que se le pide.

Incluso yo. Estoy convencido de que le doy miedo.

Y la odio un poco por ello.

Pero ¿por qué pienso en ella? En las briznas de hierba entre sus dedos cuando intentaba hacer como si nada. En su mirada divertida cuando la provoco. En sus réplicas mordaces cuando creía que se iba a venir abajo. En su sonrisa, que no ha tratado de ocultar cuando he

imitado su acento. En su belleza clásica y, sin embargo, tan particular. En el brazo que la mantenía prisionera y que tenía ganas de romper. En sus labios que lo han besado a él y no a mí. En cómo me ha descrito, pensando que me había calado: artista maldito pero niñato caprichoso, falso rebelde lleno de prejuicios, un auténtico solitario rodeado de amistades que no lo son en realidad.

Ese no soy yo. No ha entendido nada.

Entonces ¿por qué tengo ganas de hablar con ella de nuevo? De empezar de cero. Sin nadie alrededor que nos interrumpa. Sin la presión de Abrams, dándonos una hora para encontrar un punto en común. Si lo pienso bien, tenemos un montón. El cine, para empezar, aunque lo más probable es que a ella le gusten las pelis que hacen llorar. Los pulsos verbales, para seguir. Estoy seguro de haber visto una chispa encenderse en esos ojos verdes cuando intentaba callarme. Y, como a mí, tampoco le gustan las etiquetas que encasillan demasiado.

Ella no es así. A ella le gustaría ser otra persona…

Pero, entonces, ¿por qué se esconde tras la niña buena de la primera fila? ¿Qué es lo que le pasa por la cabeza a una francesita mitad inglesa que solo quiere que la llamen por su nombre? ¿Por qué defiende a su novio intragable, aunque, en el fondo, parece odiarlo casi tanto como yo? ¿Por qué duda todo el tiempo, por todo? ¿Y por qué, maldita sea, por qué tengo tantas ganas de volverla a ver?

II

LA VIDA DE VADIM

Tres meses después

¿Un diario personal? ¿Cómo que un diario personal? De verdad que Keith me toma por uno de esos adolescentes en crisis que se niegan a hablar con su psicólogo, que quieren autolesionarse grabándose cosas en los brazos hasta hacerse sangrar y que necesitan exteriorizar sus pequeños desengaños amorosos y sus grandes penas.

Vale, me podría haber pasado a mí.

No tengo nada en contra de ellos, no los juzgo.

Pero a mí, hoy en día, me va bien.

No tengo ningún problema en hablar de mi vida, solo que no tengo ganas. Y, de todas formas, odio escribir. El boli nunca va lo bastante rápido, las palabras se me acumulan y mis pensamientos ya van por delante, se hacen un lío, imposible contenerlos u ordenarlos. Y, además, ¿por qué hacer eso? ¿Dejar rastro? ¿Volver a leerlo y que me parezca patético? ¿Publicar mis memorias? Preferiría ir a confesarme. Al menos, podría divertirme un poco escandalizando al sacerdote, o al cura, o como se llamen.

Incluso me gustaría saber quiénes me escuchan menos: los religiosos, el educador o el psicólogo. Todos esos «grandes hombres» que se supone que te guían en la vida… y que están convencidos de que pueden pensar por ti.

Qué mala suerte, en este mundo de locos me tocó la carta de «huérfano». Y parece que cuando no tienes padres, es tu educador el que decide todo. Incluso cuando tienes veinte años. Solo porque te sigue desde que eras pequeño, solo porque te ha mandado a la universidad para sacarte del centro de acogida y te ha conseguido una beca rellenando un montón de papeles.

De pronto, se lo debes todo.

Sin embargo, soy yo el que se lo ha currado para comprarse esta cámara. Es mi película de candidatura la que ha sido seleccionada para que pueda entrar en la carrera de cine. Ha sido mi cabecita la que me ha salvado. No él. Así que se puede ir olvidando de lo del diario. Solo voy a hacer la única cosa que me gusta hacer. Grabar. Contar historias. Y poner en ellas un poquito de la mía. Keith dice que eso puede ayudarme a «reconciliarme con mi pasado», a aplacarme cuando tengo ganas de mandar todo a la mierda… Hacerlo no conseguirá nada de eso, ya lo sé, pero al menos se sentirá mejor consigo mismo. Y me dejará un poco en paz.

* * *

Si tengo que empezar por el principio, debo grabar las únicas fotos que tengo de mis padres. Están deterioradas de tanto pegarlas y despegarlas de todas las paredes entre las que he vivido. Pero me servirán. Cámara en mano, hago algunos ajustes antes de aclararme

la garganta y comenzar con la voz en *off*. No he escrito el texto de antemano, voy a improvisar.

—Aquí es de done vengo. Estos son a quienes les debo la vida, mi apellido, mi nombre, mi rostro y una parte de mi historia. Mis padres. Volodia Arcadi y Jane Howard King. Bueno, lo que queda de ellos. Hace diecisiete años que no los veo y no sé cómo serían hoy. Los dos murieron con veinticuatro años, hoy tendrían… cuarenta y uno. Ese punto justo entre ser joven y viejo. Creo que mi madre seguiría siendo igual de guapa, aunque puede que la esté idealizando. Conoció a mi padre en el rodaje de una película por pura casualidad. Él, un ruso recién llegado a Estados Unidos para labrarse un futuro mejor y que acabó «haciendo de actor»; ella, la *pin-up* estadounidense con cerebro que empezaba a debutar. Tengo pocos recuerdos de ambos más allá de la voz grave de mi padre y la dulzura de mi madre, que me acariciaba siempre el pelo hasta que me dormía. Pero, sin duda, eso es algo que contaron y que yo me cuento a mí mismo como si lo recordara.

La memoria es traicionera: selecciona, inventa y desarrolla, sin que le hayas pedido nada.

En algunas películas que he podido encontrar, mi padre tiene un fuerte acento eslavo y siempre hace de malo. El típico ruso. Mi madre tiene papeles de jovencita ingenua que pestañea, coqueta. Muy diferente de lo que eran, por lo que tengo entendido.

Me pego a la pared y vuelvo la cámara hacia mí para grabarme junto a las tres fotos colgadas de la pared. Seguro que el resultado final será malísimo, pero no aspiro al Oscar. Solo hago un documental egocéntrico sobre mi insignificante y fascinante vida para justificar el salario de mi educador.

Menudo plan.

—El otro día, cuando Alma vino aquí por primera vez, me dijo que me parecía mucho a mi padre. A lo mejor para muchos es una frase común y corriente, pero nadie la había dicho jamás sobre mí. Seguro que porque nadie en Estados Unidos conocía a Volodia Arcadi y se pueden contar con los dedos de una mano las personas que me han visto junto a él. Es raro ser el hijo de un desconocido. Sin embargo, en los periódicos de la época, los artículos hablan de él como un hombre guapo. Es cierto que tiene un rostro atractivo. Rasgos un poco atípicos, un aire distante, una presencia un poco fría y una mirada de esas que parecen haber sufrido. Así que no sé bien lo que quería decir Alma, pero tal vez en su boca era un cumplido.

Joder, ¿a quién podría interesarle que me parezca a él o no? ¿Y desde cuándo me importa su opinión? Este diario en imágenes ha sido la más tonta de mis ideas. Bueno, hablo de las otras dos fotos y me paro. Keith se conformará con eso.

—Aquí tenía dos años, justo el año anterior a la muerte de mis padres. Por lo que he leído, mi madre se quedó embarazada por accidente, mi padre se casó con ella porque era así como se hacían las cosas entonces. Aunque yo creo que estaba enamorado de ella. En mi expediente de huérfano, que pude consultar con dieciocho años, había antiguas cartas de amor, siempre de mi padre a mi madre, solo unas pocas frases en un inglés pésimo. Pero era un verdadero poeta. En cualquier caso, tenía el valor de atreverse. En fin, que me voy por las ramas… Después de eso, tuvieron enseguida a mi hermano, nos llevamos dos años. Él creo que sí fue buscado. Y un año después… nada. Muertos y enterrados. Se acabó la carrera en el cine, la historia de amor y la preciosa familia. Todo hecho

pedazos. Y Roman y yo directos al orfanato. A él lo adoptaron casi de inmediato. Recuerdo que solo me explicaron que se iba de vacaciones con un señor y una señora muy amables y me lo creí. No regresó jamás.

No sé por qué me sigue doliendo tanto.

Enfoco la cámara hacia la foto de mis padres abrazados. A veces la belleza es trágica. A menudo. Parece que cuanto más amor ha habido, más dolor queda. Siempre de la mano.

—Fue en ese momento cuando todo cambió para mí. Demasiados abandonos al mismo tiempo, supongo.

Aprieto los dientes para tragarme el nudo que tengo en la garganta que me provoca ganas de llorar. «Abandonar» es una de las palabras que más odio. Por lo general, está excluida de mi vocabulario. Inspiro hondo antes de seguir hablando.

—Me volví loco. Ya no quería comer, lo que sacaba de quicio a las mujeres del orfanato. Me pasaba días sin hablar. Aunque me contaba un montón de cosas a mí mismo. Simplemente no tenía ganas de contárselas a nadie más. Cuando alguna pareja venía a conocerme con la intención de adoptarme, me movía de atrás adelante con la mirada perdida. Eso funcionaba siempre. Me di cuenta de que a los hombres, sobre todo, les ponía nerviosos. A las madres les rompía el corazón y tenían ganas de llevarme a casa para salvarme. Entonces, de golpe, me ponía a aullar como un animal rabioso y a correr de un lado a otro. Las mujeres que se encargaban de mí trataban de atraparme, yo forcejeaba y huía. Todo un espectáculo… Y, al final, siempre el mismo resultado: mis potenciales padres también se marchaban corriendo. Después, fui demasiado mayor como para que les interesara adoptarme. Esa fue la época de las familias de

acogida. Gente pagada por el Estado para que se ocupe de ti. Algunos hacían lo mínimo, otros incluso te querían.

Suspiro al desgranar mis recuerdos. No he conservado ninguna foto de ninguno de ellos. Ni siquiera sé si esas fotos han llegado a existir, nunca me quedaba allí demasiado tiempo.

Me acerco a la ventana de mi apartamento, la abro de par en par y enfoco con la cámara a la calle para grabar a los viandantes. Imágenes de archivo sin alma, sin rostro, sin sentimiento, como aquellos de los que voy a hablar.

A Keith le va a encantar esta secuencia emotiva.

—Estoy convencido de que hay padres de acogida que lo hacen de buena fe; buenos, cariñosos, normales, pero yo he debido tener mala suerte. En mis familias de acogida, he conocido dos tipos de padres temporales: parejas de viejos cuyos hijos mayores ya se han ido de casa y quieren superar el aburrimiento haciendo una buena acción, convencidos de que deben ser los mejores padres del mundo; estos te acompañan a todas partes, te vigilan todo el tiempo, te observan tanto que no te atreves ni a respirar sin pedirles permiso. Eres su juguetito, la muñeca que visten y pasean para mostrar a sus vecinos que han salvado a un huérfano. Seguro que tenían buenas intenciones, pero para mí era demasiado. Me asfixiaba. Era imposible existir junto a esos héroes.

Suelto una risita y grabo el cielo antes de regresar a los desconocidos de la calle.

—Y después están las parejas con problemas de dinero, que ya tienen tres o cuatro niños que criar y te amontonan con ellos en un solo cuarto, solo para poder recibir la paga de familia de acogida. Esos no te miran, no te hablan, te alimentan a base de patatas fritas

y te dejan delante de la tele hasta que se olvidan de que existes. Y cuando tratas de llamar la atención, reparten bofetadas para educarte. Hasta los doce o trece años, cambié de familia casi cada año. Me fugaba, me encontraban, y vuelta a empezar. Hasta que me declararon causa perdida, niño incontrolable, indisciplinado, imposible de educar. De vuelta a la casilla de salida.

Yo solo quería que alguien me cuidara.

* * *

Apoyo la cámara en la barra de la cocina, saco de mi bolsillo trasero la cartera aplastada y extraigo la foto que siempre va conmigo. Cuatro pequeñas imágenes tomadas en un fotomatón, con Felix, cuando teníamos quince años y nos creíamos gánsteres. Él lleva una bandana en la cabeza, cuatro o cinco collares dorados alrededor del cuello y con los dedos forma una pistola, apuntándome a la sien. Yo aparezco con la cabeza rapada, la barbilla alta y los brazos cruzados, una sonrisa arrogante en los labios y una mirada de mocoso que no tiene miedo a nada; con ganas de desafiar al mundo solo para demostrarse a sí mismos su valía. Cinco años después, nos encuentro ridículos, pero sin duda esos fueron los mejores años. No teníamos gran cosa, pero nos sentíamos invencibles y ricos en algo inestimable: nuestra libertad.

Esto merece la pena contarlo.

—Este es Fe. Felix Alonso. Misma edad, misma trayectoria vital. Nos conocimos en el centro de acogida, el primer día nos peleamos y desde entonces no nos hemos separado. Juntos hicimos trastadas y vivimos nuestra vida: robar todo lo que podíamos y sobre todo

aquello que no nos servía para nada. Vagabundear por las calles hasta encontrar algo que hacer, a menudo algo no muy inteligente. Conducir coches que en realidad no robábamos porque los devolvíamos a su sitio después de dar una vuelta. Camelar a chicas o solo buscarlas con la mirada; recibir calabazas, aunque no siempre. Nos creíamos los reyes del mundo. Nada nos detenía. Porque entre los dos formábamos un equipo, una pequeña familia, la única que tuvimos. Nos cubríamos, nos protegíamos, cada uno vengaba al otro. Y cuando nadie podía vernos ni entendernos, hablábamos entre nosotros, nos desahogábamos e incluso llorábamos. Una amistad así solo sucede una vez en la vida. Felix era todo lo que tenía. Hasta que apareció Alma.

Me detengo en seco. Tengo que salir a tomar el aire. No se me da bien lo de contar mi vida. ¿Qué es eso de que tiemble la voz en *off*? Un poco más y me convierto en el adolescente que lloriqueaba mientras escribía en su diario con lágrimas que dejan grandes gotas redondas en mitad de las páginas junto a los corazoncitos dibujados en el margen.

Meto la cámara en la mochila, envuelta en una de mis camisetas para protegerla. Me voy hasta el parque y empiezo a grabar los árboles, los senderos, los viejitos que caminan despacio, los corredores incansables que van detrás de algo invisible, los niños que juegan en el césped y no saben lo que les espera cuando crezcan.

Me doy cuenta de que no tengo una foto de Alma para poder grabarla.

Y ni siquiera estoy seguro de si eso le interesaría a Keith. Alma no pertenece a mi pasado, mis heridas y todas esas cosas de las que

quiere que hable. Alma es todo lo contrario, es mi tirita. Mi pomada. El alcohol que pica un poco, pero cura. Y Keith va de salvador, pero no le gusta cuando las cosas me van mejor, especialmente si no es gracias a él. A veces, se cree Dios. He visto a otros educadores esforzarse, sacrificarse, trabajar duro para que los críos puedan salir adelante. Pero a él no le gusta la felicidad. Lo convierte en un inútil.

Cuando llego por fin al banco, nuestro banco, al fondo del parque, dudo si enfocar con la cámara la inscripción que grabé en la madera. «Tú + Yo». Significa justo eso: solo nosotros, nadie tiene por qué saberlo, nadie debe verlo. Es demasiado valioso. Se mancharía un poco si alguna otra persona posara allí los ojos.

Así que grabo todo lo demás, el cielo blanquecino de diciembre, casi cegador; los listones de madera gastados por todos los culos que ahí se han apoyado; las piedrecitas del suelo que recojo y lanzo lo más lejos posible cuando la vida pesa un poco más; los minúsculos trocitos de madera que ella tritura con los dedos cuando la vida la hiere, la angustia, la asusta o la agobia.

—Alma. Es un nombre bonito. Es español, pero no tiene nada que ver con sus orígenes. Ella, mitad francesa, mitad inglesa, vive en Estados Unidos, tiene un nombre latino y un apellido inglés, pero se ha pasado la vida mudándose de aquí para allá. Es de ninguna parte y de todas al mismo tiempo. Esa chica es un enigma. Cuando la vi aparecer a principio de curso, pensé que era una niña de papá. Rica, educada, sosa, sin interés. Aunque de una belleza innegable. Con esos grandes ojos verdes que te miran hasta lo más profundo de tu ser y que después huyen, por miedo a lo que encontrarán. Cuando por fin se atrevió a hablarme, sus réplicas ingeniosas me dejaron impactado. Comprendí que tenía algo dentro, que albergaba algo en

ella que no quería salir. Ese maldito profesor de cine nos emparejó para el trabajo; sin duda para liberarla, sin duda para controlarme. Pero nuestros dos mundos no estaban hechos para encontrarse. Es como pedir a la reina de Inglaterra que tome el té con Al Capone, aunque desde luego eso no sea muy halagador hacia mí. Y un cliché. Aunque lo intentamos, no nos entendíamos. O nos entendíamos demasiado, no lo sé. Por fin, sucedió. Quedé con ella, apareció, y no dejaba de decir que se tenía que ir, pero no daba el paso. Yo no quería que se fuera. Creo que fue ahí cuando empezó todo.

Apoyo la cámara en el banco, enfocando hacia mí, en contrapicado sobre mi cara. Ya no tengo ganas de grabar, tan solo voy a hablar.

—Hay muchas cosas de Alma que me sacan de quicio. Nunca tiene tiempo, siempre tiene que volver a casa. Sus padres que la esperan, Clémentine que la espera, su novio que la esperaba. Y además siempre tiene miedo. De lo que podría hacer, de lo que podría arrepentirse, de lo que podrían pensar de ella, o de lo que podría salir mal. También desconfía de Felix, aunque confía en Abrams e incluso en su hijo, a quien apenas conoce. Ah, sí, también está lo de sus gustos cinematográficos. *Forrest Gump* tiene un pase, pero *Bailando con lobos*, honestamente, es imperdonable. Y luego está lo de que tiene frío todo el rato, a pesar de que aquí hace sol todo el año. Pero creo que eso lo hace a propósito para que la abrace.

Los caminantes que pasan a mi lado se preguntan por qué estoy hablando solo. Me planteo moverme de atrás adelante o de ponerme

a correr mientras grito, como en los viejos tiempos. Pero serían capaces de llamar a la poli.

Es increíble como la gente no soporta que seamos diferentes.

—Eso es lo que más me gusta de Alma. No juzga. Rasca, profundiza y se forma su propia opinión. Quiere saberlo todo, comprenderlo todo. Siempre plantea buenas preguntas, aprieta donde más duele y cuando identifica algo, ya no lo suelta. A veces es doloroso. Reflexiona un montón. Sus ojos verdes ven cosas que otros no ven. Cuando me mira, me atraviesa. Descubre mis contradicciones, se rebela contra mí y de primeras nunca está de acuerdo conmigo. Y se atreve a decirme que me podría curar. Que podría dejar de odiar a todo el mundo. Solo por probar. Me hace un sitio, me da un papel. Por primera vez, soy útil para alguien. Hay alguien que me espera, que me necesita. Una persona que me riñe, una persona que llora cuando la decepciono, una persona que me sonríe cuando está orgullosa de mí. Alguien que me quiere por lo que soy. Alma es lo mejor de mí. Y voy a terminar creyéndola cuando me agradece que yo también la haga mejor. Juntos hemos logrado un milagro. Ser nosotros mismos, pero mejores. Y de verdad.

III

VADIM EN PARÍS

Un mes más tarde

Esta tarde solo estamos ella y yo.

Sentada en la silla de terciopelo de un restaurante superelegante de los Campos Elíseos, Alma está impresionante con su vestidito rojo que me inspira toda clase de ideas. No dejo de mirarla. Yo no voy tan elegante como ella, llevo mi tejano rasgado, aunque también la camisa blanca que tuvo la buena ocurrencia de conseguirme. Y, de todas formas, esta chica, demasiado buena para mí, me ha susurrado que incluso con un saco de basura sería el tío más guapo de todo París.

Qué bien miente esta brujita.

Pide por mí, no me decido y, de todos modos, no entiendo la carta. Compartimos los dos platos, todo está delicioso, pero es increíble lo pequeñas que son las raciones. Incluso un mocoso de cinco años comería más que esto. Otra de las pijerías de los parisinos, me imagino. Me hago el maleducado y pregunto si pueden traer más vieiras porque tres no dan ni para una persona, sobre todo a ese precio. Me responden que no con educación, así que pido hablar con el responsable, así sin más, solo por diversión. El

camarero, enfadado, acaba por traerme un plato de guarnición adicional. No dejo ni una miga. Por una cuestión de principios.

Alma no se avergüenza. Me sonríe, divertida, jugueteando con el vaso en la mano. Ese vestido rojo me vuelve loco. Y lo que más me vuelve loco es su expresión. Juguetona. Traviesa. Y tal vez un poco… enamorada.

El camarero nos trae el siguiente plato y se marcha a todo correr.

—Parece que te has ganado un enemigo… —comenta Alma, alegre.

—¿Quién? ¿Robert?

Me invento el nombre. Y luego toda su vida.

—Robert y yo estamos así de unidos.

Entrelazo dos dedos.

—Estudia arte, un poco como nosotros.

—Vadim, en Francia, nadie de esa edad se llama Robert.

—Vale, espera, que le pregunto cómo se llama.

—No, ¡para! Ya lo has traumatizado bastante. Déjalo tranquilo, digamos que se llama Robert.

—Qué cobarde. Bueno, Robert trabaja de camarero para pagarse los estudios. Sin embargo, sus padres están forrados. Pero, lo de ser artista, no lo consideran un trabajo. «No, no, Robert, ¡o te dedicas a las finanzas o nada! Si quieres hacer el payaso, ¡papá y mamá no firmarán ningún cheque!». Entonces, se pone a buscar un trabajillo extra y como solo conoce los restaurantes de lujo a los que van sus viejos, aquí está, vestido como un pingüino con un… ¿Cómo se llama eso? Esa especie de capa de superhéroe de ahí.

—Un frac —responde riéndose Alma, a la que le empieza a gustar el juego.

—¡Eso! Y cuando acaba su turno, el pequeño Robert va directo a Montmartre en moto para dibujar caricaturas a los turistas. Le fastidia, pero al menos le sirve para practicar. Puede hacerlos feos, ponerles narices enormes, ojos bizcos, papada, y la gente siempre está contenta. No como sus padres, que están todo el tiempo de mal humor.

—¿Vadim? —me interrumpe Alma de nuevo.

—¿Qué?

—¿Los odias? ¿A mis padres? Siempre describes a las familias como si representaran tu peor pesadilla…

—No, tu hermana es guay, me cae bien. Y tu madre es…

Esos ojos verdes me atraviesan.

—Lo que ha hecho por mí me ha emocionado. Me ha hecho sentir como en casa. Me ha dado una oportunidad y eso es raro. Ni siquiera ha intentado cambiarme. Sí que odio un poco a todas las madres, porque me duele que otros las tengan y yo no… Y me hubiera encantado saber qué habría sido de la mía. Pero ¿a Marie Lancaster? No, no la odio. ¿Te vale?

—Hum… No, sigue hablando.

Cuando me sonríe así, me resulta del todo imposible negarle nada.

—Lo que más me gusta es su hija. No sé si la conoces…

Se ríe bajito, un poco avergonzada. O quizá emocionada.

—Tiene un gorrito ridículo, frío todo el rato y siempre quiere ir de compras, pero esa chica consigue hacerte amar cualquier cosa: películas horribles, tiendas abarrotadas, restaurantes donde no te dan nada de comer, noches en las que uno duerme solo esperando a

que alguien venga a despertarlo. E incluso cuando no viene nadie, uno se conforma con levantarse por la mañana…

—*Je t'aime*, Vadim Arcadi.

Alma me escuchaba sin decir nada, con una sonrisa en los labios que se iba ensanchando y los ojos brillantes, y luego ha dicho eso.

Siempre lo dice cuando no me lo espero y siempre me produce el mismo efecto.

Pero ahí, fue incluso mejor: lo dijo en francés.

IV

VADIM SOLO CONTRA TODOS

Seis meses después

Dudo si romper la carta. Hacer confeti con ella y lanzarla por los aires para celebrar mi liberación.

Es lo que se merecen estos folios de papel escritos a mano.

Pero Clémentine me la sigue tendiendo, con los ojos empañados, y empiezo a estar harto de estas chicas que me miran llorando. Le cojo el sobre de las manos y lo meto en el bolsillo trasero de mis tejanos.

Después… La leeré después.

Felix salta sobre mí por enésima vez, frota el puño contra mi pelo hasta hacerme daño. Siempre hacía eso cuando éramos críos y quería enfadarme. Esta vez, es para demostrar su euforia. Para regocijarse. Y esta vez, le dejo hacerlo sin protestar.

Me siento un poco… anestesiado.

—Tío, ¡si hubieras visto la cara de Keith! Se creía que era intocable, pero ahora es a él a quien van a juzgar. ¡Le pueden caer veinte años! ¿Te lo puedes creer?

—No…

Aturdido. Eso es, estoy aturdido.

—¡Ese cabrón va a recibir lo que se merece! ¡Se acabó el reinado de La Mama! ¡Adiós! ¡Somos libres y nos vamos *pa´* la casa, *acho*! —grita, metiendo palabras de Puerto Rico como cada vez que se emociona demasiado.

—Tranquilo, Felix, que nos agotas a todos —protesta Clem, frunciendo el ceño—. Vadim, ¿qué vas a hacer ahora?

—Ni idea. Dormir durante diez días seguidos. Darme una ducha de media hora. Comer otra cosa que no sea puré de vomito y pan duro…

—¡Te invito a Chick-fil-A, tío! ¡A ti también, D'Aragon, pago yo!

—Ya, me encantaría, Fe —responde ella, poniendo los ojos en blanco—. Pero tengo que irme, mañana me voy a París.

París… Alma…

No he pensado en ella este último minuto.

—Vadim, lee la carta, por favor. Es importante para ella.

—Sí, sí. Lo haré.

Suelto esas palabras a Clem como si me diera igual, protegiéndome para no mostrar nada.

—Antes de que me vaya, ¿quieres que le diga algo?

—Hum…

Vacilo, con la garganta cerrada. Le diría un millón de cosas, de hecho.

Vete al infierno.

Vuelve.

¿Por qué?

Joder, Alma…

—¿Aunque sea una notita escrita a toda prisa que le pueda dar cuando la vea? —murmura su mejor amiga.

—No. Es mejor así.

Se me retuercen las tripas, siento una presión en el pecho que me quema por dentro. Ya me resulta difícil ocultar lo que la echo de menos.

—Vale, lo entiendo… Entonces, adiós a los dos. No os abrazo, pero lo digo de corazón. Bueno, a ti no, Felix.

—Venga, ven aquí, Clemy, ¡que sé que te mueres de ganas!

Mi amigo se acerca a ella con los brazos bien abiertos y una sonrisa de *latin lover* en los labios. Clémentine lo esquiva con una mueca.

Sin embargo, termina dejándose agarrar por la cintura mientras le da en la espalda con la punta de los dedos.

Lo que daría por tener a Alma en mis brazos…

—Adiós, Clem. Cuídate —añado yo para borrarme esa idea de la cabeza—. Y gracias por haber venido.

—No hay de qué. Sabes que ella también habría estado aquí, si hubiera podido…

¿No va a dejar nunca de meter el dedo en la llaga? ¿De defenderla a capa y espada después de lo que me ha hecho?

—Bueno, ¿nos vamos, Fe?

—Vamos. ¡Sin niña de papá, sin problemas, sin abogado! Como antes.

Me lee la mente…

Salvo que antes era Tú + Yo.

Y joder, cómo me gustaba…

* * *

En el coche, durante el trayecto de vuelta, clavo la mirada en la ventanilla y la carretera que se despliega ante mí para que Felix no me vea derrumbarme.

Me falta el aire.

Me falta ella.

—¿Te molestaría si pruebo suerte con Cheyenne? ¡Está buenísima! —suelta mi colega para romper el silencio.

—Haz lo que quieras, Fe. Mientras ella esté de acuerdo…

No estoy seguro de que sea buena idea, pero si le divierte intentarlo…

—¿Me dejas en casa, tío?

—¿Qué dices, Vadim? ¡Vamos a celebrarlo!

—Lo celebraremos, pero ahora mismo, solo tengo ganas de estar solo. Necesito tiempo para aclarar las ideas, ¿sabes?

—Es por la carta, ¿no? Te pica en el fondo del bolsillo, ¿verdad?

Arranca a toda velocidad en cuanto el semáforo se pone en verde. Yo no respondo.

—Mira, no quiero que te hundas por culpa de Lancaster. Sé que la querías, pero no vale la pena, es evidente. Tú estás fuera. Ella se ha pirado. ¡Fin de la historia!

Ojalá fuera tan sencillo…

—Para aquí, voy a ir andando. Quédate con la pick-up, nos vemos esta tarde, ¿vale?

Suspira, y luego claudica, deteniéndose junto a la acera.

Me estoy asando ahí dentro, tengo que salir de ese vehículo.

Tras tan solo diez minutos caminando, el calor de julio me agobia. Con una losa de una tonelada sobre los hombros, subo despacio las escaleras hasta mi apartamento. Meto la llave en la

cerradura y espero encontrarme el estudio destrozado, como la última vez que lo vi: armarios abiertos y cajones volcados por la poli, cosas desperdigadas después de mi última noche con Alma.

La última…

Voy a estallar.

Suelto un grito desgarrador al cerrar la puerta. Eso tampoco me alivia.

Dejo escapar un gemido de dolor al descubrir el salón bien ordenado. Cada mueble en su sitio, mi ropa doblada, los platos limpios, puestos a secar desde hace tiempo.

Cojo una taza y la dejo caer sobre el embaldosado de la cocina.

Necesito sentir cómo también estalla.

A continuación, barro con los brazos todo lo que está cerca. Los platos, vasos y cubiertos caen al suelo con un golpe ensordecedor. La cosa sigue sin mejorar, pero no tengo nada más que romper.

Sé que ha sido ella.

Alma.

Poner mi vida en orden antes de largarse. Borrar cualquier recuerdo del registro, de mi arresto. Sin duda para ayudarme, para protegerme. Pero no sabe que también ha eliminado cualquier rastro de su paso. Y que hoy es como si nunca hubiera existido.

¿Eso es lo que quieres, Lancaster?

Me tumbo sobre el sofá. El sobre en mi bolsillo trasero hace un ruidito al aplastarse. Saco la carta, la aplano con la palma de la mano y la poso en la mesita de centro que hay frente a mí. Me paso unos buenos diez minutos mirándola sin moverme.

Si la leo, solo me hará más daño. Si no la leo, no lo sabré jamás.

Pero ¿saber qué? ¿Que no me quiere lo suficiente como para quedarse? ¿Que me ha querido, pero que estaba harta de debatirse entre dos mundos? ¿Que la presión de su familia era más fuerte? ¿Que nuestras diferencias eran demasiado grandes? ¿Que todo esto ha sido muy bonito, pero que tiene un buen partido con el que casarse, un padre al que complacer y otras ambiciones en la vida, en vez de estar con un mediocre como yo?

Siento como se me encoge el corazón. La rabia me hace apretar los puños, el orgullo me asfixia y la pena me desgarra las entrañas. Me lanzo a por el sobre, lo rasgo de cualquier manera y desdoblo los folios con las manos temblorosas. Mis ojos se abalanzan sobre las palabras, las persiguen, las devoran. Leo con la voz de Alma en mi cabeza. La oigo como si estuviera a mi lado.

Y eso me duele más todavía.

Vadim:

Me voy.

No te abandono, me separan de ti.

Sé que otra vez vas a decirme, suspirando, que me dejo manejar, que tenía elección, que permito que otros decidan por mí. Pero en realidad no, no me dirás nada porque no volveremos a hablar. Esto es lo que he elegido: venir a verte, una última vez, decirte adiós en silencio. Porque sé que, si escucho tu voz, si dices una sola palabra, incluso aunque solo sea mi nombre, no seré capaz de irme, no podré dejarte aquí.

Mañana se celebra tu vista y es entonces cuando se decidirá todo. Culpable o no culpable. Condenado o absuelto.

Encerrado o libre. Ya estoy temblando por esa justicia implacable que podría salvarte la vida o privarte de ella durante muchos años. Así que sí, he elegido. Algún día te explicaré cómo, o por qué.

Pero debes saber esto: entre tú y nosotros, te he elegido a ti.

Sin vacilar, por una vez.

La última vez que hablamos, a través de ese maldito cristal, me dijiste esto, con tu media sonrisa y tu gesto de desencanto. Me acuerdo de casi cada palabra:

«Míranos. Nos hemos pasado meses luchando, solos contra todos, por… Tú + Yo. Y ahora, luchamos el uno contra el otro. Pero no te dejaré ganar, Alma Lancaster».

Esa fue la última vez que dijiste mi nombre. Mi nombre completo. No hay nadie en el mundo que lo diga de una forma tan bonita, con una voz tan profunda, tan grave y burlona al mismo tiempo. Puede que no lo vuelva a escuchar jamás, pero seguirá resonando en mis oídos, créeme. Te respondí que no tenía nada que perder y que, si tú no querías luchar, yo lo haría por ti. Te dije que te quería y que nada podría impedírmelo ni siquiera tú. Eso pensaba. Te miré una vez más y me fui. Creo que ya lo sabía.

Me voy, pero no te abandono y creo que nunca contaré con las palabras suficientes para explicártelo. Podría escribirte cada año, cada día; de todas formas, no lo aceptarás. Harás todo lo que puedas para no entenderlo nunca. Para no perdonarme nunca. Y eso es lo que más me duele. Que

puedas pensar que tenía una sola razón para querer abandonarte.

Bueno sí, en realidad, tengo una: amarte.

Vadim, me has cambiado la vida. ¿Eres consciente de hasta qué punto? Me has dado la fuerza que no tenía. El valor que me faltaba para ser yo misma. Para vivir por fin. Por todo eso, te tomé como modelo, me nutrí de ti: tu valentía, tu locura, tus heridas y cicatrices también, todo lo que has sabido superar. Vencer. Me hiciste más fuerte. Más tierna. Me despertaste, me sacudiste, me transformaste. Me descubriste a mí misma. Me permitiste existir.

Tal vez, en cuanto me marche, todo eso se desvanecerá. Volveré a ser la pequeña Alma tímida, obediente, discreta, que hace lo que se espera de ella, que se deja influir. Por comodidad. Porque tú no estarás allí para apoyarme. Pero poco importa si me hundo, si me apago, siempre recordaré lo que has hecho por mí.

Y sabré que te lo habré recompensado, solo una vez.

Porque hoy, me toca a mí. O más bien mañana. Mañana te devolveré tu libertad. Lo más bonito, lo más grande, lo más importante que tienes. Lo que más admiro de ti, lo que me hizo amarte. Sin ella, no serías quién eres. Tú me enseñaste, me inculcaste esta sed de libertad, y no has dejado de hacerlo desde hace nueve meses. Y mañana, me tomaré la libertad de salvar la tuya. En contra de tu voluntad, lo sé. Pero lo haré por ti, para que puedas respirar otra vez. Y me

marcharé, con el corazón roto, hecho trizas, y todas las lágrimas que habré derramado.

La desgracia de perderte no es nada comparado con la felicidad de saberte libre.

Solo así te quiero. Y solo así podré quererme un poco.

¿Recuerdas que siempre me reprochabas tener miedo a todo? Miedo a mi padre, a los profesores, a lo que fueran a pensar de mí. Miedo a ti, incluso miedo a mí misma. No lo soportabas.

Por primera vez, no tengo miedo, Vadim. Estoy segura. ¿Me guardarás rencor? Sin duda. ¿Es culpa tuya? Tal vez un poco. Porque tú me has dado confianza en mí, me has enseñado que tenía derecho a vivir, a pensar, a actuar como me pareciera conveniente, que no tenía motivos para tener miedo si escuchaba mi corazón. Este es el resultado.

Me puedes odiar todo lo que quieras. Lo volvería a hacer diez, cien, mil veces. Sería tan valiente, tan loca y obstinada como tú. Porque te has metido bajo mi piel, lates en mi sangre, corres por mis venas. Porque desde que te conocí, ya no soy la misma. Porque te quiero, Vadim. Y si no volviera a verte nunca, estas serían las últimas palabras que querría decirte.

Las mismas que iré a susurrarte mañana, solo con los ojos.

Pero mi corazón aullará.

Y si un día, de milagro, nuestros caminos se vuelven a cruzar; si Tú + Yo es tan fuerte como creo, lo bastante como para

forzar al destino, esas serán las mismas palabras que te diré otra vez. Te seguiré amando dentro de diez, cien y mil años.

Mientras tanto… sé feliz, Vadim, sé loco, libre.

Y, por favor, no me olvides nunca.

Alma

Me derrumbo en el sofá, con la cabeza colgando y la carta apretada contra mi corazón desbocado. Cierro los ojos, con fuerza, para evitar que se abran las compuertas. Bajo mis párpados cerrados, ahí está ella: escribiendo, inclinada sobre la mesa, tumbada boca abajo en la cama o sentada con las piernas cruzadas en la moqueta, la tapa del boli apretada entre los dientes, los labios temblorosos y esos ojos verdes llenos de lágrimas.

Tengo tantas ganas de abrazarla…

Alma… ¿Cómo has podido hacernos esto?

Me levanto de un salto, echo un vistazo a la estancia y la veo en todas partes. Sentada, hecha un ovillo en el extremo del sofá, la primera vez que vino aquí. De pie frente a la ventana, de puntillas, cuando se atrevió a dar el primer paso para besarme. Tumbada, desnuda, un poco en todas partes, cada vez que aceptaba hacerme un hueco a su lado. Todas las veces que la miré cuando no me veía, o las que me quedé sin palabras, enternecido por su torpeza, conmovido por sus miedos, vencido por su belleza. Todas esas veces en las que me pregunté cómo podía amarme.

Y como podría vivir sin ella.

Atrapado por mis recuerdos, mis preguntas, entro en pánico, me asfixio. Meto los folios doblados en el bolsillo de mis tejanos y echo a correr. Cierro de golpe la puerta del apartamento, bajo las

escaleras de cuatro en cuatro, recorro la calle a toda velocidad y corro todo lo que puedo. Mis piernas me llevan al único lugar donde quiero estar ahora mismo. Al fondo del parque, en el banco.

«Nuestro» banco.

Si no ha desaparecido, entonces no estaré loco del todo.

Lo diviso, intacto, desgastado como siempre lo ha estado. Me siento con delicadeza para no maltratarlo. Bajo despacio los ojos hacia el lugar donde grabé en la madera. Sigue ahí. El «Tú», el «+», el «Yo». En este banco solo falta Alma.

En veintiún años, ya es la tercera vez que me pasa. Que las personas a las que más quiero del mundo se marchan, me dejan solo, como a un idiota. Después de mis padres, después de mi hermano; mi primer amor. Por culpa de ellos sentía tanta rabia. Pero entonces apareció Alma Lancaster, me dijo que tenía derecho a ser feliz, que no tenía por qué estar resentido con todo el mundo. Y luego me lo quitó todo. La felicidad, la paz interior, el futuro que nos habíamos imaginado, todos los sueños que se estaban convirtiendo en posibilidades.

Así que voy a hacer lo que me dijo.

Solo voy a estar resentido con ella.

Me abandonó, tengo todo el derecho del mundo a odiarla. Con la misma fuerza con la que me hizo amarla.

Lo único a la que no voy a renunciar es a Tú + Yo.

¿Te atreves, Alma?

Notas

[1] Juego de palabras entre *couem,* que es el supuesto nombre de una terapia de autosugestión, y *couenne*, término con que se conoce la corteza de tocino que se toma como aperitivo. *(N. del T)*.

[2] Escritora y política francesa, precursora del feminismo. En 1791 publicó la *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana*. *(N. del T.)*.

[3] ¡Hasta luego!

[4] Señora Lancaster, te doy las gracias.

[5] No hay de qué, Vadim, es un placer que estés aquí. Y que mis dos hijas muestren una sonrisa tan grande esta noche.

[6] Yo también…Yo estoy… mucho placer.

[7] El término correcto es «*trou du cul*», que significa «idiota». Vadim lo pronuncia mal.

[8] Son las protagonistas, madre e hija, de la serie *Las chicas Gilmore*.

Soñaban con el cine.
Y vivirán la película más bonita de sus vidas.



Cuando Alma Lancaster conoce a Vadim Arcadi en la Facultad de Cine de Los Ángeles, descubre que no tienen nada en común. Alma, la joven francobritánica de tan solo dieciocho años, con padres adinerados, el novio ideal y una vida perfecta. Vadim, en cambio, es estadounidense, de orígenes rusos, con un pasado turbio y sin familia ni ataduras.

Ella es prisionera de su mundo; él un amante de la libertad. Parecen tener el mundo en su contra. Sin embargo, la atracción es innegable. Se repelen, se desafían, se comprenden… La niña ejemplar y el chico atormentado luchando por no quererse. Ellos aún no lo saben, pero conocerse va a cambiar sus vidas para siempre.

Emma Green es, en realidad, el seudónimo de dos escritoras francesas que comparten sensibilidad por las emociones humanas, y lo transmiten a través de sus novelas. Ha recibido varios premios por su trabajo, entre ellos el premio George W. Hunt, S. J. a la excelencia en periodismo, artes y letras en 2020. Emma Green conmueve a lectores de todo el mundo con historias apasionantes y personajes profundamente humanos.

Título original: Toi+Moi. Seuls contre tous

Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Edisource
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Manel Martí Viudes y Amaya Zorriqueta Ruiz, por la traducción

Diseño de portada: adaptación para Penguin Random House Grupo Editorial a partir del original de Aleksandra Konoplya - Adobe Stock
© 2026, Amazon Content Services LLC

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-19746-40-5

Facebook: penguinlibros
X: @penguinlibros
Instagram: @somosinfinitoslibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: somosinfinitoslibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Tú + Yo. Solos contra todos

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Tú + Yo, uno contra el otro
Bonus I. Primer encuentro, contado por Vadim
Bonus II. La vida de Vadim
Bonus III. Vadim en París
Bonus IV. Vadim solo contra todos
Notas
Sobre este libro
Sobre Emma Green
Créditos